DESTRUCCIÓN 1

SINIESTRO



FLOR DI VENTO

Flor Di Vento


SINIESTRO

SINIESTRO.

Libro 1: Trilogía Destrucción.

© 2025, Flor Di Vento.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro, así como su integración en sistemas informáticos o su transmisión en cualquier forma o medio, sin el permiso previo de la titular del copyright. La infracción de estas condiciones puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos y situaciones descritos en esta obra son ficticios.

Él hace y deshace el mundo.
Y tú le perteneces.

ADVERTENCIA

Dark romance. +21. Mafia griega.

Este libro está clasificado como dark romance, un subgénero del romance ambientado en entornos oscuros, violentos y perturbadores.

A diferencia de un romance tradicional, donde existen normas convencionales del amor, este subgénero explora temas de violencia, con personajes moralmente ambiguos y escenas crudas que podrían ser incómodas para algunos lectores.

La trama aborda temas de mafia, dilemas éticos y posee contenido sexual explícito. Debe leerse y entenderse como una obra de ficción. No apto para personas sensibles.

CONTENIDO

ADVERTENCIA
CONTENIDO
PRÓLOGO
1
PERVERSO
2
PELIGRO INMINENTE
3
MI MUJER
4
NOVENTA DÍAS
5
EN SUS MANOS
6
LA SEÑORA VAN LOREN
7
QUEMAS
8
MUY DENTRO
9
ÉXTASIS
10
IRONÍA
11
RETANDO AL DIABLO

12
DESASTRE
13
CLANDESTINO
14
TRATOS PELIGROSOS
15
DEUDAS DE SANGRE
16
SIN CUSTODIA
17
PANDILLAS
18
EXTRAÑO
19
CONTRA EL FUEGO
20
RABIA
21
ALGUIEN COMO TÚ
22
¿QUIÉN ERES?
23
HIEL DULCE
24
PECADO
25
POR LA ESPALDA

26
EN LLAMAS
27
UN DÍA MENOS
28
NO TE ENAMORES DEL DIABLO
29
CUERDA FLOJA
30
A LA LUZ DEL MUNDO
31
DESTINO
32
JUGAR CON FUEGO
33
TU DESTRUCCIÓN
34
ERROR
35
DESCONTROL
36
GOLPE DURO
37
PEDAZOS
38
OSCURECIENDO
39
REINA DE LAS SOMBRAS

Alaska
40
AL FILO DEL ABISMO
41
DESEO INCONTROLABLE
42
CAOS
43
NUEVE DÍAS
44
SIN MÁSCARA
45
SU HEMBRA POR LA MÍA
46
UN BUEN JUGADOR
47
TIC TAC
FINAL
EPÍLOGO

PRÓLOGO

Atenas, Grecia.

Los gritos de mis enemigos siendo mutilados me desenfrenan, aun con la *skýla* sosteniendo mi erección en su boca. La morena es rápida, complaciente, y me mira con ganas. De rodillas ante mí, implora lo que ha querido durante meses. Entonces le clavo la polla hasta asfixiarla.

Tiene la boca grande, como me gusta. La recibe con deseo; la cara se le pone roja por las arcadas y, aun así, se desespera por chupármela. Es una griega eficiente que sabe hacer su trabajo. Me complace el sonido de ahogo en su garganta, cómo se le estiran los labios tratando de encajarla, la forma en que su saliva se desliza hasta el cuello entre gorgoteos.

—Señor, tiene una llamada importante —Otto, uno de mis sirvientes, abre la puerta.

El olor a sangre de los rehenes asesinados se cuela por la entrada. Odio que me interrumpan mientras me doy un baño de placer. Ignoro su comentario y se mantiene al margen, evitando mirarme a los ojos.

La *skýla* aguanta mientras le destrozo la garganta. Le doy duro hasta saciarme. Se apresura a tragarse el semen que se desborda por sus labios, buscando más al lamer el exceso de mi punta.

Finaliza su trabajo con una sonrisa traviesa. El agradecimiento se refleja en el brillo de sus ojos cuando deslizo un fino diamante entre sus pechos como pago. Algo que nunca podría ganar en su miserable vida.

—Ha sido un placer, amo. Yo…

Levanto la mano para que se largue y asiente sin mirarme a los ojos.

—Mi señor. —Otto vuelve a intervenir—. Los señores Wells están a la espera.

Me muestra el teléfono. Lo observo, consciente del significado de esa llamada. Me llevo un sorbo de bourbon a la boca; la gota de sudor que resbala por mi torso parece arder con creces.

Mi mal humor regresa. Los minutos de placer se esfuman al saber que ha llegado el día que tanto esperé. Las piezas están en su rumbo, con la única

dirección que puedo permitirme: ganar sin errores.

Trueno los dedos, y la gran pantalla de mi privado se enciende, mostrando la silueta de una jovencita con un vestido de novia barato. ¿Dónde compró esa mierda? ¿En una tienda de mercado? Forcejea con mis hombres, quienes la sostienen de los brazos para obligarla a caminar, y grita como si le estuviesen quitando un órgano.

—Está hecho —la voz de uno de sus hermanos azota en el altavoz—. Hemos cumplido. Lo que hagas con ella no nos importa.

—*¿Qué están haciendo? ¡Suéltenme!*

Se atreve a golpear a uno de mis hombres, y enarco una ceja. Tiene agallas. No puedo verle la cara, pero parece tener un buen culo. Eso no quita que sea una pobre presa.

Alaska Wells no ha sido más que una víctima con mala suerte, cuyo error no fue desconocer su pasado, sino haberse metido con Leonardo Bristol, mi hermano.

La mafia no olvida a los enemigos. Tampoco perdona las deudas. Soy el líder de la mafia griega, el amo y máximo poder del clan que arrasa con el mundo. Su vida es una humillación para mi honra. Me traicionó llevándose a una mujer que me pertenecía. Ahora lo pagará de la misma manera.

—La prometida del señor Bristol acaba de abordar el avión. —Otto inclina la cabeza—. ¿La matará, señor?

—Haré algo mucho mejor. —Sonrío—. Me casaré con su mujer. Su hembra por la mía.

1
PERVERSO

Alaska

Las luces destellan con tanto brillo que me cuesta abrir los ojos al despertar. ¿Qué me pasó? Me siento mareada, exhausta, y apenas puedo moverme; mis brazos están tan entumecidos que pesan.

El zumbido constante de la turbina del avión me hace doler la cabeza. ¿Avión? Abro los ojos de golpe, incrédula ante lo que veo. El desconcierto me golpea al notar que estamos en el aire. No, esto no es una pesadilla; me secuestraron quién sabe qué tipo de criminales.

—El señor pidió una muñeca sexy. —Escucho voces afuera.

Al levantar la cabeza, descubro que no estoy en un avión convencional, sino en uno de lujo. Mi reflejo se proyecta en un espejo, y la sorpresa me sacude al verme casi desnuda, con un babydoll blanco encima. La tela brillante y ceñida moldea mi figura, mientras encajes ostentosos decoran mis curvas. Me siento como una... prostituta.

—¡Camina! —Una mujer alta, pelirroja y llena de tatuajes aparece de la nada, obligándome a mirarla—. ¿Eres sorda o qué? ¡Te estoy hablando!

Me agarra con fuerza y me enseña un brazalete eléctrico ajustado a mi muñeca. Un golpe de tensión sacude mi pecho. Me jala sin que pueda resistirme. Ni siquiera sé en qué momento me desnudaron para ponerme esta ropa, tampoco qué es lo que buscan de mí. Lo último que está en mi memoria son mis gritos, las balas, el miedo y…

—*Hermanos..., ¿qué está pasando*?

Cierro los ojos mientras los recuerdos regresan. Estaba en camino a mi boda. Mis hermanos conducían.

—*¿Creen que a Leonardo le guste este vestido? Sé que ama el blanco con perlas…* —Ambos estaban en total silencio—. *¿A dónde vamos? ¿Por qué están cambiando de rumbo? Creo que ese no es el camino... ¿Jacobo?*

El auto frenó en seco y, enseguida, hombres que parecían terroristas me tomaron a la fuerza. Todavía tenía aquella sensación en la garganta; los vidrios de las lunas rotas incrustados en mis brazos, el desespero por escapar, los gritos de alma que daba sin que nadie pudiera ayudarme.

Intenté resistirme mientras me llevaban a rastras, pensando en mis hermanos. El miedo me quemaba las entrañas al imaginar que los lastimaran. Pero entonces, una bofetada me lanzó al suelo.

—*Lo que hagan con ella no nos importa. De todas maneras, no vale nada. Ahora es suya.*

La voz de mi hermano mayor salió como una bala traicionera. Mi cuerpo se agarrotó enseguida. Jacobo me observaba con un odio que jamás había visto en mi vida y, en medio de mi desconcierto, un hombre les tiró maletines llenos de fajos de dinero.

—*Hermanos, por favor, no me hagan esto...*

Imploré, pero no hubo respuesta. Mi mundo se derrumbó en ese instante. Lloré, grité con todas mis fuerzas, pero no sirvió de nada. Me dejaron sola.

—*¿Qué demonios están haciendo? ¡Suéltenme!*

Luché contra las manos que me tocaban todo el cuerpo. Mi puño se estampó en la cara de uno de los criminales y recibí una lluvia de golpes de vuelta. Sentía mi nariz arder cuando la sangre me empapaba la cara. Me arrastraron de los cabellos, y lo peor no fue el dolor físico, sino la traición de quienes pensé que me protegerían siempre.

Me drogaron. Me golpearon hasta dejarme al borde de la inconsciencia. Todo se volvió negro.

La vida me cambió de repente. Por fin sentía que las cosas salían bien: tenía un novio con el que iba a casarme, un trabajo estable después de meses desempleada, había conseguido, con mucho sacrificio, una beca para ir a la universidad, y ahora todo parecía ensombrecerse.

—¿Última relación sexual?

La voz de la pelirroja me devuelve al presente. Permanezco en silencio.

—¡Última relación sexual! —repite. Sigo callada—. Da igual, la exploración indicó que no eres virgen.

«¿Exploración?»

Junto mis piernas al darme cuenta de que no tengo bragas.

—Alaska Wells, veintidós años. No-anal... ¿ni oral? No me digas que solo tenías sexo vaginal. —Se burla—. ¿Qué era Bristol? ¿Un mediocre? ¿O le temblaba el pito para metértela por otros lados?

La rabia hierve en mi interior, pero no me quiebro. No lo hice mientras me golpeaban, y no lo haré ahora. No sé quiénes son ni qué buscan, pero no les daré nada que puedan usar para dañarme más.

—Así que no quieres hablar… ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo? —Me rodea y pone sus labios en mi oreja—: Reza todo lo que quieras. Igual te darán por el culo, inglesa. Sigue haciéndote la fuerte, vamos a ver hasta dónde llegas. ¿Sabes qué hace mi señor con las zorras como tú? *Ta spáei se kommáti.*

Ese idioma... Ese acento. Es griego.

Caigo de nalgas en el sofá cuando me empuja. Me mira las partes íntimas y lo primero que hago es cubrirme con una bata. Intento hacer lo posible para ocultar mi miedo.

—Miren lo que tenemos por aquí…: carne fresca.

El sonido de la puerta hace que algo en mí salte. Dos hombres entran al privado. Son igual de rudos que la mujer. Llevan trajes idénticos y los mismos tatuajes en los brazos.

—¿Mataron a los testigos? —pregunta la pelirroja.

—Hasta hacer trizas sus pobres cerebros. —Uno de ellos se acerca—. ¿No nos vas a presentar a tu nueva adquisición?

—Olvídalo. Esta es exclusiva. No la pueden tocar.

—¿Qué pasó, Antígona? ¿Estás celosa? Aquí hay para todas. —Se frota el miembro—. ¿Es virgen? Yo quiero estrenarla.

La pelirroja lo apunta con un arma.

—¡Les dije que esta no, así que largo!

—Queremos a esta puta, nunca se nos niega a ninguna. —Ambos sacan sus armas, el aire se me atasca en el pecho—. Las mujeres son nuestras antes de venderlas. Esta me gusta.

—Pueden mirar a cualquiera, menos a esta. Ha sido reservada para el amo. Siniestro se casará con ella.

Sus rostros se congelan, entreabren sus bocas casi al mismo tiempo que yo. Me pica la cara cuando sus palabras resuenan. Mi mente se queda en blanco. ¿Su esposa?

—¿Por qué el amo se casaría con esta perra?

—Eso no te incumbe.

—¡A mí nadie me inventa estupideces! Más me la niegas, más me gusta. —Apunta con el arma—. El amo no tiene compromisos con nadie. Ninguna mujer aguantaría ser su esposa.

—¡Cierra el maldito hocico y obedece! Tú. —Me tira una bolsa—. Ponte el maldito vestido que pronto aterrizaremos.

—No.

Mi voz sale profunda, pulcra y llena de coraje. La siento reverberar tan fuerte que hasta yo misma me sorprendo.

—Vaya… no eras muda —dice.

—Primero muerta antes que casarme con un desconocido.

Me toma de los cabellos sin bajar su arma.

—Este jueguito ya empezó a hartarme. A golpes vas a entenderlo. Si el amo te ficha, estás condenada a su infierno. Él hace y deshace el mundo. Y tú le perteneces.

—¡Vete a la mierda! —grito, llena de pánico.

La cara le cambia con mi insulto. Se deshace de todo lo que trae encima para golpearme, tirarme al suelo y hacer que el brazalete emita su descarga eléctrica.

—Vamos a ver cuánto aguantas, puta.

El dolor es tan punzante que suelto un grito. Lo disfruta. Mi cuerpo no deja de recibir descargas eléctricas. Ella espera que le implore. No lo haré.

—Así que eres terca.

Aumenta la tortura. Mi brazo se retuerce. Contengo el aliento un segundo más, pero la entrada rápida de un hombre la frena.

—¿Qué demonios haces? —Caigo al suelo cuando detiene el aparato—. Este no es el momento. Tenemos problemas. Un avión no identificado nos sigue.

—¿Qué?

—Los rumanos se enteraron de que tenemos a la presa del amo. Aterrizaremos ahora. Los hijos de puta deben estar también en tierra esperando, así que encárgate de sacarla antes de que la encuentren.

—Encárgate tú. —La pelirroja me patea hacia él—. Vengo encargándome de ella desde hace dos días. Ya no la soporto. Necesito un poco de sangre.

Prepara su arma mientras el hombre me libera del brazalete. Estoy tan mareada por el dolor que me cuesta caminar.

—Cuando bajemos, correrás conmigo hasta el auto. Colabora o te mato, perra.

El tipo está nervioso. Están en problemas, o eso parece.

El avión aterriza; me obligan a moverme, y vuelvo a retener las lágrimas, frustrada al sentir que estoy indefensa. Necesito escapar, encontrar una solución rápido.

A empujones llegamos a la puerta del avión y el sonido de las balas me estremece. Una balacera se desata. Entran en batalla, se disparan unos contra otros. Corremos, todos los hombres me cubren.

Ya no sé ni cómo respiro, solo sigo las indicaciones del hombre que me mantiene a su lado y, mientras me roza con su cuerpo, me doy cuenta de que tiene un cuchillo en el bolsillo.

—¡Aseguren a la zorra!

La presa soy yo. Me obligan a subir en un auto de tubos. No estoy segura de qué quieren, tampoco si buscan algún tipo de rescate; lo único que sé es que tengo que sobrevivir.

Se gritan en griego cuando nos siguen. Siento el sudor empaparme por completo, el aire caliente impactando en mis mejillas, la adrenalina diciéndome: «¡Este es el momento! ¡Aprovecha! ¡Sal de ahí ahora!» Entonces finjo que me caigo.

El hombre a mi lado se percata y me agarra del brazo para levantarme. Al pegarme a su costado, le robo el cuchillo y se lo clavo en la pierna.

—¡Perra!

Me aviento al vacío. Ni siquiera siento el golpe de la caída, mi instinto me obliga a levantarme, a no fijarme en el dolor. Me pongo de pie y empiezo a correr. Las balas estallan en mis pies, tras de mí; las siento pasar por encima de mi cabeza. El corazón no deja de palpitarme al encontrar cierta vegetación en medio de la tierra.

—¡Ayuda! —grito—. ¡Ayuda, por favor!

No veo ni una sola casa. Mis pies descalzos queman al sentir la tierra caliente. El lugar parece ser un bosque desértico, un terreno baldío sin salida.

—¡Ayuda!

«¡Por Dios! ¡Nadie me escucha!». Los ojos se me nublan cuando empieza a llover, ya no puedo pensar con claridad. No hay entradas ni techos, solo tierra con muros alrededor, hasta que mis pies se detienen al sentir pasos cerca.

—¿Te gusta jugar rudo, zorra?

Es otro acento, otra voz.

—Es ella. Alaska Wells —grita—. ¿Quién iba a decir que la puta se pondría en bandeja para nosotros al escapar de los griegos?

—¡Suéltenme! —grito cuando me tocan.

—Te aseguro que mi polla te va a gustar más que la de tu amo.

—¡No!

Me clavan el cuerpo contra una pared.

—Tranquila, no dolerá mucho. Vamos a dejarte algunas marquitas para que Siniestro sepa con quién se mete.

Sus risas estallan. Gozan al pasar sus navajas por mi cuello. Un grito resuena en mis adentros cuando las hunden en mi carne, hasta que algo suena.

Disparos. Uno, dos, todos en barrida, directo a sus cabezas.

Soy incapaz de respirar porque estoy agarrotada. El sonido de la navaja que cae a mis pies me hace darme cuenta de que están muertos. Tienen huecos en la frente, los ojos abiertos. Su sangre me empapa, y grito al sentir sus cuerpos venirse contra mí. Son tan pesados que me tumban al suelo, dejándome de rodillas.

—Dos heridos y una boca rebelde. Buen inicio, *angliká*.

Escucho una voz… y, en medio de la tormenta, vislumbro la silueta de un ser extraño acercarse. No sé si estoy alucinando o soñando despierta. La escultural forma de un hombre alto, musculoso, de piel bronceada y cabello oscuro hace que me quede quieta.

Su mirada me produce escalofríos. Podría compararlo con un ser mítico, un dios del mal encarnado en humano que regresa de las sombras. Sus ojos son tan azules como dominantes. Es exuberante en cada una de sus facciones; me es difícil sostenerle la mirada.

Mis piernas tambalean cuando se acerca. Me observa de arriba abajo, deteniéndose en mis pezones endurecidos por la lluvia. Su camisa se le pega al cuerpo por el aguacero. Chorros de agua se resbalan por su pecho hasta

desaparecer en sus pantalones. Tiemblo al recordar las palabras de la pelirroja: «Él hace y deshace el mundo. Y tú le perteneces».

—¿Quién eres? —pregunto.

—Tu dueño.

2
PELIGRO INMINENTE

Alaska

Sus palabras rebotan en mi cabeza, y no puedo evitar separar los labios por la conmoción.

«¿Mi… dueño?»

Por un momento, pienso que es una broma. Espero que aparezcan las cámaras de algún programa de televisión para anunciar que todo fue un montaje, pero mi ilusión se quiebra cuando lo miro de nuevo.

Imponente. Altivo. Criminal.

El aire se queda atrapado en mi pecho. El corazón me late tan fuerte que lo siento retumbar en los oídos. Intento respirar, pero me quedo paralizada cuando sus ojos me atraviesan, esperando que baje la mirada como lo hacen sus súbditos. No lo hago.

—¡Perra! ¡Cómo te atreves! —sisea la pelirroja, fulminándome con la mirada, al igual que los otros—. Amo, es una insolente. Necesita un escarmiento. Nosotros…

Él levanta una mano y ella se calla. Baja la cabeza, al igual que los demás.

Es entonces cuando me doy cuenta: todos sus matones llevan el mismo tatuaje. Un dragón sin cabeza, en forma de *ese*, cubre sus brazos. Solo él tiene la figura completa en el pecho.

Su mirada me quema. Un solo respiro más y me deshago por completo.

—Usted no es nada mío. No tengo dinero ni posesiones. No le serviría de nada.

—¿Eso es lo que crees?

—Es la verdad. Le juro que no diré nadie lo que pasó aquí. Déjeme ir.

—Ahora me perteneces.

Tuerce los labios, y ni siquiera necesita hablar más. Sus hombres ya están encima de mí.

—¡No! ¿Qué hacen? ¡Suéltenme!

Me atan las manos y me empujan para que camine. Por más que hundo los pies en la tierra, no logro detenerlos.

«¿Me van a matar?»

Mi garganta se cierra por el pánico. Mis gritos no les importan.

—Terminen con la basura —ordena él.

Enseguida, escucho los disparos.

Sus hombres masacran a los criminales que nos atacaron al bajar del avión.

«¡Por Dios!»

Cortan cabezas mientras los hombres imploran, a las mujeres les aplastan los pechos, arrancan brazos, piernas y orejas. Todo mientras ríen. La tierra se tiñe de rojo frente a mis ojos.

En poco tiempo, más de quince cadáveres yacen con los rostros desfigurados, sin labios y con los dedos cortados. El miedo me consume al pensar que seré la próxima víctima.

—No queda rumano vivo, mi señor —dice uno de sus súbditos, sin mirarlo a la cara. En realidad, ninguno lo mira de frente—. Se han eliminado a los hombres del enemigo. ¿Quemamos los cuerpos?

—No. Quiero que los vean. Y también a ella.

Se abre paso entre los hombres mientras dejan caer mi ropa entre los cadáveres. Trato de hablar, pero los tipos que me sostienen presionan mis ligamentos para callarme. Aquel hombre solo me ignora, sigue con sus ínfulas pedantes hasta que se detiene frente a una *hummer* negra.

—¿A qué fortaleza trasladaremos a la señorita?

—A ninguna. Que la lleven a mi isla. Ella vendrá conmigo.

El súbdito abre la boca.

—Pero... no ha sido preparada. Tampoco tiene instrucciones sexuales para su placer, y mucho menos entiende...

—Entenderá —es lo último que dice antes de subirse en su camioneta.

Su palabra es ley. El súbdito inclina la cabeza como si adorara a una divinidad. Otro hombre me empuja hacia un auto.

El aire me falta. «¿Me asesinarán? ¿Me violarán? ¿Pedirán un rescate?»

La desesperación me nubla. Trato de calmarme, pero el miedo me quema. Mis pensamientos van y vienen mientras me empujan contra los asientos de cuero. Mis ojos arden al pensar que nadie notará mi ausencia.

Desde los quince años, vivo sola. Mis vecinos apenas saben que existo, a mis compañeros de trabajo no les importo y mi novio pensará que decidí no casarme con él.

Tengo que hacer algo. Leonardo debe notar que desaparecí. Necesito darle alguna señal.

El vaivén del auto me marea mientras los hombres ríen. Uno de ellos se acerca. Es bajo, musculoso, calvo, con un diente de oro que lo hace ver aún más repugnante. Sus ojos se posan en mis pechos, y me cubro como puedo con las manos atadas.

—¿Qué pasó, gatita? ¿Tienes hambre de polla? No sabes las ganas que tengo de vaciarme en tu boquita. ¿Te gusta la leche griega?

—¡Cerdo asqueroso! —Le pateo las bolas cuando sus manos rozan mis piernas—. No te atrevas a tocarme.

Los otros hombres se ríen. Se sulfura cuando lo dejo en ridículo.

—Menuda puta. —Me toma del cabello—. Quieres saber cómo pega mi puño, ¿eh? No eres más que una zorra con suerte, pero no vivirás por mucho tiempo. Solo servirás para abrirle las piernas al amo y, cuando se aburra de ti, créeme que yo seré el primero en meterte la polla.

De un tirón, rompe mi ropa y me arroja al otro asiento. Mi espalda choca contra algo metálico, y una lágrima resbala por mi mejilla.

«No llores, Alaska. No les des el gusto».

Al aterrizar, soy obligada a subir, vendada, a un barco. El calor azota peor que antes, pero al menos el sonido del mar me calma un poco. Me hago bolita contra el filo metálico de las barandillas, pensando en si debería tirarme al agua para morir triturada por tiburones. Quizá esa sí sería una muerte digna y no en manos de este psicópata. «¡No vas a rendirte, no puedes rendirte! Tienes muchos sueños que lograr». Mi cabeza da golpes mentales. Desde que llegué, no tengo conciencia del tiempo. Tampoco sé cuántos días han pasado desde que me secuestraron. Me transportaban de un lugar a otro drogándome. Lo único que recuerdo son voces de mujeres gritando mientras mi cuerpo tiritaba de frío.

Un fuerte dolor de cabeza me azota. Mis párpados están tan agotados que me es inevitable cerrar los ojos y, en medio del limbo del sueño, escucho el nombre de mi novio en las voces de aquellos hombres.

—Tres millones de libras es lo que vale su culo. Es el precio por el que la ofertarán en los burdeles. —Leonardo Bristol jamás podrá pagar lo que vale. No volverá a ver a su puta.

—¿Qué harán con ella?

—El amo no ha dicho nada. Tampoco nos cuenta sus planes, pero es extraño que haya pedido que vaya a su isla, en vez de las fortalezas de aprendizaje sexual. —¿Se preparará para ser una *skýla*?

—¿Esta? ¿Una *skýla*? No tiene nada de clase, tampoco se le ve con dinero. Es solo una pobre perra desafortunada.

Se burlan.

—Bueno, fea no es.

—Ser bonita no es el único requisito para ser esclava de Siniestro. Al amo no le gustan las muertas de hambre, tampoco las mujeres sin experiencia. Imagínate… la matará con su polla. —Ríen—. Para mí que será solo una sirvienta. Antígona no quiso decir más; se trae un secreto entre dientes que no quiere contar.

Hacen una pausa, y siento cómo la tensión sube. No puedo verlos, pero percibo que cuchichean palabras que ya no logro entender. Lo que sí está claro es que toda esta gente tiene algún tipo de trastorno al venerar a ese hombre.

Siniestro, repito su nombre en mi cabeza, sin querer saber por qué lo llaman así.

Trato de no perder la cordura. Por un momento, mis pensamientos me agotan. Dormito con la angustia en la garganta, sin ser consciente del tiempo. De pronto, el motor deja de sonar y me vuelven a sacar a empujones.

—Vamos, puta. Tu nueva vida te espera.

Del barco caigo de cara al agua. Sigo amarrada, y mi cabeza hace lo posible por salir a flote, pero parece que se divierten intentando ahogarme.

—¿Eso es todo lo que tienes?

Me jalan de los cabellos hacia arriba. La gran bocanada de aire que doy resuena tan hondo en mis pulmones que me estremece.

Sus risas atacan mi paciencia, pero ahora soy más cauta. Callo cuando quitan la venda de mis ojos. Me mantengo en silencio observando todo lo que puedo: entradas, salidas, vías de escape. Todo el lugar parece de otro planeta.

Mis pies se hunden en la orilla mientras admiro la vista. La isla es como una montaña gigante. No hay nada alrededor más que mar turquesa, una extensa vegetación y grandes portones de hierro que cubren una ciudadela majestuosa.

Me obligan a subir escaleras mientras el hombre encargado de mí se va por un ascensor gigante. Al llegar a la cima, un auto nos transporta. El camino está flanqueado por grandes jardines que desembocan en una mansión de mármol impresionante.

«¿Esto es real?». Solo lo había visto en películas.

La extensión del palacio podría cubrir toda una manzana de edificios en Londres. Es completamente blanco, con adornos señoriales, una pileta en la entrada y grandes ventanales que le dan un aspecto de lujo.

El viento sopesa las pequeñas gotas de sudor que emanan de mi frente cuando la seguridad llega. Visten diferente a los hombres que me secuestraron: algunos son rapados, otros tienen tatuajes en el cuello. Son más de veinte. Entre ellos se hablan en clave; cuidan este lugar más que a alguien de la realeza.

—Llegó. —Una mujer asiática esbelta, con senos exagerados y labios rojos, me recibe—. Vaya, pensé que era menos… bonita. Habrá que destruirle un poco la cara para que no nos meta en problemas.

—Sabes muy bien las órdenes del amo. No deben tocarla.

—Mi señor siempre me concede privilegios. Es mejor pedir perdón que permiso, ¿no crees? —Sonríe, pero cuando me quiere agarrar, el hombre no me suelta—. A partir de ahora yo estoy a cargo. Tranquilo, no pasará nada..., todavía.

Hunde sus uñas en mi brazo, obligándome a caminar.

Ella es hermosa, su rostro parece el de una reina japonesa. Viste elegante, con ropa entallada y tacones que resaltan su figura. Intento hablarle, pero me quedo muda al subir la vista; más mujeres como ella, de todas las razas y nacionalidades, yacen en medio de una piscina. Me miran con asco.

—La no-anal llegó, queridas. —Se burlan—. Pero ustedes sigan disfrutando.

Me empuja hasta que llegamos a un cuarto oscuro. Sus ojos destellan una ira incontrolable.

—Esta será tu habitación: la de una sirvienta.

—Por favor, ayúdeme. Sé que usted también está aquí por la fuerza. Solo… necesito un teléfono.

—Pobrecita… ¿Quieres huir? —Acaricia mi cabello.

—Por favor, señora, tengo un novio esperándome en Londres. Ni siquiera sé si está bien o si le hicieron algo. —Mis ojos pican—. Íbamos a casarnos hasta que mis hermanos me vendieron a este hombre. Solo quiero que él sepa que estoy aquí. Vendrá por mí, traerá algún tipo de ayuda humanitaria, a la policía. Verá la forma de rescatarme. Si me ayuda, también podría liberarla.

Suelta una risa.

—Cariño..., la policía es la primera arma de corrupción para quienes dormimos en la mafia. —De pronto, sus caricias se vuelven toscas—. Eres tan estúpida. Nosotras jamás traicionaríamos a nuestro amo. Definitivamente, la suerte siempre está a favor de las insípidas. No creo que puedas darle placer a mi señor. Ni siquiera sé por qué te pidió como hembra exclusiva. Solo mírate, eres un desastre.

La miro sin entender.

—¿Es que todavía no te has dado cuenta? Estás pisando la mansión del líder de la mafia griega. Nosotras estamos aquí porque queremos. Nos llaman *skýlas*, sus sumisas. Somos mujeres que trabajamos por dinero y comodidades. No nos quejamos, tampoco tenemos voz. Sabemos disparar, matar a quemarropa, pero preferimos tener horas interminables de sexo con nuestro amo para su placer. Tú todavía no estás lista. No participarás en las orgías, al menos por esta noche.

—¿Orgías?

Su voz me horroriza. Mis ojos se llenan de lágrimas. Me empuja. Toma un látigo en sus manos y lo desliza por mi cuerpo.

—Es mejor que te vayas acostumbrando. El señor exige un comportamiento maduro en la cama, nada de cuerpos malolientes. Deberás estar perfectamente depilada, desinfectada, con labios y tacones rojos todo el tiempo. Usarás el collar de perra como le gusta y nunca dirás que no a nada que él te pida. Es… insaciable, exigente; que te folle es todo un privilegio. —Deja el mango del látigo en mi boca—. Y no se conforma con una.

Aprieto los labios y lo escupo.

—¡Yo no soy ninguna prostituta y no haré nada que exija ese hombre! ¿Cómo puede ser cómplice? ¿Cómo es capaz de permitir tantas atrocidades? ¡También es mujer! ¿Por qué se empeña en hacerle daño a otras?

Curvea sus labios.

—Porque lo disfruto, cariño. Y es bueno que lo sepas: aquí yo soy la que mando y nadie vendrá a quitarme mi lugar, por más bonita que seas. Si estás bien conmigo, te la pasarás mejor; si intentas retarme, yo misma te mataré. ¿Entendido?

—Quiero hablar con ese hombre.

—¿Con el amo? —Ríe fuerte—. Él es Dios y tú no eres nadie. Ninguna puede hablar con él, excepto yo. No se permite mirarlo a los ojos. Debes bajar la cabeza cuando él esté presente y entregar tu trasero. Así de simple, sin preguntas. Entiéndelo de una vez: no vales nada. Te quedarás en este lugar quieras o no. Deberías ser agradecida; por lo menos tienes un colchón. Si hubiera sido por mí, te dejaba en un calabozo.

Me empuja a la cama.

—Mañana yo misma te entrenaré. Voy a meterte el mango del látigo por el culo hasta que te acostumbres a los grandes tamaños. De lo contrario, sangrarás cuando te penetre.

Su mirada retorcida hace que se me erice el cuerpo. Se va y cierra la puerta con llave.

—¡No! ¡No me deje aquí! —grito.

Empujo con desesperación la puerta, golpeando el pedazo de madera con las esposas aún en mis muñecas, pero nadie me escucha. Mi garganta se cansa de gritar sin que alguien se apiade de mí. Me duele la boca del estómago; los labios se me agrietan por la falta de líquido. Recuesto mi cabeza en la puerta, temblando. El lugar es tenue, oscuro, estrecho, y entonces esa sensación vuelve a mí.

—No, por favor…, ahora no.

Una palpitación excesiva me abruma. El cuerpo me tiembla, empiezo a sudar y siento que me asfixio. Pierdo el control al sentir esa punzada conocida en el pecho. Otra vez está pasando: los ataques de ansiedad. Desde que era niña, tengo una extraña fobia. Imágenes de unas manos escondiéndome en

lugares estrechos me persiguen y se activan cuando estoy en momentos de crisis.

Puedo hacerlo. No pasa nada, es solo un cuarto oscuro. Ya lo superé, no debería afectarme. Pero el vértigo me marea; al abrir los ojos, la sensación de que las paredes se vendrán encima de mí regresa. Estar cara a cara con mis más profundos miedos hace que no lo soporte más. Siento mis lágrimas caer.

Estoy secuestrada. Me han vendido a ese hombre. Y ahora seré su mujer.

Mi cerebro solo se ha concentrado en sobrevivir en estas últimas horas, en sobreponerme al horror que viví desde que me drogaron. Ahora que estoy sola, la realidad de mi situación cae como un bulto pesado sobre mi pecho.

«Nadie te salvará. A nadie le interesas», mi mente juega conmigo otra vez.

No… Eso no es cierto. Mis lágrimas ya no se contienen. Exploto con las manos en mi rostro. Lloro lo que no he llorado tratando de hacerme la fuerte, lo que me dolió que mis hermanos me vendieran. ¿Por qué? ¿Qué hice mal?

Ellos eran la única familia que me quedaba. Desde que mi padre murió, me dejaron a mi suerte, y sola he tenido que sobrevivir. Jamás les pedí dinero, tampoco compañía. Por años pasé hambre, comiendo sopas instantáneas de supermercado y bebiendo las sobras del té de los restaurantes donde trabajaba.

Me he ganado la vida como pude, hasta que un día tocaron mi puerta. Se habían enterado de mi boda. Dijeron que querían recuperar el tiempo perdido… Una mentira.

No merecía esto. Por primera vez pensé que tendría algo bueno para mí. Mi pecho duele de tanto sollozar.

—Si tan solo estuvieras aquí… —balbuceo, pensando en Leonardo.

Esos hombres mencionaron su nombre. ¿Qué tendría que ver mi novio con ellos? Se gana la vida con un trabajo digno; jamás podría pagar lo que piden. Es un chico noble y trabajador. El único hombre en quien siempre he podido confiar.

¿Sospechará del secuestro? ¿Imaginará lo que estoy viviendo? Seguro piensa que lo abandoné.

Me levanto con el rostro mojado al escuchar gritos a lo lejos. Son gente que torturan, mujeres que gritan por piedad. No, no puedo quedarme aquí. Me matarán. Tengo que escapar.

—No voy a hacerlo. No seré la maldita mujer de un criminal.

Vuelvo a empujar la puerta, ahora con ira. Entonces, cae un pequeño tornillo en mis manos, y me doy cuenta de que las esposas ceden.

Una idea peligrosa se apodera de mí.

3
MI MUJER

Siniestro

Recuesto mi cuerpo en el asiento del avión mientras bebo el último trago de bourbon que me relaja. El olor a sangre aún se impregna en el ambiente. A lo lejos, la bolsa transparente que contiene las cabezas degolladas de la gente de Viktor Smirnov, el líder de la mafia rumana y uno de mis mayores enemigos, sigue apilada en una esquina.

Sus ojos servirán para llenar mi frasco de colección o, tal vez, para dárselos de comer a mis animales. Otra vez falló, como cada una de las veces que intentó atacarme. Con él cayó quien un día llamé hermano: Leonardo Bristol, el malnacido que se alió con mi enemigo para traicionarme.

Ahora soy yo quien maneja la mayor parte de los negocios de droga del Mediterráneo. Les duele su fracaso, pero más que me haya robado a la única persona en el mundo que ama el día de su boda.

Alaska Wells. Mi presa. La mujer de mi hermano que ahora me pertenece.

Aún puedo saborear su nombre. Su boca rebelde y atrevida me entretuvo cuando peleaba con esos perdedores. La observaba desde mi auto, con mi arma en mano, a punto de dispararle, pero esos labios marcados y sus ojos azules se volvieron fuego en mi mente.

Alta. Castaña. De mirada valiente.

No había visto su rostro hasta ahora. La rojez en sus mejillas, su piel de porcelana...

Se atrevió a mirarme de frente sin bajar la cabeza y, mientras trataba de ocultar su miedo, mis ganas aumentaban.

Ni siquiera Bristol imagina lo que haré con ella.

—Mi señor. —Otto me interrumpe—. Estamos llegando a la mansión Van Loren.

El avión aterriza. Entro en la mansión que diseñé para mis placeres y lo primero que veo son a las *skýlas* que me esperan; sin embargo, los ojos

rebeldes que busco están ausentes.

—Estaba esperándolo, amo.

Yuri, la puta japonesa, desvía la vista hacia abajo cuando la miro. Es una de las esclavas más antiguas; sabe cómo entretenerme. Soba sus tetas por mis músculos, cual gata en busca de alimento.

—Me preguntaba si mi señor también tenía ganas.

Sabe lo que necesito. Una seña basta para que todo el mundo se largue, dejándonos a solas. La mansión tiene más de tres salones privados; uno de ellos está destinado a mis gustos personales.

Al entrar, veo a diez *skýlas* que se arrodillan esperando su turno. Todas con collares de cuero adornados con diamantes. De aquellos salen unas cadenas; si quiero, las arrastro o las asfixio. Si se me antoja, tiro de ellas. Me complace ver sus ojos excitados, deseosos de que las toque.

—Pido tener el privilegio de ser la primera —habla Yuri.

—¿Por qué?

—Porque me encanta ser su puta. Me tiene mojada desde hace días, amo.

Se abre la bata, dejando ver sus tetas grandes y redondas. También trae el collar, pero sin la cadena, por ser la líder. Le doy permiso para que me toque. Besa mi estómago; la punta de su lengua se desliza por las venas hinchadas que se pierden en mi pantalón y cae de rodillas.

—Buena chica.

Introduzco mis dedos en su cabello y tiro de la cadena de otras dos más para que se acerquen, mientras las demás se desnudan, listas para ser tomadas cuando yo quiera.

Las tres que elegí babean mi abdomen bajo. Yuri desata mi correa; con los dientes baja el cierre de mi pantalón hasta que cae a mis tobillos, dejando ver mi verga dura.

—Laman —ordeno.

La japonesa sonríe al ser la primera. Los ojos le brillan, los pezones se le erectan al acercarse a mí. Gime mientras empieza a sobarme la entrepierna para luego chuparme los huevos.

—Qué bien sabe, amo.

Se da su tiempo, recorre mi extensión hasta que llega a mi punta. Traza círculos con su lengua para luego meterse la cabeza. Es hábil y sucia, pero las

demás también pelean. Me la mojan con sus lenguas. Ahora son tres en mi verga: una en el glande, otra en el tronco y la última en mis huevos, todas mamando cual crías hambrientas.

El sonido de sus labios alimentándose me prende. Sus dientes me raspan y pronto mi pene se empapa de su saliva, que parece desbordarse a chorros por todas partes.

Me llevo un trago a la boca en medio de sus orales. A lo lejos, las que no llamé empiezan a tocarse entre ellas. Ver sus culos rosados, pulcros, listos para ser montados, me excita.

Hoy quiero secarme; tengo la verga cargada de tanto semen que espero volcarme por completo. Empujo el cráneo de la japonesa hacia mí para acelerar el acto. Escucho sus gorgoteos, la respiración empieza a pesarme al sentir su garganta pequeña. Entonces, mi mente trae a mí un espejismo: labios rosados, pezones erectos, frágil, sucia… Una mujer de ojos azules que tiembla.

«Usted no es nada mío». Su voz resuena en mi cabeza.

Estoy empapado. Aprieto el cabello de mi esclava dándole aún más duro. Yuri gime mientras pienso en mi presa. El sonido de asfixia que desprende su boca me remece.

Las *skýlas* siguen haciendo su trabajo; se esmeran por hacer que me corra, pero, aunque lo hicieran, ninguna ha llegado a saciarme por completo. Tengo que follarlas varias veces para sentir que me seco como me gusta.

—En cuatro —ordeno a las demás. Voy a partirlas ahora.

Hago a un lado a la japonesa. Las otras *skýlas* levantan sus traseros, listas para que las folle. Pero al extender mi vista, una silueta llama mi atención. Se esconde en el marco de la puerta, asustada.

Al inicio pienso que es un espejismo, pero su sombra la delata. Alaska Wells permanece quieta, agarrotada, con la misma ropa con la que la trajeron. Se queda atónita mientras las *skýlas* hacen su trabajo. Vuelve a asomar la cabeza y sus mejillas se enrojecen cuando nota mi mirada.

«¿Cómo carajos logró salir de la habitación a la que mandé que la metieran?». Debería irse, pero sus ojos tienen una extraña chispa que me llama.

Sigue sin bajarme la vista, me provoca, vuelve a romper una de mis reglas. Podría azotarla, amarrarla, destruirla, pero es más rica la idea de mi cuerpo montando el suyo.

Me llevo otro sorbo de whisky sin quitarle los ojos de encima. Una gota de bourbon cae por mis labios, la siento deslizarse en mi pecho hasta la boca de mis esclavas, que lamen el exceso de mi polla.

La fantasía cobra realidad cuando aparto a las *skýlas*, mostrándosela. Mi pene salta duro hacia arriba, cobra tanta vitalidad que parece desbordarse. Ella entreabre los labios y la cara se vuelve roja. Entonces, siseo:

—Pruébalo, niña.



Alaska

Me atraganto con mi saliva después de verlo de frente, y un nudo se forma en mi garganta. Quiero moverme, salir de ahí, ¡correr! Pero mis pies se quedan pegados contra el suelo.

La boca se me seca al verlo desnudo. Sus músculos parecen de hierro. Todo él está lleno de marcas. El tatuaje de dragón que posee en su pecho se ve aún más grande, pero más… lo que se le hincha entre las piernas.

Mis ojos se quedan mirando su miembro largo, ancho, erecto frente a mí, y de inmediato desvío la vista.

¡Por Dios! Las orejas me queman de la vergüenza. No sé qué hacer o decir, de reojo miro cómo se mueve. Me es inevitable no volver a ver los músculos que se le remarcan, las venas hinchadas en su zona V que parecen cargar algo que pesa.

«¿Qué diablos estoy pensando? ¡Me acaba de descubrir!»

Aquella imagen de un demonio griego que es masturbado por mujeres sexis me da vueltas en la cabeza. Mi piel suda cuando vuelvo a voltear, llegar hasta el recibidor me parece un suplicio. Solo me muevo por inercia.

—No te he dado permiso para que te vayas, Alaska.

Su entonación sonó como un *«Aliska»*. Dura, profunda, caliente.

—Pruébalo. Lámelo. Pásalo por tu garganta.

«¿Qué?». Entreabro los labios.

—¿Quién se cree?

—Tu dueño y tú mi hembra.

—Usted no es mi nada.

—¡Manos atrás, perra! —grita uno de sus escoltas, apareciendo con más de cinco hombres que me apuntan.

Ahora sí estoy jodida. ¿Qué clase de estúpida soy? Cuando me escapé de aquella habitación pensé que iba a encontrar una salida rápida, sin saber que iba a meterme en la boca del lobo.

—¡Arrodíllate ante tu señor! —Me quedo inmóvil—. ¡Que lo hagas, te digo!

El guardia presiona mis brazos hacia atrás para ponerme de nuevo las esposas.

Las *skýlas* corren por el escándalo. De reojo puedo notar sus pies descalzos. Al ver que hay más gente en la sala, los guardaespaldas me empujan.

—¡Suéltenme!

Son bruscos y demasiado violentos cuando me muevo. Es obvio que están nerviosos, exageran sus movimientos porque le temen a aquel psicópata.

—Largo —demanda Siniestro. Las *skýlas* se van, pero la única que no se mueve es la japonesa—. La orden va para ti también, Yuri.

—Pero, amo... Jamás interrumpimos nuestras sesiones placenteras.

—¡Fuera!

La mujer desaparece.

—Mi señor, perdóneme la vida —dice un hombre de cabello trenzado y tatuajes en la cara—. Le juro que no volverá a suceder. Ni siquiera sé cómo la señorita logró salir de…

El ruido posterior me hace saltar. Un balazo. ¡Le disparó a sangre fría!

Mi garganta duele por el grito que doy cuando su cuerpo impacta en el suelo. Cae con los ojos abiertos, un hueco de bala en su frente. Mi cuerpo empieza a temblar. Un ser humano no vale nada en este lugar.

Los otros matones recogen el cadáver. A nadie le afecta lo sucedido; por el contrario, se encargan de limpiar el desastre en segundos, como si esto fuera algo de todos los días. Luego me obligan a ir contra la pared.

Mi cuerpo sucumbe. Me quedo parada mirando el cemento, aún con las manos esposadas, sin saber cómo me castigarán.

—Siempre desafiando las reglas, *angliká*.

—Usted es un criminal.

—Lo soy —ironiza—, *efcharistó*. Aunque la muerte de ese hombre ha sido tu responsabilidad.

—Yo no sabía lo que usted le iba a hacer. No aguanto más, no quiero estar aquí.

Las hebras de su correa suenan, se vistió. Cuando se acerca, mis dientes chocan de tensión. El aire se me va.

—¿Qué quiere de mí? Fui yo quien debió recibir esa bala, no su guardaespaldas.

No responde.

—Ya le dije que no tengo dinero. ¿Por qué se empeña en mantenerme aquí?

—Son muchas preguntas para una majadera como tú.

—Por favor…, déjeme ir —vuelvo a implorar—. Tengo un novio afuera esperándome. Su nombre es Leonardo Bristol y voy a casarme con él.

Grito al sentir cómo me toma de la nuca para voltear mi cuerpo y obligarme a verlo otra vez.

—Quiero esa boca para mí, no para decir estupideces, ¿entendido? —susurra.

Debería moverme. Debería estar aterrada cuando sus dedos suben por mi rostro para hundirse en mis cachetes; en cambio, siento cómo una extraña corriente eléctrica pasa sobre mí.

—Mi novio no es ninguna estupidez.

Me armo de valor, aunque mi cuerpo tiembla bajo su toque.

—Ahora eres mía, Alaska. Me perteneces.

Suelta la presión en mis mejillas. De pronto, sus labios están cerca de los míos.

—No —susurro bordeando su boca—. No soy de su propiedad. Ni ahora ni nunca.

Mis pezones se vuelven duros cuando une mi cintura a la suya. Dejo de respirar al sentir cómo sus dientes atrapan mi labio inferior con fuerza. Su

aliento me embriaga. Lo chupa, secando hasta la última gota de saliva antes soltarme.

—¿Qué tanto amas a Bristol, niña? ¿Lo suficiente como para sacrificarte por amor?

Curvea sus labios. Sus intenciones brillan.

—No se atreva a tocarlo.

—¿Por qué no lo haría? Es un pobre diablo que terminó llorando cuando no llegaste al altar.

—Cínico. Canalla.

—Son insultos muy pobres para mí.

Toda la cólera, el llanto acumulado y mis miedos salen de golpe.

—Usted es solo un maldito asesino. Un hombre que necesita pasar sobre inocentes para sentirse más grande. Una mierda.

Me empuja contra la pared.

—Suficiente. —Aprieta mi cuello—. ¿Quieres probar mi poder, *anglikâ*? Si ya sabes que estás en el infierno, no enciendas más el fuego que no podrás soportar.

Su miembro me roza. Parece gozar al sentir cómo me voy quedando sin aire.

—No le tengo miedo. Máteme de una vez.

—Esa sería una salida muy fácil, y no es eso lo que busco. Hay una sola cosa que quiero. Si lo haces realidad, te concederé un solo deseo.

—¿A cambio de qué?

Sus ojos se oscurecen.

—Noventa días siendo mi esposa, mi mujer ante el mundo de la mafia y, por las noches, mi amante. Quiero montarte como me gusta, poseer esa boca rebelde sin control, pasar por tu garganta todo lo duro que se me antoje. Sé mi mujer, Alaska Wells. Cásate conmigo.

4
NOVENTA DÍAS

Alaska

Inhalo y exhalo rápido ante los ojos de ese hombre.

No puedo contener la ansiedad. Las manos me pican, un escalofrío recorre mi espalda, y los músculos de mi cuello se contraen. ¿Su mujer?

—Cada paso que des tiene una consecuencia. Te quedan un par de horas para darme una respuesta. Es todo o nada, *angliká*.

Chispa. Sus ojos arden junto a los míos. Me quedo muda cuando quita su mano de mi piel y hace una seña para que sus guardias me lleven.

Sus palabras me dejan confundida. Siento como si mis piernas temblaran mientras camino a quién sabe dónde.

—¡Suéltenme!

—Tú te lo buscaste, te ganaste este lugar. —Un hombre me toma del cabello—. Vamos a ver si con esta aprendes, zorra.

El camino ya no es hacia la habitación de las sirvientas, sino a lo que parecen unos calabozos. Bajamos por sótanos y, al llegar, el olor a orín infesta mis fosas nasales. El panorama es horrible: algunas mujeres están colgadas, otras claman auxilio con sus caras entre los barrotes.

Me liberan las manos solo para empujarme a una celda. Mi cuerpo cae de cuclillas. Me arrimo a una esquina del lugar, alejándome de las ratas que pasean por todas partes. El frío cala hasta mis huesos, y me abrazo a mí misma sin saber qué pensar.

«Noventa días siendo mi esposa».

No puedo quitarme la propuesta de ese hombre de la mente. Si quisiera una esposa para presumir, yo sería la menos indicada. No puedo casarme con él. Eso sería como suicidarme en vida.

—¿El señor te reclutó también? —Una voz femenina me sobresalta.

La luz que entra por el hueco de la ventana parece alumbrar una silueta que se mueve. Al voltear, me doy cuenta de que hay alguien más en esta celda.

Ni siquiera percibí su presencia. Me acerco sigilosa hacia donde está, pero somos divididas por una reja.

—¿Quién eres? —pregunto.

—Briana.

—¿Estuviste aquí todo este tiempo?

—Me trajeron hace poco porque hay nuevas cautivas. Somos casi veinte ahora. ¿Tienes algo de comer?

—No... —susurro—. Ven aquí, ese rincón está infestado de ratas y está muy oscuro.

Intento abrir la reja, pero una corriente pasa por mis manos. Son barrotes con electricidad.

—De todas maneras moriré. Ya no me importa.

Espero algunos segundos, pienso en algo que pueda usar, pero es en vano. La silueta se mueve hacia el lado izquierdo, justo donde la luz alumbra y, al descubrirse, me congelo.

—Soy horrible, ¿verdad?

Es una pequeña hecha de huesos: delgada, llena de golpes, muy desnutrida.

—Di la verdad. Te doy asco.

—No, pero deberías ver a un médico. ¿Quién te hizo esto?

Tiene una parte del cuero cabelludo trasquilado y con cicatrices.

—Ellos. Los hombres que me toman.

—Por Dios…, eres solo una nena.

—Ya llevo más de un año aquí. Me vendieron, o al menos eso creo. He pasado de amo en amo sin dirección. Ahora quieren enviarme a Estados Unidos, si es que no me usan para la comida de los leones que trafican.

Mis ojos se pierden en su rostro. Está tan débil y resignada que me duele el corazón solo de mirarla. Parece no haber dormido; el rostro se le nota pálido. Me empieza a preocupar.

—Tengo mucha hambre —murmulla—. Por favor, compárteme tu comida. Te lo ruego.

—No tengo comida.

—¡La tienes y la escondes como las otras cautivas! —suena agresiva—. Eres mala.

—Te juro que no tengo nada, cariño. Mira.

Le muestro mis manos, y parece resignarse.

—¿Dónde está tu familia? —añado.

—En la selva de Sudamérica, pero jamás los volveré a ver. Mamá me regaló a una señora; papá decía que era mucha carga tenerme en casa con ocho hermanos y que debía sacrificarme por ellos. Pero yo no quería.

Algo en mí se rompe cuando noto sus lágrimas. Algo se aprieta en mi garganta.

—Lo siento mucho.

—A veces pienso que es mejor morir, pero antes de hacerlo quiero comer aunque sea un poco.

Su llanto rompe mi alma. Me siento en el suelo lo más cerca de ella, con las ratas aún merodeando, y trato de consolarla.

Maldigo a esos hombres por todas las cosas asquerosas que han hecho. Me cuenta que la forzaron. Ha trabajado como dama de compañía para muchos líderes de la mafia. Por ella descubro las atrocidades que existen. Es difícil no quebrarse cuando, con una ilusión casi infantil, me cuenta sus sueños.

—¿Entonces te gusta Hannah Montana? —pregunto.

—Sí. Veía los capítulos a escondidas. Siempre quise ser como ella.

Tiene más edad de lo que aparenta; sin embargo, sus pensamientos se quedaron en una niñez perdida. El golpe de realidad azota mi mente cuando me enseña sus moretones en la espalda, los brazos y entre las piernas. Uno de sus amos tenía el fetiche de prender fuego a sus sumisas antes de violarlas. Sin ningún tipo de escrúpulos, la tomaron más de cuarenta hombres hasta ahora.

Le pido que cante mientras mis dedos intentan calmar un poco sus ansias de muerte. Me pica toda la mano al traspasar las rejas con electricidad. A ella le duele tomar la mía, pero la sensación de alivio al estar acompañadas supera el dolor en nuestros dedos.

Me cuenta que ama las tartas de frutos rojos, sus favoritas. Solo las probó una vez porque no tenía dinero para comprarlas. Conozco esa sensación. Verla es como verme a mí misma a su edad, rogando por una oportunidad en la vida.

La sonrisa se me borra al notar cómo sus ojos brillan cuando habla de comida. Pasamos largo rato conversando, y es inevitable escuchar cómo las voces de otras mujeres rehenes van apagándose. Siento un nudo en el pecho por no saber qué harán con ella.

—¿Tú no eres de aquí, cierto? Hay más mujeres abajo que lo dicen. Todas hablaban de una chica nueva, inglesa, la nueva adquisición del señor Van Loren.

—¿El señor Van Loren?

—Siniestro es como le dicen en la mafia, pero su nombre real es Markos Van Loren.

«Markos Van Loren».

—Mis anteriores amos lo mencionaban. Un hombre tan sangriento como poderoso. Es el dueño de casi todas las empresas importantes de Grecia: aviones, navíos, pesqueras, casinos, farmacéuticas…, de todo. Pero, en realidad, es su careta para lavar dinero de la droga.

—Debí suponerlo —digo con ironía.

—Las drogas que trafica son las más buscadas en Europa. Dicen que esos polvos crean dependencias brutales en quienes las consumen. Lo he visto en esclavas; a veces las usan para probar sus efectos.

—¿Usa a las esclavas como experimentos?

Asiente.

—A todas las que están aquí las prueban hasta la muerte. Gritan por abstinencia.

—Infeliz —digo entre dientes—. Ojalá se muera.

—¡Shh! Si te escuchan, te matan. El señor Van Loren es invencible, casi un dios. Todo el mundo le teme. Es el amor imposible de muchas. ¿Tú serás una *skýla*, cierto?

Exhalo rápido.

—No lo sé.

—Pareces una muñeca, como la de *Frozen*, pero con cabello castaño rubio. Yo creo que sí eres una de ellas. Solo las mujeres más bonitas son sus *skýlas*. Al final, te conviene; sus sumisas tienen una buena vida. El amo las llena de lujos, les compra departamentos, diamantes, una pensión de por vida, aunque…

—¿Aunque qué?

—Terminan con el corazón roto. Todas acaban enamorándose de él. Es guapo, millonario, con gran poder en la mafia. Las esclavas dicen que no pasa de los treinta años y ya tiene el mundo a sus pies. Se vuelven adictas a su infierno.

—¿Quién podría querer a ese hombre? Es totalmente despreciable. No quiero estar aquí. Mi novio debe estar buscándome.

—¿Tienes un novio?

Asiento.

—Me iba a casar el día que me secuestraron. No sé nada de él ahora, y me preocupa.

Me mira triste.

—No deberías tener muchas esperanzas. Lo matarán —sisea—. Si ahora le perteneces al amo, irá contra tus debilidades. A muchas de aquí les mataron a la familia, a los hijos.

Parece que un cuchillazo me traspasara el corazón.

—No, eso no sucederá. Todo estará bien. Saldremos de aquí y tú vendrás conmigo.

—Luchar contra ellos es peor. Es mejor que no te resistas.

Un escalofrío pasa por mi garganta cuando la escucho. Voy a contestar, pero mis palabras se ven silenciadas por el sonido de su estómago. Las lágrimas cubren su rostro casi de inmediato; me aprieta la mano y no puedo evitar conmoverme.

—Quisiera solo probar un bocado —dice entre llanto—. Solo un poco antes de morir.

Me cuesta pensar en el mundo en que vivimos. En las veces que renegué por alimentarme de sopas instantáneas por no tener dinero, cuando al menos algo podía llevarme a la boca. Otras personas ni siquiera tienen esa oportunidad.

—Comerás, cariño. No te preocupes.

—¿Me prometes que, si llegas a ser una de sus *skýlas*, compartirás algo de tu comida? Por favor, no te olvides de mí. No tengo a nadie en el mundo. Ayúdame.

El pecho me pesa.

—Claro que sí —le sigo la corriente.

—Gracias —dice con inocencia—. ¿Y si me muero antes de comer? Pronto va a anochecer. Las sombras no me gustan; me recuerdan a esos hombres y sus formas rápidas de respirar mientras estaban encima de mí. ¿Sabes contar cuentos?

Se me quiebra el corazón.

—Sí. Te contaré uno. Ahora cierra tus ojitos, descansa.

Me acuesto en el suelo junto a ella.



El cuello me duele cuando abro los ojos. Despierto con la cabeza hecha trizas. No sé cuánto dormí; el frío en mi espalda es incómodo y ahora me levanto tosiendo por la humedad.

—¿Briana?

Palpo el suelo para ver si encuentro su mano, pero no hay nada. Asustada, toco la reja sin escuchar respuesta. No está; el lugar está vacío. Se la llevaron, esos malditos lo hicieron.

—¡Déjame! —grita alguien.

Es ella. Unos hombres la golpean.

—¡Basta! ¡Suéltenla! —Me voy contra los barrotes.

—Cierra la boca, perra.

—¿Por qué no vienes y me la cierras tú, maldito asqueroso?

El provocamiento funciona. No pasan ni tres segundos antes de que la puerta de mi celda se abra. Un grandulón me ataca, y le devuelvo el golpe. Retrocedo cuando reacciona a mi bofetada; me toma del cabello con ambas manos y me lanza contra Briana. Por fin puedo abrazarla.

—Alaska, no debiste… —sisea con pánico.

—Tranquila, todo estará bien.

Por Dios, ni siquiera puedo sentir sus músculos. Es menuda, pequeña, frágil. Se le notan los huesos de lo desnutrida que está. Las manos le tiemblan, al igual que las mías, y luego me abraza con fuerza.

—¿Con qué te gusta lo rudo, eh? Me daré un banquete con dos zorras.

Aquel hombre regresa y me abofetea tan fuerte que la sangre emana de mi boca. Intento levantar los puños para esquivarlo, pero es más fuerte. Escucho los gritos desgarradores de Briana tras de mí; ni siquiera pienso en el dolor, solo en evitar que la toquen.

—¡Deja que la niña se vaya! ¡Maldito cerdo!

Su brazo gordo y pesado cae encima de mí, tumbándome. Siento las manos de Briana intentando tocarme. El llanto en su garganta me da fuerzas. El hombre vuelve hacia mí para patearme.

—¡Basta! —imploro.

—Mátala. —Una voz conocida se suma desde fuera. Es Yuri, con una sonrisa—. Es solo una esclava nueva que será vendida en cualquier mercado.

—¿Estás segura de que al amo no le interesa?

—Al amo no le importa nadie.

Yuri le da un palo al grandulón y lo extiende hacia mí con una sonrisa. Los golpes me marean. Me cubro con los brazos; la sangre brota.

—¡Alaska! —Briana llora.

El hombre tira de mi cabello hacia arriba y me vuelve a abofetear. Caigo al suelo de rodillas. Lloro con fuerza. Lo hago por todo lo que no lloré antes: por la traición de mis hermanos al venderme, el dolor insoportable de perder a mi padre hace años y las veces que tuve que hacerme fuerte siendo aún pequeña.

—¡Déjenla! —Briana lo golpea, y enseguida el hombre va por ella.

Le da una bofetada que la tira al suelo. La patea en el vientre, las costillas y la cara. Me armo de valor para sujetarle el tobillo y clavarle las uñas como puedo. El tipo se queja, pero Yuri me sostiene la muñeca para inmovilizarme.

Me levanta contra la pared con fuerza.

—Te dije que no te metieras conmigo. El amo jamás detiene sus sesiones con nosotras. ¿Qué es lo que planeabas al escaparte? ¿Que te mire? ¿Que me regañe por no haber sido precavida? —Me ahorca con su mano—. Híncate y pídeme perdón.

No contesto.

—¡Que te hinques, perra!

—¡No se atreva! —Una mano detiene su muñeca cuando está a punto de golpearme, y mi cuerpo se desploma.

Aspiro lento mientras mi garganta emite chillidos. El shock nervioso me marea. Siento la tráquea seca y el rostro ardiendo al caer al suelo. Entre el limbo de mi consciencia, los bigotes blancos de un hombre parecen asomarse.

—Señorita Wells, responda. —Palmea mi rostro—. Señorita Wells.

Y esa voz se va perdiendo en el vacío, junto con mi conciencia.



Las flores son blancas y azules; lucen hermosas junto a la imagen distorsionada de un gran ventanal que muestra el mar. Es un sueño. El sonido del agua impactando contra las rocas se escucha cerca, y el olor a flores embelesa mi olfato, como cuando era niña.

—¡Papi, atrápame!

Me imagino saltando en el agua con papá, en medio del frío de la playa de Brighton. Solía decir que estaba loca por querer bañarme en invierno; sin embargo, los momentos con él eran divertidos cuando era pequeña. Papá era todo lo que amaba en el mundo.

Lo extraño. Mucho.

Lágrimas se deslizan por mi rostro. La cabeza me explota como si me pesara, y entonces me doy cuenta de que no fue un sueño. Al abrir los ojos por completo, puedo ver las flores, la ventana con vista al mar y un olor a incienso delicioso.

¿Dónde estoy?

Es una habitación gigante. Las cortinas son hermosas. Hay una redondela de cristal en el techo y lámparas de lujo que la adornan.

Los párpados me pesan. Me remuevo y siento dolor. Tengo curaciones encima, algunas vendas enrolladas en mis piernas.

—No te muevas. Todavía necesitas reposo.

Su voz me seca el alma. Giro la cabeza y no puedo dejar de observarlo.

Viste un pantalón negro, una camisa de lino entreabierta y tiene un vaso de licor en las manos. Su pecho bronceado parece de hierro cuando se acerca. Nada le tiembla.

El aire fresco que entra por la ventana me hace darme cuenta de que estoy semidesnuda. Tengo el pelo limpio, la piel hidratada con un suave aroma a coco que me calma, además de ropa nueva.

—¿Te gusta tu recámara? —Sus ojos siguen quemando—. Traerán comida para ti.

Deja el vaso a un costado mientras se sienta a mi lado. Ni siquiera sé qué contestar cuando levanta mi mentón para ver mis heridas. Explora cada golpe que me dieron. Si fuera un hombre normal, pensaría que se compadeció de mí, pero sus gélidos ojos no transmiten emoción alguna. Más bien parece que le preocupa que dañen su mercancía.

—¿Dónde está la niña? —pregunto.

—¿Qué niña?

—Briana. Estaba en mi celda.

—Es una esclava, no importa. No te muevas.

Me levanto con rapidez, pero todo me da vueltas.

—Necesito verla. Estaba sangrando, tenía mucha hambre y…

Me balanceo; un mareo parece remecer mi cabeza. Las piernas no me responden rápido, me voy de cara al suelo hasta que sus manos me sostienen.

—Siempre tienes que complicarlo todo.

Mi rostro rebota fuerte contra el pecho de Siniestro. La tensión en mis músculos es evidente cuando está cerca. Inhalo su aroma. Huele bien; su colonia varonil parece embriagante, pero el contacto con su piel quema. Intento zafarme de su agarre como puedo y vuelvo a tropezar. Mi boca sube sin querer hasta la altura de su corazón mientras sus ojos se oscurecen.

Nos miramos, y el tatuaje de dragón que tiene en el pecho impone, además de las cicatrices que parecen nacer en su cuello y perderse en su espalda. Son heridas profundas, sobresalientes, tan desastrosas que asustan.

Me aleja como una reacción instintiva, pero el silencio pesa cuando me sostengo de sus brazos.

—Quiero ver a Briana —insisto.

—Se la llevaron hace una hora. No era mía, tampoco me sirve.

—¿Qué harán con ella?

—Eso no es de tu incumbencia.

—Es solo una niña.

—Es una puta. Ya la vendieron.

El corazón no me deja de latir.

—¿La matarán?

—Sí.

—¡Usted es un maldito asesino! ¡Un sádico! ¡Un hombre que no tiene escrúpulos de nada! ¿A cuántas más personas no les ha jodido la vida? ¿Acaso no tiene compasión?

Mis puños impactan en su pecho. Lo empujo, pero toma mi muñeca con fuerza y me aprieta de la cintura contra la pared.

—Esta es la realidad, niña. Las grandes batallas no se ganan con lagrimitas estúpidas. Aquí sobreviven los más fuertes. Lo que estorba, se muere. Incluso lo que más amas.

El dolor cala en mi interior con fuerza. Pienso en Briana, en todo lo que van a hacerle. La violarán miles de cerdos. Terminará como experimento para sus drogas. Descuartizarán su pequeño cuerpo como a los rehenes del calabozo.

Y Leonardo… no.

—Tienes miedo por tu novio, ¿verdad? Ahora piensas en él.

Todo mi cuerpo empieza a temblar cuando me mira.

—¿Imaginas lo que le pasa a una persona acuchillada en la vena yugular? Si está colgado de cabeza con un corte profundo, moriría por un shock hemorrágico —pasa sus dedos por mi rostro—. ¿Sientes su dolor? ¿Su miedo? Los gritos que daría por sobrevivir sin que nadie lo salve.

—Déjelos. Ellos no tienen la culpa de nada.

Los ojos se me llenan de lágrimas sin importarme si se engrandece al verme. Estoy agotada, en un callejón sin salida. No pienso con claridad. Solo quiero gritar de impotencia.

—Se acabó tu tiempo, *angliká*. Mi oferta tiene caducidad.

Me quedo en silencio. Entonces tuerce la sonrisa.

Unos guardias me sostienen de los brazos y la desesperación me remueve cuando se aleja. Va a matarlos. A Leonardo, Briana... Puedo sentir el pánico atascado en mi garganta, sus gritos en mi cabeza.

No puedo permitirlo, no lo merecen. Destruirán sus vidas si no hago algo ahora.

—Acepto.

Se detiene en seco cuando me escucha. Es la única solución, la única manera de protegerlos mientras encuentro una salida. Pero no se la pondré tan fácil.

—Acepto ser lo que usted quiera, como usted quiera, bajo esos noventa días como su esposa, pero también tengo mis condiciones. Lo toma o lo deja.

5
EN SUS MANOS

Alaska

Inhalo suave, con la sensación de amargo en mi garganta. Mi voz sonó tan alto que hasta los mismos guardaespaldas alzaron la mirada. Todavía me cuesta respirar al ver sus ojos sobre los míos. La manera en cómo levanta el mentón para observarme de pies a cabeza.

«Por Dios…, ¿qué acabo de hacer?»

Me tiemblan las piernas.

—No estás en condiciones de ejercer nada. Aquí las reglas las pongo yo, *angliká*.

—Y yo no soy una de sus sumisas. Este es solo un pacto para proteger a quienes amo. No tengo más salida.

Levanta el mentón con un aire entretenido, como si yo fuera alguna especie de payaso que le da risa.

—Eres una hembra difícil… Todo un reto.

Se acerca a mí con sigilo. «¡Corre!», pienso al tenerlo cerca.

¿Quién podría querer a este criminal? Es solo cuerpo, una cara bonita, dinero y nada más. Ha sido capaz de comprarme con mis hermanos, matar hombres delante de mí, encerrarme, permitir que me golpeen, acorralarme sin ningún tipo de respeto.

—Lo toma o lo deja.

Sus dedos se deslizan por mi cuello y algo en mí salta. Sus manos están heridas, algunas marcas de sangre aparecen como rasgaduras entre sus dedos. Esas cicatrices no estaban ayer. Me quedo en silencio, sin quitarle la vista.

—Negociaremos, pero no ahora. Tengo asuntos de trabajo que debo atender. Te veré en la cena. Mandaré algo a mi altura para ti. No quiero que vistas como pordiosera.

«¿Como pordiosera?»

—No iré a ninguna cena.

—Irás, Alaska. Y será esta noche. —Sostiene mi mentón—. No me provoques.

Me suelta con brusquedad antes de irse con el hombre de bigote blanco, quien me hace una venia con una sonrisa. Agotada, dejo que mi cuerpo caiga en la fina cama de esta habitación de lujo. Sus almohadas son de plumas, las sábanas las más delicadas que haya probado en mi vida y, aun así, no puedo evitar sentir que me desarmo.

Una punzada de dolor traspasa mi pecho. Juro que va a pagar caro todo lo que hace. Debo aprovechar cada oportunidad que tenga para huir o intentar pedir ayuda.

No tengo más opción que aceptar, pero no voy a quedarme quieta. Me casaré con él hasta encontrar una salida segura. Alguna cuerda floja ha de tener; mi objetivo será encontrarla para proteger a los míos y, luego, terminará esta pesadilla.

Observo la comida que dejaron en una esquina, mis tripas rugen de nuevo y me es inevitable no sentir culpa al recordar a la pequeña Briana. ¿Qué estarán haciéndole?

Me recuesto en la cama y miro al techo. Siento que esto será un desastre.



Siniestro

Horas después

—¡Devuélveme a mi novia! ¡Juro que lo pagarás!

El humo de mi puro se esparce por la sala mientras se repiten una y otra vez las grabaciones de Leonardo Bristol suplicando por la mujer que ama.

Me complace su dolor, su voz quebrada, el miedo que tiene por perderla. Se le ve ido y angustiado. Mira a la cámara, desesperado, aún con su mísero traje de novio plantado en el altar, exigiendo que le devuelvan a la mujer que ahora me pertenece.

El pasado aún pesa, los recuerdos regresan a mí con un amargo sabor de boca. Dos pandilleros, las calles, su traición. Él siendo nadie, yo el líder del imperio que extermina al mundo.

Desde que era un crío, empecé a labrar un camino solo, levantando un clan de criminales para convertirlo en una organización de sangre y poder.

Nadie me regaló nada. No fui heredero de ningún poder de la mafia. Todo lo que tengo me lo gané a punta de puñales. Ahora domino casi todo el Mediterráneo; desde Grecia hasta el último rincón de Polonia, con drogas únicas que creé. Y tomo con sangre lo que se me antoja.

—Amo, su bourbon. —Una de las tantas putas de mi organización se inclina mostrándome el culo—. Aquí están también los documentos que me pidió esta mañana. Los negocios pantalla van bien, como todo lo que usted toca. Si necesita algo más… estoy a su entera disposición.

Puedo ver la liga de su tanga remarcarse en su falda. La perra me sonríe, no es tan nueva, ya me la ha chupado algunas veces, pero seguro quiere repetir.

—Arrodíllate. —Lo hace y enseguida abre el cierre de mi pantalón, soltando mi pene.

Me la chupa mientras bebo un sorbo de la botella. Tengo la polla dura, pero de nuevo no entra toda en su boca.

—Amo, quiero intentar…

—Cállate.

Se queda inerte mientras me la clavo. Recibe sin quejarse, me gustan las mujeres con experiencia, pero ya empiezo a hastiarme de lo mismo. Nada me llena. Todas me saben igual.

Me corro en una mamada mediocre. Hace un ademán de vomitar la leche que acabo de darle y la miro.

—Déjatelo encima. Quizá arregle tu cara. Ahora vete.

Asiente, sin decir más. Al abrir la puerta, Otto espera que se vaya y entra. Su sonrisa predice lo que ya sabía. Ucrania, ex tierra de Smirnov y Bristol, ahora es nuestra.

—Mi señor, no se ve complacido —se queja el anciano—. Mientras su imperio crece día a día, el de sus enemigos se reduce a nada.

La voz de Bristol suplicando sigue oyéndose a lo lejos. Es lo único que me importa ahora.

—¿Dónde está? —puntualizo.

—En Londres. Tenemos sus movimientos cubiertos. Para esta hora ya debe saber que se quedó sin ningún euro en el bolsillo. También vaciamos sus cuentas bancarias, tal y como ordenó.

—¿Propiedades?

—Ninguna. Las que estaban a su nombre, fueron cedidas con falsos papeles. Se quedó sin nada. No tiene más aliado a quién arrimarse.

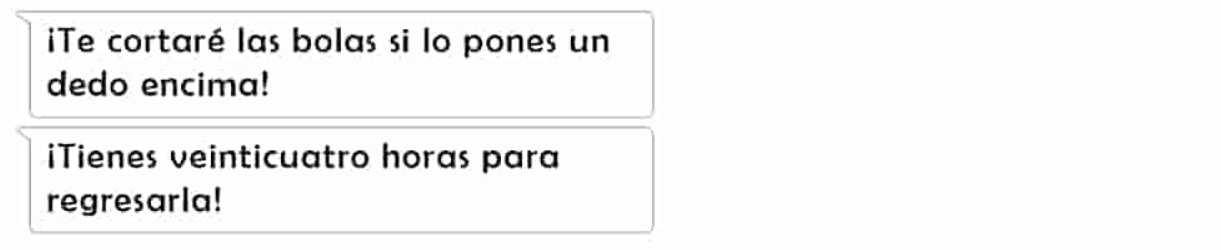
Otto hace un excelente trabajo. Desde que lo saqué de la cárcel, con setenta años, ha sido fiel a mí en todo.

Vuelvo a dar una pitada a mi puro, saboreando cada paso que doy. Bristol está en el punto donde lo ideé. Sin dinero, propiedades ni apoyo, empezará a cometer los errores que necesito.

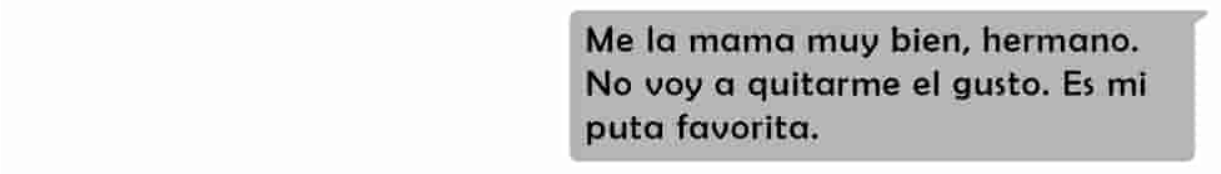
El móvil que el anciano tiene en la mano empieza a sonar y me mira. La pantalla se titula con un código, conecta una señal sin rastreo que reconozco.

—Es él. Ha vuelto a llamar, como todos los días.

Recuesto la cabeza en mi asiento y lo tomo. Una ráfaga de mensajes entrantes congela la pantalla.



Bufo.



Termino de enviar el mensaje, se vuelve loco. Destruyo el móvil mientras mis dedos arremeten con presión en la mesa.

—¿No cree que sea mejor cortar la hierba mala de raíz, mi señor? Le ha dado mucha vida a Bristol. Pudo haberlo matado desde hace mucho.

—Su muerte sería un regalo, su sufrimiento es mi placer. Las traiciones se pagan con creces. Esto recién inicia.

6
LA SEÑORA VAN LOREN

Alaska

No puedo beber ni agua por la sensación de ahogo que tengo. El reloj marca las seis de la tarde; las horas me parecen una eternidad. Después de un buen descanso y medicamentos, me siento mucho mejor, pero no dejo de pensar en si Briana y Leonardo están bien.

¿Qué garantía tengo de que ese hombre cumplirá su palabra? Podría haberme engañado.

El sonido en la perilla de la puerta me hace pensar que es él, pero cuando veo a una skýla de piel morena entrar, el alma regresa a mí. Es custodiada por un hombre que trae bolsas de ropa. Ni siquiera me mira; tiene un collar de dientes humanos en el cuello y, cuando pienso que viene a golpearme, solo me hace una venia. Se retira dejándome a solas con esa mujer.

¿Puede ser esto más vergonzoso?

La *skýla* estaba ahí ayer, semidesnuda, esperando su turno para que la sometan. Trae el cabello ondulado, su piel lisa resalta, al igual que aquellos ojos negros adornados con un bello maquillaje. Sabe lo que seré pronto, estoy segura, pero el hecho de pensar que todas las mujeres de esta casa han pasado por el miembro de ese tipo me incomoda.

—¿Desea algo más, señora?

—No me llames señora. —Exhalo fuerte—. Esta es una farsa. No estoy aquí porque quiero.

—¿Necesita algo más? —vuelve a preguntar—. Mi señor ordenó que hagamos lo que usted decida. Ahora estamos a su servicio.

Me brinda una media sonrisa, pero sé que en el fondo me odia.

—Quiero preguntarte algo. ¿A dónde se llevan a las niñas que trajeron como damas de compañía?

Me clava los ojos.

—No es información que deba decir, señora.

—Te lo ordeno entonces —lo digo. ¿Soné como tonta? Me mira impaciente.

—Hay un centro de mujeres en Paros, una isla lejos de aquí. Las venden al mejor postor. La chica que salió hace horas ha sido separada debido a sus golpes. Posiblemente esté en un hospital clandestino.

¡Lo sabía! Estas ratas jamás soltarían a una mujer aunque no les sirva y se esté muriendo. No puedo evitar sentirme preocupada.

—Yuri fue golpeada de la misma manera que lo hicieron con usted —agrega, sin que se lo pregunte—. Se salvó de morir porque es preciada para muchos en este lugar, pero el carcelero que también la golpeó no corrió con la misma suerte. Murió en uno de los pozos del amo, triturado por caimanes.

Trago saliva.

—Yo no quise que esto pasara.

—Yuri ha sido la skýla mayor por muchos años..., señora —entona lo último con ironía—. Si hablamos de beneficios, está en todo su derecho reclamar por todas las que nos vimos afectadas debido a su intento de escape.

Quiero decir algo, pero mejor me callo. No tiene caso que me enfrente a esta mujer que sufre por no haber terminado un acto sexual.

—Será mejor que se apresure, ya son casi las siete de la noche y el amo es puntual. Pidió que esté vestida para esa hora y ni siquiera se ha arreglado, señora. —Me sonríe con hipocresía—. Podría dispararme si usted no está lista, aunque quizá eso tampoco le importe.

Conociendo a ese psicópata, lo creo, así que asiento y reviso lo que hay en las bolsas. Mierda. Son… atuendos de diseñador. Trabajé por mucho tiempo en tiendas de lujo. Una de estas cosas cuesta más de lo que podría haber ganado en un año.

El vestido gris brillante ilumina mi vista. Hay pendientes y un collar de diamantes. En medio de la ropa también se puede ver la lencería atrevida.

—No voy a ponerme esto.

—Es una orden, señora.

El sujetador también tiene diamantes, pero solo en el área de los pezones. Es de mi talla. ¿Cómo supo este tipo mi talla? Me encuentro con los ojos de la skýla, quien solo me mira con la misión de hacer que me ponga estos atuendos.

—Necesito privacidad.

—No me voy a mover hasta que se ponga eso encima.

—Sal y luego entras. No me gusta que me miren desnuda.

La engaño y asiente.

No puedo negarme a ponerme el vestido ni las joyas, pero sí lo que hay debajo. Me cambio como puedo con el dolor aún en la espalda y, después de un rato, estoy lista.

Tocan la puerta. Escondo la lencería bajo la cama. La morena entra para ayudarme con el cabello y el maquillaje. Me hace una coleta alta para luego pintarme los labios de rojo.

—Soy maquilladora profesional, no se queje. —Entrecierro un ojo, no por el labial, sino por las heridas. Es brusca para tocarme la cara, tarda lo que creo son veinte minutos y, cuando termina su trabajo, me deja muda.

Lo que veo frente al espejo es... extraño.

—¿Qué? ¿No le gustó? —agrega la morena, fastidiada.

Si Leonardo me viera con este vestido, seguro se enfadaría. Mis discusiones con él eran interminables porque odiaba que luzca mi cuerpo.

—No es eso, solo que… me siento rara. No estoy acostumbrada a maquillarme, tampoco a usar ropa tan lujosa.

—Tendrá que acostumbrarse, el amo tiene estándares altos y no se acuesta con cualquiera. Ya está esperándola. —Mira su reloj—. La cena será en el jardín Firenze, de uso exclusivo del señor.

¿Jardín Firenze?

Los nervios me revuelven el estómago. Tengo que ser fuerte, no sucumbir ante sus provocaciones, lograr un buen acuerdo. Es más que seguro que intentará sacar ventaja. Debo ser más precavida, inteligente, audaz para lo que quiero.

«Esta es solo una farsa, la única opción que tengo para salvarme y proteger a quienes amo». Me repito.

Con la ayuda de su brazo, trato de caminar bien sobre mis tacones. No es que los odie, pero soy más una chica de zapatillas. Bajamos las grandes escaleras de mármol y no andamos mucho hasta llegar al jardín principal, donde hay un vehículo que me espera.

—Señorita —dice uno de sus hombres.

¿En serio hay que usar un auto para moverse de un lado al otro en este lugar?

A medida que avanzamos, otra cara de esta mansión salta a mi vista. Tienen una fijación con las flores. Estamos rodeados de especies que no había visto jamás en mi vida y también hay girasoles, por lo menos en cada cuadra del lugar.

Después de largos minutos, el auto estaciona. No había notado la trenza del hombre de bigotes. Está vestido de blanco, muy formal, y me abre la puerta con rapidez. El viejito parece ser amable, por lo que sonrío. Me ayuda a bajar e intento tomar su mano, pero me la niega.

—Disculpe, no podemos tocarla por respeto al señor Van Loren. A partir de ahora, señora mía, nunca nadie más la mirará a los ojos. Ni siquiera yo.

—¿Cuál es tu nombre?

—Otto.

—Por favor, Otto. Esta es una tontería.

Solo me sonríe. Me estremezco en medio de la caminata. Cuando por fin llegamos, la gran puerta de vidrio obtuso se abre y quedo con la boca abierta. Jamás había visto un jardín tan grande. Es aún más amplio que el local donde trabajaba en Londres, atendiendo clientas de lencería, y huele exquisito.

Mi sonrisa se borra al verlo aparecer. La camisa blanca que tiene entreabierta deja entrever sus músculos y solo me quedo muda. Permanece con una cruda sonrisa. Me mira de arriba abajo, retándome, y casi de inmediato mi rabia sube. Camino con la cabeza en alto, sofocada por lo que haré pronto. Trato de silenciar las culpas en mi mente.

—Aquí. —Me sostiene de los brazos cuando mi tacón se hunde en la tierra y me ayuda a sentarme—. Estás... follable.

«¿Puede ser más directo?»

—¿Desean mis señores un poco de vino? —Otto nos sonríe.

—No —digo.

—Sírvannos uno blanco.

—No bebo —refuto—, tampoco me gusta el vino blanco.

—Te gustará después de esta noche.

Parpadeo sin entender.

—Espero que la cena sea de su agrado —agrega el anciano, destapando los platos. Es carne asada, ensalada y algunas especias.

Todos desaparecen después de unos minutos, incluso la seguridad de ese tipo. Me pone nerviosa su presencia, sus ojos se clavan en mis senos y empiezo a pensar si no le dan asco mis moretones. Mi labio está reseco, la mujer morena tuvo que ponerme hidratante para que resbalara el labial rojo.

—Come.

—No entiendo por qué hace toda esta farsa, no es una cena de placer.

—No te lo estoy preguntando. Come o te abro la boca yo mismo.

Es un animal.

Llevo un poco de vino a mis labios, pero el alcohol hace que ardan más mis heridas.

—Te casarás conmigo esta noche.

Casi escupo lo que trago.

—¿Qué?

—En el otro ambiente hay un juez, las *skýlas* y Otto serán los testigos.

¿Qué psicópata lleva a su boda a sus propias amantes?

—No.

—Come rápido y no hagas malditos dramas.

—Usted está demente.

—La luna de miel se pospone, tengo algunos asuntos que atender ahora.

—¡He dicho que no! —Alzo la voz—. Ni siquiera he negociado mis peticiones.

Traga como si mi palabra no valiera nada. El silencio se me hace pesado, pero aún más la pedantería que se maneja. Esta no es una negociación, es una imposición sin lugar a reclamos.

—¿Qué vas a pedirme, angliká?

Inhalo.

—Quiero a Briana de vuelta. Vivirá bajo su techo el mismo tiempo que tengamos el trato y, después de los noventa días, será libre. También no matará a Leonardo.

Eleva las cejas y noto nuevamente las heridas en sus manos como si se hubiese dado a puño con alguien. ¡Por Dios! Es como una maldita bomba que no sabes cuándo detonará.

—Esas son tres peticiones, mi oferta fue por un solo deseo. Es justo que también haga las mías, en caso se me dé la gana de concederlas.

Dejo los cubiertos a los costados, apretándolos con fuerza.

—Seré su esposa, tendremos una noche juntos. Es suficiente.

—¿Una sola noche? —Ríe—. ¿Qué te hace pensar eso, angliká? Eres mía. Estoy siendo condescendiente contigo.

—Es claro que tiene otras intenciones. —Lo miro de frente, sus ojos se prenden cuando lo hago—. Es capaz de forzarme, obligarme a ser incluso una de sus *skýlas*, y si no lo ha hecho es por algo. Debe tener una razón de peso para querer negociar conmigo.

Curva sus labios.

—Muy inteligente —Hace una pausa, estudiándome—. Te concederé a la niña para que hagas lo que quieras con ella. Voy a tener que volver a comprarla, será libre cuando termine nuestro acuerdo, pero te quiero en mi cama todos los días, dispuesta a complacerme.

—Cínico.

—Con respecto a Bristol, no puedo prometerte nada. ¿Qué me darías tú para convencerme? —me provoca. Quiere que suelte más, es buen jugador.

—Diga ya lo que quiere.

—Llevarás mi apellido, además de prepararte para estar a mi altura.

—¿A su altura?

—Quiero entrenarte. Aprenderás a disparar, camuflarte y defenderte. Antes de finalizar nuestro trato, tu prueba final será acompañarme a la asamblea del círculo de la mafia. Un lugar donde muchos no salen vivos. Irás de mi brazo, como mi dama y esposa. Si no te creen fuerte, te matarán.

—Yo jamás cometería actos ilícitos. No todos somos personas deplorables.

—Me encanta ser una persona deplorable.

Respiro hondo.

—No me tocará sin protección, solo será una noche —determino y vuelvo al tema—. Quiero mi libertad, la libertad de Briana y que me asegure que mi novio...

—¡Yo soy tu maldito amo! —se exalta. Que le mencione a Leonardo lo enfurece—. Ya deberías metértelo en la cabeza. Aseguro la libertad de esa niña, la tuya al terminar el contrato, pero lo otro dependerá de cómo te portes.

Me quedo en silencio, la ira me hace apretar fuerte los dientes.

—Desde ahora serás la señora Van Loren. Aprenderás a matar, manejar y moverte en la mafia. También usarás ropa de marca y joyas de lujo.

—Podrá vestirme de lo que sea, pero no cambiará mi esencia. Soy una mujer sencilla.

—Ya no, a partir de ahora no serás miserable. Tendremos cuartos separados, pero cuando te solicite en el mío estarás siempre dispuesta. Quiero tu mente abierta para todo lo que me excite, para las personas que agregue al festín y me complazcas.

—¿Y si no acepto?

Sonríe.

—Se acaba la negociación ahora, volverás al calabozo y te juro que la maldita zorrita a la que proteges, junto a Bristol, morirán de la peor manera.

Un golpe suena en la mesa. Mi mano derecha estampa el cuchillo en la suya, pero para mi sorpresa el hijo de puta es más rápido: abrió los dedos a tiempo y la punta del cuchillo se clavó en la madera.

—Buen tiro. —Me aprieta la mano con fuerza—, este será el mismo cuchillo que te claves tú misma si vuelves a intentarlo.

—¡Suélteme!

Se levanta y, de un tirón, me lleva a su pecho. Mi cuerpo se retrae cuando me toca. Le levanto la cara para demostrarle que no le tengo miedo y, en un arranque impulsivo, su gran mano me aprieta de la nuca para besarme.

Mis caderas golpean contra las suyas. Lo muerdo, entonces me mete la lengua.

Gimo, mi cuerpo me traiciona.

Su punta juguetea con la mía sin que pueda controlarlo. Abre los labios para saborearme, tomando todo de mí hasta mi último aliento. Dejo que me chupe mientras mis labios siguen su impulso. Me siento pequeña entre sus músculos de acero, extraña al notar cómo mi cuerpo reacciona.

Mi centro late cuando me aprieta evitando que escape e imagino su miembro en mi ombligo, el mismo que vi en aquella orgía con sus sumisas,

haciéndose ancho, voluptuoso, azotándome como si fuese un fierro caliente.

—Escucha bien, Alaska Wells. —Se despega de mis labios, dejando los míos entreabiertos, mis mejillas enrojecidas—: Voy a partirte, *angliká*. Seremos un mismo demonio.

7
QUEMAS

Alaska

La rabia cesa después de aquel beso que me da y un cúmulo de emociones pasa por cada fibra de mi cuerpo.

¿Qué diablos me pasó? Seguí ese beso, casi por instinto. Incluso gemí.

Retrocedo exhausta para que no me toque, y mis piernas siguen temblando. No soy capaz de mirarlo a los ojos. Se va, pero luego entran dos de sus hombres que me obligan a caminar hacia afuera, y en minutos estoy en una sala diferente.

El lugar solo tiene sillas apiladas, una mesa con lo que creo es un juez, y siento que mi corazón se destruye.

Mis ojos se llenan de una rabia que me abruma. Soy la mujer más odiada del lugar. Las *skýlas* me miran como si fuese una intrusa, cuando soy empujada por los guardaespaldas hasta llegar al centro.

—Bienvenidos —entona el juez.

Él coloca un anillo en mi dedo, un diamante gris que deslumbra. No hay discursos ni promesas, solo un acta de matrimonio que firmo con lágrimas en los ojos.

Está hecho, el juez declara que somos marido y mujer apenas suelto el bolígrafo.

Me mira con arrogancia mientras las *skýlas*, hipócritas, aplauden, como si esto fuese una historia de amor real.

El flash de una cámara me sorprende mientras él me besa el cuello. ¿Para qué quiere fotos si es una farsa? Nos retratamos con el juez, las *skýlas*, y luego con Otto. Intento respirar para no vomitar de asco. Se despide del juez dándole un fajo de dinero, y el papel firmado por ambas partes parece complacerlo.

Bienes separados. Alaska Wells y Markos Van Loren, marido y mujer. Es lo único que pude leer en mi idioma.

Soy una mujer herida, envuelta en joyas y lujos. En días mi vida cambió, me casé, pero no con el amor de mi vida, sino con un hombre al que desconozco.

—Señora Van Loren, muchas felicidades. —Otto sonríe.

Las *skýlas* se van yendo una por una. La morena tenía razón, Yuri no está presente, permanece encerrada y su futuro depende de mí ahora. No quiero pensar en eso, tampoco en por qué Siniestro no la mató como al otro hombre.

—¡Cuidado! —Otto me abraza con fuerza y me tira al suelo.

Mi corazón se estremece al ver cómo el traje blanco de aquel anciano se mancha de sangre por una bala en su brazo.

—¡Señor Otto!

Siniestro extiende la mirada y le dispara a quemarropa a una de las *skýlas*. Otto está herido y trato de auxiliarlo. Pongo mi mano en su brazo. Hay que detener la hemorragia, así que presiono fuerte mientras, en minutos, un grupo nuevo de hombres armados arremete.

—¡Fuera!

Las *skýlas* se quedan quietas, horrorizadas al ver la escena.

—¡Largo!

Siniestro le ordena a los demás mientras se agacha para ver a Otto.

—Mi señor, solo es un raspón...

—¿Un raspón? —Mis manos tiemblan—. Tiene una bala dentro, no se mueva. Ustedes... —le ordeno a los escoltas—, traigan una camilla y lleven a este hombre con un médico. Si no hay, yo puedo...

—Tenemos un médico aquí, señora Van Loren. No se preocupe. —Escuchar el apellido que desde ahora portaré se siente extraño.

—Estoy bien, solo es la herida —vuelve a decir el anciano.

Verlo tan tranquilo mientras mi cuerpo aún tiembla me preocupa.

—Revisen el área —ordena Siniestro.

El cadáver de la mujer que disparó está aún tirado en el suelo, la sangre derramada por todas partes. Me es difícil calmarme en esta situación, pero parece que a esta gente nada le afecta.

—Señor, todo en orden. La mujer que disparó fue una *skýla* nueva. Llevaba tres meses aquí.

—Preparen mi helicóptero. No me voy a quedar aquí esta noche. Nos vamos.

Me toma en sus hombros. ¡Otto sigue herido y ni siquiera se preocupa porque esté bien!

El anciano sonríe despidiéndose con la otra mano. Se aguanta el dolor, entonces alcanzo a ver cómo el médico llega en su auxilio.

Aún no logro procesar lo sucedido, son tantas emociones para mí que el pecho me explota. Este lugar es tan grande que tiene un helipuerto propio. Jadeo cuando me avienta dentro de su helicóptero privado. Empieza a despegar e inhalo fuerte.

Desvío la mirada hacia mis piernas, sin querer ver el horizonte. Tengo las uñas clavadas en mis palmas. No puedo respirar cuando hay una turbulencia, un nudo en la garganta que me estremece.

—Le temes a los aviones.

—Púdrase.

—Educaré esa boca —bufa—, aprenderás a usarla para otros placeres.

Pasa una eternidad hasta que aterrizamos en una colina. A lo lejos, hay una casa en medio de la nada. Nadie podría escapar de aquí, solo muerta, y tampoco podría alguien más encontrarnos.

«¿Cuántas malditas islas tiene solo para él?»

El sonido del mar me tranquiliza. Abrazo mis brazos por el frío, caminar en tacones se me dificulta y pronto un par de hombres nos reciben.

—Bienvenidos.

El lugar es de una pieza con adornos rústicos, lujosos, lleno de detalles peculiares por dentro.

Me deja en la habitación y se va a hablar con esos hombres. Se comunican en griego para que no entienda y, de reojo, veo un teléfono en la esquina. Estoy segura de que es de uno de sus guardaespaldas.

Los latidos de mi corazón suben cuando noto el aparato tan cerca. Levanto la mirada para verlo, está distraído, la frente me suda y no lo pienso más: tomo el móvil llamando al primer número que sale en la lista.

«Suena, por favor... Suena». Alguien tiene que ayudarme.

Jadeo un segundo, luego dos, tres...

—¿Hola?



Siniestro

—Nos acaban de informar lo sucedido en su mansión, amo —dice uno de mis hombres—. Sabe que, por la altura, notaríamos cualquier amenaza de intrusos en nuestros radares y, aunque Smirnov sigue intentando dar con este lugar, no hemos notado anormalidades.

—Sospechamos que fue un ataque de celos contra la señora Van Loren por parte de sus *skýlas* —comenta otro.

—Encárguense del asunto. No quiero errores esta noche.

La tensión aprieta mi garganta por todos los dramas que viví hoy. Ni siquiera me preocupo porque alguien dé con este lugar, sería imposible.

Las Islas Pico son las fortalezas más altas que tengo para la guardianía de mis tierras. Son terrenos pequeños en medio de montañas, donde poseo mis propios radares de bloqueo. Mis dominios no están mapeados por el satélite, construyo mi equipo de protección para evitar contratiempos.

No hay manera de que den conmigo, pero sí me fastidió la escena.

Los hombres se retiran de la cabaña, peinando el área con armas por protocolo. Otto estará bien, por la dirección de la bala sería casi imposible que le haya dañado algún órgano.

Abro una botella de vino con una luz parpadeando en mi reloj y puedo intuir los movimientos de mi flamante esposa. Alaska Van Loren intenta jugarme sucio. Pero dejo que disfrute de su esperanza.

El olor a vino aumenta mis ganas cuando lo destapo. Entro en la habitación y la inglesa me mira sobresaltada. La rojez en sus mejillas la delata. En seguida se acorrala sobre la pared con pánico.

—Exijo una pastilla para dormir. Solo así podrás hacer conmigo lo que quieras.

Río.

—Eso no sería nada agradable.

Su pecho sube y baja con premura. Se ve radiante, ese vestido le queda bien.

No he podido despegarle la vista en toda la jodida noche. La imagen de sus labios rojos con semen me para la polla en segundos. Es una chica guapa, aún estúpida, pero con una garra que me prende.

No ha olvidado nuestro último beso. Su respiración se entrecorta mientras me desabotono la camisa. Doy una tronada de dedos y música portuguesa suena, mi favorita, con canciones que las prostitutas les cantaban a sus amantes en los prostíbulos antiguos.

—¿Por qué no vienes y te relajas?

Al acercarme veo cómo sus pechos se erizan. Conozco a las hembras: vírgenes y recorridas, frígidas y ninfómanas, y sé cómo una mujer reacciona ante los estímulos de un hombre que le atrae.

—Necesito ir al baño —dice, nerviosa.

Pasa caminando y le levanto el brazo.

—¿A intentar llamar a Bristol para que te rescate? —Le quito el móvil que esconde—. Esperaba que mi mujer fuera sincera. Entiende de una vez que eres mía ahora.

Pisoteo el celular.

—Maldito enfermo.

—Jodida boca... —La pego contra mí—. No me hables de usted, somos marido y mujer ahora.

—Para mí es un extraño. Todos lo llaman señor, será un señor entonces.

Los ojos le brillan de ira.

—Enséñame la lencería, quiero ver cómo brillan tus pezones —siseo.

Me sonríe.

—No me puse nada.

—Empiezas a desafiarme.

—Seré su pesadilla. Voy a encargarme de hacerle la vida un infierno.

De un tirón, la muevo y el hilo que sujeta el vestido se deshace, dejándola desnuda.

En efecto, no se puso la lencería que mandé para ella, pero lo que veo es aún más interesante. No lleva ropa interior ni sujetador.

Sus mejillas se encienden cuando lo nota. Posee un cuerpo pulcro, las piernas largas, curvas acentuadas y tetas apetecibles. No son pequeñas,

tampoco exageradas. Su timidez me enciende, así como la rabia con la que me mira.

Me acerco y siento su miedo. Todavía tiene los tacones altos, como me gusta. Los labios rojos la hacen ver una fantasía hecha persona. Reprimo mi autocontrol cuando estiro los brazos para servir dos copas de vino. Le doy una.

—Tranquila.

No dice nada, tiembla cuando me acerco.

—Siéntelo... —gruño en su oído mientras se estremece con mi dureza.

Me sobo en ella, en su ombligo plano y caliente. Se muerde los labios para evitar su nerviosismo. Es perfecta así; de belleza natural y rebelde. Su cuerpo se estremece al sentir el mío. Sus senos podrían calzar en mis manos a la perfección, sus pezones rosados en mi boca.

—Quédate quieta —ordeno.

Llevo sus dedos por mi abdomen de forma lenta. Con su mano libre desabrocho el botón de mi pantalón, bajo el cierre y la pongo encima de mi bóxer con mi erección dura.

—Así… —La llevo hasta mis huevos.

Su mano inexperta me excita. Estiro el elástico y mi polla salta caliente, decidida, con hambre de su culo mientras la cara se le pone roja.

—Quiero saber qué tan profunda es tu boca. Arrodíllate, hazlo lento.

—No.

Atraigo su cráneo hacia mí y vuelvo a besarla. Arrugo mi puño en su cabello chupándola fuerte. Al inicio trata de soltarse, pero luego cede como una pluma, mientras mi verga se suma a su cuerpo hacia arriba.

Sé que le gusta, lo siente, se eriza. Nuestros labios suenan hasta que me muerde. Se separa de mí para tirarme el vino en la cara con fuerza.

—Lo odio.

Le devuelvo el mismo acto y sé que no lo espera.

—Es el mismo gusto*, angliká.*

Entreabre los labios, consternada. El vino se desliza por su cuello, pasa por sus pezones para perderse en su zona íntima y, cuando me acerco, me empuja.

—¡Salvaje! —Caemos en la cama con las copas estrellándose en el suelo y mi polla entre sus piernas.

La tomo de las muñecas. Beso sus labios lento, el ardor del vino me sabe a dulce cuando la siento temblar, como un ángel rebelde.

Me excita estar sobre ella. En sus ojos hay un fuego extraño y distinto. Deslizo mi lengua en la línea vertical de su cuerpo, lamo cada gota de vino que queda hasta llegar a su sexo.

Infla el pecho, tensa.

No recuerdo cuándo fue la última vez que quise probar a una mujer, pero esta me tiene hambriento. Hundo mi lengua suave, se contrae y, apenas la toco, sus fluidos la delatan.

Pensé que tendría que usar un lubricante, pero está tan mojada que hasta ella misma se avergüenza.

Sus músculos están en completa tensión cuando la punta de mis labios la bordean. Deslizo mi lengua lento, de abajo a arriba, y un espasmo la aterra.

Es tan orgullosa como rabiosa. Vuelvo a lamerla, esta vez más rápido. Me mira y no le quito la vista. Su coño sabe bien, mis labios parecen embelesados al saborearla. Se nota que no ha sido muy expandida, que ningún hombre la ha dado un buen orgasmo. Es claro por cómo reacciona.

Soy paciente, llevo una de sus piernas a mi cuello mientras me estampo en lengüetazos. Su coño es tan suave, tan inexperto. Ansío destrozarla. La exploro con mis dedos y hace un ruido cuando introduzco uno de ellos en su vagina.

—Tan estrecha…—Dejo de lamer para llevar mi dedo hasta su clítoris. Trata de reprimir los gemidos—. Suéltalo.

—Púdrase.

—¿Sí?

Su centro está tan caliente que no aguantará mucho. La presiono una vez más y suelta un grito agudo, voy de nuevo y ya no puede detenerse. Aumento el ritmo hasta que siento cómo sus piernas se cierran en mi mano. Está a punto de correrse y me detengo.

Mis labios ahora están sobre los suyos, la polla me palpita entre sus piernas y juro que no podré contenerme por mucho tiempo.

—Mírame —gruño—. Quiero que veas quién te dará duro ahora.

8
MUY DENTRO

Alaska

Sus ojos se oscurecen cuando calan los míos, siento que la piel se me incendia por sus manos, el calor y toda la extensión de sus músculos sobre mi cuerpo.

«¡Por Dios! ¿Qué estoy haciendo?».

Me siento mojada y extraña al sentir que mi cuerpo me ha traicionado. Arrastra sus labios contra los míos. No los besa, solo me provoca. Debería llorar, apartarlo con todas mis fuerzas.

—¿Qué pasa, *anglikâ*? ¿Odias a tu mente porque te gustó lo que hice?

—Usted nunca va a gustarme.

—Casi te corres, tus piernas están abiertas para mí y tienes las mejillas tan rojas como cuando una mujer está caliente.

Me quedo en silencio.

—¿No te parece que el demonio te prende mejor? —murmura.

Captura mi labio y juro que quiero negarme, pero mi cabeza se nubla.

«Maldita sea. Besa tan bien». Su lengua choca con la mía, se enreda, la saborea mientras sus movimientos son impecables.

—Ruégame que te de placer. —Nuestros labios suenan cuando se separan.

—Váyase a la infierno.

—Pero si nos quemamos bien juntos —ironiza—. Dime que no me deseas.

—Me es deplorable.

—¿Ah, sí? —Su boca se arrastra por mi mentón, para luego marcar mi cuello.

—Cínico. Salvaje.

Mi voz se va disipando. Cada centímetro de mi piel emana una alarma que no puedo controlar.

Llega hasta mi oreja para lamerla, besarla y capturarla entre los dientes. Jamás alguien me había hecho esto. Intento tragar saliva. Necesito que vuelva mi razón. Quiero cerrar las piernas, pero me las abre de nuevo.

—Te la voy a meter ahora.

—Eso… no va a entrar.

—Encajará, no te preocupes.

Veo su punta gorda y siento que mi cabeza explota.

—Ahora quiero que sientas lo que va a estar dentro de ti.

Con su mano encima de la mía, desliza mis dedos por su pene. Empieza por sus huevos, luego sube a su tallo lleno de venas hinchadas. Parece que carga un peso que empiezo a temer. No sé qué tan gorda es, pero lo que toco es demasiado grande, ancho y extenso.

Jamás había sentido algo tan duro. Parece de hierro y la palma comienza a picarme. Mi mano sigue deslizándose y no acaba, es interminable. Entreabro los labios y lo miro extasiada.

Esa cosa no es normal. Es kilométrica.

—Sí, te voy a romper —sisea.

Jadeo perdida y no soy consciente cuando su boca baja por mi pecho, solo la siento mordiendo uno de mis pezones.

—¡Ah! —Me es inevitable gemir.

Duele. Me muerde fuerte, pero ese dolor no me desagrada.

Con los dientes, lo levanta hacia arriba. Me mira como si fuera el mismísimo demonio: tentándome, atravesando mis pensamientos más oscuros, hasta que finalmente lo suelta para chuparlo.

Me siento tan húmeda que la vergüenza no se me acaba. Mis caderas se mueven hacia abajo en un impulso. Está sin condón e intento apartarme. Con Leonardo nunca pasaba. Jamás lo hicimos sin protección. A él no le gustaba, pero a mí me incomodaba, y ahora…

—Te voy a llenar de mí… —gruñe—. Y mi semen desbordará tu coño como me gusta.

La punta de su pene bordea mi entrada, casi acariciándola dolorosamente.

Siento que mi abertura es más pequeña que su glande. No va a entrar. Es demasiado para mí. La tensión me invade, dejo que aparte mi mano y un grito sale de mi garganta cuando me la mete de golpe.

—¡Ah!

Algo me rompió. Siento cómo todo mi cuerpo se altera.

Me cuesta respirar al sentir que me desgarro; las lágrimas fluyen por mis ojos cuando se introduce por completo, hasta que sus huevos azotan mis nalgas.

Es doloroso. No soy virgen, pero jamás había tenido sexo con un ser tan salvaje. Su pene me parte, es aún más incómodo cuando se mueve. Va rápido, me va a romper.

—El dolor es rico, *angliká*. Aprende a disfrutarlo.

Me muerde el labio con fuerza y luego toma con sus manos mis nalgas, levantándome hasta su comodidad. Por Dios, resbala rápido; estoy tan húmeda que mi cuerpo lo recibe con armonía.

Ahora se siente bien. ¿Qué estoy haciendo? El pecho me arde y quiero imaginar a Leonardo, pero al verlo desnudo, toda mi atención se diluye.

«Oh... mierda».

—¿Te gusta cómo te cojo, Alaska? —Empuja. Empuja. Vuelve a empujar.

Soy incapaz de contestar. Quiero creer que mi mente lo repudia, pero es todo lo contrario: enrollo mis piernas en sus caderas cuando vuelve hacia mí. Emite gruñidos, su voz es un afrodisíaco, el rebote de mi cuerpo contra el suyo suena como azotes de látigos también.

Con un dedo toca mi clítoris mientras me gira. Levanta mi pierna para penetrarme de costado, en un ángulo perfecto que se siente más.

Muerde mi cuello. Cierro los ojos disfrutándolo, excitada, mojada, llena de calores infernales por dentro. Me arqueo hacia atrás mientras me chupa. Cierro los ojos para no verlo, pero todo me lo recuerda: el sonido de la cama, su cuerpo estampándose contra el mío, la cantidad de barbaridades que empieza a decirme en mi oreja:

—Estás tan estrecha… Me encargaré de abrirte a mi gusto… Qué rico coño… Voy a partirte.

Aumenta la velocidad de sus embestidas brutales. Siento que me ahogo. ¿Tan rápido? ¡Mierda! ¡Mierda! Mis paredes se contraen, respiro pesado. No, no me voy a correr. Me contengo como puedo.

—Dámelo... —gruñe en mi oreja.

«No…»

—Córrete para tu marido.

«¡No!»

No sé qué hace, pero ahora lo siento más duro, a tope, calándome hasta desgarrarme y pasa. Es instantáneo, involuntario. Me libero con un grito.

—Yo no me sacio tan rápido.

Las sienes me explotan por la presión, el corazón me palpita y el enfermo solo me nalguea para ponerme en cuatro. Ni siquiera me he recuperado y vuelve a penetrarme.

Ahora no hay más palabras entre nosotros, solo sexo.

La chispa vuelve a encenderse cuando acaricia mi vagina. Él no está satisfecho, se siente duro aún. Golpea profundo, insultando entre dientes. El éxtasis es infinito. ¿Qué demonios? ¡Estoy abriendo la puta boca de nuevo! Mi mente repele su tamaño, pero mi cuerpo a la vez… lo recibe con gusto.

Golpea mis nalgas. Bajo el rostro, escondiéndolo en la almohada con mis caderas levantadas, mi trasero rebotando en su pelvis.

—Quiero que digas que soy tu señor ahora. —Su voz me enciende y no soy capaz de negarlo.

Mi mente está en otro lado.

—¿Qué soy, Alaska? Dilo.

—Mi señor. —Mi voz apenas es audible.

—¿Y qué quieres? —Empuja hasta el tope de nuevo.

«Duro», pienso.

Solo gimo.

Hace movimientos rápidos clavándome toda su artillería. Cada palabra que dice va hasta el fondo, más hasta el fondo, chocando mis paredes hasta desbordarse. Oh... ¡Mie...! Me quiebro. Es un animal, me embiste como loco y separa mis nalgas. Acaricia mi ano con sus dedos hasta que lo siento en mi espalda.

«¿Cómo? ¿Qué cara... jos?»

—¡Ah!

Toma mis senos entre sus palmas y siento que me rompo. Se está hinchando o me estoy contrayendo de nuevo, pero es más intenso en esta

pose. No dejo de gemir, él gruñe, va a correrse, voy a correrme de nuevo, cierro los ojos al sentir un multiorgasmo.

—Alishka...

Eyacula dentro. Su semen es tibio, abundante. Mis piernas entreabiertas reciben su gran potencia, se desborda por las ingles y llega hasta mis rodillas.

«Dios…»

Sale de mí después de un rato, su cuerpo rebota a mi costado. Las caderas me duelen. Jadeo al sentir que estoy llena de él. A las justas me quedo quieta por el golpe de todas las emociones en mi cuerpo y mente.

Lo hice, pero lo peor no fue eso.

El silencio acribilla aún más mi culpa. Intento levantarme para ir al baño a limpiarme, me arden los ojos de frustración, pero cuando muevo mi cuerpo, me ataja.

—Te vas a quedar con mi semen dentro. No ha sido suficiente.

Lo miro atónita y, sin decir más, con mis piernas llenas de rastros de su derrame, me levanta las caderas para enterrarme encima de él por completo.



El helicóptero aterriza en la pista privada de Markos Van Loren después de largas horas de espera. Ya es un nuevo día. Tuvimos sexo toda la noche y ni siquiera nos hablamos.

Mi cabeza ahora mismo es un desastre. Me la pasé llorando toda la mañana sin saber cómo calmar esta culpa. Cuatro años de relación, un sexo vainilla con el amor de mi vida... todo eso se apagó en una noche con quien decía abominar por completo.

—Señores Van Loren, buenos días.

El reloj marca el mediodía cuando llegamos a la mansión. Otto está mucho mejor. Aparece con una sonrisa y el brazo vendado, como si no le hubiera pasado nada.

—¿Cómo sigue la herida? —pregunta Siniestro.

Es la única vez que lo veo ser medio amable con alguien.

—Mucho mejor. Quise venir a recibirlos yo mismo. Todo por aquí está en orden. ¿Tienen hambre, mis señores? —Me quedo en blanco—. ¿Señora?

—No.

—Que coma algo porque no quiso desayunar esta mañana y, si no accede, le metes la comida en la boca de mi parte.

Ni siquiera le contesto. Sé que me mira de reojo, sin paciencia.

—En el gran salón está lo que me pidió ayer, mi señor. Pondré un sitio más en la mesa para usted, mi señora. Con su permiso.

Entiende la tensión que hay entre los dos, así que se aleja. Quiero hablar, necesito hablar ahora.

—Espera. —Mi voz sale como un hilo cuando él se dispone a irse.

Voltea el cuerpo hacia mí. La camisa blanca que se puso hace rato entalla su porte. Se ve tan alto que tengo que levantar la cabeza.

—En tu recámara encontrarás una tarjeta de crédito, las llaves de tu coche, algunos protocolos que debes seguir, además de ropa, zapatos y diamantes que quiero que uses. Las criadas te guiarán.

—¡No nos cuidamos! —exploto—. Yo...

—Fuiste inyectada hace días. Tienes un anticonceptivo renovable cada tres meses, no te preocupes.

Dios, gracias. El alma me regresa al cuerpo.

—No voy a usar condón contigo, así que acostúmbrate —agrega—. Hoy te quiero vestida con la lencería que debiste ponerte anoche, en mi cama, arrodillada en la alfombra y...

—Pensé que había quedado claro. Dije que era solo una vez.

—Anoche no fue una vez y lo gozaste. Tengo exigencias.

—Tienes a muchas mujeres a tu disposición, llévalas a tu cama si quieres.

—Ellas no son mi esposa.

Otto regresa con una sonrisa.

Trae con delicadeza a una pequeña jovencita, la sienta en la mesa del jardín y pronto descubro que es Briana. Pego una gran sonrisa cuando la miro diferente; ahora está limpia, con ropa nueva, sus ojos brillan de felicidad.

—Briana será tu criada personal, le pagaré un sueldo por eso, y nadie la tocará mientras vivas en esta casa. Soy un hombre de palabra, espero lo mismo

de tu parte. Ninguna persona, además de las *skýlas*, debe saber que tenemos este trato. Todo el mundo debe creer que eres mi esposa por gusto, incluso ella.

—No te amo. Nunca te amaré.

—No necesitas amarme.

Ignoro sus palabras y corro a abrazar a Briana.

—¡Alaska! —Llora en mi hombro. La abrazo tan fuerte que puedo sentir hasta sus huesos.

—Briana, cariño, ¿estás bien?

Asiente emocionada.

—Comí esta mañana. —Limpio sus lágrimas—. ¡Comí pan! Y le puse también mantequilla. Me encanta la mantequilla. Comí pan... ¿Puedes creerlo?

Acaricio su cabello con tristeza. Veo cómo vuelve a mirar la comida que Otto pone en la mesa.

—¿Comeremos de nuevo? —Se sorprende.

—A partir de ahora comerás todo lo que desees, Briana. Trabajarás a mi lado. ¿Qué te parece?

Se percata de la presencia de Siniestro y enseguida le baja la cabeza.

—Mi señor.

Sigo sin entender cuál es el afán con ese hombre. Exhala rápido cuando él camina hacia nosotras. A ella la ignora y a mí me planta un beso que me deja muda.

Mueve su boca sobre la mía y es inevitable no reaccionar. La punta de su lengua parece querer provocarme. Su otra mano ágil baja por mi espalda hasta tocar mi trasero con fuerza.

—Sabes lo que quiero. Tu boca parece tener otros talentos. Y lo probaremos esta noche.

Me quedo quieta, perpleja, con la cara caliente al notar que lo dijo en voz alta, como si no le importara nadie.

Es tan... brusco, directo, nada gentil para decir lo que quiere. Estoy tan acostumbrada a las rosas rojas y peluches con chocolates que esto me sobrepasa.

—Morirá esperando —siseo—. Ya le dije que no volverá a tocarme.

—¿Me desafías?

—Es un hecho.

—Y lo mío es una orden. Estamos a mano, cada vez que me complazcas tendrás lo que quieras, Alaska Van Loren. Te quiero desnuda y abierta. Esto recién comienza. —Acaricia mis labios con las yemas de sus dedos—. Te volveré a clavar esta noche.

Me deja con la palabra en la boca. Se va con una jauría de hombres armados que lo resguardan mientras mi rabia aumenta.

Siento que todo esto me arrolla por completo.

—¿Mi señora desea algo especial? —Otto me cambia de tema.

—No, gracias —respiro hondo—. ¿No deberías estar descansando? Ayer te balearon. ¿Ese tipo también te obliga a trabajar aunque no estés en condiciones?

—El señor Van Loren es un excelente jefe, mi señora. Tengo muchas comodidades a su lado, estoy seguro de que en un futuro sabrán entenderse. —Sonríe amable—. Traeré más jugo.

Otro más que lo venera.

Briana se sienta en la mesa aún temerosa. Cuando Otto se va, toma un pedazo de pan para luego llevárselo a la boca con desesperación. Mastica lo más rápido que puede, como si alguien se lo fuera a quitar.

—Come, Alaska, come rápido... ¿Ves toda la comida que hay?

Sonrío.

—Cariño, tranquila. Nadie te quitará la comida.

Me cuesta imaginar lo duro que ha sido para ella pasar hambre tantos meses, estar encerrada, ser ultrajada, vendida al mejor postor como si su vida no valiera un centavo. Introduzco mis dedos en su cabello para peinarla. Es tan tierna, tan dulce, tan inocente a pesar de estar rota.

La abrazo, pero al moverme la incomodidad vuelve.

—¿Te duele algo?

«Si, la cogida de anoche».

—No, cariño. Es cansancio.

Tomo un poco de agua hasta que termina de comer. Los soldados de la mafia pasan por el lugar, revisando cada cosa que hacemos. Briana se pone

tensa cada vez que ve sus armas, y no puedo negar que yo también.

—Debes aprovecharlo, Alaska —sisea.

—¿Aprovechar qué?

—Que le gustas al amo.

—¿Gustarle? ¡Por supuesto que no! ¿De dónde sacas eso?

—Se nota hasta en el aire. Mira ese anillo… debe valer millones.

El diamante gris brilla en mi dedo.

—Son solo formalismos.

—Eres su favorita, además de hermosa. No todas tenemos ese privilegio.

Un atisbo de tristeza ilumina su rostro.

—Hey, tú también eres hermosa.

—Tengo un lado del cuero cabelludo trasquilado, nunca volverá a crecer. Ningún amo me quiere para ser su dama de compañía. No tengo ni siquiera senos bonitos, me los quemaron mientras abusaban de mí. No creo serlo.

Intento hablar, pero me calla.

—Esta es la única oportunidad que tenemos para sobrevivir, no la desaproveches. Estar a su lado es libertad.

—Estar a su lado no es libertad.

—Es peor que ser una esclava a la que maltratan todos los días. Solo a su lado estarás a salvo aquí. Sálvate, Alaska.

Entra en crisis al decirlo, sus manos empiezan a temblar cuando el recuerdo de su pasado regresa.

Le doy espacio hasta que llegamos a mi habitación y solo me provoca abrazarla. La acuesto en mi cama para arroparla hasta el cuello.

—Quédate conmigo. Tengo mucho miedo. Si me dejas sola, me apartarán de tu lado. Ellos estarán ahí..., me forzarán.

—No volverán a tocarte. Y tampoco te voy a abandonar.

—¿De verdad?

—Te lo juro.

Sonríe entre lágrimas.

—¿Te sabes el cuento de Rapunzel?

—Claro, cielo.

Sonríe entre lágrimas. Me dedico a observarla dormir.

El silencio empieza a pesar en medio de mi cabeza llena de dudas. Briana tiene razón, necesito salvarme, pero no puedo aceptar a ese hombre. Mi corazón le pertenece a otro.

Cierro los ojos y pienso en lo de ayer. Traicioné a Leonardo. Me traicioné a mí misma vendiendo mi cuerpo, pero lo peor es que… no me fue desagradable. Tuve una noche llena de orgasmos. Me corrí como jamás me había corrido nunca. Lo disfruté cuando debí repudiarlo.

9
ÉXTASIS

Siniestro

El bullicio del burdel infesta cada parte de mis tímpanos. En medio del mar, uno de mis buques de carga navega con una orgía que complace a políticos, gobernantes y jefes de la policía griega.

Los miro desde mi área privada. No son más que infelices que se dejan seducir por mujeres, dinero y drogas.

El gobierno ha sido mi títere desde que tomé el poder de Grecia. Soy el principal inversor del país. Muevo el dinero de más de quince naciones con negocios que sirven como pantallas para lavar mis drogas.

Mis farmacéuticas no solo desarrollan estupefacientes capaces de desbordar a quien las consuma, sino también medicamentos y antídotos que mueven los intereses de muchos. No les conviene ponerse en mi contra.

—Buena jugada, amo. Parece que lo disfrutan —suma un Kefali, jefe que pongo como responsable de cada tierra que agrego a mi organización.

Está aquí porque será el encargado de Ucrania. Permanece sentado a unos metros de mí con un trago en mano. Su rango inferior no le permite mirarme a los ojos, pero sí opinar sobre lo que quiera.

—Los perros solo son perros. Le bajan la cola a quien mejor les dé de tragar.

Los gemidos no se hacen esperar. Prostitutas son fornicadas por sus viejas vergas que lo disfrutan.

—Dicen que las putas búlgaras son exóticas. Debería unirse, mi señor —dice al ver que una de ellas se acerca.

Mantiene su distancia conmigo. Me baja la cabeza, pero no le doy entrada.

—Ve tú.

—A la orden.

El Kefali acepta la invitación.

Todos cogen sin control, intercambiando mujeres para complacerse. Recuesto mi cabeza en el asiento de cuero, me toco la polla saboreando la idea, pero el hecho de saber que son más de lo mismo me hace desistir.

Mi sed de buen sexo ha crecido desde ayer. Ya no se conforma con cualquiera. No había mujer en la que mi polla entrara por completo. No había culo en el que pudiera saciarme, vaciarme, querer repetir…

Y esa niña rebelde lo logró.

Aún no puedo quitarme aquella imagen de mi mente. Su voz, la forma en cómo gemía, el descontrol que le provocaba mi lengua sobre su clítoris hasta hacerla explotar.

Me gustó probarla. Sus jugos fueron una delicia en mi lengua. Se corrió tan rápido entre mis dedos que hasta ella misma se sorprendió. Temblaba al querer reprimir su propio placer e ignoraba lo que era tener un multiorgasmo de calidad.

Me pregunto si Bristol la montó como yo lo hice ayer. Tenía el coño estrecho, casi como una virgen. La rompí. Se la metí completa, cada centímetro de mi verga la cubrió.

Estaba tan mojada… mojada para mí. Mientras mi pene ardía en su vagina resbalosa, pensaba en mi hermano, en su desesperación, su angustia por no saber nada de la mujer que le quité y que ahora era mía.

Se me puso dura con los recuerdos. La manera en cómo calzábamos a la perfección, sus mejillas rosadas mientras me secaba, su timidez.

Debería haberme saciado ayer, pero la noche que pasamos juntos solo aumentó mis ganas. A lo lejos, la misma puta que rechacé intenta llamar mi atención. Me baila enseñándome sus tetas, pero ya no me provocan. Mis pensamientos ahora están en unas de mediano tamaño, rosadas, erizadas, listas para ser devoradas por mí.

—Señor.

Un sorbo de alcohol se diluye en mi garganta mientras uno de los *red men* me informa que Bristol acaba de abandonar la ciudad.

Mis sospechas van por buen camino. Conozco las debilidades de cada enemigo, soldado, hermano… no es difícil imaginar qué les aterra y también lo que esconden.

—Mi contacto ya lo tiene en la mira, amo.

—Síguelo —puntualizo.

Me prendo un porro con los dedos mientras el suave humo humecta mis fosas nasales.

«Vamos a dejar que sufras un poco más antes de golpearte otra vez».

Su desespero me relaja. Su angustia me da placer.

Esperé años observándolo, orillándolo hacia mis tierras y dominios hasta que por fin puedo saborear lo que tengo planeado para él.

Caerá, como la asquerosa rata que es. Mi honor no quedará impune, no solo porque me traicionó aliándose con mi peor enemigo, sino porque se robó, violó y mató a la única mujer que quería para mí. Ella: Marcela.



Alaska

—Alaska ¿Quieres casarte conmigo?

Los ojos se me empañaron cuando Leonardo se arrodilló en el Big Ben. Turistas grababan con sus cámaras, otros aplaudían mientras sentí cómo se me bajó la presión.

—¡Dile que sí! —Se escuchaban los gritos desbordados de los presentes.

Tomé aire con una sonrisa, mis lágrimas salían hasta que solo asentí.

—Eres el amor de mi vida, Alaska —susurró mientras me besaba.

—Tú también —chillé—. Eres mi "para siempre", el hombre con el que quiero ser feliz. No hay otro en mi corazón, nunca lo habrá.

Abro los ojos de golpe, mi cuerpo se incorpora sobresaltado. Fue un sueño más.

Me limpio las lágrimas que brotaron por las comisuras de mis ojos con una sensación extraña en el pecho. El reloj me marca que es de noche. Dormí toda la tarde y mi cabeza no ha dejado de dar vueltas en lo mismo.

Cuando ese hombre me tomó del cabello, como si fuese una de sus amantes, me humedecí tanto que hasta tuve vergüenza. Jamás sentí violencia en una penetración, un sexo tan agresivo, sucio, y tampoco había permitido que un hombre se viniera encima de mí sin protección.

Solía estar aterrada con la idea de quedar embarazada porque no tenía dinero ni para mantenerme. Mis encuentros íntimos con Leonardo siempre eran con condón. Y con este hombre no me importó.

Dejé que se corriera cuántas veces quiso. Y ahora, ¿qué estoy haciendo? Tan tranquila en la cama cuando él está a punto de llegar.

Briana...

Muevo las sábanas, no está. Salgo corriendo a buscarla, pero esta casa es inmensa. Pido hablar con Otto y todos los escoltas me miran con incredulidad.

—¿Dónde está? ¿Qué hicieron con Briana? —Alzo la voz— ¡¿A dónde se la llevaron?!

Son mudos o es que me siguen viendo la cara de estúpida.

—¡Largo de aquí, esclava! —Una voz fuerte se suma en la cocina.

Mi instinto me dice que debo ir, y al llegar descubro que no estaba equivocada. Hay algunas galletas tiradas en el suelo, leche derramada en la mesa y su ropa empapada de un líquido transparente.

—¡Alaska! —Corre hacia mí, llorando—. Lo siento. Yo sólo quería...

—Se tragó media cocina entera —afirma una skýla—. Aparte de fea y trasquilada, ahora se convertirá en una cerdita más. Así no pasará como mercancía.

—¿Cómo te atreves? —La enfrento.

Tiene un collar de sumisa con su nombre.

—Es solo una esclava. Las esclavas tarde o temprano son vendidas. Quién quita y esté llena de piojos. Tragaba como cerda, lo único que hice...

—Es mi protegida y no tienes ningún derecho a alzarle la voz.

Cruza los brazos, altanera. Me mira divertida.

—La no-anal sacó las garras —bufa—. ¿Dónde quedó la pobretona que lloraba por haber sido secuestrada? ¿El señor ya te inauguró el ano por fin? No eres más que una zorra.

Sonrío.

—Si hablamos de animales, creo que te hace falta verte en un espejo. Mírate…, hasta collar tienes. Vamos —silbo—, ven aquí, Firulais.

Intenta golpearme, pero le sostengo el brazo.

—No me volverán a tocar, mucho menos a la niña. Ni tú ni las otras enfermas mentales.

La suelto y me mira con rabia.

—¿Sí? ¿Según quién?

—La esposa del señor Van Loren —interviene Otto con una sonrisa—. No creo que le guste la idea de saber que sus *skýlas* le empiezan a faltar el respeto a su señora.

Briana lanza un gemido de sorpresa, se lleva las manos a la boca y la tensión aumenta en el ambiente.

La mujer, aún con un aire retador, me mira despectiva.

—A esta mujer le falta mucho para ser digna del amo. Ni siquiera sabe vestirse bien. Vamos a ver cuánto dura.

Se burla de mi atuendo sencillo. Las *skýlas* lucen pulcras, bien peinadas y vestidas con tacones todo el día. La excelencia al entallar su figura, además de las sedas que la acompañan, hace que deslumbren. Pero a mí no me importa lucir como muñeca perfecta todo el día.

Se va y solo suelto el aire contenido por dentro. Briana me abraza mientras Otto ordena al servicio que limpie.

—Lo siento mucho. Te juro que yo… —Me mira aún con los ojitos llenos de lágrimas—. Perdón, mi señora. Yo...

—Deja eso, no soy tu señora ni tu jefa. Este matrimonio es una farsa. Ven conmigo. —La tomo del brazo—. No quiero que vuelvas a salir sola de la habitación sin avisar.

—Es que estabas dormida y no te quise despertar.

—Pues ahora voy a tener que amarrarte a mi lado. No es seguro que te separes de mí.

—Mi señora. —Otto tiene el móvil en la mano—. Acaban de decirme que el señor ya está por llegar. Desea que lo espere en su despacho ahora, solo cumplo con avisarle.

Se me eriza la piel porque sé lo que quiere. Intento respirar despacio. Briana me mira dudosa y trato de que camine rápido.

—¿No vas a ir? —dice cuando empezamos a subir las escaleras.

—No preguntes.

—Te dije que le gustabas ¿viste? ¡Te quiere volver a ver! —Me sonríe—. Ya quiero mirar la cara de esas tipas. Casi todas las noches que está en esta mansión se encierra con ellas. El amo jamás las ha dejado de lado y ahora te prefiere.

—Eso no es cierto.

—No se puede escapar, Alaska. Si no vas, él vendrá por ti.

Doy una larga exhalación y, al mirar a una *skýla* pasar, mi mente empieza a maquinar soluciones.

—No si tiene otra distracción.

—¿Qué?

—Que no seré yo quien lo espere en su despacho, sino una *skýla* a la que no va a rechazar.

—Alaska, el amo te pidió a ti. Por favor..., te castigará.

—¿Qué? ¿Me agarrará a correazos? —bufo—. Que se joda.

Preparo todo lo más rápido que puedo y le pido a una de ellas que tome mi lugar con excusas. En el proceso, Briana no deja de temblar. Le tiene tanto miedo que hasta me indigno. No pasará nada que otra no lo pueda solucionar.

—Alaska..., estás cometiendo un error —insiste Briana.

—Estoy intentando buscar soluciones. Él estará entretenido mientras yo aprovecharé para buscar un celular que sí sirva. ¿Sabes dónde podrían estar?

—En esta casa no hay teléfonos por seguridad. El personal usa radios sin señal, solo el amo tiene uno.

Me quedo en silencio.

—Ay, no, ¿qué vas a hacer?

—No pasará nada, cariño. Espérame en la habitación, ¿sí? —Beso su frente.

Tengo que hacer malabares para que se vaya luego de su insistencia. Si no hago esto ahora, quién sabe cuándo tendré otra oportunidad. Tengo que robarme un celular.

En media hora, la *skýla* está más que lista. Le dije que su amo la mandó a llamar y casi salta en un pie del gusto.

El personal de seguridad se mueve. A lo lejos, puedo ver que el avión de don creído aterriza. Con pijama y pantuflas, espío desde un rincón y espero que todo funcione como lo planeé.

—¿Dónde demonios está mi mujer?

Su voz de mando, profunda, caliente, palpita en mis oídos.

Entra al despacho, la *skýla* lo sigue, dejo que pasen algunos minutos, hasta que por fin cede. No sale, tampoco se queja. Le ha gustado esa mujer, lo cual me hace pensar que tardará con ella.

Con un panorama despejado, camino en silencio hasta su habitación y cierro la puerta. El lugar es elegante, grande, lleno de decoraciones típicas del país. Recuerdo haberme interesado por la cultura cuando estudiaba en la escuela. Amo los azulejos, la mayólica fina, pero ahora no debo perder el tiempo.

Empiezo a buscar sin desordenar mucho y miro hacia la puerta a cada minuto. Solo hay papeles, libros, pero no móviles.

«Rápido. Tienes que ir más rápido».

Todo lo que hay parece una colección de lujo. Busco en la ropa, sus cajones, debajo de la cama y encimeras, pero nada.

«¡Maldita sea!»

El tic tac del reloj me pone más nerviosa. Abro los armarios para esculcar en los bolsillos y ni rastro, solo hay documentos.

Escucho pasos, mi cuerpo se congela. ¿Fueron pasos o imaginación? Suelto los papeles, los vuelvo a ordenar con torpeza. ¡Dios! ¡Mierda! ¡Sí son pasos! Miro a un costado, luego al otro. Debe ser Otto, tiene que ser Otto.

Busco dónde esconderme, debajo de la cama no es una buena opción. El armario es muy pequeño, solo me queda… el baño. Los pasos se escuchan más cerca, corro sin pensar con lógica. Maldición, es más grande que mi departamento en Londres. Hay un muro que divide el jacuzzi con una gran televisión y un cristal que separa el lavado. Voy tras un buró que tiene toallas apiladas.

Los pasos se acercan, mi piel se eriza. Es Siniestro.

«No, no, no. No debió pasar».

Deambula por fuera como si estuviera en una llamada telefónica, pero luego entra en el baño. El calor sube por mi cuello, envolviendose en mis mejillas. Me va a descubrir. Pego mis labios para evitar exhalar fuerte.

Deja el móvil a un costado, veo cómo se entreabre la camisa hasta que sus manos se posan en el cierre de su pantalón.

Y se toca.

Parece que un volcán erupciona en mi rostro, desvío la mirada como si hubiera cometido un pecado. No lo voy a ver, ¿por qué lo vería? Con plena iluminación, teniendo en cuenta la amplitud de su mano, veo de reojo que su pene explota duro hacia afuera y volteo.

Me aterra pensar que esa cosa me entró completa. Necesito salir de aquí.

—Alaska, Alaska… —gruñe para él. ¿Se masturba con mi nombre?

Lo jala hasta que se endurece como hierro. Mis ojos se quedan clavados en lo que hace, incapaces de apartarse. Jamás había visto a un hombre hacerlo de esa manera; entierra su miembro en sus manos de forma majestuosa, mira al espejo con las cejas bien pronunciadas.

—¿Me crees imbécil? ¿O es que le tienes miedo al dolor?

Me congelo cuando me descubre. Bastó una mirada para hacer que caiga de nalgas hacia el suelo. Parece que el aire se sale de mis pulmones cuando camina hacia mí con la delantera dura y toma mi cuerpo con facilidad hasta ponerme a su altura.

—Suéltame.

—Sabes que tengo cámaras por todos lados, ¿cierto? Sé lo que haces, incluso conozco lo que piensas. Te quería en mi baño solo para mí.

Paso saliva.

—¿Qué pasa? ¿No puedes con la conciencia? Sh... —Pone el dedo sobre mis labios—. ¿Sabes qué le impide a la gente disfrutar? Pensar mucho. Ahora vas a chupármela.

Sus labios impactan con los míos y una corriente caliente se desborda por mi piel. Su boca es como la lava, enciende cada espacio de mi cuerpo. Desliza sus manos por mis brazos para arrodillarme.

—Soy una mujer comprometida. Usted…

—Solo será la punta —susurra—. Prometo que te devolveré el placer, te montaré en la bañera hasta que el sol se asome por la ventana y te hayas corrido lo suficiente. Abre la boca.

Su mirada me hipnotiza. Los orales no me complacen, nunca lo he disfrutado.

El pene de este hombre bordea mis labios. Su glande es tan llamativo que no puedo quitarle la vista. Lo pasa por mi nariz hasta deslizarlo por mis

comisuras. Mi lengua siente su tibieza, el líquido preseminal parece empaparme.

Ayuda con sus manos hasta que lo tengo dentro poco a poco. Se me van las arcadas.

—Disfrútalo. —Se pavonea mientras lo clava hasta mi garganta y no lo soporto.

Tengo la boca abierta con la mandíbula al tope, no entra. Lo saca y mi saliva se resbala por su carne. Las venas se le hinchan, vuelve a meterlo fuerte, rudo, se mueve y su sabor salado me traiciona.

Está tan duro… Podría morderlo.

Levanto la mirada con los pezones erectos. No sé qué me pasa, algo en mí se incendia como nunca. Me siento tan diferente, tan extraña, tan…

—Tócame.

La orden me produce punzadas entre mis piernas. Sujeta mis manos para llevarlas hasta su sexo. Al principio siento que todo me tiembla, pero luego me suelta y ahora soy yo quien lo sigue.

Las yemas de mis dedos palpan su extensión sin que deje de mirarlo. Me enseña lo que le gusta, siento la humedad desbordarse entre mis piernas, hasta me deja mamarlo.

Saco la punta, vuelvo a meterlo hasta mi garganta, rasgándolo con mis dientes, tal como él me dice que lo haga.

—Sigue así, *angliká* —jadea.

Sus palabras me queman. Los ojos me lagrimean. Me cuesta respirar.

Mi lengua sigue su ritmo mientras sus manos me toman de los cabellos ahora con fuerza.

—¿Viste qué rico es que él llore y tú lo goces conmigo? —Empuja, lo hace fuerte. Es raro, pero ver cómo pierde la cabeza por lo que hago me nubla la mente.

Me mira, lo miro. Va más rápido hasta que explota en mi boca.

—Trágatelo, es una orden.

10
IRONÍA

Alaska

Su sabor salado me consume, mi boca desborda en semen, el derrame blanquecino hizo que mi piel se erice de pies a cabeza. Me limpio con dificultad mientras lo veo alzar la cabeza con una sonrisa pedante, como si hubiese ganado uno más de sus juegos.

Respiro hondo y estoy por irme, pero me detiene. Su mano grande toca mi brazo haciendo que me estremezca.

—Pensé que tenías sed, *angliká* —Entendí su indirecta.

—Me da asco.

—Eso no decías anoche. —Me lleva hacia su pecho duro—. Tenemos mucho tiempo ahora.

—Tiene a más mujeres a su disposición. Ya hice lo que quería. ¿Por qué se empeña en molestarme? —El exceso aún resbala por mi pecho y sus ojos se incendian.

—Eres mi mujer.

—Váyase a la mierda.

—Esa boca... —sisea—. Si das un paso más, voy a darte duro.

Una chispa se enciende entre mis piernas y, sin aviso, me levanta con facilidad sobre sus hombros mientras grito. Abre la llave del jacuzzi, lo llena con rapidez mientras mis manos y piernas luchan contra su fuerza.

—¡Suélteme! ¡Maldito sádico!

Acaricia mis nalgas y las aprieta. Mete un dedo entre ellas hasta llegar a mi clítoris. Palpa mi vulva por encima de la ropa; mis gritos cambian y se vuelven jadeos. Necesito pensar en mi novio para resistir, recordar a Leonardo besándome, haciéndome el amor... pero cada vez que lo intento, la imagen de Siniestro follándome lo desplaza.

Mi cuerpo cae de golpe en la bañera, y tengo que sentarme para toser porque tragué agua. Al levantar la cara, todo pasa en cámara lenta: su mirada asesina, los ojos ardientes, la forma en que se quita la camisa hasta quedar completamente desnudo. La espuma se desliza por cada músculo abdominal que observo. Parece que las venas le laten con la tremenda, gorda y larga erección que se carga.

«Esa cosa no tiene fin. Tiene vida propia».

—¿Qué pasa, niña rebelde?

Mi garganta se seca; el vapor del jacuzzi no ayuda, al contrario, me irrita. Me sostengo de los bordes de la bañera mientras sus pies entran. Estoy temblando como una cobarde. Se me acelera el corazón, la conciencia… y no, no es por la temperatura del jacuzzi, sino por mi cuerpo.

—Si te mueves, te follo.

Me quedo rígida cuando se acerca. Su mano se desliza por mi pierna. Mi respiración sigue agitada; no controlo los latidos de mi corazón ni la forma en que me cala al mirarme. Debería quedarme quieta, no sentir, pero me muevo por un impulso nervioso cuando se aproxima.

—Ahora te follaré.

Mi *yo bruto* ataca. Me lanzo encima de él, tratando de golpearlo, pero el salvaje me inmoviliza con un beso que me quita la respiración. Captura mis labios con los suyos, y siento una ola de olores, sabores y sensaciones que me excitan. Jamás había besado a alguien así, jamás me había desesperado tanto por tener a alguien tan cerca… mucho menos tocándome.

—¡Se...va... a arrepentir! —digo entre besos.

La boca del estómago me arde de rabia. Cuando cree que me tiene controlada, muerdo. Lo devoro con mis dientes, presionando sus labios hasta hacerlos sangrar. Y no se separa de mí. Su dureza parece crecer tanto que me roza. El sabor a sangre me consume, y él sigue besándome hasta que me la devuelve con otra mordida.

—Eres mía, Alaska. Cada respirar tuyo me pertenece.

Me arranca la ropa. Eleva mis caderas para sacarme el pantalón de pijama, las bragas, el sujetador… hasta dejarme completamente desnuda. Lo hizo en menos de un minuto y no hice nada para detenerlo, no intenté escapar ni golpearlo; solo me ericé. Su otra mano me sujeta del cabello, presionándome contra su boca.

—Lo odio, maldito criminal —digo entre gemidos. Es mi lado más razonable, mi conciencia haciéndose notar. Estoy siendo infiel a Leonardo con el hombre que parece odiarlo. Intento sumergirme en la realidad, pero siento que el cuerpo me explota.

La lava que fluye dentro de mí me sobrepasa, y en un arranque de salvajismo me hunde, asfixiándome en el agua.

—¡No! —Salgo a flote por supervivencia. Abro la boca y respiro hondo, hasta que vuelve a hundirme.

Me acaricia el sexo mientras lo hace, hasta que me levanta de un tirón, abriéndome las piernas. Su boca vuelve a mis labios, y bebe el exceso de agua de mí. Me chupa, y la sensación es angustiante, calurosa, perversa.

—Qué rico coñito... —Su mano larga vuelve a tocarme—. ¿Te gusta así?

Mete dos de sus dedos en mi canal. Mis mejillas están a punto de incendiarse. Arden mis pezones de lo erectos que están. Escucho un ruido y, cuando me doy cuenta, su mano jala una cubeta de hielos que yace justo en la mesa de bebidas. Lleva uno a su boca.

—Ruégame para que siga. —Se pavonea.

—Jamás.

Pega un hielo entre sus dientes hasta que sube a mis labios. Me paralizo. Su boca sabe helada ahora; sé lo que va a hacer. Estoy ardiendo.

Baja suave por mi cuello, aún con el hielo en mi piel. Ahora deja que se resbale en mi abdomen.

—Pídelo —insiste, y no respondo.

Sigue su ritmo hasta mi sexo y lo medio entierra entre mis labios vaginales.

—Te lo meteré.

—Basta.

Lo introduce un poco y me abrumo. Estoy tan excitada, prendida, enojada, arrepentida y con tanta culpa que no me deja pensar con claridad.

—Dilo. Pídeme que te folle.

—Siniestro, por favor.

—¿Qué soy, Alaska Van Loren?

Su voz me apremia.

—M… mi señor...

—¿Y qué quieres?

La voz de mando, el deseo, la calentura me sobrepasan. Deja el hielo, y esa chispa helada contra mi sexo caliente hace que me descontrole con una fuerza ajena. Su pene vuelve a mi entrada. Mete la punta y siento que vibro.

—¿Qué quieres, Alaska? Dilo ya.

—A ti.

Empuja por completo. Algo en mí se volvió a romper. Mis mejillas explotan al sentir cómo me desgarra; grito tanto que parezco una gata en celo cuando me levanta, enrolla mis piernas en su cintura y me folla de pie.

—¡Ah!

Tengo que sujetarme de sus hombros para no caer mientras sus manos largas toman mis nalgas. No sé cómo mi trasero salta con tanta rapidez. Quiero volver a decir algo, pero me calla con su boca.

Sus labios gruesos saborean los míos, me come sin dejarme respirar. Siento cómo mis paredes se aprietan, su pene se hincha dentro. Me acuesta en la encimera, obligándome a caer sobre él y...

—Móntame —ordena.

Trato de taparme los senos con los brazos, pero él no me deja.

—Déjame verte.

Me muevo; empiezo a incomodarme.

—Duele.

—Lo sé. —Posa sus manos en mis caderas—. Lo vas a sentir más en esta posición. Muévete, *gynaíka*.

Lo monto, sintiendo que su anchura me desgarra. Sus grandes manos suben por el perfil de mi cuerpo hasta llegar a mis senos. Los toca, aprieta mis pezones, me moja, resbala rápido en mí. Me muevo hacia adelante y hacia atrás, haciendo ritmos constantes. Voy lento para lograr encajarla. Poco a poco voy encontrando mi propia satisfacción con su polla dentro de mí, pero no le gusta mi lentitud.

A lo salvaje, da un embate hacia arriba, y pronto estoy saltando sobre sus caderas.

—¡Bruto!

Me amasa el trasero con sus manos en cada embestida. Alza mis nalgas. Siento cómo tremenda cosa desborda mi canal; gimo alto. Cierro los ojos

cuando mi cuerpo parece alcanzar su límite. Suenan mis nalgas contra sus huevos. Siento que algo en el interior se ahueca. Me abre aún más las piernas para meterla y sacarla rápido.

—Te daré mil veces más hoy.

No lo soportaré. Sigue cogiéndome duro, y es solo el principio.

—Me gusta tanto probarte —dice en mi oreja.

Reprimo los gritos y me desespero, pero justamente esa necesidad hace que más lo desee. Me la mete fuerte. Una, dos, tres veces y más. Suelto la tensión con llantos agudos por el placer y el desenfreno de su voz. Se mueve tan rápido que ya no sé si vivo o muero; solo sobrevivo. Grito sin control hasta que mis paredes se contraen y me corro en él.

El orgasmo aún me hace vibrar. No pude contenerlo: fue explosivo. Con deseo, sin amor. Él también se viene en mí, y mi sexo vuelve a estar lleno de su semen.

—Me encantas, Alaska Van Loren —murmura en mi oreja. Caigo sobre él. Estoy en sus brazos de nuevo.

Desnuda, mojada, llena de su sabor. Me gira para ponerse sobre mí. ¡Por Dios!

Mi cerebro piensa que no puede más, pero mi cuerpo lo recibe con gusto. Se entierra de nuevo. Basta el roce de su miembro sobre mi piel para ponerlo duro. Qué hombre, qué perversión, qué manía. Mientras lo maldigo, mis labios lo vuelven a besar.



El reloj marca las tres y media de la mañana. Entro en mi habitación.

Mis labios están hinchados por tanta mordedura, mi cuerpo destruido. Briana está acostada en mi cama, acurrucada en posición fetal, y no quiero despertarla, por lo que voy rápido hacia el baño y cierro la puerta.

Me lavo el cabello con champú, el cuerpo con un jabón líquido de miel y, al terminar, sólo me siento en la esquina de la bañera, sin saber qué sentir. Los recuerdos regresan a mí, atormentando mi cabeza.

—Quiero que me lo hagas, chúpamela, amor.

—*No…, no me gusta.*

—*Pero me amas, ¿cierto?* —Deslizó su pantalón—. *Y si realmente es amor lo que sientes por mí, me darás placer. Yo estoy contigo, siempre he estado contigo a pesar de tus errores. Vamos, estoy seguro de que te va a gustar.*

Solía pelear con Leonardo por esto. Los orales eran angustiantes para mí. Solo quise darle placer, intentar que disfrutara, que funcionara lo mejor posible después del segundo año de relación, pero lo odiaba con todas mis fuerzas y ahora… con este hombre, alguien que detesto, la sensación no fue igual.

Me gustó. Más de lo que podía imaginar. No luché contra esto, le fallé a quien prometí nunca traicionar. Mil cuatrocientos sesenta días enamorada de él no bastaron de nuevo.

Pensé que éramos únicos, que nuestro amor traspasaba cualquier obstáculo. Me quedé con eso; en el plano sexual estaba bien, a veces me corría, era aceptable. Un sexo con amor, y eso era lo que importaba. Sí, hasta hoy.

—Necesito volver a ti —siseo, sintiendo que me desarmo.

Extraño mi vida normal, a mi novio y las salidas al parque de la mano. Quiero regresar a mi trabajo, atender a las clientas que se prueban sostenes en la sección de señoras. Incluso deseo con todas mis fuerzas escuchar a la vieja maldita de mi jefa gritar.

Exhalo lento con esta culpa que no me deja vivir. Al salir del baño, intento no hacer ruido. Abro el cajón para buscar ropa interior y encuentro un sinfín de bragas de encaje. No había tenido tiempo de explorar este armario; toda la ropa es de diseñador.

—En el segundo clóset están las batas, Alaska. —Briana prende la lamparita y se dedica a mirarme con una sonrisa. Parece que ya hizo una breve exploración aquí.

Me cambio sin mirar mucho los cofres de joyas que yacen en la mesita. Sé que brillan; todas tienen diamantes. Me voy a la cama hasta que siento cómo su mano se extiende sobre mi pierna, orillándome a verla otra vez.

—¿Estás bien?

No.

—Sí, cielo. Ve a dormir. —Acaricio su cara.

—¿Estabas con el amo, verdad? ¿Fue él quien te hizo… esto? —Me mira el cuello, sacando a la luz los chupetones. Aún tengo marcas de su boca en mi

piel.

—Es tarde. Mañana hablaremos. ¿Quieres ver una película? Prende la televisión, no me molesta.

—No me trates como si fuese una niña. No lo soy. Me rompieron la inocencia hace mucho.

Inhalo fuerte y exhalo rápido, conteniendo las lágrimas sin saber qué decir.

—¿Te forzó?

—No.

—¿Entonces por qué tienes ese aspecto?

—Son cosas que no entenderías.

—Entiendo, aunque me guste ver *Hannah Montana*. Aunque prefiera dibujar mariposas y arcoíris, mi cuerpo me recuerda todos los días lo que hicieron conmigo.

Llevo las manos a mi rostro, dando un largo respiro otra vez.

—Tuvimos sexo, mucho sexo. Lo disfruté, pero no debería —admito—. Tengo un novio al que amo y voy a casarme con él. ¿Con qué cara lo voy a mirar? ¿Qué voy a decirle cuando salga de todo esto?

Me mira en silencio, sus ojos se resignan para luego asentir.

—Todos aman a Siniestro, no solo porque es atractivo, sino por lo que significa. Jamás vuelves a ser la misma persona cuando lo pruebas. Su maldad te mancha por completo. Lo amarás incluso hasta contra tu propia voluntad, hasta en tu propia muerte. Muchas mujeres murieron por él amándolo, y ese es su poder.

Me quedo helada al escuchar sus palabras.

—¿Qué dices?

—Es fácil enamorarse de él. Yo también lo quise, Alaska.

11
RETANDO AL DIABLO

Alaska

Me despego de ella con horror. Pensamientos apresurados empiezan a reproducirse en mi cabeza.

—Cariño..., tú y él…

—¿Crees que alguien como él se fijaría en mí? —Niega con la cabeza—. No pasó nada entre los dos, solo sentí un extraño cariño que no supe cómo llamar. El amo me salvó de un destino peor. Incautó el barco de un tipo que nos llevaba para vendernos, aunque tampoco se compadeció de mí. Lo que sentí solo fue agradecimiento.

Me quedo mirándola. Su inocencia me devora el alma. La abrazo fuerte y beso su cabeza.

—Pero tú sí lo amarás —agrega.

La idea me perturba.

—No lo amaría nunca, lo desprecio. ¿Cómo podría amar a un asesino? ¿A un ser tan despreciable que tiene mujeres como si fueran perras con collares? ¿Que solo piensa en sí mismo? Yo amo a mi novio y siempre será mi prioridad —recalco.

—Está bien. Siento si te hice enojar.

—¡No estoy enojada! ¿De dónde sacas eso?

Me queda mirando, apenada. Entonces me doy cuenta de que me exalté. Le pido que no hable más del tema porque es tarde. Todavía tengo la mente llena de preguntas; el cansancio me vence.

Me llevo la sábana hasta la cabeza después de apagar la luz. Esto empieza a ser un calvario. Ni siquiera llevo dos días y no soporto ser su esposa.

Briana duerme tranquila, quizá en una cama por primera vez en muchas noches. Le acaricio el cabello; ella es lo único que vale la pena de este lugar. Tengo que protegerla.

«Es fácil enamorarse de él». Es absurdo.

Pero tal vez en algo tenga razón; Siniestro rechazó a sus *skýlas* por mí. Dejó de meterlas en su cama por darme la prioridad. ¿Gusto? ¿Capricho? ¿Obsesión? Lo que sea que pase empieza a darme vueltas en la cabeza.

«Le gustas, deberías usarlo a tu favor».

Debería usarlo a mi favor…

Una idea empieza a carcomer mi cabeza. Por Leonardo. Por Briana. Para sobrevivir y salir viva de aquí.



Siniestro

El nado en la piscina me relaja al amanecer, más cuando el sol quema en mi isla desde muy temprano.

Otto me pasa la toalla, siempre eficiente. Los sirvientes prepararon un buen desayuno.

—Lo veo de buen humor hoy, mi señor.

—Estoy de mejor humor, Otto.

Dos empleadas mantienen las bandejas de fruta sin mirarme. Las dejan en la mesa para luego irse.

—Creí que le podría interesar.

Me brinda un boletín. Entre ellos, la noticia de todos los diarios llama mi atención: *"Cayó la perra de la mafia italiana. Se presume que está muerta"*.

—Son buenas noticias para mi señor. Sin su líder más fuerte, el camino a Italia es más rápido.

Los italianos son la prueba viva de que solo permanecen los más fuertes.

Por muchos años, Europa se dividió en territorios de la mafia. Ellos se llevaron el liderazgo al producir los diablos rojos, drogas letales que dieron de qué hablar en su tiempo, pero desde que el viejo Simone murió llevándose sus

fórmulas, su hija no pudo replicarlas. Se fueron en picada y yo creé drogas superiores.

—Bianca Simone no está muerta, solo está escondida en algún lugar para que no la maten. Es una zorra con experiencia, sabe cómo desviar la atención.

—Si ella está desaparecida, Tormenta también.

Me sabe amargo el trago al escuchar su nombre. Tormenta y yo tenemos una infancia en común, un pacto que no se puede romper, pero él cometió un error: enamorarse de su peor enemiga. Y esa zorra supo jugar cartas con él.

—Él regresará. Tarde o temprano la matará.

—Se enamoraron.

—Es cuestión de tiempo para que terminen destruyéndose a sí mismos. Ninguno sabe perdonar. Solo entonces atacaré.

Otto se queda en silencio mientras me sirve otro trago. Los italianos son lo último que me importa ahora.

—La señorita Yuri sigue solicitando hablar con usted. Quiso…

—Buenos días.

Al levantar la mirada, mi atención se va en la mujer que se posa frente a mí. Alaska Wells luce radiante. Ya no tiene la ropa de pordiosera con la que llegó; ahora está usando la que mandé comprar para ella.

Lleva un atuendo de dos piezas: una falda a la cadera y un bralette en los pechos que deja relucir su ombligo, además de los pendientes de diamantes que le regalé.

Se me endurece la polla cuando camina altiva hacia mí. No me habla, solo me reta al mirarme a los ojos de nuevo, como si estuviera restregándome en la cara que ella puede hacer lo que se le venga en gana aquí.

Calculo sus movimientos en silencio. Se sienta al otro extremo de la mesa, alejada, y estira la mano para invitar a la trasquilada a su lado.

—Las sirvientas no comen en mi mesa.

La muchacha se levanta de inmediato, pero Alaska la detiene.

—Se queda o me voy con ella.

Sus ojos rabiosos me siguen prendiendo. Aún la recuerdo en la bañera, gritaba mi nombre mientras la penetraba. Nuestros labios son el reflejo de una noche ardiente, dura, deliciosa, y sé que cuando me ve, lo vuelve a recordar.

—Fuera de mi mesa.

—No. —Alaska la toma de la mano; la maltrecha está a punto de llorar.

—¿Mis señores desean algo especial? —Otto interviene—. Iré a la cocina por sus bebidas. Señorita Briana, sé que le gusta el chocolate con leche. ¿Le gustaría acompañarme?

—¡Sí!

La puta escapa apenas puede. Se levanta sin mirarme a los ojos para irse, mientras que Alaska queda furiosa.

No me habla; quiere esconder su rabia. Se lleva un poco de fruta a la boca, y yo me dedico a verla comer. ¿Quién diría que esa boquita me la mamó tan bien? Me gusta verla así... mía, dispuesta, radiante. Solo le falta entrenar.

—He decidido que empezarás con tus clases de defensa personal hoy —le anuncio—. Usarás mi gimnasio para tonificar tu cuerpo, aprenderás a usar armas y estrategias de combate. Mi mejor soldado te entrenará.

Sonríe.

—No. Me quedaré tendida en la cama viendo películas y tragando helado mientras tú me mantienes. ¿Qué tal?

—Mantenerte no es problema para mí, niña estúpida. Lo que sí es un problema es que sigas portándote como lo haces. Mi paciencia tiene límites contigo.

—Pues si no me aguantas, entonces déjame libre. —Sonríe.

Bufo.

—Tu osadía es muy alta como para pretender luchar contra mí. ¿Qué es lo que buscas? ¿Cansarme? ¿O es que todavía no entiendes dónde estás? Me complacería más matarte antes de liberarte.

Se lleva una salchicha a la boca.

—Seré su infierno, señor —se la mete entre los labios y luego levanta los ojos hacia mí.

Sabe lo que hace, se vistió así a propósito. Las hembras que conocen lo que tienen son aún más peligrosas, pero su minúscula cabeza no puede competir contra mí. El espectáculo recién comienza.

—¿Te sabe bien?

—Mucho.

Se lo mete, lo chupa, y empiezo a pensar que debería darle unas lecciones de mamadas ahora. Ayer no me lamió los huevos; estaba tan prendido que lo pasé por alto. Bebo sin dejar de mirarla. Me pregunto si trae bragas.

—Otto... estas salchichas están increíbles —vuelve a lamer cuando el anciano regresa—, pero... como que son muy chiquitas, sabe a todo lo que abunda por aquí.

Otto se pone rojo cuando se mete la salchicha hasta el fondo. Jodida hembra.

—Está muy rico. —Lo muerde.

La miro mientras hace sus ademanes sexuales. Alaska no es tan tonta como parece, y es porque lo lleva en la sangre. No puedo negar que su acto lanza punzadas en mi verga. Sigue haciendo esa mierda, rasgando sus dientes, pero ya fue suficiente.

Me cansé.

Levanto un dedo y, en dos segundos, la pequeña zorra de Briana llega hacia mí con uno de mis escoltas. Le apuntan a la cabeza y su cara palidece.

—¡Suéltenla!

Corre hacia ella, pero mi escolta la detiene. Me levanto para ver lo que quería ver desde la mañana: qué tan preparada está para mí. En la cama parece que nos llevamos bien, pero este es otro de los aspectos que más me importa.

Briana es su debilidad, además del hijo de puta de Bristol.

Mi escolta hace lo que le digo, la arrodilla. Alaska se descontrola, pero, en vez de asustarse y quedarse petrificada, va a atacar. Golpea a mi escolta con fuerza mientras levanto otro dedo, controlando cada movimiento que dan. La *angliká* es ruda. Se saca los zapatos y se los tira de frente mientras pelea con garra contra ellos.

No controla aún sus emociones. Todo mi personal está absolutamente preparado para luchar, incluso las *skýlas*; con una mano la alejan.

—Ven aquí —le ordeno a Alaska. Abre los ojos cuando mira cómo le apunto a Briana.

Sus ojos se desbordan. ¿Cómo diablos pudo encariñarse con una puta? Acaba de conocerla. Sostengo su cuerpo contra el mío.

—Eres más fuerte que esto, Alaska Van Loren.

—Tenemos un trato.

—Que acabas de romper.

Briana grita.

—¡Baja el arma! ¡La estás asustando! —Sus labios tiemblan—. Está bien, haré lo que quieres, pero por favor, suéltala.

Levanto mi mirada hacia el guardaespaldas; es mi señal para que preparen a la trasquilada, mientras sostengo a Alaska contra mí. La volteo rápido, mirando hacia adelante. Otto se tensa, el guardaespaldas se mantiene esperando mis órdenes.

—Tú decides su vida ahora. Estira tus brazos.

Le pongo un arma en la mano.

—Siniestro, por favor...

—Tómala.

Se queda fría.

—¡Que la tomes! —Alzo la voz, y ahora la sostenemos juntos.

Su corazón late con fuerza; puedo sentirlo al pegarme a ella.

—Mira de frente y no pierdas el blanco. Hoy tiene que morir alguno de los dos: la putita o el hombre que la sostiene.

Se agarrota. Mis labios besan su oreja.

—Piénsalo bien. ¿Quién vale más? ¿Una muchacha podrida que acabas de conocer o un padre con hijos que necesita mantener? —Se queda callada—. ¿En serio destruirás una familia?

—No puedo. Por favor… —Su cuerpo tiembla.

—Eres más que un manojo de nervios y una boca altiva, Alaska. Los escrúpulos solo te dan problemas; no tenerlos te da poder. No pienses en la vida que quitas, sino en lo que ganas al hacerlo.

—Alaska —Briana chilla.

—Demuéstrame de qué estás hecha —susurro—. Si lo haces, serán menos días hacia tu libertad. Mira qué vale más.

Se agita. Pongo sus dedos en el gatillo y suelto poco a poco mi mano de la suya.

—Mátala.

Su mano tiembla hasta que un disparo sale de frente.

12
DESASTRE

Alaska

Mis manos tiemblan sin control... Disparé, lo hice.

El grito ahogado de Briana sucumbe en mis oídos. Los ojos de aquel escolta se mantienen fríos contra mí, sin emitir expresión, mientras mi boca ahoga un jadeo al ver la sangre.

La maté... ¡Maté a Briana!

El arma resbala por mis dedos temblorosos, cae al jardín con un golpe seco que reverbera por todo el lugar. Mis rodillas se doblan contra el suelo. La cruda voz de Siniestro suena tras de mí. Mis ojos se cierran. Intento respirar, calmar esta asfixia que me carcome.

—¡Ayuda! —vocifera Briana con pánico.

Ni siquiera la voz le sale alta, sino cargada de miedo. Abro los ojos con las lágrimas contenidas y la veo ahí... temblando, agarrotada.

No fue Briana a quien disparé, sino a aquel hombre. Maté a ese hombre.

La sangre se derrama a chorros por el jardín. Nunca antes sentí algo tan fuerte. Jamás había tocado un arma, mucho menos sentido su peso.

Briana corre para abrazarme. Se sostiene en mis brazos como si fuese un pequeño cachorro con miedo, pero al mismo tiempo soy consciente de lo que acabo de hacer.

—Limpien ahora. —Otto truena los dedos, y un equipo de limpieza se lleva los restos.

Todavía no puedo creerlo. Toman a la gente como si fuesen medios, carne... como si no valieran nada.

Briana llora alto y dejo de temblar para abrazarla.

Se aferra a mí con desdén. ¿Cómo dejarla sola? ¿Cómo en este lugar de mierda?

Siniestro se posa frente a mí, retándome de nuevo con una mirada vacía y neutra. La rabia se desprende de mi cuerpo. No soporto más; en tres pasos largos estoy frente a él, queriendo devorarlo.

—¡Eres un hijo de puta! —Toda la fuerza se me viene encima cuando lo empujo.

—Bienvenida al mundo de los asesinos.

Se queda en silencio, como un depredador evaluando a su presa. No soporto sus ojos ardientes sobre mí, la forma tan salvaje en la que me mira y esa manía que tiene de sacarme de mis casillas por completo.

—Ni siquiera te importan. —Señalo a sus trabajadores—. ¡Nadie te importa! ¡Sus vidas no valen nada para ti!

—Llévense a la chillona —ordena sin decir más.

—¡No se atrevan! —grito cuando quieren tocar a Briana—. ¡Porque juro que les saco los ojos!

Extiendo mi dedo, amenazándolos, y de pronto se inmovilizan buscando alguna orden de Siniestro.

—Largo todos. Fuera.

Su voz impasible me altera. Otto se lleva a Briana.

—¿Querías jugar con fuego? Ya te quemaste. Aprende a ubicarte en tu lugar.

Quiero golpearlo, pero es imposible. Es tan bueno peleando que me esquiva con rapidez. Un solo empujón de su parte me partiría. Pone mis brazos hacia atrás para inmovilizarme.

No soporto la furia que cargo; mientras más me muevo, más me duelen los ligamentos, y puedo intuir que se jacta de su poder.

—Te odio.

Acerca su boca a mi oído y estampa su pecho musculoso en mi espalda mientras me obliga a rasgar mis manos contra su miembro.

—Tu vagina no dice lo mismo. Tampoco cuando te corres en mi polla.

—No eres la gran cosa —miento. Lo digo en alto mientras aprieta con fuerza mis brazos.

—Pregúntaselo a tu garganta apretada.

—¡¿Quién te crees?!

—Soy el que te pone húmeda sin que puedas controlarlo. —Aun inmovilizada, recorre mi abdomen con su otra mano.

—No eres mejor que otros. Jamás serás mejor que...

Callo.

—¿Bristol? —Me toma más fuerte. Mis ligamentos no lo soportan, y cierro los ojos por el dolor que siento en los brazos.

Estoy enojada, adolorida por la presión que hace sobre mí y, aun así..., mis pezones reaccionan a su contacto.

Mis mejillas arden. La realidad me apremia cuando deja caer mi cuerpo y pierdo el equilibrio al irme contra el suelo.

—No voy a tolerar más estupideces de tu parte. Aunque seas mi mujer ahora, tienes que entender que aquí las órdenes las doy yo. Si yo quiero que mates a alguien, lo haces. Si quiero coger, cogemos. Si quiero joderte, también te jodo porque quiero y puedo. Ahora lárgate. ¡Desaparece de mi vista!

Truena los dedos, y los escoltas regresan sabiendo qué hacer. Me llevan de los brazos hasta mi habitación, donde termino encerrada.

Por más que intento luchar, no puedo; son como cinco gorilas contra mí. La angustia me sobrepasa al pensar en Briana, porque no quiero que nadie vuelva a lastimarla.

Suspiro, dando el último golpe contra la puerta. Las lágrimas no dejan de brotarme. Paso de la rabia a la frustración, y de la frustración al desconsuelo. Intento pensar con la cabeza fría, utilizar la razón, pero mis nervios ahora mismo son un desastre.

Se enojó. Pude ver el infierno en sus ojos, pero cuando le mencioné a Leonardo todo se agravó. ¿Por qué lo odia? ¿Qué demonios le hizo?

Es imposible que se conozcan. Mi novio es un hombre intachable, justo, amoroso. Él sería incapaz de matar una araña. ¿Entonces?

Elevo un suspiro con la misma pregunta de siempre, dando vueltas sin llegar a una respuesta concreta.

«Piensa, Alaska. Trágate la rabia y solo piensa».

¿Leonardo sabrá lo de los noventa días? ¿Siniestro le habrá dicho algo?

Me llevo las manos a la cabeza, con la angustia en la garganta. Moriría de decepción y también de… celos.

Si hay algo que Leonardo no puede es controlar sus emociones. Lo último que hizo fue golpear a un mesero que me tiró café de casualidad mientras caminábamos en una noche por Oxford Street.

Markos Van Loren debe estar planeando algo muy grande, algo que todavía no sé. Me he concentrado en darle la contra, siguiendo mi rabia, intentando que mi cuerpo no cediera ante sus provocaciones como defensa, y no en lo que importa: descubrir la verdad de sus intenciones.

¿Qué quiere de mí? ¿Qué planea? ¿Por qué yo?

Pudo haberme matado si hubiese querido, pero si no lo ha hecho es porque hay algo más.

¿Trabaja con drogas? ¿Y qué más? ¿Cómo funciona su clan de mafia? ¿Cuáles son sus nexos? ¿Tendrá debilidades?

¡No sé nada de ese psicópata! Solo que posee un harem de zorras a su disposición para chupársela, las mismas que categoriza con collares de perro con sus nombres. Y que suele llegar por las noches con los puños irritados, manchados de...

—Sangre —siseo para mí misma.



Leonardo

No puedo perderla. No puedo perderla. Yo la amo.

La mesa se mueve cuando la golpeo; ya ni para ir a un bar decente me alcanza con el poco dinero que me queda.

Tuve que huir de Londres como si fuera una maldita rata porque me estaban siguiendo.

Me llevo otro trago a la boca; es la única manera de sobrellevar esta ansiedad.

«La besó, la tocó, la hizo suya».

Aquella imagen que me envió fue clara: se besaban como si se gustaran de verdad. Alaska lo hizo… Mi Alaska lo hizo. Y ese audio… Escucharla gemir

con otro, decirle que quería más, me hizo perder la cabeza.

—¡No lo voy a permitir! —Destruyo el vaso de un tirón. El barman solo me mira—. ¡Tiene que ser un montaje! Alaska jamás disfrutaría el sexo con alguien más. Yo soy el primer y único hombre en su vida. El único que la hace vibrar, el único que...

—Le ha escondido la verdad desde siempre —entona una voz para completar mi frase y sentarse junto a mí. Viktor Smirnov.

—Vete a la mierda.

—Tuve que usar a mis hombres para distraer a los que te seguían. ¿Así me pagas?

—Ya nada me importa.

—Piensas con la polla, no con la cabeza. Siniestro nos acaba de expulsar de Ucrania. Nos acorraló; ahora sí domina todas las tierras periféricas de Rumanía. Nadie quiere trabajar con nosotros, ha jodido nuestros negocios una y otra vez.

—¡Ya nada me importa! ¡Teníamos un trato que no cumpliste! ¡Dijiste que recuperarías a mi mujer!

—Dije que lo intentaría, pero el malnacido nos orilló a sus tierras para poder atacarnos y dejarnos en ridículo. Mató a mi gente y tú solo te ahogas en alcohol por una mujer.

—Esa mujer es mi vida entera. No soporto ni un minuto más sin ella. No debí esperar, no debí hacerte caso.

—¡Deja de hacerte el imbécil y piensa! Esto es lo que él quiere: llevarte a tu límite. Eres demasiado predecible. Era obvio que iba a usarla en tu contra y ahora le demuestras que te duele.

—¡Se acostó con ella! ¡Está obligándola! ¡Forzándola!

—Pues no lo parece.

Lo tomo del cuello.

—No vuelvas a injuriar el nombre de Alaska o…

—¿O qué? ¿Vas a clavarme el puñal como lo hiciste con él para aliarte conmigo? ¿Me matarás?

Golpea mi cabeza contra la pared, haciendo presión en mi cuello.

—Usa tu maldito cerebro por primera vez en tu vida y escúchame. Esto ya no se trata de ti ni de tus celos. Ella está en este juego ahora, y a la mafia no le

gustará saber la verdad.

Lo suelto.

—No puedo, sin ella no puedo. —Me desarmo.

Vuelvo a tomar un trago, luego otro. Los recuerdos son como dagas que calan con dolor. Sus gemidos, el nombre de ese imbécil en su boca. Lo que escuché en aquel audio me tiene al borde del suicidio.

—Él no te la devolverá. La única manera de recuperarla es sacando nuestras mejores armas. Aún tenemos muchas a nuestro favor.

Las lágrimas nublan mi vista. Me quedo mirándolo, sé a lo que se refiere.

Él tiene razón.

—Vamos a declararle la guerra, no importan las consecuencias. —Asiento —. Te juro que voy a recuperar a mi mujer.

13
CLANDESTINO

Alaska

Días después.

La luz entra por mi ventana al amanecer. Otro día más encerrada aquí, empiezo a sentir que me asfixio.

El estómago me ruge por la falta de alimento. Me castigan con una comida diaria, pero da igual, no es la primera vez que aguanto el hambre.

Él quiere que le ruegue, que baje la cabeza y esté a sus pies como si fuese una más de sus *skýlas*, y la rabia me consume por dentro. Sin embargo, tengo que aceptar que mi comportamiento no ha sido inteligente.

—¡Pst!

—¿Briana? —salto de la cama. Intento abrir la puerta, pero está con llave.

—Alaska, ¿estás bien?

—¿Tú estás bien? —susurro—. Dime que no te hicieron nada.

—Estoy bien, solo me tienen vigilada. Ahora mismo estoy en la recámara de visitas, en la parte baja. El señor Otto fue amable conmigo. También comí.

Siento cómo un peso grande se me va de encima.

—Vete a tu cuarto, échale llave y no salgas de ahí, por favor.

—Me siento mal porque no pude traerte nada de comer. Dicen que no saben hasta cuándo estarás sin alimento.

—Pues, si me muero, todo sería más fácil.

—No digas eso.

—Ya no sé qué más hacer. —Me desplomo—. He fallado en cada una de las cosas que intenté para escapar.

—Era obvio. Jamás podrás enfrentarte a esta gente. Te ganan en número, tienen armas, son criminales, y tú, una simple mortal. Será mejor que aceptes

tu realidad de una vez. Ya lo intentaste y no pudiste. Quisiste encontrar un teléfono y solo te metiste en más líos. ¿Qué más podrías hacer?

—Encontrar algo de qué agarrarme. No sé, un hilo suelto, un documento, algún secreto que le afecte y del que pueda tirar para que sea mi salvaguarda.

—El amo nunca dejaría deslices. Es perfecto en lo que hace.

—Nadie en esta vida es perfecto.

—¡Por Dios, Alaska! ¡Ya deja de meterte en problemas! Deberías ser más inteligente, intentar ser amable con el amo. Si lo complaces en lo que quiere, puede que tengas más probabilidades de salir viva de aquí. Peor ahora que…

—¿Qué haces aquí, niña?

Me paralizo al escuchar esa voz. Retrocedo un par de pasos al sentir que alguien abre la puerta. El rostro que veo de vuelta solo me confirma que es Yuri, la japonesa loca líder de *skýlas*.

—Buenos días, zorra.

Camina hacia mí, y me doy cuenta de algunas marcas en su cuerpo. La golpearon. Su cuello tiene cicatrices. Su rostro, a pesar de estar maquillado, carga huellas de violencia.

—¿Qué quieres?

—Hacerte una visita. Por favor, pasen. —Una mucama trae una bandeja y la deja en la mesa—. Ahora, largo.

Mis tripas se retuercen al ver la comida tapada, pero me voy con cuidado con ella.

—¿Tienes hambre? Pobrecita, te castigaron con una comida al día.

Exhalo lento.

—Mejor vete. No quiero problemas.

—¿Así me tratas después de ser amable contigo? Sin rencores, ¿qué te parece?

Quiero tratar de seguirle el juego, pero no puedo. No con esta mujer.

Me mira de arriba abajo soltando una risa larga. Levanta el plato para luego acercarlo hacia mi boca. Su actitud me toma por sorpresa. Pego un salto hacia atrás al ver qué hay en su interior: una tarántula muerta enrollada en un preservativo.

—Pasta de tarántula al semen con condón incluido. Buenísimo.

El olor me produce náuseas. Quiere pelea, pero no caeré, aunque me cueste demasiado contenerme.

—Esta es solo una pequeña advertencia, zorra. Vas a terminar como la tarántula, muerta y envuelta, si sigues metiéndote conmigo. He regresado, y no volveré a dejarme. Vas a pagar caro lo que hiciste.

—Yo no tuve la culpa de nada. Fuiste tú quien me golpeó.

—No te hagas la santa conmigo. Las tipas de tu clase se ven así, mustias e indefensas, cuando en verdad tienen las garras por dentro. Pero el amo ya conoce a las de tu clase. Sabe qué esperar de ti.

Sus ojos tiran fuego. Intento irme, pero me agarra del brazo.

—Me cogió como nunca en el sofá de su despacho —remarca—. Se la mamé hasta sacarle la última gota. Volvió a mí, a su hembra de toda la vida, la única que de verdad lo complace. ¿Sabes qué me dijo? Que solo eras una ramera sin gusto. Estás tan estrecha que hay que meterte un palo para que funciones.

—Fuera de mi recámara. —Aprieto las manos en un puño.

—¿Y si no quiero? En esta casa se hace lo que yo diga.

—¿Segura? Creo que aún no has entendido a quién tienes delante. La esposa soy yo, no tú, aunque hayas ido a llorarle. Es lo que te enoja, ¿verdad? Que me haya elegido a mí por encima de ti.

—¡Cállate!

Intenta golpearme, pero la detengo.

—No vas a volver a tocarme —advierto—. Yo no estoy aquí porque quiero y tampoco quiero problemas, pero si me buscas, vas a encontrarme.

—¿Es una amenaza?

—Tómalo como quieras. Ahora lárgate.

Suelta una risa burlona.

—Que el amo te dé preferencias ahora no significa que seas importante. Él solo te utiliza. —Tira de mi cuerpo hacia ella—. No te quiere ni te querrá nunca. En su corazón solo existió una, alguien que nunca olvidará. Vamos a ver cuánto te dura.

Se va pateando las sobras de tarántulas con semen, y, cuando por fin cierra la puerta, siento cómo el peso de mis palabras cae sobre mí.

Me siento en el sofá con la cara ardiendo. ¿A qué mujer se refiere?

No me importa. Que se tire a quien quiera, como quiera. Mientras menos aparezca, mucho mejor.



El gran reloj de una de las torres marca las dos de la tarde, y siento que me muero. Hoy por fin salí de mi habitación, pero solo para entrenar. Rich, uno de los mejores asesinos que Siniestro tiene, no parece tan desagradable. Fue amable conmigo al conocernos. Es una de las pocas personas que no me trata mal, aunque sí es exigente.

Bajo el trote cuando las gotas de sudor caen por mi rostro. Ahora mismo soy más desastre que persona. Mis músculos están hechos trizas por el entrenamiento cardiovascular y de fuerza. Pronto empezaré con los tiros. Me detengo porque no puedo más.

—Señora, no pare —insiste.

—Ya te he dicho que, si me sigues diciendo "señora", no te haré caso —digo mientras trato de respirar—. Dime Alaska.

—Está bien, Alaska. Por favor, continúa.

—Llevamos dos horas corriendo.

—Y quince minutos de retraso para llegar a la arena. Al Carnicero no le gusta que lo hagan esperar.

«El Carnicero». No deseo saber por qué lo llaman así.

La sensación de agobio me sobrepasa. Me obligarán a tomar un arma de nuevo, y aún no olvido lo que pasó con ese hombre. Las noches sin dormir pensando en que lo maté me generan ansiedad. No quiero volver a enfrentarme a esto.

Cuando los guardaespaldas que nos siguen llegan hasta nosotros, no queda más opción que avanzar. La mansión sigue pareciéndome gigantesca; tardamos más de veinte minutos en llegar a la arena, y estoy destruida.

—Llegan tarde.

Un hombre alto, obeso, lleno de tatuajes en el cuerpo, me toma del brazo al verme. Su aspecto es desagradable, y huele muy mal cuando se acerca. Tiene

un diente filoso, cual colmillo de bestia, que me hace sentir amenazada. Pone una gallina viva delante de mí y luego me da un arma.

—Dispare.

El animal me mira, quieto. Tal vez es mi idea, pero siento cómo me implora que no lo mate.

—¿Qué? ¿No entiende? ¡Le dije que dispare!

—¡No puedo! —Mi grito resuena—. Soy amante de los animales.

Cierro los ojos al sentir cómo me toma del cabello.

—Creo que usted y yo no nos estamos entendiendo. ¡Dispare!

—Vete a la mierda.

Me fuerza, y al ver que no hago nada, mete mi cabeza en un balde con agua helada. Por más que intento salir a flote, su enorme mano hace que sienta asfixia.

—Va a entender por las buenas o por las malas, señora.

Lucho por liberarme. Mi cráneo parece insignificante entre sus manos duras. No sé si duele más el jalón de cabello que me da para sacarme o la gran inhalación que hago al sentirme ahogada. Me quedo en silencio al ver que vuelve a darme el arma. Aun así, sigo inmóvil. Ellos quieren convertir a la fuerza a alguien como yo en una asesina. Me obligaron a disparar, y no lo volveré a hacer.

—Cómo me gustan las hembras tercas. Lástima que a esta nadie pueda tocarla.

Rich se mantiene frío mientras me ahogan de nuevo. Soy demasiado orgullosa para pedirles que paren. Lo hacen cinco veces más, y sigo negándome. Cada muestra de rebeldía es un ahogo. Cada pausa mía se vuelve una burla para ellos.

—Al parecer lo que busca es otro escarmiento.

—¡No! ¡Por favor! ¡Ayuda!

Traen a una de las sirvientas destinadas a mi servicio y la ponen sobre una mesa. El hombre saca un cuchillo.

—¿Qué hacen?

—¡Ayuda!

—¡No, no, no! —grito cuando le cortan un dedo.

—Dispare.

Con los aullidos de dolor de la mujer detrás de mí, las lágrimas se me salen al apuntar a la gallina. Levanto los brazos temblando, justo como me dicen que lo haga. Apunto el arma y disparo. Lo hago mirándole a los ojos. Disparo ocho veces hasta que por fin le doy al blanco. Solo cuando la sangre de la gallina estalla, dejan de cortarle los dedos a la muchacha.

—Mírala bien, puta. —El hombre agarra su rostro—. Esta fue la mujer que, por su capricho, hace días mató a un hombre y ahora dejó que te cortaran los dedos. Agradécele en tus oraciones.

Se llevan a la mujer casi a rastras. Mis ojos se empañan, un calor punzante nubla mi vista.

—Nada mal, mi señora. —El Carnicero levanta a la gallina muerta—. Le faltó puntería, aunque igual me la voy a comer. Mañana será un cerdo y, pasado, su protegida, si sigue de altanera.

Me limpio las lágrimas antes de que me vean. La sangre de la gallina aún está en el suelo. La de la muchacha salpicó mis piernas. Solo giro, queriendo irme.

—Alaska, aún no ha terminado el entrenamiento —demanda Rich.

Freno en seco, sin querer nada. Los guardaespaldas se acercan para cerrarme el paso. Veo a Briana de lejos observándome; se esconde entre los arbustos. Rich también la ve. Sabe que no podemos tener contacto con ella, pero se calla. Podría meterse en problemas si los otros se dan cuenta, así que vuelvo al ruedo.

Practicamos defensa personal con artes marciales durante la siguiente hora. Rich se ha mantenido en silencio todo este tiempo. Se limita a enseñarme diferentes tipos de bloqueos: antebrazo, puño, mano abierta.

Me lanza un golpe, lo esquivo. Una patada, y vuelvo a esquivar, aunque todavía me falta aprender a contraatacar sin ser predecible.

—Usa el bloqueo circular ahora.

Lo intento y caigo al suelo. Nada me sale bien. Todo me fastidia.

—Controla tu rabia. —Me da la mano para ayudarme a levantar—. No ganas las batallas con el hígado, sino con la cabeza. Aquí nadie se preocupa por nadie. La templanza debe ser tu mayor virtud. Lo de hoy no fue nada en comparación con las cosas que te esperan. No sobrevivirás si no te preparas.

—¿Sobrevivir a qué?

Se calla, duda, y luego agrega:

—Al título que llevas. Ser la señora Van Loren te pone en riesgo constante de muerte. La mafia no sabe que eres la esposa del amo. En tres meses debes ir a un círculo de la mafia, y en ese lugar no hay contemplaciones. Tienes que saber defenderte. Aunque primero deberás lidiar con las *skýlas*.

De reojo, observo cómo una de ellas pasa mirándome. Son como lacras; evalúan al mínimo cada cosa que hago.

—Me odian.

—Ellas odian a todo el mundo, sobre todo si eres la mujer del amo.

—No soy su nada. Solo una farsa. Un trato de noventa días.

—Eres una intrusa para ellas. Intentarán matarte cada vez que puedan, y debes saber defenderte. Todas han sido entrenadas. Algunas son buenas, otras pasables, pero ninguna mala. Si sigues mostrando tus debilidades, quienes te quieren dañar las usarán en tu contra.

Me quedo en silencio, procesando lo que dice. Las ganas de llorar se esfuman cuando entiendo que soy yo quien tiene que salvarse a sí misma. A pesar de haber observado tanta barbaridad, me sigue costando acostumbrarme.

Me limpio las lágrimas. Entonces Rich me sorprende con una patada que consigo esquivar.

—¡Te atacarán cuando menos lo imagines! Tú deberás matar mirando a los ojos a tu víctima.

—Suena genial esto de aplastar cráneos —ironizo—. ¿También se chupan su sangre?

—No la chupamos, nos damos un pequeño baño, que es otra cosa.

Me sigue el juego, y he de confesar que, después de lo vivido, hace más ameno el día. Rich es serio, pero amable al decirme las cosas sin amenazas.

—¿Desde cuándo trabajas aquí?

Me doy cuenta de que le cuesta dar una respuesta. Es un hombre reservado.

—No estoy autorizado para hablar de mi vida personal.

—¿Qué podría hacer una simple mundana como yo? ¿Asesinarte?

Quizá fue apresurado, pero si voy a seguir con esto, no hay tiempo que perder. Necesito saber más de él. La salvaguarda que tengo que buscar está en los que conocen a Siniestro.

Exhala hondo con una media sonrisa.

—Trabajo desde hace mucho —responde, mirando hacia los costados, aún en posición de pelea.

—¿También lo tienes en un altar? Hasta te tatúas su nombre.

Hace un mohín cuando me refiero al tatuaje en su brazo.

—El dragón es el símbolo de la mafia griega. Cada miembro del clan es tatuado según su rango. Solo el amo lleva el animal completo.

—Le tienes una lealtad ciega.

—El amo me hizo todo lo que soy. Me sacó de las calles, como a muchos que hemos sido los que nadie quiere.

No se ve tan viejo, tal vez no pasa de los treinta, lo cual me hace pensar que quizá vivió aquí desde niño.

—¿Nunca te has puesto a pensar que un día puedes perderlo todo? —voy tanteando. Le doy una patada que bloquea.

—La única forma de perderlo todo sería si Siniestro cayera, pero eso es imposible. El amo nunca falla, tampoco se equivoca.

—Nadie es invencible.

—Él sí.

Doy la vuelta y vuelvo a atacar.

—No deberías tomarlo a broma. Es el mejor jugador que conozco, y no solo hablo de estrategia —advierte—. Nunca pierde en una pelea. Podría romperte el cráneo con un solo movimiento. Aún con mi amplia experiencia, jamás he podido ganarle. Me dejó paralítico un año con un golpe en la columna.

—Bromeas.

—Es francotirador profesional, karateka, asesino letal y un empresario brillante. No por nada es el rey de la noche en las pandillas.

«El rey de la noche en las pandillas». Repito en mi mente. ¿A qué se refiere?

—Pues yo voy a retarlo.

Rich se congela con mi risa. Ya no reacciona a mis ataques, por lo que me quedo quieta. Los pasos que resuenan tras de mí me hacen saber que está detrás ahora.

14
TRATOS PELIGROSOS

Alaska

Se me revuelven el estómago cuando siento cómo los pasos se detienen. Es él, no necesito verlo. Basta con observar cómo todos, incluyendo a Rich, le bajan la cabeza.

El aroma fresco y varonil de su colonia es inconfundible. Me escuchó, lo sé. Respiro hondo, recogiendo cada fragmento de valor para girarme. Me dispongo a hablarle, pero se pasa de largo, dejándome con la palabra en la boca.

Habla en griego con Rich e intuyo que este le da informes sobre mis avances.

Lo odio, pero no sé por qué no puedo dejar de mirarlo. Sus ojos, sus músculos, todo ese misterio de su personalidad me envuelve en una nube de curiosidad que aún me da vueltas.

«¿Quién es en verdad este hombre?»

Puedo notar que, de nuevo, trae las manos lastimadas. Sus nudillos lucen reventados, llenos de cicatrices. Me da la sensación de que, cada vez que regresa, tiene una herida nueva. ¿Tendrá algo que ver con lo que dijo Rich? ¿Algo con el rey de la noche?

Cada vez es más difícil de armar este rompecabezas. Cuando menos me doy cuenta, me pilla mirándolo y no dejo de alterarme. Quizá Briana tenga razón. No he sido nada inteligente al oponer resistencia, pero saca un lado de mí que no controlo.

Terminan de hablar. Rich se va. La presencia de Siniestro lo cohíbe.

—Desde ahora prepararás mi comida. Ayudarás a la cocinera en lo que necesite. Quiero que tú misma la guises —increpa antes de irse—. Vamos a ver si así se te quitan esas ínfulas estúpidas. Como en media hora. Largo.

Me quedo quieta, respirando profundo mientras se va, ahora sin decirle nada. Mi plan no puede fallar por mi boca, así que trato de calmarme.

Un escolta me acompaña a mi habitación, dándome solo diez minutos para asearme. Me abrigo con lo que sea, ya que, a pesar de tener siempre sol en las islas, en la noche corren vientos fuertes.

—Ella es Kiriaki, la cocinera —dice el hombre que me lleva del brazo—. Apúrense con la comida del amo.

—Llámeme Kyria, señora. —Habla mi idioma y me hace una reverencia—. Adelante, póngase cómoda. Empezaré a…

—No, el amo demanda que sea ella quien cocine —refuta—. Colabora o te rompo el cráneo, vieja estúpida.

—Claro que sí, señor. —Sonríe—. A la orden.

La cocinera me da la tableta para que empiece a picar tomates mientras sigo impresionada por la forma en que es tratada y, peor aún, en cómo lo acepta.

No es que sepa mucho de cocina, pero sobreviví años haciéndome mi propia comida, así que improvisaré.

—Al señor Van Loren le gusta la comida italiana. —Me sonríe Kyria, aún tímida.

—¿Cómo?

—Su dieta varía entre verduras, pasta y otras carnes, pero hoy comerá una lasaña.

—¿No sería más fácil comer ensaladas? —susurro. No terminaremos en media hora.

—Es lo que pidió, mi señora. Además, debemos hacer todas las salsas a mano, nada precocido. Picaremos los tomates para hervirlos ahora. Estoy avanzando una salsa deliciosa. La carne molida está en proceso.

El escolta se va hacia el otro extremo para sentarse en una silla sin quitarme la vista.

—¿Por qué tanto afán con lo italiano? —Trato de no hablar muy alto—. ¿Acaso es alienado? —Río.

—El señor Van Loren vivió mucho tiempo en Italia. Por lo que tengo entendido, salió de Grecia cuando era un niño, luego regresó siendo adolescente. Debe haber echado de menos su patria.

Interesante. Otro dato más a mi favor.

—Claro, sus padres de seguro también lo extrañaron.

—El amo nunca habla de sus padres, mi señora. De hecho, no tiene familia. El tema está prohibido en esta casa.

La cocinera me devuelve la sonrisa, picando verduras. «Así que no tiene familia».

—Déjame hacerlo. Sé picar verduras rápido, anda. —Le quito el cuchillo—. Usted es muy amable.

Se sonroja.

—Le agradezco el gesto.

—Debe estar muy cansada cocinando para todos en esta casa. ¿Sus hijos están de acuerdo?

—No tengo hijos. El amo prohíbe las relaciones entre trabajadores o personas externas. Nos paga muy bien para solo estar a su servicio. La verdad es que no me puedo quejar.

Me deja muda cada cosa que me va contando Kyria, pero finjo que soy natural para seguir obteniendo información relevante.

No tiene padre ni madre. Le molesta que hablen de su familia. Vivió en Italia siendo niño, luego regresó a Grecia. ¿Cómo demonios construyó este imperio? ¿Y qué clase de nexos tiene con mi novio?

Sigo obteniendo información y, de rato en rato, miro a aquel escolta que ahora más se ocupa en tragar el pedazo de pastel que le dio Kyria. Preparamos la salsa blanca, cocemos la carne molida, algunas verduras más hasta que llega el momento de juntar los ingredientes.

—¡Mierda!

Pego un grito. Me quemo la mano. Sin querer, la cocinera choca conmigo y suelta la salsa roja. Kyria se pone pálida, incrédula de lo que acaba de pasar. El vidrio que almacenaba la salsa explota en mil pedazos.

—Lo siento —le digo.

—Mi señora, no es su culpa, fue mía. Yo voy a recoger esto.

—No. Yo hice este desastre.

—Pero...

—Debe hacerlo ella. —El guardaespaldas traga con la boca abierta—. Deja que lo haga, mujer, ¿o eres bruta? Las mujeres no sirven para nada. Si desobedeces seré yo quien te corte la cabeza.

Se levanta para amenazarla. Kyria baja la vista y un fuego oscuro me recorre.

—¿Quién te crees, pedazo de animal?

No me mira a los ojos, pero sí responde.

—Usted debe limitarse a hacer lo que su señor le pide. No discutiré el tema.

—¡Largo! Vete ahora mismo.

—Usted no me manda.

—Pero sí tengo este cuchillo encima. —Se lo muestro—. Si no te vas ahora, juro que grito que me estás lastimando. No querrás ver a «tu amo» enojado, ¿o sí? Yo soy la señora de esta casa y tú solo el perro.

Se queda inquieto, sin saber qué decirme. Mantengo la quijada en alto, despectiva, actuando en mi papel de pequeña versión de la bestia siniestra.

Como esperaba, después de haber observado mucho, en este ambiente rige el sistema de poder. Si te crees más que otros, te respetan. Si eres amable, no. Solo sigo el patrón de Markos Van Loren y parece funcionar.

El tipo se mantiene lejos de nosotras cuando seguimos el curso. La pobre cocinera está llorando, sus dedos tiemblan por lo tarde que es y lo entiendo. El escolta exige que nos apuremos e insiste que debo ser yo quien siga sola. Kyria se va al almacén por más pasta.

—Maldita sea. —Casi tiro todo de nuevo. ¿Cómo demonios haré esto?

Mezclo ingredientes. Lo pruebo, no queda mal, aunque el salero empieza a tentarme la cabeza.

Me río en mis adentros mientras tiro exceso de sal en la lasaña. Oh, quizá también le falte un poco de pimienta, paprika, clavo, de todo lo que encuentre.

A lo lejos se pueden escuchar las demandas de Siniestro, Otto trata de apaciguar la tensión.

Maldito engreído. Vamos a ver si le gusta mi comida.

Escupo dentro de la lasaña sabiendo que jamás se dará cuenta y que yo me retorceré de risa mientras la come.

Me obligan a limpiar y lo hago con cautela. Ordeno los cuchillos, las tablas, tiro el exceso de basura pasando un trapo por las repisas. Cuando por fin termino, veo cómo el matón sale apresurado.

Sin nadie a la vista, me muevo tratando de saber lo que pasa, pero llego al despacho de Siniestro. La puerta está semiabierta.

—Investiguen ahora. —Su voz se engrosa cuando deja el teléfono; está molesto y de espaldas.

—Amo..., déjeme relajarlo un poco.

Yuri aparece en la escena. Se le pega como una serpiente, le abre el pantalón y se arrodilla.

La japonesa sabe cómo moverse. Suelta el fino encaje que se carga y sus senos rebotan como dos pelotas plásticas encima de su pene. Lo masturba, lo aprieta entre sus pechos. Saca la lengua mientras lo jala para golpearlo con su punta.

Siniestro se apoya en el borde de la mesa tirando del collar que rodea su cuello, acaricia su cabello como si fuera un animal.

¡Por Dios! ¿Qué hago mirando esto? Me arden las mejillas.

—¿Así? —balbucea ella. Parece inflamarse con cada roce.

—Esfuérzate.

Hay fastidio en su rostro. Siniestro se ve irritado.

—Mi amo, sé que estoy en falta. Pero créame, las cosas no sucedieron como se las dijeron. Honro cada uno de sus mandatos. Yo…

—Sin palabrerías —puntualiza—. Si quieres que me corra, cállate.

Siento cómo mi sexo palpita al ver lo rosado que se pone. Tiene el glande bien dibujado; grande, lleno de venas que se revientan. No deja que ella se la chupe; por el contrario, tira de su correa cada vez que quiere hacerlo.

—Señor —implora—, necesito beber. Necesito tenerlo.

Ver cómo su baba cae sobre su miembro, cual helado que chorrea, saca un lado de mí que desconozco. Uno que me hace sentir extraña e incómoda.

Debería irme, pero estoy inmovilizada. Algo enciende mi curiosidad. Mis ojos no dejan de reparar el kilométrico pene del hombre que odio.

«No lo veas. No deberías».

Siempre me sentí una chica buena. Cuando perdí la virginidad, fui a la iglesia a confesarme. Incluso cuando lo hice por primera vez con Leonardo, sentí que en algo fallaba. Y ahora, en la intimidad de este lugar, a solas, sin nadie en el pasillo que me juzgue, me quedo quieta. Tengo los pezones tan duros que duelen. Una capa de sudor frío cubre mi piel.

—Amo, hace mucho tiempo que no me toca. Soy la única de sus *skýlas* a la que ha cogido más tiempo. Quiero complacerlo esta noche.

Ella toma su miembro en sus manos.

—¿Qué haces? —Se enfada. Yuri se sienta en la mesa.

—Abrirme para usted. —Separa las piernas, queriendo que su punta la tome.

—¿Qué te hace pensar que voy a follarte?

Bufa.

—Mi vagina está apta para…

—No me provocas.

Yuri se queda quieta mientras la vuelve a arrodillar. Los dedos de Siniestro se clavan en sus mejillas, apretándolas.

—Soy su puta, amo.

Jadea, desesperada. Él acaba de rechazarla, no quiso follársela y aún así le ruega por migajas.

—Por favor, déjeme probarlo. —Se aferra a sus piernas. La erección es gigante.

Mis ojos no dejan de ver lo moradas que se ponen las venas gordas de su pene. Su abdomen bajo también las remarca. Parece que le pesara cargar la dureza que tiene encima.

—Abre.

Yuri abre la boca para recibirlo; de un tirón le destroza la garganta. Los labios se le desbordan, la quijada parece pesarle, pero en lo único en que me fijo es en cómo la embiste contra el escritorio.

El cráneo de la japonesa suena al estamparse contra la madera fina. Sus caderas no dejan de moverse y no me fijo en otra cosa que no sea su abdomen bajo. La forma en cómo sus músculos resaltan hace que una extraña sed en mí aumente. Cierro las piernas del impulso al sentir cómo mi humedad crece, cómo mi centro punza.

¿Qué estoy haciendo? ¿Qué clase de pervertida soy viendo esta escena?

—Vete. —Algo le fastidia. Frena de golpe. Se la saca aún dura.

—¿Hice algo mal, amo?

—¡Que te largues ahora!

Retrocedo y doy media vuelta. Los ojos de Otto solo me sonríen.

Asiente con caballerosidad mientras mis mejillas explotan de vergüenza. Por Dios, me vio espiándolo. Me voy corriendo a la cocina. La lasaña debe estar lista. Alguien la sacó del horno. Tomo el recipiente sin guantes. «¡Genial, Alaska! Bravo». Los dedos me arden. Me quemé de nuevo.

Me cubro con un paño y termino de sacar el molde mientras miro el reloj pasar los minutos. Aun así, la temperatura de mi cuerpo no baja. Necesito agua helada, estoy sudando.

—¡Señora! —*Kyria* aparece—. El amo quiere que le lleven la comida.

No han pasado ni diez minutos. Trato de concentrarme, pero tengo la cabeza hecha un lío.

—Sí, toma. Está listo.

—Quiere que vaya usted personalmente.

—¿Cómo?

—Por favor, está furioso —implora—. Va a matarme si no le gusta.

Me pesa respirar.

—Sí, tranquila.

Trato de tomar la bandeja, pero casi me resbalo. No me concentro, tengo el corazón afuera.

El escolta llega para cuidar que no me desvíe. Estoy en problemas. Si se dan cuenta que está excesivamente salado, matarán a la cocinera. Maldigo de nuevo mis ideas impulsivas.

Me parece una eternidad llegar; está solo cuando entro. Mira la ventana con una copa de vino blanco entre los dedos. Ahora tiene los pantalones arriba, pero su camisa aún está abierta.

Trato de no parecer nerviosa cuando dejo la comida en la mesa y me voy hacia la puerta.

—No te vayas. —Me frena a medio salir—. No te he pedido que lo hagas.

Sus pasos se acercan, el aire se vuelve denso. Cada respiración es una batalla que me cuesta controlar.

—¿De qué querías hablar hoy? —agrega sin un ápice de emoción encima. Estoy demasiado exaltada como para seguir con el plan ahora.

—Pensé que no deseaba verme.

—Contesta.

—Bueno, solo… estaba pensando mejor las cosas. Quiero llevar la fiesta en paz hasta que culmine nuestro acuerdo.

Me rodea, cual tiburón acechando a su presa. Se toma el tiempo de cerrar la puerta, y mi sentido de peligro explota. Aun así, no le bajo la mirada.

—Pensé que me odiabas.

—Lo odio.

—¿Entonces por qué el cambio de actitud?

—No quiero más castigos, extraño a Briana.

—Ya veo.

Con la mano libre, toma la cuchara. Saca un pedazo de lasaña, el corazón me martillea. Sudo frío al ver su mano acercarse, y me sorprende llevándola a mi boca.

—Prueba.

—No me gusta.

—¿No te gusta lo que le preparas a tu marido?

Me mete la cuchara en la boca, y es inevitable que arrugue el rostro al sentir lo feo que está. Finjo que lo saboreo.

—Come más.

—No.

—¿Por qué? Parece que lo disfrutas.

Sonrío a medias e intento seguir la farsa, pero el exceso de sal en mi lengua, junto a otros ingredientes que le eché, hacen que termine por escupirlo.

—Dime tú qué debería hacer, *angliká*. ¿Obligarte a tragar todo lo que hiciste o matar a la cocinera por haber dejado que escupieras en mi comida?

Entreabro los labios, sintiendo que mi cara se quema. ¿Cómo lo supo? En este momento no puedo pensar, exhalo pesado sin que pueda hacer nada. Negarlo sería en vano.

—Kyria no tiene la culpa.

Resignada a lo que me toca, tomo la cuchara para tratar de comer lo que sobra, pero me la quita. Sus ojos azules arden cuando acorta la distancia. Introduce lento la punta de la cuchara en mi boca, tan lento que siento cómo los labios me arden.

—¿Te gusta? —sisea. Su voz ronca hace que mi cuerpo se erice. Mete la cuchara hasta mi lengua—. Sabe mejor si va hasta el fondo, ¿no crees? Imagina que llena toda tu boca.

Las palabras se estancan en mi garganta. Desliza la cuchara por mis paredes bucales y luego la saca para llevarla a su boca.

—Eres una niña muy malcriada.

Sus labios gruesos se mueven en la punta de la cuchara, lame y me altera. Acerca la copa de vino a mi boca, obligándome a beber. La cercanía me pone tensa.

—¿Debería castigarte por chismosa? Espiar no es una virtud que quiero para mi esposa.

Lo sabe. Maldita sea. Otto soplón.

—Aunque eso me hace pensar que… —saca la copa de mis labios, el vino se desliza en mis comisuras—… te gusta el derrame.

—Si fuera así, ¿qué? —No voy a dejar que me intimide, mi actitud lo toma por sorpresa—. A todas nos gusta el vino.

—¿Blanco?

—Espeso.

—¿Salado y cargado?

—Dígamelo usted.

Toma mis caderas para pegarme a su cuerpo, y en el roce puedo sentir su dureza.

—Qué rápido pierde la cabeza, mi señor —ironizo—. Apuesto a que cualquiera de sus *skýlas* estaría encantada de saber qué tal sabe su copa de vino.

—No son las únicas. Juraría que debajo de esa falda tienes más para mí, niña —sisea en mi oreja, su mano se desliza entre mis piernas—. Tan húmeda…

Me retuerzo para no gemir cuando palpa mi sexo. No deja de mirarme a los ojos mientras lo hace. Quiero demostrarle que soy inmune a su veneno, que no me importa si me toca, pero cuando siento la yema de sus dedos helados acercarse a mi clítoris, mi respiración se hace más pesada.

—¿Qué pasó, amo? ¿Su sumisa favorita no le dio lo que quería? ¿No sació su hambre?

—Eso no te importa.

Me aprieta, y la sensación es aterradora. Con un solo apretón podría romperme los huesos.

Su lengua lame el exceso de vino que se desborda por mi boca. Con la punta sube por mi mentón hasta atrapar mi labio inferior; lo chupa, rasga con los dientes y luego lo suelta.

—¿Qué es lo que quiere? —siseo en su boca.

—Poseerte, tocarte, montarte como me gusta.

—Podría aceptar un sexo sin peleas a cambio de más beneficios —digo.

Siento el pecho pesado, la angustia encima.

—Ya tienes a la chillona.

—Aún es tratada como una sirvienta y no quiero eso para ella.

Se enciende al sentir lo que mis piernas tratan de esconder, la manera en que siento que goteo cuando sus dedos todavía me presionan.

«Necesito hacer esto por mi bien, para salir de este lugar, rescatar a Briana y evitar que maten a Leonardo».

Si tengo que ser su puta personal, lo seré. Tres meses se convertirán en poco tiempo.

—No quiero quejas ni lamentos estúpidos. Quiero que obedezcas a todo lo que te pida, como quiera, con quien quiera, en las poses y maneras que me gustan. Estarás abierta a mí cada vez que me antoje. Si quiero, te jodo, te cojo o te dejo dormir. No habrá reclamos, ni intervendrás en mis decisiones.

—Hágalo. Tómeme, destrúyame cuanto quiera.

Tengo que contener el aire para no sofocarme ante su tamaño. Sus ojos parecen arder, emanar un fuego que no se apaga. Me siento pequeña, extraña, intimidada cuando me presiona contra la pared.

Si pudiera gritar una palabra cuando me toca, sería «peligro». El movimiento de su dedo en mi clítoris es suficiente para encenderme. Lo remueve de lado a lado, trazando pequeños círculos, mientras su boca carnosa devora la mía.

Huele bien, sabe bien, estoy subiendo en una montaña de placer con lo que hace. Me resisto a gemir y, aun así, mi boca suelta un leve sonido. Aumenta el ritmo, sus dedos se empapan, y mi cabeza explota.

—¿Más?

Sigue presionando mi clítoris hinchado mientras mi humedad me avergüenza. El dolor es apremiante. Mis piernas se aprietan con su mano en mi sexo. Estoy demasiado mojada como para que pare.

—Dime, *anglikά*, ¿quieres más?

Asiento con pesar, con las mejillas calientes, y vuelve a retomar el ritmo. Ahora va más rápido. Puedo sentir las oleadas de calor incendiarme. Presiona en mi centro, mientras se va a mi boca. La manera de besar de este hombre es inhumana. Estoy acostumbrada a los besos de Leonardo; suaves, delicados, amenos. En cambio, Siniestro es arrollador, violento, asfixiante.

Me aprieta el cráneo para profundizar sus chupadas. Mientras su boca me destruye, su mano sigue aumentando el ritmo en mi sexo. Por Dios, empiezo a contraerme y, a la vez, su lengua me excita.

Un gemido involuntario sale de mi garganta. Mis manos aprietan sus brazos. Me voy a venir, estoy cerca del orgasmo. Jadeo reprimiendo más gritos hasta que se separa de golpe. Retira su mano.

«¿Qué?»

—Buen tiro. —Suelta mis labios, mis mejillas se incendian—. Pero demasiado mediocre para tratar con alguien como yo.

Me quedo sin contestar.

—¿Qué quieres? ¿Que me trague tu juego sabiendo que no eres la clase de persona que se dejaría someter? ¿Planes seducirme para después atacarme por la espalda?

—Yo…

—Si no sabes sobrevivir al infierno, entonces no pretendas jugar con fuego.

Tu minúscula intención no logrará nada. Ni siquiera lo intentes o me olvidaré de que eres mi esposa.

Me quedo a medio respirar, desconcertada. Un ardor magulla mis piernas. Sin saber qué decir, me mantengo en el más estúpido silencio. Se va del despacho dejándome caliente y confundida. Hay movimientos de los escoltas fuera, pero no me importa.

Me toma varios segundos entender lo que acaba de pasar. El griego sospecha de mis intenciones. ¿Acaso fui muy obvia? ¿Sabrá que estuve preguntando a sus empleados sobre su vida?

Exhalo lento, me voy directo a mi habitación. El agua fría de la ducha calma un poco mi ansiedad, pero no aplaca el deseo.

Solía pensar que las mujeres que se tocaban eran exageradas, que el placer debería ser mutuo, y, aunque el pensamiento aún remece en mi cabeza, no puedo dejar de hacerlo. Es más grande el dolor que siento entre mis piernas por no haber consumado el orgasmo.

Lo hago las veces que sean necesarias, aún con cólera. Pero hay una cosa de lo que sí estoy segura. No voy a dejar de luchar, tampoco a rendirme, porque sé que quiere tanto de mí como lo que yo busco para sobrevivir en la mafia.

Le atraigo. Y esa es una gran arma.

15
DEUDAS DE SANGRE

Siniestro

Al día siguiente.

El bourbon me sabe a hiel cuando pasa por mi garganta al amanecer. En la madrugada, una de las islas, donde se procesa la mayor cantidad de mis drogas, se vio amenazada por la presencia de un dron espía.

Las islas del clan son impenetrables. Están resguardadas por aire, tierra y mar, lo que hace un acceso imposible. El dron fue combatido y aislado, pero el hecho de que hayan logrado penetrar en mis territorios empieza a darme vueltas en la cabeza.

—Mi señor, alguien dejó en la mesa del jefe de la *Incripol* coordenadas de nuestras tierras. Felizmente logramos intervenir. Borramos todos los archivos antes de que se dieran cuenta —anuncia un *red men*.

La *Incripol* es la policía internacional del crimen. Una organización que se dedica a cazar a gente de la mafia. No se meten con asuntos de ningún país; sin embargo, tienen la potestad de intervenir cuando consideran que alguien "amenaza" la seguridad pública.

Pasan sobre las leyes de cada gobierno, incluso por encima de la policía local. «Simples mediocres». Maté a muchos de los suyos, me han seguido los pasos por años. No van a desistir tan fácil.

—También podrían haber sido los italianos —comenta Otto.

—Los italianos están demasiado jodidos como para atacar. Tampoco esconderían la mano luego de tirar una bala. Eso solo lo hacen los cobardes.

Se quedan en silencio mientras mantienen las cabezas agachadas. Hay una sola persona que podría tener información de mis almacenes, la misma que trabajó por años en mis tierras y traicionó mi confianza.

Bristol.

—Alacrán ha vivido más tiempo de lo que debería, mi señor. Matarlo ha sido una de mis fantasías —increpa un *red men*.

«Alacrán» era el nombre que usaba Leonardo Bristol en la mafia. Fue parte de mi organización. Mis hombres también lo conocen.

—No es su asunto.

Todos se largan.

El infeliz sabe que mi tecnología es superior a la de la *Incripol*, aún así se dignó en atacar para provocarme.

Debió perder los papeles cuando escuchó los audios que le envié. Me imagino lo que sintió cuando escuchó gemir a Alaska, cómo le habrá dolido saber que su verga no haya logrado complacerla como lo hizo la mía.

«Pobre enamorado».

Su amor por ella me dio un arma. Ahora está justo en el punto que planeé. Desvalido, en la miseria, sin otra opción que salir de su escondite para cometer los errores que necesito.

—Señor. —Me intercepta Otto antes de salir—. Su guardia costera avisó que se destruyó todo buque cercano a las islas de almacenes. Si me permite intervenir, creo que deberíamos ajustar algunos accesos en el cerco marítimo.

—Bien.

—¿No me va a preguntar por la señora Van Loren?

—No.

Tomo la toalla para llevármela al cuello y me dirijo a mi área privada de entrenamientos. Necesito sacarme el fastidio de encima.

Lo primero que veo cuando llego es mi zona de boxeo. Puedo sentir cómo mi sangre se acelera cuando golpeo el saco de box con fuerza. Cómo mis puños descargan energía al atacar.

—Te vas a lastimar. —Escucho una voz aguda y expectante a lo lejos.

Maldita sea. ¿Quién carajos la dejó entrar?

Algo amargo crece en mi garganta, pero cuando volteo, ella infesta mi vista por completo. La veo frente a mí con un vestido blanco, el cabello suelto, algo maquillada y labios pintados de rosa.

Estoy tan acostumbrado a follarme a putas dotadas, de labios rojos y pechos exuberantes, que su simpleza no deja de llamar mi atención. Es tan sencilla como rebelde, de cara bonita como rabiosa.

—¿Vas a ignorarme de nuevo? —repite cuando golpeo el saco otra vez.

Cada puño me desahoga. Espero que se largue al no darle cuerda a su boca, pero sigue aquí.

—Bien, si tú lo quieres así...

Se saca los zapatos, alza los puños en posición de pelea. Le da un golpe al mismo saco de box y este termina rebotando en su cara. El rebote tumba su minúsculo cuerpo.

—¿Cómo puedes golpear esta cosa sin guantes? —añade, sobándose la mano lastimada. Deberían hacer que la azoten por osada.

Me acerco a ella con impaciencia. La levanto queriéndola sacar de mi área privada, pero en su lucha cae sobre mí. Su cuerpo se pega al mío. La tomo de la cintura sin humor, con la polla dura al sentir su roce mientras sus brazos bailan en el aire.

—¡Suéltame!

—Solo sabes joder. —La arrastro—. Fuera.

Es muy mala con el equilibrio. Podría romperle los huesos de un solo tirón. Al quererla soltar, vuelve a resbalarse.

—Markos.

—¿Quién mierda te dio permiso para hablarme así?

—Ese es tu nombre real, ¿no? Puedo decírtelo.

—No, no puedes.

—¡Suéltame! ¡No soy tu maldito trapo! ¡Suéltame, maniático!

Sus pies tocan el piso cuando la lanzo con fuerza.

—No hemos terminado de hablar —sigue—. Vengo en son de paz.

—Piensas que voy a creerte.

—Briana está de por medio. No le llevaron comida hoy, tus hombres hacen lo que se les antoja con ella. Estoy dispuesta a hacer lo que quieras, si ya no hay más castigos para nosotras.

Esos ojos rebeldes no deberían llamar mi atención, pero lo hacen. Hay luz en su rostro, una garra que no se apaga, que incendia, empeora mi humor y a la vez me obliga a no despegar mis ojos de ella.

—¿De verdad piensas que estás en facultad de negociar? —demando.

—Quiero más. Es lo justo.

—Ya te dije que tienes a la chillona.

—Pero no educación para ella.

Bufo.

—Creo que hay algo que no entiendes: la trasquilada es solo una puta más que fue traficada. No es tu hija, tampoco tu responsabilidad, es solo un jodido número. Deja de jugar a la madre abnegada, esa niña está podrida desde que pisó Europa y lo sabes.

—Es mi deseo. Por favor.

—No. Vete.

Se planta ignorando mi orden. Es la única persona en el mundo que se atreve a cruzarme los brazos.

—Pues no me iré de aquí hasta que cedas.

Estoy perdiendo la paciencia, la estoy perdiendo. No se mueve. ¡A la mierda! La tomo del brazo y se pone rabiosa. Aplica lo aprendido en las clases de defensa. Se libera de mi agarre en una maniobra peligrosa.

Me da pelea y algo dentro de mí lo disfruta. Hay un pequeño botón que despierta una rabia impulsiva que juega con todo lo que está a su alcance.

Los manotazos que me da los controlo con un solo empuje. Es terca, no deja de golpearme. Cuando la inmovilizo, descubro que sus pechos están duros tras la fina tela del vestido que lleva.

Respiro pesado, ella se pone roja al verse descubierta. Ayer tuve que contenerme, las mujeres son como las víboras si les das mucha cuerda, pero ahora mismo no me importa.

—Psicópata, animal. —Me apunta con el dedo enojada hasta que se da cuenta de cómo la miro—. Puedes irte a la mierda, Markos… Van… Puto.

Quiere huir, así que la atraigo a mí con fuerza. Cuando mi boca se une con la suya, se jode todo el control que tengo. No me gusta quedarme con las ganas. Explota mi verga al bajarme el pantalón y gime cuando la siente hincharse.

—No me toques. —Detiene mis manos.

—No hay nada que me detenga.

La subo en mi cintura. Mis dedos se deslizan por sus piernas hasta llegar a mi parte favorita. Su humedad la delata.

Destruyo los delgados hilos de encaje que lleva, para luego tirarla sobre una mesa. Su pecho sube y baja. Me mira con las mejillas rojas. Llevo mi lengua a la punta de sus senos, sin quitarle la vista. Gime al sentir cómo mis dientes toman la aureola, cómo la muerdo mientras mis manos abren sus piernas.

—Quiero saber a qué sabes cuando te mojas por mí, *angliká*.

Elevo sus nalgas a mi cuello mientras mis labios bordean su vagina. Una cosa es tocarla con los dedos, y otra muy distinta es probarla. Sabe a inocencia rebelde.

Busco su clítoris con mi lengua. Está hinchado y vulnerable. Debió haberse masturbado anoche cuando la dejé con ganas. Me doy el banquete completo al sentir cómo sus jugos bañan mi boca cuando empiezo a comerla.

Deliciosa. Carnal. Mía.

Lanza un gemido al mover mi lengua. Sus manos se entierran en mi cabello, se retuerce de placer mientras lamo su vulva. Mi dedo se hunde en su canal comprobando que estuvo lista desde que vino a buscarme. Es como probar miel: cuanto más presión, más abundante y dulce se vuelve el néctar.

Se tensa cuando acelero el ritmo con mi lengua hasta que se corre. Fue rápido, inesperado. Sus músculos se relajan y la tomo en mis brazos, llevándola al saco de boxeo. Sujeto sus muñecas con las cuerdas que cuelgan a los costados.

—¿Qué haces? —balbucea.

—Darte lo que buscas —murmuro.

—Markos. —Me incomoda que me llame así. Callo esa jodida boca con un dedo en sus labios.

—Silencio.

—No puedo mover mis manos —sisea, aterrada—. Si me caigo, entonces…

—Sí.

Remango su vestido hasta el ombligo, dándome una espectacular vista de sus piernas. Mi polla está ansiosa porque la libere, y lo demuestra explotando dura hacia arriba mientras me acerco.

—Acepta que viniste por esto —susurro en su oído mientras mi glande bordea su entrada—. Te gusta sucio y rudo.

—No.

Introduzco la punta en su canal.

—¿Segura?

—Markos…

—Niega que te tocaste pensando en mí anoche. Cada mentira será un castigo, así que di la verdad. —Le palmeo las nalgas—. Te gusta coger con el hombre que odias.

Se queda en silencio, gimiendo, con el coño chorreando de humedad. Me hundo en ella de un tirón haciendo que se arquee. Puedo sentir cómo su canal aprieta mi polla. Le separo las piernas tratando de encajarla por completo.

—Por favor.

—¿Por favor qué, Alaska?

Ella se mueve, pero yo sigo inmóvil. Siento la desesperación en sus manos, una tensión que se mezcla con su terquedad.

—Le lloras por traicionarlo. —Embisto—. Por gozar con otro que sabe hacerlo como te gusta.

Ahora soy yo quien no quiere parar. La sujeto del cabello y me la follo amarrada de las manos mientras mis movimientos aumentan.

Su canal sigue siendo estrecho. Lloriquea con cada embestida.

—¡Markos!

La ira nubla mi cabeza cuando me llama por mi nombre. Nadie lo ha hecho en años, pero ella está de nuevo ahí, rompiendo mis reglas.

Le doy duro hasta su tope. Se queja de dolor y placer con cada embestida que le mando. Las piernas le tambalean en medio de mis movimientos. Sujeto sus caderas hacia mí, ido de rabia.

—Dilo.

—¡Ah!

Lloriquea.

—¿Así, niña? ¿Rico? —Su trasero es taladrado por mi verga —¡Dilo, maldita sea!

—¡Sí!

—¡Más fuerte!

Dilato el placer que nos embarga al voltearla, abriéndole las piernas e ingresando en ella por completo. Sus mejillas se enrojecen, y el aroma de su

perfume me embriaga cuando su boca se encuentra con la mía.

—Córrete, no te contengas —gruño al sentir sus paredes contraerse—. Pero cuando lo hagas, piensa en que fui yo quien te hizo gritar como nunca. La mafia no perdona a sus enemigos, se cobra las deudas. —Desgarro su canal—. Y tú eres mi presa.

Sus mejillas encendidas me atraen; su sexo rojo por el desgarro provoca que mi pene quiera descargarse rápido. Grita cuando se libera. La vuelvo a besar con rabia atorada en la garganta.

Mis manos la tocan mientras me desbordo dentro de ella, iracundo y perdido, marcándola de nuevo con mi semen. Pierdo la cabeza, la conciencia del tiempo y del espacio en su cuerpo.

Es una hembra maldita que disfruto, pero no olvido que es la mujer de mi hermano, el hombre que me traicionó, se llevó lo que me pertenecía, y que esta es solo una venganza.

Ojo por ojo, hembra por hembra.

Ahora queda un día menos.

16
SIN CUSTODIA

Alaska

Veinte días. El calendario marca veinte días siendo la señora Van Loren.

Hay una extraña rareza en mi interior cada vez que lo pienso. Como si ya no importara. Como si todo se hubiera pausado en un instante.

Mi rutina siempre es la misma al despertar: desayunar con Briana, enseñarle algunas lecciones de la escuela, entrenar, volver a entrenar y, cada vez que él lo pide, ser su mujer en las condiciones que elija.

En estos días, el sexo ha sido interminable. De día, de noche, en las madrugadas. Cuando me llama, estoy ahí, siempre dispuesta. Pero no hay más palabras entre nosotros, solo besos violentos y cogidas que no voy a negar que disfruto.

Me cuesta procesar lo que siento cada vez que me toca. Una parte de mí que desconozco sale a flote. Aprendo cosas que no sabía, como el hecho de que una mujer podía dar tanto placer con su boca y que un oral era disfrutable.

Aún tiemblo cuando lo veo desnudo. Sus rasgos varoniles, sus músculos, la forma de su miembro erecto a punto de desgarrarme. He llegado a medirlo con el brazo sin que lo note. Cuando estoy con él, me siento obscena, sucia y extrañamente… libre.

No me juzga por lo que quiero probar, tampoco me limita. No hay reglas o apariencias que seguir, solo somos los dos disfrutando de nuestros cuerpos. Aunque hoy no me haya llamado a su habitación.

—¿Alaska? —El rostro de Briana hace que salga de mis pensamientos.

—Sí, cariño, está perfecto este ejercicio. —Le sonrío—. Eres buena en matemáticas.

—Me gusta mucho, pero mi padre decía que solo serviría para parir y limpiar la casa. ¿Crees en eso?

—Claro que no. Tú eres maravillosa. —Acaricio su barbilla—. Vamos a superar lo vivido, te lo prometo. Yo tampoco tuve una vida fácil.

—¿Tu padre tampoco te quiso?

Algo en mí retumba.

—Tuve el mejor papá del mundo. Mi madre murió cuando era muy pequeña y, a pesar de eso, jamás me faltó cariño. Los veranos eran los mejores; íbamos a la playa y jugábamos hasta cansarnos. Tuve la suerte de tener una infancia maravillosa.

—¿Entonces por qué tus hermanos te vendieron?

La pregunta dispara un dolor que aún punza en mi pecho.

—Lo siento —se excusa Briana.

—Jamás lo entenderé. —Me pican los ojos—. Cuando papá murió en un accidente, tenía quince años y me dejaron a mi suerte. Nunca les pedí nada, no tenían por qué hacerlo. Una noche aparecieron en mi puerta, pensé que querían arreglar las cosas, pero…

—Solo habían regresado para venderte.

No puedo evitar las lágrimas.

—Esperas puñales de la gente, no de tu propia familia. A veces, un desconocido se porta mejor que quienes crees conocer de toda tu vida.

Intento sonreír, aunque me cueste. Ella acaricia mi rostro, secando mis lágrimas. Su tacto es suave y dejo que peine mi cabello con ternura. Somos dos aves lastimadas, cada una con marcas distintas.

—Cuando salgamos de aquí, tienes que restregarles en la cara que sí pudiste. Que sobreviviste a esto sola y no eres una cobarde como ellos.

—Deben estar muy lejos ahora. No creo que los vuelva a ver.

—¿Si le preguntas al amo? ¿Por qué no le pides alguna explicación? Él podría darte las respuestas que buscas. Tiene un historial de todas las mujeres a las que compra.

—¿Un historial?

—Información relevante de cada *skýla*, esclava o mujer que adquiere. Él sabe más de ti de lo que creerías. Incluso podría determinar cuánta vida sexual tuviste.

—Jamás me dirá nada.

—Yo creo que te equivocas. Acuérdate, al amo le gustas.

Sus cejas suben y bajan en complicidad. Suelta una risita traviesa.

—Lo único que le gusta es el sexo.

—¿Es que en serio no te has dado cuenta? Pasa tiempo contigo. Nunca había pedido la presencia de nadie en su mesa, ni siquiera de las *skýlas*. ¿Cómo llamas a eso?

—Ganas de joderme.

—Ajá, sí, joderte. ¿El que te conceda el deseo de mantener y comprar por más de cincuenta mil dólares a una chica cualquiera, solo para satisfacer un capricho de su esposa, tampoco tiene mérito?

—Briana…

—El amo es un hombre que no se conformaba con una sola amante, pero desde que tú llegaste a esta casa, las *skýlas* han pasado a segundo plano. Ni siquiera las toca. ¿Sabes lo grave que es eso para ellas?

—No me interesa.

—¡Tenías que ver sus caras! —Ríe—. Las brujas malditas se juraban inalcanzables. Míralas ahora, parecen perras falderas queriendo tocar la verga del…

—¡Niña! ¡Basta! No deberías hablar de esas cosas, no a tu edad —mi voz resuena, pero solo cuando Briana borra su sonrisa, me doy cuenta de lo que hice.

—Aún piensas que soy solo una niña inocente. —Exhala fuerte—, pero la verdad es que estoy rota. Conozco más vergas que tú, Alaska. He sido sometida millones de veces, mi cuerpo está tan lastimado que ya ni siquiera lo siento.

Beso su frente.

—Lo siento, cariño. Ya sabes que mi boca siempre dice cosas estúpidas.

—No puedo cambiar mi pasado, pero tú eres mi mejor presente. —Sonríe —. Quiero que sepas que lo aprecio. Me quieres, me cuidas, te preocupas por mí. Estoy agradecida.

—Mi niña. —La abrazo—. Jamás te dejaré sola. Nunca.

Es el abrazo más reconfortante que he tenido en los últimos días. Briana me recuerda a mí cuando me quedé sola en el mundo. Sin nada, sin nadie, con miedo y mucha hambre en la panza. Haré todo lo que esté en mis manos para hacer su mundo más bonito.

Las horas no hacen justicia a todo lo que quisiera estar con ella. La dejo haciendo un par de ejercicios de matemáticas cuando los guardias llegan por mí para llevarme a la arena.

Es mi hora de entrenamiento, pero percibo movimientos extraños en la casa. Los jardines están plagados de *red men*, soldados de la mafia de Siniestro. Ellos solo aparecen cuando hay batallas, no se les ve seguido por la isla. ¿Estará pasando algo?

Sus rostros son imposibles de olvidar. La mujer pelirroja sigue ahí, es la única chica en el grupo. Cuando nuestras miradas se encuentran, un aire tenso se siente en el ambiente.

—¿Ya le destruyeron el culo a la no-anal? O es que sigue llorando para que no la follen —le dice a una *skýla*. Su tono burlesco me provoca.

—Alaska. —Rich me toma del brazo—. No caigas en provocaciones, que bien has estado sobrellevando tus impulsos estos días.

Me obliga a ir al área de entrenamientos. Es el único que vale la pena de toda esa gente de mierda.

—Cambia de cara, que así no vas a sobrevivir. Ellos podrían atacarte en cualquier momento —me dice, y da una patada que bloqueo—. Vaya… Ya no te cuesta responder.

—Ni dispararte.

—Bueno, no será a mí, pero sí al punto rojo. —Me da su arma—. Si logras dar en el centro, entonces te dejaré hacer lo que quieras.

—¿Me estás retando?

—Por supuesto. —Cruza los brazos, incrédulo. Levanto la mirada y tomo el arma, caminando hacia mi punto de ataque para patearle el trasero ahora mismo.

En este tiempo he logrado hacer una amistad con Rich, con quien no dejo de divertirme.

—¿Qué pasa? Se te van a volar las gallinas mientras piensas —bromea—. Siente el peso del arma en tus manos. Aprieta hasta que estés cómoda.

La pistola es dura, extensa, de hierro. La acaricio mientras una punzada late entre mis piernas al recordar lo de anoche, lo que le hice a Siniestro.

«¿Qué carajos estás pensando, sucia?»

Llevo mis dedos hacia el gatillo, muevo mi cabeza para concentrarme. Es solo una bala, solo tengo una bala. El punto rojo parece abrirse para mí y acomodo mis brazos.

—¡Ahora! —grita Rich.

Disparo. El eco de la bala todavía rebota en mis oídos cuando mi cuerpo salta.

—¡Sí!

Le di justo en el centro. Me abalanzo para abrazar a Rich, emocionada. El acto dura dos segundos, pero parece que ve al diablo cuando mis brazos lo aprietan.

—¿Qué pasa?

Exhala nervioso. De reojo puedo notar la mirada de un tipo de trenza larga que no despega su vista de nosotros.

—¿En serio? —contesto, indignada.

—Mantengamos la distancia.

—¿No puedo abrazar a mi amigo?

No responde.

—¿Me vas a decir que Van Puto, aparte de psicópata, se pone celoso con quien se tira? ¡Por favor! Tiene más mujeres que gatas en un tejado. Relájate, Rich. Soy solo su adquisición nueva.

Es ridículo, pero no habla más del tema. Pongo mis ojos en blanco cuando camina hacia la bala para verificar si mi tiro ha sido correcto.

—Suerte de principiante. —Sonríe—. Felicidades.

—¿Entonces tengo mi premio?

—Depende.

—Lo prometiste.

—¿Yo? —Se hace el idiota.

—No quiero nada difícil, solo que me lleves al otro extremo de esta cárcel de lujo. Digamos que soy curiosa.

Entrecierra los ojos.

—¿Qué estás planeando?

—¿Tengo cara de estar planeando algo? ¡Por favor! ¡Parece que todos en esta casa siempre andan a la defensiva!

Se queda inquieto y ruego porque acceda. Mi curiosidad ha aumentado desde hace unos días. Desde que Siniestro, después de tocarme, se va hacia el otro extremo de la casa para pasar la noche.

Es raro que amanezca en la mansión, pero no duerma en su alcoba.

—No podrás escapar, Alaska. Ya te has metido en muchos problemas por intentarlo —advierte—. Recuerda que cada paso en falso que des tiene una consecuencia directa en Briana. El amo no suelta caprichos porque sí, los utiliza a su beneficio.

—Lo sé.

Finjo estar tranquila, entonces baja la guardia. Después de unos largos minutos, por fin lo convenzo y me deja entrar en una zona no explorada. El ala B de la mansión Van Loren.

—Vaya…

Es un paraíso. El lugar es gigante, lujoso y con una vista del mar envidiable. Las grandes montañas que rodean el área parecen formar una fortaleza de rocas majestuosas. Todas en punta, como castillos abandonados por quién sabe qué dioses.

—La vista del atardecer a esta altura debe ser increíble —siseo, aún anonadada.

—Y no has visto todo.

Por la zona izquierda hay pasadizos que llevan a grandes cuadrantes que pueden observarse a lo lejos.

—La mansión no solo es la mansión, es una fortaleza de la mafia griega, una miniciudad que tiene todo lo necesario para sobrevivir. Hay una clínica dentro con médicos, equipamientos especializados y los mejores medicamentos.

—¿Cómo pueden conseguir todo esto estando en medio de la nada?

—El amo tiene diversos negocios donde lava dinero, pero hay uno en el que le pone más empeño: las farmacéuticas Van Loren. Crea medicinas y antídotos.

—¿Para sentirse superior?

—Para defendernos de los ataques de la mafia. Al amo no le gusta depender de hospitales, por lo que trajo una flota médica a su servicio. Competimos con otros clanes que crean drogas exóticas, desde hace unos años hemos logrado ser los primeros.

—¿Y ese punto de allá? —Señalo lo que parece ser una granja.

Todo es verde. Hay paja, caballerizas, almacenes con puertas metálicas y extraños huecos en el suelo.

—Es la zona de animales. Hay caballos, perros de caza y los salvajes. Pozos de cocodrilos que al amo le gusta alimentar con carne humana.

Un escalofrío pasa por mi cuerpo. Ya nada debería sorprenderme.

—¿Cuánta gente trabaja aquí? —pregunto con el afán de saber los movimientos.

—Más de cincuenta empleados.

—¿Ese es… un estacionamiento? Siniestro debe tener millones de autos —bufo con ironía, mi única intención es que Rich hable.

—Son dieciséis. Su favorito es el *Porsche 911* convertible, aunque casi siempre usa la Hummer blindada para negocios.

—Entrar ahí debe ser imposible.

—En realidad no, todo sirviente que esté en esta área tiene una llave de acceso a los espacios. Aunque nunca podrás huir.

Le sigo el juego rodando los ojos, pero mi mente está en otra cosa. Me grabo las señales, accesos y puertas sin que lo note mientras caminamos de regreso.

—¿Y eso? —digo, al ver una especie de casa en el aire.

Llama mucho mi atención, es preciosa. Sus paredes son de vidrio. Está sujeta a un acantilado, en una cumbre con un suelo que lo protege.

—Es la cápsula del amo, su área privada. Tiene la mejor vista de la isla. Nadie más que él entra. Pasa todas las noches ahí.

—¿Solo? —pregunto y Rich se me queda mirando. Es entonces cuando me doy cuenta de lo que dije en voz alta. «¿A mí qué me importa?»—. Lo digo para ver si algún día me doy el placer de matarlo, así nadie lo escucha.

Finjo reír, él sonríe, un momento incómodo se forma.

Sintiendo la brisa de la tarde, con el sol escondiéndose de a pocos, sigo caminando con Rich. Me cuenta de sus hijos, que son mantenidos por el amo y

casi no los ve. Lo único que yo hago es ironizar lo patético que se mira honrándolo como si fuera su Dios.

—El brazo que tienes parece ser de un luchador chino —bromea—. Es decir, da pena.

—¿Intentas decir que me veo insípida? ¿Sabes que a una mujer jamás le puedes decir eso, cierto? Es tan grande la ofensa como si me hubieses dicho «señora».

Intento hacer una payasada en medio de mis palabras. Sujeto su musculoso brazo con la intención de inmovilizarlo, pero de un tirón me tumba al suelo haciendo que caiga de golpe.

¡Mierda! El impacto fue duro.

—Alaska, lo siento. Fue mi instinto de defensa. Me agarraste desprevenido, no vuelvas a hacerlo.

Me ofrece su mano y me levanto, quedando adolorida. Mi tobillo pisó mal el suelo, me lo doblé sin querer y, aunque no me duela mucho, sí me fastidia.

—¿Puedes caminar?

—Creo que sí.

—Tenemos que avanzar. —Se tensa viendo la hora, me aprieta contra sus caderas por inercia—. Si el amo llega y se da cuenta de que cometí una estupidez trayéndote a este lugar, entonces...

—Te cortaré la cabeza. —Su voz retumba en nuestros oídos. Levanto la cara y me doy cuenta de que sus ojos no van hacia mí, sino a las manos de Rich en mi cintura—. Suelta a mi mujer ahora.

Hay un fuego en sus ojos que no sopeso. Un fuego que quema.

17
PANDILLAS

Alaska

Su voz hace que mi cuerpo se sobresalte. Cala desde la punta de mis cabellos hasta los pies.

Rich me suelta, dejándome caer. Las rodillas me duelen cuando se estampan en el suelo. Tengo que sostenerme con los brazos para no irme de boca.

—Mi señor, yo solo... —él intenta explicar, pero Siniestro no le da tregua.

Hay un claro cambio en el color de sus ojos cuando lo mira. Se incendian.

—Desaparece de mi vista.

No pasan ni dos segundos y ya no está. Inhalo fuerte con nudo de rabia reprimida en la garganta.

—Levántate.

—No puedo.

Me alza entre sus brazos con brusquedad, me lleva en el auto y, después de algunos minutos, llegamos a su despacho.

Los empleados ni se le cruzan. Un tiempo después, escucho el tirón de la puerta.

Me deja en el sofá para evaluarme el tobillo. Ninguno de los dos habla y empiezo a sentir que el silencio pesa. Cuando descubre mi pierna, me doy cuenta de que mi tobillo está inflamado. Se levanta sin darle importancia. Se toma el tiempo de beber un vaso lleno de bourbon y, cuando termina, me lo tira encima.

—¡¿Qué te pasa?!

El frío traspasa mi piel, haciéndome gritar.

—No quiero volver a ver este tipo de escenas.

—¿Escenas? Te enojas por una simple ayuda. ¿Qué clase de loco eres?

—Soy tu dueño.

—Yo no soy una cosa, soy una persona. Tenemos un acuerdo sexual y punto. Si te preocupa con quién me acueste, ten por seguro que sigo mis promesas. Hago lo posible por no pelear, pero así no se puede.

—Tienes la jodida manía de desesperarme cuando hablas.

—Pero bien que te gusta follarme, ahí sí no reclamas.

«No, Alaska. Basta».

—Mantén tu distancia con mis empleados. Son mis reglas.

—¿Tus reglas?

«¡Déjalo ahí! No vayas a...»

—¡Me cago en tus reglas! —suelto y me levanto—. Me tratas como si fuese nadie cuando soy tu esposa.

Las venas de su cuello se remarcan, como si intentara con todas sus fuerzas controlarse. El reloj que trae en la muñeca emite una vibración de alarma, pero la ignora.

—¿Quieres que todos tus empleados se enteren o qué? Mínimo espero un poco de respeto. ¿Qué les voy a decir? ¿Que mi marido me compró por unos cuántos maletines de dinero a mis hermanos? ¿Qué es un loco psicópata y tiene un harem de zorras venenosas esperando su polla para darle el gusto?

—Cállate.

—No, no me callo. —Me acerco a él, cojeando—. Estoy harta de tus ínfulas de puto, Van Puto.

Abre los ojos como fiera.

—Parece que en esta casa todo el mundo te tiene miedo. Te alaban y te lamen el culo como si fueras un Dios. Ellos podrán inclinarse ante tu actitud déspota, pero yo no estoy dispuesta a aguantarte. Golpéame, azótame, muérdeme si quieres, per...

Tira de mi ropa, la rasga para atraerme hacia él y su boca se estampa contra la mía.

Por Dios, estoy llena de ira. Intento zafarme de su agarre, el beso se hace violento. Siento chispas salir de mi cuerpo cuando me devora. Hoy no llegó de madrugada, como lo ha hecho estos días, y mis brazos se acoplan a los suyos casi por inercia.

Jamás sentí gusto por el alcohol en un aliento. Su lengua traza una forma de besar nueva. Trato de cerrarle los dientes, pero más se hunde entre mis labios.

¡Esto me angustia!

Sujeta mis puños en medio de una pelea y todo en mi cuerpo se prende. Su dureza crece en mi vientre, mis pezones se estremecen con solo imaginar la follada criminal que me toca. ¿Ahora me pondrá en cuatro de nuevo? ¿O es que va a azotarme como ha amenazado estos días?

Deja mis labios dolidos cuando se separa.

—Es la única jodida forma en la que por fin te callas —suelta, arrogante—. Cuando te doy la polla o un beso.

«¿Qué?»

Pone un dedo en mis labios.

—Si no te corto esa lengua es por el jodido placer que me da cuando me la chupas.

—Señor. —Un escolta aparece por la puerta, Markos me sigue mirando como si me follara con sus ojos y, en segundos, estira su brazo con el arma encima.

—¡Estoy con mi mujer! ¡Lárgate!

El hombre se queda, intenta decirle algo, va a lanzarle un disparo y mi cuerpo salta.

—Markos, basta... —Toco su hombro intentando calmarlo—. Déjalo, por favor.

Iba a matarlo. Vi cómo su dedo ajustaba el gatillo y, por alguna razón, me hace caso. Tengo el cuerpo erizado aún. En lo poco que lo conozco, noté que era un hombre explosivo, pero ahora mismo está más furioso que nunca.

Su enojo se debe a alguna otra razón. Si no ha exterminado a Rich es porque le sirve, no porque tenga consideración del todo. El escolta se va con la cara pálida mientras él baja el arma y me suelta.

Aturdido y lleno de ira, vuelve al alcohol. Si sigue haciendo tal estupidez, morirá algún día de cirrosis.

—*Señor, problemas.*

El altavoz de un dispositivo suena. Intento hacerme la tonta, pero sabe que lo escucho. Se va hacia un costado para hablar. Lanza palabras en griego quejándose para que no logre entenderlo.

—*To Brístol thélei máchi* —vuelve a repetir la voz.

«¿Bristol? ¿Dijeron Bristol?»

Me quedo en silencio y volteo, fingiendo que me enfoco en mi tobillo adolorido.

Bristol. Bristol... Es su apellido. Dijo Bristol.

Siento que una especie de calor inunda mi cabeza. No entiendo el griego, pero sí me he memorizado palabras que Rich repite cada vez que practicamos artes marciales. Podría jurar que mencionó «batalla». ¿Habrá alguna batalla? ¿Es con Leonardo?

—Tóte tha pethánei símera.

Mi corazón está a punto de salirse de mi cuerpo cuando escucho lo que responde Siniestro. Eso sí lo pude entender: «Muerte». Dijo *muerte*. Matará a Leonardo.

Se va dando una orden, incluyendo que me acompañen a mi recámara, pero los nervios colapsan mi cabeza. Las manos no me dejan de temblar. Aunque quiera, me es difícil calmarme.

—¿Alaska? ¿Pasa algo? Estás pálida y fría. Le pediré al señor Otto un té para ti.

—Briana, no te muevas de aquí. —Trato de controlarme—. Por favor, envuélvete en las sábanas y, si alguien entra, no hables.

—¿Pero…? ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Obedece y no preguntes.

Se queda en silencio mientras me ve cambiarme. Tomo unos jeans, una cazadora y salgo. El tobillo fastidia un poco, pero puedo caminar. Parece que hay un movimiento inusual de nuevo. Estoy segura de que algo pasa con Leonardo.

—Siniestro lo prometió, debí suponer que iba a faltar a su palabra —siseo, conteniendo el enojo.

Mi corazón no deja de latir fuerte. Lo que voy a hacer podría costarme la cabeza, pero no puedo permitir que lo maten.

Bajo las escaleras con cuidado, ahora es más fácil para mí porque conozco el funcionamiento de esta área. Las *skýlas* pasan conversando, pero no se dan cuenta de mi presencia. Me adentro en la zona restringida, por donde entra el personal de servicio, poniendo la clave que suele poner Otto al entrar a la mansión.

«¡Sí! ¡Me da acceso!»

Entro en silencio queriendo pasar desapercibida. Puedo sentir cómo el cuerpo me tambalea; hago puños para no ser evidenciada por mis nervios. Algunos empleados pasan sin notarme, otros me miran y siguen su paso.

Hay un largo pasillo donde puede visualizarse lo que pasa en los jardines. Veo a Siniestro alistar una maleta, los escoltas lo siguen.

—¡Prochóra!

Maldita sea, siguen hablando en griego.

Mi razón me dice que regrese a mi habitación; sin embargo, ya le he hecho mucho daño a Leonardo al traicionarlo. Tengo que advertirle de alguna manera.

Rich tenía razón al decir que todo el mundo del amo opera en el lado B de la casa. Dejo que se adelanten. Las cámaras se mueven, entonces me pongo una capa encima. Espero que pasen los ángulos ciegos, salto a otro pasillo y ahora me cuesta fingir que no pasa nada.

Desde hace días no tengo restricciones. Intento ser natural; los empleados me bajan la cabeza y, cuando uno de los soldados de la mafia me reconoce, solo me detengo.

—Mi señora, no tiene autorización —agrega—. Disculpe.

—¿Disculparte? ¿Sabes lo que haré con tu maldito cráneo cuando mi marido se entere de que su propia esposa es restringida? ¡Muévete y no me jodas! Necesito sacar unas cosas que olvidé en mi auto.

«Que me den un Óscar por ridícula».

Se hacen pequeños ante mi grito. Es increíble cómo normalizan este tipo de tratos. Accede casi de inmediato.

Esta mansión debería llamarse *cuna de laberintos*; parece una cárcel de lujo con pasillos enredados. Las señaléticas ayudan hasta que llego al garaje en el sótano cuatro, casi al borde de la isla. Los guardias están más entretenidos con Siniestro cuando entra, me pego frente a una de las camionetas negras sin saber cómo meterme.

«Regresa, Alaska. Solo regresa». Mi lado coherente se arrepiente.

Me cuesta respirar cuando lo veo a lo lejos. Markos Van Loren tiene la capacidad de hacerme perder los sentidos con un solo grito. Voltea y me agacho.

—¿Tienes mi coche? —lo escucho.

—Sí, señor.

—Síganme.

Uno de los guardaespaldas tiene la maletera de su coche abierta y hago lo último que haría cualquier persona pensante: meterme en ella sin que me vean.

«Ya no hay marcha atrás ahora».

Me aprieto tan fuerte que soy capaz de hacerme pipí ahora mismo. Siento el corazón hasta la garganta. No me dejo de preguntar si estoy loca o voy directo a mi funeral. Los sonidos fuertes que escucho y el movimiento me dejan notar que estamos sobre un transbordador que nos pasa a otra isla.

Los minutos se vuelven horas en mi consciencia. Pierdo la noción del tiempo y, cuando tocamos tierra firme, los autos arrancan a velocidad extrema. Tengo que sujetarme para no hacer ruido con mi cuerpo.

—*Señor, las armas están en la maletera.* —Uno de ellos le habla por radio; escucho cómo las ruedas se detienen. Mi cuerpo se congela.

—Me basta con los puños —responde.

Siniestro sale y con él todos sus guardaespaldas.

Cuando no hay más ruido, elevo la mirada y noto que estamos en un terreno baldío. El lugar es tenue, viejo, y el olor nauseabundo que desprende un basurero abandonado me sofoca.

«¿Qué este lugar?»

A lo lejos hay sombras. Bajo del auto y lo primero que veo son callejones de donde salen todo tipo de hombres con cuerpos en sus hombros.

Actúo por impulso cuando corro hacia la esquina de una casa vieja. La vista se me nubla entre tanto humo. ¿Hay algo que se está incendiando? Cuando recupero la visión, me doy cuenta de que cada hombre carga, en realidad, extremidades humanas.

Tengo que llevarme las manos a la boca para no gritar. Hay lenguas, orejas, incluso… cabellos de inocentes. No hay ninguna mujer presente. Un aire de peligro hace que mi piel se erice.

—Leonardo... —balbuceo con pánico. Debe estar ahí, lo van a matar.

La bulla parece reventarme los tímpanos. Cuando sigo el tumulto de la gente, puedo notar que, al llegar, los hombres forman círculos gritando incoherencias.

Los chispazos de fuego hacen que me ardan los ojos. El hedor a carne podrida es insoportable. Las arengas suben cuando una sombra se acerca y los dedos se me agarrotan con lo que mis ojos miran: Siniestro siendo avasallado por la multitud que lo espera.

Luce como una bestia asesina. Está sin camisa, la luz del fuego danza sobre su piel, dando vida al tatuaje de dragón que tiene en el pecho.

—Siniestro ha venido por una batalla, alguien lo acusa —dice una voz—. Es honor en nuestra raza saldar cuentas.

¿Raza? ¿Cuentas?

—¿Dónde está Alacrán? —demanda.

—Soy yo el que viene a retarte en su nombre. —Un hombre alto y gordo aparece de repente—. Vengo yo a hacerte pagar por lo que hiciste.

—No pelearé con simples enviados.

—Yo no soy ningún simple enviado, tú sí has quebrado nuestras reglas. —Levanta una cabeza humana degollada, la sangre aún chorreando por sus piernas—. Te robaste a una mujer que no te pertenecía, entre hermanos respetamos las leyes. Le has faltado a la secta.

«¡Uh! ¡Uh! ¡Uh!», se alza el griterío.

De pronto, más hombres salen de lo que parecen edificios abandonados. El lugar es oscuro, fúnebre, con gente de toda clase de calaña. Sus bocas están llenas de sangre, otros tienen la lengua perforada, extremidades incompletas, los ojos rojos por las drogas.

—Sabemos lo que somos, a lo que venimos —interviene un anciano oriental—. Son parte de nuestra raza, las cuentas se arreglan aquí mismo. La muerte es lo único que puede saciar nuestra violencia. Uno de los dos debe morir, es la ley de las pandillas. Queremos sangre.

«¡Sangre! ¡Sangre! ¡Sangre!». Todos los vándalos gritan, pero Siniestro mantiene la mirada fija.

—Pido a la hembra de vuelta —continúa el grandulón—. Hoy me la voy a ganar de regreso.

La gente estalla.

—¡Siniestro! ¡El rey de la noche! ¡Mátalo! —gritan unos.

Mi cuerpo se congela. Era por esto por lo que Siniestro llegaba con los puños destruidos. Pelea en pandillas.

—¡Queremos sangre! ¡Sangre y huesos!

Me produce escalofríos la mirada perversa de quienes lo acompañan, pero la de Siniestro me aterra. El hombre alto trata de intimidarlo y es Markos quien le destruye la nariz, haciendo que su cuerpo rebote a lo lejos.

—Levántate.

El hombre se limpia la sangre y vuelve al ruedo para defenderse. Cierro los ojos para no ver la violencia. Ese sonido, los puños impactando en la piel de otras personas, los gritos, el olor a tierra y el fuego hacen que en mí vuelva una sensación de angustia.

Suelto un grito entre mis manos, sintiendo mi pecho arder. Al abrir de nuevo los ojos, el cuerpo de Siniestro está empapado de sangre. El fuego vuelve a alumbrar sus músculos, sus cicatrices en la espalda, la forma en cómo lo destruye. El suelo retumba de los saltos de los vándalos que vociferan su nombre como si fuera una leyenda.

—Voy a matarte.

Lo... desconozco. No puedo aguantar las lágrimas.

Su forma de pelear es despiadada. Disfruta de cada puño que da, goza con cada dedo que retuerce, cada ligamento que estira.

Lo toma del cuello, apretándole la garganta hasta enrojecer su cara. Lo acuchilla en el pecho una y otra vez hasta que el hombre cae de rodillas.

—¡No! —grita, desgarrado cuando Siniestro empuña la punta en sus ojos. Se los saca y mi cuerpo se congela.

El hombre colapsa en el suelo, pero para él no basta. Lo apuñala en la boca mientras ríe, susurrándole algo al oído. Sus brazos se tiñen de rojo por la sangre que emana y solo veo cómo sus músculos se le van encima. Cómo disfruta cortándole la oreja, cada parte minúscula de su cuerpo para tirarla entre los hombres que gritan.

Barre el suelo con los restos del cadáver y luego lo levanta en medio de las arengas de los pandilleros.

—¡Cuchillo! —exclama alguien. Un hombre se acerca para apuñalar a Markos de improviso y mi corazón se detiene.

Lo hiere, pero Siniestro lo atrapa, asfixiándolo. Hay dos muertos en la tierra en medio de cánticos de algarabía.

—¡Alta lealtad al ganador, hermano, Siniestro!

Markos retrocede y son los mismos pandilleros quienes entran en el círculo para degollar los cadáveres. Parecen perros rabiosos, animales salvajes que luchan por las extremidades del caído. El acto solo me produce náuseas.

—¡Una mujer! —Avisa alguien. Me encontraron.

«No, no, no…»

Con mis manos me doy impulso para levantarme. Sin mirar atrás, mis piernas toman el control y, corro despavorida del lugar. El dolor en el tobillo me hace cojear, pero es inútil cuando mis rodillas ceden ante el impacto. Un hombre me arrastra de los cabellos.

—Miren qué regalo tenemos. —El viejo me mira—. Hoy follaremos toda la noche.

Un tumulto se acerca. Es una pesadilla. ¡No! ¡Por Dios!

De pronto estoy en el suelo, rodeada por centenares de pandilleros que me miran y se bajan los pantalones. Siniestro se queda quieto al verme.

—Ven con papi, papi te meterá la polla. —Ríe el anciano.

El horror invade mis ojos, grito cuando me tocan. Me despojan de la ropa bajo la mirada fija de Markos Van Loren. Se burlan de mi ropa interior, me bajan el encaje. El anciano mete uno de sus mugrosos dedos en mi boca mientras su pene se pone duro.

—¡Markos! —Todos lo miran. Ríen cuando no responde—. Te lo suplico, Markos...

—La ley es la ley en las pandillas. Mujer que pisa nuestras tierras, mujer que es penetrada por todos. —El anciano me ahorca mientras me abre las piernas.

18
EXTRAÑO

Alaska

Las manos del viejo recorren mi piel desnuda. Sus dedos me acarician, susurra cosas extrañas en mi oído e intenta enterrarme los dedos en la vagina, pero lo pateo.

—¡Perra!

Los latidos de mi corazón aumentan al zafarme de su agarre. Corro, me enredo con mi propio pantalón y caigo al suelo. El alma se me sale del cuerpo al sentir las manos de otro hombre encima.

—Basta. —Una voz los paraliza—. Es mía.

Sus rostros desorientados lo miran. Su voz resonó hondo, alto, calando hasta la última persona en el área.

A ellos no les importa.

—¡No! —grito, desgarrada. Me toman de los cabellos. La imagen aterradora de ellos cogiéndome en masa hace que pelee.

—¡Dije que es mi mujer! —determina—. Me pertenece.

La cara del hombre que tengo enfrente se congela. Cae de rodillas, asfixiado por Markos.

—¡Siniestro acaba de matar a un hermano!

Un murmullo inicia la revuelta. La muchedumbre se acerca con palos, navajas y todo lo que encuentran, tratando de acorralarnos. Al voltear, más de diez vándalos se le van encima a Siniestro, iniciando una batalla que parece más un matadero.

Nadie puede derribarlo. Con giros sorpresivos y puños ataca uno por uno sin detenerse.

—¡Paren! —ordena el anciano— ¡Siniestro, déjalos!

No lo obedecen. Son como bestias asesinas.

—¡No te atrevas, hijo de puta!

Al ver que sus pandilleros pierden, el anciano intenta amilanar a Markos. Se pone frente a él con un palo en las manos.

—¡He dicho que basta! —Markos avanza hasta él, y el viejo tiembla—. Me debes respeto. Soy tu mayor. Yo te crie.

Siniestro sonríe.

—Descansa en paz, viejo.

Lo acuchilla y la abatida en masa es inevitable.

Los pandilleros sacan palos, hachas, dagas y un sinfín de armas. Hay tanta violencia que solo intento alejarme. Me subo el pantalón aún roto, corro, y un drogadicto me atrapa. Me defiendo a puños, pero es más fuerte. El hombre me abofetea con tanta fuerza que noquea mis sentidos. Caigo al suelo mareada, desbordándome en sangre.

—Ahora sí, maldita zorra.

No podré. No podré. Me patea las costillas.

—¡Abre tus malditas piernas!

—¡No! ¡Déjame!

Me golpea.

—¡Eres solo una puta!

Pego un grito al ver su cuello sin cabeza.

Su cráneo rebota contra mi cuerpo. Siniestro la partió en dos con un hacha.

—Muévete.

Markos extiende su mano para tomar la mía. Corremos como podemos, pero mi pie sigue sensible, entonces me levanta en su hombro.

Un escalofrío helado invade mi mente al ver cuántos muertos deja, cuánta sangre chorrea en medio de una balacera que nos persigue.

Al llegar a los autos, los *red men* entran a la batalla, cubriéndonos. Incendian todo a su paso. Detonan bombas que hacen explotar hasta la última piedra del camino, deteniendo a los hombres que nos siguen.

—Señor, por aquí —dice un soldado.

—Lárgate con los demás.

—Pero señor, usted necesitará...

—Rastrearán las ondas de calor porque somos muchos. Mátalos. Son los únicos que saben el paradero de la isla. No quiero ni un sobreviviente.

Se arma una emboscada. Siniestro me obliga a abordar uno de los autos de los soldados mientras los escoltas manejan su camioneta hacia el otro extremo de la isla para perderlos.

Estamos solos, sin protección alguna. Arranca despavorido a la par que me sostengo de la puerta como puedo. Chequeo por las lunas del auto que no nos siga nadie y, en minutos, me grita.

—¡Lánzate!

Frena en seco. Me quedo quieta.

De un tirón, me hace reaccionar tomándome de la cintura para aventarnos al vacío. Deja que el auto se choque contra unas rocas. Lo incendia y con ello borra toda huella dentro.

—Camina.

No lo hago.

—¡¿Puedes seguir órdenes por una vez en la vida o es que estás sorda?!

La furia con la que me habla parece reverberar en cada hebra de mi cuerpo. Me mantengo en silencio mientras caminamos hacia la playa. Ninguno de los dos dice nada, solo avanzamos hasta el mar, de a pocos. Él emite insultos griegos, puedo notar sangre chorreando por su abdomen. Lo hirieron.

Intento seguir, aunque sé que si no se las cura se podría infectar y el resultado no sería bueno. Estamos en un lugar donde hay vegetación y microbios.

¿A dónde vamos? ¿Qué demonios va a hacerme?

Me empuja hacia el mar. Puedo sentir cómo pequeñas piedras pasan, cómo el cosquilleo de unos peces azota contra mi piel sensible.

—¿Qué mierda haces? —Me sujeta como si fuese su trapo.

—Yo… ¿Nadaremos hacia el mar abierto?

Me levanta en su hombro y lo único que hago es pensar en su herida. El agua nos cubre hasta la cintura y se queda quieto mirando hacia el cielo. Su radio suena.

—Señor, algunos escaparon hacia las cimas. No son seguros los puertos.

—Iremos a otra isla, envíen a alguien —responde.

Hay faros de luz que pilotean la zona, respira de a pocos y seguimos el paso. Se trepa en una piedra, obligándome a escalar con mi propio peso. Es de noche, no veo nada, solo lo sigo como puedo.

—Aquí. —Estira la mano y la tomo, bajando con cuidado hacia otro montículo de arena.

Nos camuflamos en un hueco hasta que un bote de rescate llega.

La noche empieza a hacerse más oscura mientras entramos en altamar. Elijo quedarme en silencio, el pánico aún me remece. No sé cuánto tiempo tardamos, ni a dónde vamos ahora. Lo único que veo es cómo pasamos por un laberinto de piedras hasta que, al fondo, la luz de una isla nos guía.

El pequeño bote se ancla en la arena y, después de caminar un poco, detrás de unos arbustos, se puede observar una pequeña casita.

—Mi señor. —Un hombre le baja la cabeza, sorprendiéndose al verlo.

En la cabaña, lo primero que vemos es un bebé prendido del pecho de su madre, quien, al vernos, se siente avergonzada.

—Largo —increpa Siniestro.

El lugar es precario, pero tiene un colchón, además de unas velas que la alumbran. Toma unas cuantas mantas y me las tira para luego irse. La sangre aún chorrea por su pecho, sigo pensando que no puede dejar así su herida, pero no me atrevo a decir nada. Se va hacia la orilla de la isla.

Me siento en el colchón, con el cuerpo desbordado, a punto de tener un colapso nervioso. Suelto a llorar de rabia. No me creo lo que acaba de pasar, todo lo que viví sigue latiendo en mi cabeza, pero callo cuando noto que alguien me observa.

—Hola. —Un pequeño bebé de tez morena se asoma— ¿Hablas español, inglés, griego?

Solo me sonríe con su manito en la boca.

—¿Te estoy quitando tu cama?

Parece que me entiende porque asiente.

—Oh..., lo siento.

—Mi señora, disculpe, por favor. —La mujer alza al niño—. Perdóneme la vida.

Hay terror en su mirada.

—¿Quiénes son?

—Los guardianes de esta isla. Mi nombre es Masha. No fue mi intención quedarme en esta cabaña sin su permiso. El bebé quiso sentarse en la cama y…

—Sí, está bien. —Me acerco para sonreírle al pequeño y acariciar su hermosa carita.

Algo en él me da calma. Me hago fuerte, aunque sean evidentes las lágrimas involuntarias que aún brotan de mis ojos.

—Está temblando —dice la mujer y, en unos segundos, me trae un té de hierbas—. Esto le hará bien. Cálmese.

Me toma un largo tiempo volver a mí, después de haber intentado evitar el llanto.

Si no fuera por el pequeño, no sé cómo estaría. Juega conmigo un rato, aliviando las revoluciones de mi cabeza. La mujer no se altera al verme en este estado. ¿Debería sorprenderme? No. Para todos los sirvientes de Siniestro es algo normal en su mundo. Solo agradezco que se queden conmigo y no me dejen sola.

—¿Necesita algo más en lo que pueda ayudarla, mi señora? —Su voz es tan suave que parece arrullarme.

Markos sigue en la orilla, herido.

—Sí, medicinas. Las que tengas.

—Por supuesto.

Me sonríe y extiende la mano hacia un cajón para darme un botiquín con medicamentos: alcohol, antisépticos, agujas, fármacos. Me quedo muda al ver que están bien equipados. Incluso me da un ungüento en una botellita.

—El amo nos abastece de lo necesario para cubrir emergencias. Todas sus islas están equipadas con bodegas de medicinas. Si necesita alguna más, solo pídamelo.

Asiento, aún tensa. La mujer no deja de mirarme.

—¿Pasa algo?

—No, solo que no pensé que iba a tener la oportunidad de conocer a la señora Van Loren tan pronto. Cuando dijeron que el amo se había casado con una joven hermosa, se quedaron cortos al describirla. Él nunca ha traído a ninguna mujer a sus islas privadas. Su esposa debe ser muy especial.

Me quedo a medio respirar, algo me pesa por dentro. Le devuelvo una media sonrisa para no parecer grosera.

Masha se ofrece a enseñarme un poco de la casa, además de regalarme unos vestidos que ella misma tejió, lo cual agradezco. Termino dándome una ducha reconfortante, y cuando salgo, ya no está. Me dejó comida, pero no hay nadie cerca de la zona.

Desde la ventana se ve la luna llena que alumbra la noche oscura. El mar azota en la orilla; el sonido de las olas hace que terminen de bajar mis revoluciones, como si mi mente tuviera por fin un pequeño descanso de todo lo vivido.

Pudieron haberme violado si Markos no los detenía.

Emito un suspiro para descargar la tensión. Él todavía sigue ahí, cerca de la orilla, con la sangre chorreando por todas partes.

«No es mi problema», pienso. Pero, aunque mi razón me diga que no, algo en mí no me deja en paz ahora. Me salvó de esos hombres. Se lo debo. No puedo dejar que se desangre.

—*La situación es grave.* —Escucho a alguien que le habla por radio—. *Las pandillas de toda Grecia ya están enteradas de lo sucedido. Saben que incendiamos a los miembros de la isla απόγευμα. Lo acusan de traidor por haber puesto a una mujer por encima de ellos. Dicen que habrá consecuencias.*

—No me interesa.

—*Las pandillas son parte importante para el clan, señor. Ha costado mucho tenerlos de nuestro lado. Podrían irse contra usted.*

Se queda a medio hablar cuando su mirada se cruza con la mía. Ya es tarde para huir. Me quedo congelada al verlo y desconecta su llamada.

—¿Qué haces aquí? Fuera —espeta.

Parece que me acerco a un perro rabioso ahora.

—Solo… vine a traerte medicamentos. Tienes una herida, debes limpiarla lo más pronto posible.

Dejo algo de alcohol, las gasas esterilizadas y otros implementos encima de una mesa, pero parece que no le importa. Ignora mi presencia.

—Lo… siento. No quería meterte en problemas.

Da una gran bocanada de aire.

—¿Cómo llegaste a ese lugar? ¿Quién te ayudó?

—Nadie tuvo la culpa más que yo. Rompí los protocolos sin que se dieran cuenta y me metí en el auto de uno de tus guardaespaldas. —Hago una pausa —. Escuché cómo hablabas de Leonardo, así que creí que ibas a matarlo. Entonces…

—Pensaste que podrías ayudarlo —bufa.

—Asumí que habías roto tu palabra. Quería que estuviera a salvo hasta que yo regresara.

—¿Hasta que tú regresaras? ¿Realmente crees que debería cumplir el trato cuando lo único que haces es romperlo?

—Yo…

—¡Tu único papel era ser mi esposa, servir y obedecer lo que se te pida! Dejé a la chillona contigo solo para complacerte, porque pensé que ibas a mantenerte ocupada haciendo el papel de madre victimizada, pero tenías que volver a arruinarlo todo.

Emite un gesto de fastidio. Cada vez que se mueve, tiene desbordes de sangre. Intento tocarlo y retrocede.

—Markos... —Tensa la mandíbula—. Perdón. Siniestro… Yo no quería complicar las cosas.

—Será mejor que te vayas.

—Pero estás sangrando. Cometí un error al haberme precipitado, déjame al menos pagarte de este modo.

—No. —Detiene mi mano—. Ya pensaré en tu castigo. No necesito que finjas que te preocupas.

Ahogo mi respuesta en la garganta e inhalo fuerte.

—Pues no me iré hasta curarte. —Abro los medicamentos—. Aunque te quejes, voy a hacerlo. Y si no me dejas, no me moveré de aquí. Tendrás que aguantarme toda la noche.

Sus ojos arden por el enojo. Parece que está cansado de pelear, así se queda quieto mientras me acerco a evaluar el corte. La sangre baña su dorso por completo; tiene la piel lastimada, todavía llena de tierra, por lo que empiezo a lavarlo hasta esterilizar la zona.

—No te muevas, Markos.

Se vuelve a tensar cuando lo llamo así. Jamás entenderé por qué se enoja si es su nombre.

—¿Terminaste? —reniega—. Ahora vete.

—Todavía no acabo —refuto, apretando el corte—. La herida no deja de sangrar. ¿Sabes que una infección podría llevarte hasta la muerte?

—Soy inmortal.

—Pues no me importa.

Tengo que esperar algunos minutos con mi mano apretando en su pecho para detener el sangrado.

—Esto no se ve bien, creo que deberíamos suturar. —Pongo el antiséptico —. Aunque no confíes en mí, puedo hacerlo. Tengo algo de experiencia.

Se queda callado mientras busco la aguja, pero cuando me acerco, mis dedos parecen temblar. Si me equivoco o doy mal las puntadas, me romperá la mano sin

contemplaciones.

—Las agujas no son mucho lo mío, aunque aprendí a usarlas cuando estudiaba el curso de preparación para la carrera de medicina.

Busco el inicio de la abertura. No sé por qué no dejo de hablar.

—Soñaba con ser médico —continuó, respirando hondo—. Era algo caro, pero al final es una profesión bien pagada. Lo único que me ponía nerviosa era ver mucha sangre. De hecho, un día casi me desmayé. —Río, pero cuando me doy cuenta de lo que hago, paro—. Igual, amaba hacerlo.

Él ni se inmuta. La tensión empieza a embargarme. Quiero pinchar, no puedo. La aguja no se me mueve.

—¿La medicina era lo que amabas hacer o lo que dijeron que tenías que amar?

La pregunta me cae como un baldazo de agua fría. Como si hubiera tocado una fibra sensible que empieza a incomodarme.

—Lo que amaba, obvio.

Me dedico a seguir, diciéndome a mí misma que puedo hacerlo. Trato una y otra vez sin muchas esperanzas. Intento hacer todo lo posible porque esto funcione, pero no puedo. Cuando estoy a punto de desistir, atrapa mi mano con la suya y hunde la aguja en su piel.

—Aquí.

Se siente… extraño. Sus dedos sobre los míos. El tacto, la cercanía, el roce ligero de su piel.

Es la primera vez que me toca suave. Dirige cada puntada con paciencia, tiempo en el que siento cómo mis pulmones se quedan sin aire, cómo mi inutilidad se ve evidenciada cuando ni siquiera puedo hacerlo sola.

Soy yo quien se suelta apenas termina.

—Creo que te cocí mal. Lo siento. Es claro que soy un desastre.

Dejo caer la aguja a un lado. El aire se escapa de mis pulmones al ver el resultado. La frustración se me acumula en cada espacio de mi cuerpo.

Nos quedamos en silencio y lo único que se escucha es el sonido de las olas del mar. Ni siquiera pude sostener una aguja sin ponerme nerviosa, tampoco dejar de sentir que la sangre me hacía tener náuseas. ¿A quién quiero engañar? Nunca serví para esto.

Por mi cabeza pasan recuerdos en los que no quiero pensar. Las veces que me critiqué por no funcionar para la medicina, aún cuando sabía que tenía que elegir esa carrera.

—¿Qué es lo que siempre quisiste hacer? —Su voz sale profunda, dura, y yo… solo levanto la cabeza.

—No lo sé —admito—. Nunca fui buena en nada.

—Los mundanos siempre buscan algo para llenar sus vacíos existenciales. Algo debes amar.

—No todas las personas encontramos en qué destacar.

—¿No hay nada con lo que hayas fantaseado alguna vez?

Sus ojos parecen traspasarme. Me toma unos segundos poder mirarlo. Por un momento, me olvido de quién es.

—Es… estúpido. Jamás se lo dije a nadie.

—¿Qué?

—Siempre tuve el sueño de modelar —siseo con timidez—. De niña solía dibujarme en una pasarela, jugaba con una corona y amaba guardar las revistas de moda, pero hasta ahí llegué. Eso no era para mí.

—¿Por qué?

—Las modelos tienen un cuerpo de infarto. Todas son chicas preciosas, parecen esculpidas por los dioses y yo… Solo mírame.

Una risa entrecortada y temblorosa sale de mis labios.

—Lo que yo veo es muy diferente a lo que tú ves, *angliká*.

Su mirada me incendia. Me quedo sin hablar, mis mejillas comienzan a arder.

—Por Dios… —digo, al ver la sangre—. Se te abrió el punto.

Intenta que lo deje, pero me niego, así que lo vuelvo a curar, ahora con el ungüento de Masha. Mis dedos tiemblan al tomar los medicamentos, más cuando tengo que tocarlo, incluso casi se me derrama toda la botella.

Con el sobrante de gel, paso mis manos lentamente sobre su piel y puedo notar cómo sus músculos se contraen con mi tacto.

—Te pondré un esparadrapo —murmuro, resbalando mis dedos por la línea vertical de su abdomen para llegar a sus venas tensas.

Jamás me había dejado tocarlo ahí. Su piel es firme, dura, y tengo que pasar saliva para resistir ir más allá.

—N… no pega —siseo, sintiendo que algo en el estómago se me retuerce.

La palma de mi mano se estampa en su abdomen, intentando pegar la gasa. Mi respiración se vuelve compleja, ni siquiera sé por qué sigo con estos temblores absurdos. Tallo en cada esquina dos veces, asegurándome de haber pegado todo y, al subir la mirada, me encuentro a centímetros de su boca.

Mis pezones se endurecen con el contacto. El recuerdo de las cogidas bestiales que nos damos avivaban el deseo que siente mi piel. Un deseo carnal que ha hecho que me sienta incómoda y hasta molesta conmigo misma.

Vuelvo a enfocarme en sus heridas y me doy cuenta de que su espalda también está lastimada. Deslizo mis manos hacia arriba. Acaricio los costados de su torso duro, sintiendo las hendiduras en su piel, hasta que mis dedos llegan a sus dorsales.

—Markos…, estas no son marcas de pelea. —Levanto la mirada—. Son heridas profundas, violentas e inhumanas.

Podré no haber estudiado medicina, pero tuve cursos de primeros auxilios y puedo identificar lo que veo.

—Tienes quemaduras en tercer grado, rastros de cuchillo tallado en tu piel. Parece un hematoma gigante, como si fuese un conjunto de heridas acumuladas por años. Están en toda tu espalda. ¿Quién te hizo esto? ¿Quién te lastimó de esta manera?

—No es tu asunto —murmura, quitando mi mano de ahí.

Sus ojos se endurecen. Pareciera que fuego vivo me consumiera y, por alguna razón tonta, mis manos sujetan las suyas de forma impulsiva, entonces

baja la guardia.

La proximidad que hay entre los dos es peligrosa. En el más profundo silencio, su aliento golpea el mío, creando una sed insaciable de sus labios, de su tacto y su tóxico dominio sobre mí.

Sus ojos azules me iluminan. En medio de la noche, es lo único que quiero ver... y no me aparta.

Levanto mi mano para limpiar la comisura de su labio ensangrentado y mi dedo recorre sus bordes. Acaricio su barbilla. La mandíbula se le tensa, pero me mantiene así... cerca, atontada, embelesada.

Mis dedos se quedan paralizados en sus labios.

—¿Por qué me salvaste la vida? Pudiste haber dejado que esos hombres me tomaran. ¿Por qué no lo hiciste, Markos?

Sus ojos arden.

19
CONTRA EL FUEGO

Siniestro

Es una bruja de ojos claros. Noble, sencilla, con un rostro de ángel.

Tiene el don de hechizar sin que lo note. Sus manos fueron tan suaves que sentí placer cuando me acariciaron. Sobre mi piel sigue ardiendo esa sensación, el querer que me toque cuando a ninguna otra se lo he permitido. La razón me grita: «Para», en señal de advertencia.

Tomo su mano, apartándola de mí mientras sus ojos me miran con confusión.

—Eres mi mercancía y de ninguna manera voy a perderla, mucho menos con simples asquerosos.

Se desorienta cuando lo digo. Sus ojos se vuelven tenues, quedándose callada mientras le pido que se vaya.

Lo hace sin poner más objeción y por fin me quedo en completa soledad, como me gusta. El mar siempre ha sido mi aliado en las mil muertes que he tenido. Apacigua mis pesares, sopesa la violencia que a mis puños les cuesta controlar, y ahora mismo necesito pensar en lo que viene.

Problemas.

Todas estas revueltas podrían llamar la atención no solo de mis enemigos, sino también de viejos aliados que meterán sus narices donde no deben.

Los bastardos salvajes.

Cuando quedé huérfano, fui tomado por una organización que me secuestró y llevó a Italia siendo aún un crío. Dentro conocí a otros niños de la calle en mis mismas condiciones; algunos huérfanos, otros raptados, todos elegidos para un mismo fin: ser la peor peste de la mafia.

Fuimos cinco hermanos del crimen. Sin parentesco de sangre, pero sí con una infancia en común.

Todos terminamos huyendo para construir nuestros propios imperios. Ahora cada uno tiene el poder sobre un territorio de la mafia y, a pesar del pacto de no ataque que tenemos entre nosotros mismos, una intromisión de su parte me daría más dolores de cabeza.

Ya suficiente tengo con los pandilleros.

Las pandillas están formadas por grupos de jóvenes de la calle que nadie quiere. Me sirven como mano de obra para mis negocios y ahora me ven como traidor.

Después de huir de Italia y separarme de los bastardos salvajes, fui acogido por Kuro Yoshida, el anciano líder de las pandillas, en mi adolescencia. Hombre al que acabo de matar por una mujer.

—*Señor.* —La voz de Otto se proyecta en la radio y permito la conexión—. *Los pandilleros intentaron incendiar uno de sus refugios en Atenas. Los red men los controlaron, pero amenazaron con seguir las revueltas.*

—¿Quién más sabe del asunto?

—*Nadie por ahora. Lo único que me preocupa es que sus enemigos tomen partido. Recuerde que Bristol también fue un pandillero. Ahora que están dolidos, podrían verlo como víctima.*

Su nombre sigue jodiéndome la cabeza.

Cuando llegué a las pandillas, Bristol ya era uno de sus miembros. Fue en las calles donde lo conocí. Lo convertí en un "hermano", muy por encima de los bastardos salvajes, y cuando me traicionó, lo desterré de Grecia.

—Yo no le tengo miedo a esa bola de rebeldes perdedores. A mí nadie me jode, tampoco me intimida. Tarde o temprano iba a matar al viejo, su preferencia por Bristol era notoria, no me servía.

—*Lo velarán con actos de honor esta noche.*

—Bien, manda un arreglo de flores negras a su viuda de parte del hombre que lo asesinó.

—*Eso sería contraproducente, señor.*

—En un mundo que se rige por el poder no existen víctimas, sino caídos. Que sepan quién ganó. La mafia lo dicta, solo triunfa el más fuerte. Fui yo quien lo desmembró. Soy yo el amo de todos esos miserables. Todo el mundo debería recordarlo.

—*Como ordene, amo.*

—Haz lo que tengas que hacer para frenar sus berrinches. Mañana veré la forma de regresar.

—*¿La señora Van Loren está bien? ¿Necesita asistencia médica?*

Giro y mis ojos la reparan en una hamaca cerca de la vegetación, fuera de la cama donde tenía que dormir.

—No necesita nada.

Termino la conexión, sin humor. La irritación me hierve por dentro, aunque mis ojos no dejen de observarla.

Al acercarme, lo primero que hace es mirarme la herida. Espero unos segundos dándole oportunidad para que obedezca, pero como siempre, se niega.

—Dormiré aquí —Alza los hombros, despreocupada—. Buenas noches, Van Puto.

—¿Qué dijiste?

—Sueles inventar nombres a tus *skýlas*. A mí me dices *angliká*, ¿por qué yo no podría hacerlo contigo?

—Porque soy tu dueño.

—Y también soy tu esposa. —Finge una sonrisa.

—Tu infantilismo me enferma.

—A mí más tu lado posesivo.

Me acerco a ella para tomarla de los brazos. La estiro sobre mí, sus pechos rebotan en mi torso y luego tambalea. Se sujeta de mi cuello para agarrarse, esa jodida boca queda cerca de la mía, avivando mi hambre otra vez.

—¿Por qué tienes que hacer todo más difícil? —sisea—. Estoy intentando hacer las cosas bien, pero lo complicas.

La observo en silencio, incapaz de quitarle la vista.

—Cuando te vi pelear en ese lugar… La forma en la que golpeabas a esa gente, en la que los desmembrabas y disfrutabas de su dolor, pensé que no eras un ser humano, sino una bestia.

—Es la ley de las calles. La ley del honor. Y yo tenía muchos motivos para matarlo.

—¿Por qué?

Sus ojos brillan.

—Venía de parte de alguien que tiene una deuda conmigo que saldar. Alacrán.

—¿Alacrán?

—Un hombre de la mafia, ex hermano de las pandillas. Se llevó lo que me pertenecía.

Un hilo de temor florece en su mirada. Ni siquiera lo sospecha, no imagina de quién hablo, solo lo acepta ignorando la verdad.

—Esa rabia te consumirá algún día. No es sano.

—Yo no veo el mundo como tú lo ves. En mi vida no existe el bien, solo el mal. Esto es lo que soy. Necesito matar para no morir, vengar por honor.

La sensación de su menudo cuerpo tiritando contra mí enciende aún más mis ganas de devorarla.

—Ahora quiero romperte, Alaska —siseo contra su boca—. Romperte otra vez.

Le aprieto las nalgas y no necesita contestar para saber qué es lo que desea también. Podría quebrarle los huesos, hacerla gritar de dolor, pero su boca ansiando la mía me hace perder la cabeza.

Todo el deseo contenido explota cuando sus manos acarician mi pecho. La beso con hambre. Gime cuando mi lengua la toca, cuando mis manos exploran su cuerpo caliente y ese vestido tejido que trae encima deja mucho a mi imaginación.

—No quiero que nadie te vea así, solo yo —susurro, tomando su cabello en un puño—. Es mío lo que hay detrás de ese vestido. Mío mientras tenga que durar.

Con un dedo, deslizo la tira y descubro uno de sus pechos para chupárselo. Tiene el pezón tan rosado, perfecto y duro que se me hace agua la boca. Su punta se pone roja por mis labios. La saboreo una y otra vez, sin cansarme.

—¿Te gusta?

—Sí.

Sus tetas se desbordan por mi mano mientras voy hacia su boca.

—¿Quién eres, Markos Van Loren? —susurra con la voz entrecortada.

—Tu señor. El único.

La muerdo.

—Quiero follarte las tetas y la boca hoy.

Entreabre los labios, sonrojada. Es tan joven, mundana e ignorante al dolor.

La arrastro hasta la orilla de la playa y la arrodillo ante mí.

—¿Sabes rezar?

—No.

—Yo te voy a enseñar. Te voy a someter.

Deslizo mis dedos por su boca. Llevo una de sus manos a mi polla y el solo contacto de su piel arde en mí. Ella deja que tome el control, deslizo sus dedos en mí como me gusta. Con sus propias manos, me bajo el cierre hasta que mi dureza sale desbocada y se estampa en su nariz.

—Júntalos —ordeno.

Mi verga se aprieta entre sus pechos rosados. El líquido preseminal que desborda por mi punta recorre cada espacio de sus tetas y los soba en una deliciosa fricción.

Las olas que se rompen a nuestros pies hacen que pierda el equilibrio al estar arrodillada. Se va de nalgas, sujetándose con sus codos. Verla mojada y llena de arena en medio de la noche, con la luna iluminando su piel, hace que la desee aún más.

—Abre.

Mi polla arde de dolor al apretarla. Se mantiene en esa pose, cual cría a la que le dan de comer en la boca, mientras mi punta bordea sus labios.

—Lame. —Lo hace—. Lento… Así.

Su lengua recorre mi glande en círculos sin dejar de mirarme, y solo pienso en Bristol. En cómo su prometida disfruta chupándomela mientras él llora su ausencia.

Su mandíbula parece friccionarse cuando la embisto hasta el fondo. Al inicio, se ahoga; su cabeza cae contra la arena. Los rastros de mar bordean sus oídos cuando la penetro duro y fuerte otra vez.

Respira por la nariz y jadea. Mis caderas no dejan de empujar hacia ella. Se la clavo tantas veces que sus manos tienen que sostenerse de mis piernas para no desfallecer.

Hace arcadas tratando de levantarse, pero no, *angliká*, no he terminado de follarte como me gusta. El sonido de su garganta y la fricción de su saliva con

mi sexo hace que algo en mí se eleve. Quiere chupar, pero no la dejo. Tomo su cabello, la *o* perfecta de su boca me prende; sus ojos lagrimosos lo disfrutan.

—Este soy yo, *angliká*. Tu amo, tu señor, tu verdugo.

«Y tú, la mujer de mi hermano que disfruto coger».

Gime. Sigo mi ritmo, me clavo a profundidad hasta que se atora con mi semilla. Elevo un grito y me salgo con el semen esparcido por sus labios.

Solo me mira otra vez.



La noche se pone aún más oscura, pronto amanecerá.

Pasaron dos horas. Peiné la isla buscando botes aptos que nos pudieran acercar a la mansión, y el fastidio sigue palpitando entre mis sienes, a pesar de haber follado hasta saciarme de ella.

El esparadrapo que me puso encima ayudó a sanar la herida por fuera, pero la llaga que tengo dentro nadie me la quita. Mis puños todavía arden de necesidad por matar.

El alba parece aclarar el cielo más pronto de lo que pensé y, al regresar a la cabaña, observo cómo la terquedad de Alaska Wells ha cobrado victoria.

Su cuerpo descansa en el tejido que sostienen las palmeras. Se abraza a sí misma por el viento suave que sopla. Ya no debería sorprenderme su rebeldía y esa absurda capacidad que tiene para sacarme de mis casillas con su boca, a pesar de que la usa muy bien cuando me la chupa.

Cada vez que estoy cerca de ella, termino cediendo al placer. Empieza a ser adictiva y peligrosa. Al ir por ella, reparo su cuerpo: el trasero prominente y sus piernas largas que cuelgan del tejido donde duerme.

—Alaska —le digo, pero no despierta. Su sueño es profundo.

Me quedo quieto observando sus facciones, el cabello sobre sus hombros, su respiración pausada, el rostro de porcelana. Todas esas curvas que la rodean la hacen ver… perfecta.

Es irónico que se crea fea. Solo un ciego no podría ver lo que tiene, o tal vez un hombre que, por inseguridad, le hizo creerse insuficiente para no perderla.

Bristol la ha manipulado a su antojo todos estos años, a tal punto de hacerla sentir que no merece lo que sueña.

Opacó a una mujer por miedo. Le metió en la cabeza ideas estúpidas. La enamoró, engatusó y manipuló al verla sola, sabiendo quién es de verdad en el mundo.

Un pasado que ella ignora. Uno que podría contestar todas las dudas que tiene. Aunque tarde o temprano esté destinada a morir.

Mi razón me pide que me largue, pero me es difícil dejar de observarla. Son pocos los momentos en los que se mantiene callada. Algo en ella me jode y también… me calma. No sé si es su maldito respirar o es quizá su simpleza. Hasta la forma en la que el cabello resbala por su rostro me entretiene.

—No... no... —sisea, entre sueños—. No cierres la caja, no cierres la caja…

Tiene una pesadilla. Los empleados me informan todo lo que observan en ella, y una de sus particularidades es que habla dormida.

Respira con ansiedad, su angustia es notable en medio de sollozos, aún así no despierta. Está atrapada en medio de su sueño profundo.

—Papi… está muy oscuro. Por favor, no me dejes aquí.

Empieza a tiritar de frío. Pequeñas lágrimas nacen de las comisuras de sus ojos. Me acerco a ella, tentado a quitar el mechón de su rostro, pero eso sería un error.

Está teniendo un recuerdo de su pasado. No debería importarme. No debería quedarme. Ella solo es un medio para mi venganza.

—Markos —murmura, aún con los ojos cerrados—. Markos…, no sueltes mi mano.

Me quedo quieto al escuchar sus balbuceos. Las manos le tiemblan.

—Eres lo único que tengo. Por favor, no te vayas.

20
RABIA

Alaska

Horas después. Isla secreta, mar griego.

El sol resplandece, iluminando el cielo de un nuevo día. Amaneció en la isla. Tengo los pies llenos de arena. Me quedé dormida en la hamaca, y lo primero que veo es a Masha, que, inquieta, me da palmadas en los hombros.

—Mi señora, buenos días —murmura—. Perdón que la despierte, pero el señor Van Loren la espera. Está un poco apurado.

Asiento, sin entender nada. Me toma algunos segundos ponerme la ropa nueva que me da y unos minutos alcanzarlo al otro lado de la isla.

Cuando llego, está vestido. Trae unos pantalones flojos con una camisa entreabierta. Su herida parece estar bien, pero él ni siquiera me cruza la mirada.

—Mi señor, todo listo. —Un lugareño nos da un pequeño bote que maneja.

Nos subimos y nos acercamos a lo que creo que es una cueva mientras me dedico a ver los pececitos por las aguas cristalinas. El mar griego es impresionante, las cadenas de pequeñas islas que se ven a lo lejos me hacen replantearme si no es una suerte de paraíso.

En otro contexto, me hubiera gustado perderme entre sus aguas. Siempre quise conocer el mundo, viajar como una mochilera llena de aventuras. Pero ni siquiera sé si podré llegar viva a los tres meses.

Andamos lo que creo que se sienten más de dos horas sin rumbo fijo. En este tiempo no me ha hablado, ha sido un poco cortante, como suele ser todos los días, lo cual me deja un desazón en la boca.

Ayer, por primera vez, me abrí con alguien sin sentirme juzgada. Nunca había experimentado esta sensación de libertad, aun siendo cautiva.

Le conté algo que me dolía. Me salvó de ser violada y también me dejó acariciarlo. Sus besos fueron pausados, sus caricias, diferentes.

Pero solo fue un simple espejismo.

«¿Qué puedes esperar de él, Alaska? No lo conoces, solo están follando».

El único lugar en que realmente nos entendemos es en la cama. No le importó que había lugareños cerca, me folló la boca las veces que quiso y luego me quedé dormida.

—Nada —ordena.

Vuelvo a la realidad cuando deja el bote y se tira al agua. Amo la playa, pero nadar en aguas profundas no es lo mío. Su impaciencia me perturba.

—¡Joder! —gruñe. Se acerca hacia el bote y me jala del tobillo, por lo que caigo sin aviso al agua.

Me hundo, sintiendo que la nariz me pica por no respirar a tiempo. Sobresalgo a la superficie asfixiada, con pánico a los tiburones. Volteo y no veo a Siniestro. Vuelvo a girar la cabeza sin percibir nada.

—¡Markos! ¡No es una puta broma! ¡Markos!

Algo tira de mí hacia abajo.

—¡Markos! —Salgo a la superficie.

Pataleo queriendo mantenerme a flote, entonces veo cómo el bote se aleja. El pánico empieza a apoderarse de mí hasta que unas manos dan un tirón hacia arriba.

—¡Ah!

—Cualquier idiota podría atacarte. Cualquier persona se escondería tras de ti y no lo notarías.

Empiezo a toser.

—No necesitas verme para saber que estoy cerca. ¿Dónde está tu garra? ¿Se escondió en el puto fracaso?

Por alguna razón, sus palabras me callan, estoy cansada de pelear o estar a la defensiva. Lo miro a los ojos queriendo ver lo que me mostró anoche, pero no hay más rastro de aquella actitud pacífica, sino diabólica.

—Vamos a regresar a la mansión nadando. Entraremos por una ranura trasera. Bucearemos.

Asiento mientras me sostiene de la cintura y nadamos poco a poco hasta una falsa pared rocosa que parece abrirse debajo de nuestros pies. Se sumerge para poner una clave de acceso. Doy una gran bocanada de aire antes de bucear, pero cuando creo que es el final, solo empieza la travesía.

Entramos en una especie de piscina artificial con agua de mar y, al salir a la superficie, ya estamos dentro de la casa. Termino tosiendo. Creería que comí un pez o algo por el estilo, siento cómo algo pastoso sale de mi garganta hasta devolverlo, pero sobrevivo.

—Amo, bienvenido —le dicen los soldados de la mafia.

Desaparece de mi vista cuando llegamos a la mansión. Al entrar, las voces de las *skýlas* se alzan cual perras con su dueño. Se dedica a darles un pequeño gesto para que muevan la cola e ignoro por completo sus acciones.

De lejos, todavía me miran como si fuera una intrusa. Yuri me lanza una mirada asesina apenas me ve desde el pasillo, pero la llegada de Briana hace que mi foco cambie.

Se acerca a mí para despejar mi mente, dándome un breve abrazo que me hace sentir un calor hasta las costillas. Reparo su carita. Cada día se ve más hermosa. Fueron horas sin verla, pero la extrañé.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí, cielo.

—Te preparé un baño caliente. Ven.

—No. —Una *skýla* se mete—. Ahora tienes que ir a limpiar.

Parece que Markos tiene nuevas órdenes para mí. Ayudo al servicio aspirando las alfombras y no me molesta, lo único que me extraña es este repentino cambio que tuvo conmigo.

—Este es el verdadero lugar de las sirvientas. —Ríe la *skýla*—. Por lo visto, el amo siempre sigue las sugerencias de Yuri.

Tira un plátano en el suelo a propósito, pero decido no hacerle caso. Si no fuera por Kyria, quien me habla de algunas recetas mientras limpio, todo sería más desagradable.

Termino de asear la sala y vuelvo a mi habitación para bañarme. El agua caliente en mi rostro me calma. Luego de secarme el cabello, me acurruco en la cama. Briana se mantiene a mi lado mirando una película romántica sin que pueda detenerme a pensar en Leonardo.

«¿Estará buscándome?»

Añoro mi cama en Londres, el cielo gris, la llovizna. Extraño lo sencillo. Desearía volver atrás, a trabajar para ganarme la vida, caminar por las calles en otoño, tener mis tés matutinos con mi novio.

Una rara tristeza me embarga, como si estuviera decepcionada de todo.

—¿Quieres? —Me pasa popcorn en una bandeja y la evito.

—No tengo ganas.

—¿No tienes hambre?

—No.

—¿Me vas a decir qué sucede?

—Nada, solo estoy cansada.

Mi cuerpo se pone rígido, pero sonrío.

—¿Es... cierto lo que dicen?

—¿Qué?

—Que el amo te salvó de los malos como todo un héroe.

Por lo visto, en esta casa nadie se salva de los chismes.

—Soy solo su mercancía.

Mis palabras salen con una extraña sensación de peso y, por alguna razón, me siento patética.

—Al amo nunca le ha importado nadie —parpadea, impresionada—. Y te salvó, eligiéndote por encima de las pandillas.

Me quedo en silencio, perdida. Miro a un punto fijo, evitando las palabras de Briana, quien insiste en que hay preferencias.

¿Preferencias? Tratarme de manera bipolar, algunas veces bien y otras como a su trapo, ¿es eso tener preferencias?

Tengo un nudo atorado en la garganta que no se va con nada. No sé si es fastidio, cansancio o… decepción. Pronto anochece. Por la ventana puede verse el atardecer. Los colores del cielo, rojizos, amarillentos y hasta violetas, me calman.

Me siento a leer un rato. El aire fresco de la noche pasa suave, como un susurro. Me llevo dos mechones de cabello tras mis orejas, sin darme cuenta del pequeño detalle que mis ojos ahora notan: a lo lejos se ve la cápsula.

Rich dijo que era un lugar impresionante y que solo el amo tenía el uso exclusivo, ni siquiera Yuri había pisado esa zona. Es como un minidepartamento en el aire. Markos duerme ahí todas las noches. Me pregunto cómo se verá el cielo y el mar imponente desde ese lugar.

—¿Estás oliendo también lo que preparan en la cocina? —Briana se sienta junto a mí—. La señora Kyria está horneando moussaka para la cena. Escuché que vendrá un reportero internacional a hacerle una entrevista al amo. Ojalá sobre algo de comida.

Me pierdo en una sola palabra.

—¿Entrevista?

—Sí, es lo que decían los escoltas por los pasillos. Los espié.

—Briana, ya te he dicho que…

—No debo andar de chismosa por la casa —repite, imitándome—, pero es por seguridad. Me enteré de que hay problemas a la vista por culpa de los pandilleros.

—¿Cómo?

—Las pandillas trataron de incendiar negocios ayer, dijeron públicamente que si algo les pasaba, era culpa de Markos Van Loren, y hoy amanecieron muertos, colgados en una de las plazas. Se armó un escándalo. La imagen del amo está en peligro.

—No es la primera vez que mata a alguien.

—Pero mencionaron su nombre real y eso es grave. Para el mundo, Markos Van Loren no es Siniestro, sino un millonario que trabaja con el gobierno. Claro que importa. Su imagen tiene que ser pulcra. Este año ha sido considerado uno de los empresarios más exitosos. Va a dejar que lo entrevisten para calmar las apariencias.

—¿En serio se dejará ver?

—Solo por nombre y audio, prohíbe las cámaras. Lo malo es que su acompañante siempre es Yuri.

—¿Yuri?

—Y la perra se jacta de eso. Ya lleva tres años así. Ella solo se queda atrás mirando, y ya piensa que es su mujer. —Ríe—. Pero que se ubique, porque su preferida siempre será la esposa.

Eleva las cejas en complicidad y vuelvo a regañarla. Retoma su película mientras me llevo una mano al pecho, pensando. De pronto me pierdo en una imagen. Quiero creer que tiene corazón, aunque lo haya negado, aunque haya usado sus palabras hirientes para contestarme.

Me dispongo a salir de la habitación, pero los escoltas me prohíben bajar las escaleras.

Se puede percibir el movimiento de los escoltas de la mafia, además de Yuri con la lengua de víbora que tiene. Voy escoltada por un guardia, encontrándomela a medio camino.

—Pobre inglesa. Te ves decepcionada.

—¿Qué pasa, perro? ¿Te quitaron el collar? —contesto.

—Y a ti el título. Ah..., ya extrañaba follar al amo. Qué rica verga tiene.

Mi sonrisa se borra. Algo en mí se siente extraño.

—Pues que lo aproveches.

Doy media vuelta y ella sostiene mi brazo para hablarme al oído.

—Eso te pasa por no ubicarte. ¿Pensaste que el amo te iba a preferir solo porque te salvaba la vida? Te lo dije hace un tiempo: no significas nada. La única mujer a la que ha querido es y siempre será la difunta Marcela.

—¡Suéltame! —Me zafo de su agarre. Retrocede con una sonrisa, mi cabeza da vueltas de ira, de preguntas sin respuestas.

¿Marcela? Es la primera vez que escucho su nombre.

—El señor ordenó que esta zorra vaya como sirvienta a atender la cena. Denle un mandil, encárguense —les dice a los escoltas.

La rabia atraviesa mi pecho mientras se marcha. Su voz todavía zumba en mis oídos. «Marcela». ¿Quién fue ella? ¿Su novia? ¿Alguna amante?

Me niego a seguir pensando que me importa. Él puede hacer lo que se le venga en gana. Los escoltas confirman la petición de Siniestro, es cierto lo que dijo esa japonesa, tengo que ser ahora su sirvienta.

El tiempo sigue su marcha y pronto siento la bulla. No sé si la zorra muelona lo hace a propósito, pero escucho su risa asiática hasta aquí.

No voy a limpiar nada. Se pueden ir todos a la mierda.

Me siento frente al espejo y me siento rara, como si estuviera en blanco. Uno de los escoltas llama a la puerta pidiéndome que baje para atender al invitado. La cólera me embarga. Entonces las palabras de Briana regresan a mi mente.

«Que se ubique, porque su preferida siempre será la esposa».

Pronto, una sonrisa se despliega en mis labios.

—Dígale que iré pronto.

Si quiere zorra, zorra tendrá ahora.



Yuri

La cena está lista. Lo que veo en el espejo del recibidor me excita. Me encantan mis tetas.

El vestido negro ceñido que me regaló hace meses, junto al collar que brilla en mi cuello, resalta la mayoría de mis atributos. Me fascina que a los hombres se les ponga dura al verme. Ver ese deseo en sus ojos me cautiva.

Las *skýlas* están alistándose para la orgía que el amo pidió para su invitado esta noche, así que este es mi momento.

Jack Wilson es un conocido reportero australiano. Un viejo socio del amo que tiene un enorme poder en los medios de comunicación y le tapa escándalos de la mafia. Hemos hecho algunos intercambios sexuales. No voy a negar que su polla también me gusta, pero mi favorita siempre será la del amo.

Esta vez seremos tres, aunque de mi cuenta va que el amo también se una. Sería interesante follar todos juntos como antes. Como cuando la estúpida inglesa aún no llegaba a nuestras vidas.

—¿Vino a limpiar? —le pregunto a uno de los escoltas.

—Vendrá en breve, Yuri.

—Soy tu señora.

—Eres Yuri. —Sonríe—. Y me debes una por haberle mentido a la verdadera señora.

Se va haciendo un mohín, pero nada cambiará mi genial humor del día.

El amo estuvo de acuerdo en todo lo que le sugerí: hizo que la inglesa aspirara las alfombras, la trató peor que perro, y ahora me ha concedido ser su acompañante oficial nuevamente en la cena. He estado esperando esto por mucho tiempo.

—Hermosa noche —susurra Jack cuando llega y solo le bajo la cabeza en señal de respeto—. Siempre tan bella, Yuri.

—No se queda atrás, Jack. Bienvenido.

—¿Dónde está mi viejo amigo, jamás enemigo?

—Entra de una vez. —La voz del amo resuena—. Terminemos con esta mierda.

—Siempre tan elocuente.

Por alguna razón, su humor no es el mejor. Desde que llegó, se siente una vibra diferente.

Se acomoda en el sillón junto a Jack, quien saca la grabadora especial con una sonrisa en los labios. El amo desactivó ondas sonoras, tampoco hay señal del *wifi*, por lo que no puede enviar videos ni mandar grabaciones no autorizadas. Es dueño de los mensajes que recibe. Su sistema de espionaje podría descubrir llamadas en clave y saber toda su vida íntima.

—Y bien… Me acabas de joder la señal. Tienes acceso a mis conversaciones privadas. ¿Algo más que deba saber? —Ríe, pero mi señor solo se mantiene en silencio.

No lo miro, pero sí a Jack, que inicia la entrevista.

Habla siempre de lo mismo, una vieja historia inventada de cómo empezó siendo nada, creando un imperio con solo un euro en el bolsillo. Desmiente lo de las pandillas. Es cortante pero preciso. Lo suficiente para calmar a los chismes internacionales.

—¿Podemos hacer una fotografía? —pregunta Jack.

—Hablemos de negocios, solo de negocios.

Noto el suelo sucio. ¡La puta esa no vino! Me excuso entre los presentes mientras avanzan por el gran recibidor hacia el comedor, buscando con toda mi amargura a la inglesa.

«¿Por qué demonios no está?»

—Explíquenme qué es este desastre. La zorra tenía que limpiar con su lengua todo esto —espeto al ver a los escoltas caminar por mi costado—. ¿Dónde está Alaska? Vayan por ella.

—No va a ser necesario. —Se escucha una voz desde arriba—. Aquí estoy.

Parpadeo, sintiendo que el aire se me va al verla con un vestido rojo vino ceñido, los labios incendiados, collares más brillantes que los míos y unos

tacones de aguja.

«¡¿Quién invitó a esa perra?! ¡Tenía que ser la puta sirvienta!»

Levanto la mirada y veo a Jack con los ojos congelados, los labios entreabiertos, además del enojo contenido del amo.

Termina de bajar las escaleras con una sonrisa cándida. Hago puños mientras me levanto. Intento tocarla, pero me acaricia la cabeza como si fuera un puto animal. ¡Maldita perra desgraciada!

—Esta es mi noche —gruño entre dientes al verla.

—Todas las noches son mías, querida. —Me sonríe y pasa de largo—. ¿No me vas a presentar a tu invitado, Markos? —lo dice en voz alta. Se atreve a llamar al amo por su nombre.

—Markos... —repite Jack, petrificado. Sabe que el amo jamás deja que alguien lo llame por su nombre real.

—Mucho gusto. —Ella le estira la mano—. Alaska Van Loren.

—Alaska Van Loren... —Su boca se abre, formando una *o* enorme.

—Su esposa.

Jack está cautivado, permanece inmóvil sin emitir ni una palabra. La rabia me atraviesa como un rayo y, aunque intento sujetarla del brazo, una vez más, consigue esquivarme.

—Entonces era cierto, te casaste y con esta belleza. Usted, señora, debe ser alguien muy interesante. Ser la esposa de Siniestro implica muchos sacrificios.

—Está en lo correcto.

—Jack Wilson. —Vuelve a tomar su mano—. My lady.

—Mis señores, la cena está lista —interrumpe una mucama.

¿Qué tiene esa maldita carne agria inglesa para llamar la atención de todos los hombres? Jack no deja de mirarla. ¡Hija de puta!

«No, no voy a dejar que tome mi lugar. No va a brillar esta noche porque es mi noche».

—¿Qué pasa, perrito? ¿No me vas a mover la cola? —susurra Alaska en mi oreja—. No vuelvas a meterte conmigo.

La frustración me consume ¡Maldita zorra! Pasa de largo como si nada.

En la mesa, Jack se sienta al costado del amo y, en el que iba a ser mi sitio, ella. La tensión sube en la sala no solo por mí, sino por los ojos de Siniestro

que no dejan de mirarla.

Es cortante con Jack cuando este le habla en griego. Se ve fastidiado cuando el reportero la mira con ganas de comérsela. El amo jamás le había prestado atención a nadie, pero desde hace días, parece que solo tiene ojos para ella.

—Dígame, Alaska, ¿se considera una ninfa sacada de cuento? —pregunta Jack—. Es muy hermosa.

—Usted es un caballero. Muchas gracias.

—Cuéntame, amigo mío, ¿cómo así decidiste casarte?

El amo no contesta.

—Digamos que fue algo impulsivo —añade Alaska—. Ya sabe, un amor de película.

—Me la robé el día de su boda con otro, la compré para mí y punto —puntualiza y Jack no se sorprende—. Termina de tragar y vete. Tienes tres minutos.

Siniestro empieza a exaltarse.

—Pero si no muerdo, solo pico a veces. Es un buen diamante. —Ahora la mira—. Me pregunto, señora mía, si... usted es de mente abierta.

—Basta —ordena el amo.

—¿Ha escuchado hablar sobre los intercambios sexuales? Me gustaría invitarla a un gran banquete sexual.

—¿Perdón?

La inglesa ni se imagina de lo que él habla.

—Intercambios sexuales —repite—. ¿Nunca ha estado en uno? Me gustaría mucho probarla.

El amo se levanta, lo toma del cuello y lo arrastra por el pasillo. «¡No!»

—Amo, por favor —me levanto y lo sigo, pidiéndole que tenga cordura.

—¿Qué jodida mierda te pasa? —Jack se deshace de su agarre—. ¡Hemos intercambiado mujeres desde hace mucho tiempo! Que sea tu *skýla* o esposa no significa nada. Las hembras son hembras.

—Largo de mi casa.

—Tienes mucho más que perder. —Jack saca su arma. Los escoltas del amo reaccionan y apuntan.

—Vamos, Siniestro. Es solo una perra más. ¿Estás celoso? No me digas que te gusta. —Se muestra divertido—. ¿Esa hembra te gusta tanto como para no querer compartirla? ¿Por ella mataste al viejo de las pandillas?

—Señora, venga conmigo. —Otto sale de la cocina e intenta llevarse del brazo a la inglesa, pero es tarde.

—¿A quién se la robaste? Oh… Ya veo. Leonardo Bristol. ¿Esta era su novia? —Ríe—. ¿Qué hay de Marcela? ¿Tan rápido la olvidaste? ¿Cambiaste a una por la otra? También te metiste en el juego. Esta es tu venganza. Alaska Wells. ¿Verdad? La hija de…

Le da un balazo en la cabeza. Su cuerpo cae desplomado y Siniestro no se conforma. Sigue dándole con su arma, ido, descontrolado, furioso.

Lo mató. Mató a Jack. Mis ojos se llenan de lágrimas al ver su cadáver.

—¡Maldita perra! ¡Todo es tu culpa!

No controlo mis manos cuando me voy contra Alaska y la empujo con fuerza.

Por su culpa están pasando desgracias en esta casa. Todo ese odio que sentí desde que la vi, esa frustración al verla tan sencilla y agraciada, llamando la atención de mi amo, sale a flote.

Me quitó el interés de mi señor y ahora a mi amante. Jack era la única persona que me escogía, aun cuando tenía putas más jóvenes.

Se defiende poniéndome el brazo, desviando mis golpes, y, cuando quiero tomarla del cabello, una mano me frena.

—No. Te. Atrevas.

Basta un solo tirón del amo para apartarme de ella.

Nunca me había mirado así, tampoco había defendido a nadie en esta casa. Se pone delante de Alaska y no puedo dejar de llorar al verlos juntos.

—¡Fuera de mi vista!

—Amo, yo… —Se me atragantan las palabras—. Comete un error muy grande. Ella solo es una arribista.

—¡Fuera!

Sus ojos parecen acribillarme con una sola mirada. Jamás había visto en sus ojos tanto fuego. La está queriendo. Me lo está quitando. Él no puede quererla.

21
ALGUIEN COMO TÚ

Alaska

Se me forma un nudo en la garganta al ver llorar a Yuri por primera vez. La japonesa se queda muda. Markos la arrastra, la trata como a un perro y, aun así, ella termina bajándole la cabeza.

Desaparece mientras los empleados limpian, y mi corazón no deja de latir. El silencio embarga la sala, nadie dice nada. Ya no me importa la sangre chorreada en el suelo, tampoco el cadáver de ese hombre; lo único que da vueltas en mi cabeza es el misterio que encierra el nombre de mi novio con ellos.

Lo conocen. Ambos lo conocen. Esto no acabará si no lo enfrento.

Da órdenes de que nadie lo moleste y lo veo irse hacia su sala de billar. Lo sigo, pero cuando quiere cerrar la puerta, se da cuenta de que estoy ahí.

—¿Por qué mataste a ese hombre? ¿Qué tiene que ver Leonardo con ustedes?

—No es tu asunto.

—¡Sí es mi asunto! Estoy cansada de no saber nada y de todo lo que encierra este maldito acuerdo. Exijo la verdad.

—Vete.

—No.

—¡Que te largues! —Toma mi brazo.

—Hazlo. Mátame. —Me safo—. Parece que es la única forma en la que arreglas las cosas.

En un acto impulsivo, me lleva contra la pared. Aprieta mi cuello tan fuerte que empiezo a sofocarme.

—Lo escuché, así que ya no vas a evitar que pregunte.

—No estoy jugando, niña.

—¿Por qué le tienes tanto odio a Leonardo? ¿Por qué mis hermanos me vendieron? ¿Qué clase de venganza es la que buscas?

De pronto, todas las cosas que callé afloran. Pero él se mantiene en silencio.

—¡Habla de una vez! ¿O qué, tienes miedo de una hembra con agallas? Muy machito, pero escondes las cosas como un jodido cobarde.

Sus dedos me aprietan tan fuerte que ahora me cuesta respirar.

—Voy a lavarte el hocico a la próxima ofensa.

—Anoche vi otra cosa en tus ojos. Anoche me miraste diferente. Fuiste gentil, distinto, sin esa armadura con la que vives todos los días. ¿Qué hay detrás de esa careta? ¿De toda esa violencia que no controlas?

Veo luces cuando las venas del cuello se le marcan por la fuerza que hace al apretar en mi cuello. La cara se le pone roja mientras me asfixia. Apoya su rostro contra el mío, disfrutando de mi dolor, respirando de mi aire, inhalando mi aliento.

—Estoy cansada... Cansada de ser tu carnada —susurro con gran esfuerzo —. Mátame y libera toda tu ira. Haz lo que quieras.

—Tú no sabes lo que quiero.

—¿Entonces qué buscas?

Su mano libre sube lento por mis piernas. Experimento una extraña sensación de terror y placer al mismo tiempo.

—Que cierres esa jodida boca.

Siento una enorme presión en las sienes cuando sus labios me rozan. Hay una especie de desconexión entre mi cerebro y mis acciones. Tensa la mandíbula al no contenerse.

Me suelta, sus dedos se aflojan lentamente. Algo cambia, algo enciende. Me digo a mí misma que esto no está bien, no es sano, pero mi cabeza no entiende razón cuando somos más íntimos.

—Súbete a la mesa de billar ahora —ordena.

—Estás loco.

—Erecto.

Cuando quiere besarme, lo freno.

—Si quieres algo, vas a tener que ganarme.

Me la juego.

Camino hacia un costado de la mesa para tomar un palo de billar y luego ponerme delante del otro extremo. Me mira prendido, sus ojos arden como un felino con ganas de su presa. Pero lo que yo busco va más allá de las enormes ganas que tengo de que me tome.

Necesito respuestas y no las voy a conseguir preguntando.

—Haré lo que quieras si me ganas, pero si yo gano... tendrás que contestar mis preguntas.

—¿Por qué tendría que aceptar si puedo tomarte cuando se me antoje? Estás obligada a complacerme.

—¿Me tienes miedo? —Pongo el palo frente a mí.

—La psicología inversa y provocaciones estúpidas no van conmigo.

—Pero sí te excitan los riesgos. —Acaricio el palo desde la punta hasta la mitad con las manos—. Puede que tenga algunas sorpresas para ti.

Me mira como si fuera un reto.

—¿Sabes que soy experto jugando?

—Habrá que probar.

—Probar… con tu boca cerrada. Hablarás solo cuando yo te lo pida.

—De acuerdo, pero si gano, tú contestarás mis preguntas.

Toma su taco y yo el mío.

No tengo una puta idea de lo que voy a hacer, a las justas he visto cómo se juega cuando acompañaba a mis amigos de trabajo por un trago. Ordena las bolas en un triángulo, siempre con esa mirada pedante y segura.

—Empieza.

Lo hago. Soy un maldito desastre cuando doy el primer tiro. Ni siquiera una sola bola entró en algún hoyo y los números quedaron esparcidos.

—Ya ríndete.

—No soy una cobarde. —Enseguida me hace pedazos. Vuelve a ganar.

—Quítate el sujetador, es mi primer deseo. Quiero ver tus pezones erectos sobre la tela del vestido, listos para mi boca.

Lo hago. Tiro del sujetador hacia un costado. El juego le excita.

—Mi turno.

Me muevo tratando de no rozarlo. Retrocede sirviéndose un trago, sin quitarme la vista.

—Cada vez que fracases, tendré otra petición.

—Es trampa desconcentrar al enemigo.

Tomo el palo de billar de nuevo y lo doy tan fuerte a la bola que sale volando.

—Déjame intentarlo solo una vez más. —Siento que no respiro—. Esta estupidez no sirve.

—Dos peticiones.

Rompemos las reglas.

—Bien. —Le doy otra vez y no entra.

—Tres.

—¡Deja de presionarme!

—Cuatro. —Suma cuando vuelvo a intentarlo—. Me das pena.

«Así que quiere jugar sucio..., pues yo también jugaré de esa forma».

Él hace dos turnos más y gana. Si mete la bola una vez más será el único vencedor del juego. Cuando levanta la cara para restregarme su posible éxito, elevo mi trasero en una silla alta que yace tras de mí y abro las piernas.

Estoy sin bragas. Se queda mirando.

—Vamos, juega. —Deja el taco de billar a un lado—. Eh, no te atrevas a acercarte... Si no regresas ahora al juego, entonces habrás perdido tu turno.

—¿Según quién?

—Según yo. —Sonrío y se prende—. Perdiste.

—Maldita tramposa.

—La alumna superó al maestro.

Me bajo de la silla, voy hacia la mesa de billar y juego otra partida. Increíblemente logro meter la bola que quise.

—La suerte está de mi lado.

—No por mucho.

Vuelve a jugar.

Preparo mi taco de billar con astucia mientras acaricio el mío. Muevo mis caderas despacio, soportando mi peso con los brazos y las manos sobre la

mesa. Se me ven los senos por la abertura.

«No tientes al diablo, Alaska. Va a cansarse».

Hago un ademán de jinete montando un caballo, y se descontrola. Se sube por encima de la mesa hasta tomarme del cuello. Quiere besarme. Si lo hago sería como una gelatina en su boca, pero no lo dejo. De un tirón brusco, me alza y me abre las piernas.

—Espera, Markos. Tu herida.

No le importa. Siento cómo sus manos heladas me suben el vestido hasta la cintura.

—Exijo mi banquete, luego te pediré mis deseos extra.

Sus dedos se deslizan entre mis piernas y, en ese mismo momento, sé que, si no hago algo, estaré perdida.

—Quiero que te toques —sisea en mi boca.

Al ver que no reacciono, lleva mi dedo por la línea vertical hasta mi clítoris. Presiona su dedo encima.

—Estabas mojada —susurra en mi oído—. Esperabas esto.

Me mira mientras me masturba. Me asfixio al sentir que empiezo a contraerme. Es muy rápido, pero él lo logra. Las piernas se me aflojan hasta que una punzante electricidad me gobierna cuando pone una bola de billar en mi sexo.

—¡¿Qué haces?! —Mi pulso se acelera al sentir sus manos sobándome.

—Me pregunto si entra.

—Estás enfermo.

—Silencio.

La bola resbala llena de mis fluidos. Toca cada fibra sensible de mi sexo, mis labios vaginales se estiran, entonces…

—Para.

Sigue.

—Markos, me duele.

—Mi señor… —La voz de Yuri azota desde fuera—. Mi señor, deseo hablar con usted.

Me quedo a medio respirar, ella abre la puerta y se nos queda mirando.

¡Dios! Siento arder mi cara. Markos no para; por el contrario, hace que gima. Escuchamos un portazo cuando la japonesa se va y, aunque quiero decir que me da pena, no puedo negar que me gusta que nos vea juntos.

Pero eso me hace volver a la realidad. Lucho contra mí misma al quitarme de su agarre.

—No te he dado permiso para que te vayas —entona cuando me paro.

—¿Vas a decirme que me quieres aquí porque deseas mirarme?

—¿Y por qué no?

Mis ojos no dejan de verlo. Algo punzó dentro de mí. Me acorrala contra la mesa de nuevo, dejando que sus manos caigan a mis costados.

—¿Tanto te afecta mi presencia? —Eleva una ceja.

—Por supuesto que no.

—Te exaltas cuando estoy cerca. Tienes el pulso elevado, los labios palpitantes, actitud defensiva. Me pregunto por qué.

El estómago se me aprieta, el aire me pesa cuando desliza su mano encima de la mía y me acaricia. Sube los dedos por mi brazo hasta llegar a mi hombro. Me separa el cabello detrás de la oreja, y el simple acto de su tacto rozando mi piel irritada hace que tiemble.

—Markos.

Mi corazón late a mil por segundo. Sus dedos se quedan en mis labios sin dejar de mirarlos.

—¿Por qué eres tan necia?

—¿Por qué no te gusta que te llamen por tu nombre? Es hermoso.

«Mierda, lo dije». Fue sin querer, sin pensarlo. Solo quise responder con otra pregunta.

—No uso mi nombre. No estoy acostumbrado.

—Supongo que no puedo preguntar por qué.

—No, no puedes.

Sigue acariciándome los labios mientras nuestros ojos vuelven a encontrarse.

Me es difícil olvidar su mirada. Sus pupilas envenenan. No solo tiene un cuerpo atractivo, sino un rostro diferente. Su perfil, sus facciones, la manera en

que sus cejas se tensan cuando me miran, me dicen más de él de lo que podría imaginar.

—Eres tan obtuso —jadeo al sentir su suavidad. La boca se me seca por no besarlo—. Tan extraño. Acabas de matar a un hombre, de querer ahorcarme y ahora…

—Sin comentarios. —Pone el dedo en mi boca.

—Tengo derecho a una pregunta.

—Y yo a mis deseos. Serán terribles, Alaska. Te voy a proponer otro trato: olvida el tema. Ni siquiera imaginas lo que quiero. No serías capaz de soportarlo. No alguien como tú.

—¿Alguien como yo? —Nuestros labios vuelven a rozarse.

—Una mujer que cree en rosas y vainilla.

—No se puede vivir sin creer en nada. Tampoco se vive sin amor.

—Ignoras el poder real. —Sujeta mi mentón—. El poder de los malos. Ser invencible, intocable, inmortal ante el mundo.

—Muestrame tu mundo entonces. —Mi voz apenas es audible.

—Puedes no regresar.

—Nunca le he tenido miedo a nada, solo a la muerte de mi padre. Mi vida tampoco ha sido fácil. Tuve que volverme fuerte a la fuerza. No había más opción que enfrentar la vida con valentía. No temo a lo que vayas a hacer conmigo.

Se queda frío.

—Soy un jodido monstruo, Alaska —masculla, devorando mi labio inferior con sus dientes. Lo lastima—. Daño a quien toco y oscurezco a quien da luz.

Contengo la respiración cuando sus ojos descubren lo que he estado buscando desde hace mucho, la cantidad de veces que me quedé pensando, mirándolo, añorando una maldita respuesta.

—¿Vas a preguntarme por él?

—No.

—¿Entonces?

Mi estómago se contrae.

—Quiero saber si alguna vez has amado. Si alguna vez has perdido la cabeza por alguien. ¿Es ella? ¿Es Marcela la pieza que falta en tu mundo? ¿La

verdadera causa de tus sombras?

Endurece la mandíbula sin moverse.

22
¿QUIÉN ERES?

Alaska

Parece que sus ojos se oscurecen cuando hablo de ella. Se queda rígido, como si hubiera visto a un fantasma, como si le pesara su nombre. Intento ver algo más allá en él.

¿Será que fue alguien importante? ¿La única mujer a la que ha querido en su vida?

—¿Estás celosa? —intenta manipularme. Sabe muy bien cómo picarme para que esto termine en pelea.

—¿Quién es ella?

El aire que sale de su boca golpea mis labios, haciendo que todas mis terminaciones nerviosas colapsen.

—Una mujer que compré.

—¿Fue tu amante?

—Sí.

—¿Tuviste algún tipo de relación con ella?

—Son muchas preguntas. Ya tuviste tu única respuesta.

Entreabro los labios, indignada. Me deja perpleja la capacidad que tiene para librarse de mis trampas.

—Ahora te toca cumplir a ti —añade—. Como tu amo y señor, tienes que trabajar para complacerme.

—¿Y qué debo hacer?

Introduce su dedo de lleno en mi boca.

—Chupa.

Lo hago.

—Mira a tu amo —ordena—. Mira cómo te folla la boca con sus dedos.

Se mueve en mí hasta el fondo. Lo rodeo con mis dientes, rasgando suave su piel y sintiendo su uña. Entra, sale; me enseña a succionar como le gusta. Mi baba cae de sus dedos mientras lleva mi mano hasta su bóxer.

Su pene parece interminable. Está duro y parece crecer aún más en mi mano. Lo detallo con paciencia: es ancho, rosado, cargado de venas que parecen explotar.

Quiero probarlo con mi boca. Chupar su extensión. Trato de desvestirlo.

—No te he dado permiso. Debes aprender a esperar a tu señor; solo yo sabré cuándo follarte, cuando se me antoje. No... —Me calla cuando estoy dispuesta a responder—, obedece a tu amo.

Su voz me calienta. Leonardo siempre fue un hombre de palabras bonitas y flores románticas; Siniestro, en cambio, es un tipo sucio.

Quiero decirle más que un simple «no», pero mi mente empieza a decir «sí a todo». A medida que va deshaciéndose de su ropa, admiro la vista con paciencia. Sus pectorales son perfectos. Esa piel bronceada solo me hace pensar que estoy viviendo en una especie de fantasía.

Los pantalones caen y observo cada vena que se le tensa. Las tiene bien pronunciadas en su zona V; parecen sufrir por soportar la erección que se carga.

No hay fallas en sus músculos. Son prominentes, anchos, perfectos. Todo él es una galería de arte, desde su pecho hasta su ombligo, de su ombligo hasta su polla.

—Date la vuelta.

—No. —Levanto el mentón.

—¿Me desafías? —Enarca una ceja.

—Lo desafío.

—Patética.

—Sinvergüenza.

—Jodida boca rebelde.

—Van puto.

Estira su brazo para atraerme a él y no le doy el gusto. Me deshago en sus brazos cuando me aprieta.

—Dime una cosa, Alaska. ¿Te gusta la leche?

—Light, amo.

—Pues te la vas a pasar entera, porque esta noche pienso correrme en ti sin medirme, y no quiero lloriqueos, sino a mi hembra dispuesta.

Mis mejillas arden.

—¿Qué quieres? Dime. —Se pega a mis labios.

—Que me bese.

—¿Dónde? —Me roza.

—En la boca, en el cuerpo, en mi centro.

—¿Qué soy, Alaska?

Me quedo a medio respirar.

—Mi amo, mi señor, mi hombre.

Por fin me besa. Su sabor es exquisito: alcohol y menta.

—Fóllame —siseo—. Cógeme, Markos.

Mis manos están aceleradas en su pene, las suyas por todo mi cuerpo. No dejo de besarlo cuando me toca. Quiero todo de él, necesito todo.

—Te voy a romper, niña rebelde.

Me tira contra la mesa de billar. Mi cuerpo rebota con dolor por el impacto.

«¡Madre mía, en qué me metí ahora!».

Ver a ese semental con la erección kilométrica me congela. Mi corazón late rápido, estoy tan mojada que da vergüenza. Me toma de los tobillos para luego voltearme y dejarme en cuatro encima de la mesa.

—Markos...

—¡Silencio! —Golpea mi trasero y me pega hasta él—. Te dije que iba a prepararte.

—¿Para qué?

—Para mis deseos. Pero primero vamos a amoldarte.

Se sube encima de mí, aún en cuatro, y empieza a besarme. Mi cuerpo se eriza al sentir sus labios en el lóbulo de mi oreja. Lo mordisquea mientras amasa mis senos con sus manos y luego baja con besos suaves por mi columna vertebral hasta llegar a mis nalgas.

—Duele —gruño al sentir cómo las amasa—. ¡Duele!

—El dolor es parte del placer*, angliká*. A más dolor, más gusto. —Sigue palmeando; me las separa, y me siento avergonzada—. Nunca te han dado por el ano.

No sé qué está haciendo. Mi cuerpo se vuelve rígido al instante.

—Sin quejas. Te vas a tragar primero tus gritos y luego lo que yo quiera.

Segundos después su lengua se empapa en mi vagina. Punza mi clítoris hinchado y parece estallar al sentirlo. Estoy tan chorreada que me apena, pero su boca es como el agua que aplaca mi incendio.

—Qué bien sabes... —sigue, y me vuelve loca.

—No pares. —Araño la mesa—. No pares, por favor.

—¿Más? —Me sopla y duele.

—Sí.

—¿Solo un sí?

—Sí, mi señor.

Los círculos que traza hacen que tenga el reflejo de mover mis caderas. Su gran lengua recoge cada fluido que desborda de mí. Me lame cual helado derretido que debes tragar para que no se derrame. Tengo la sensación de que voy a quemarme.

—¡Mmm!

Mis gritos se ahogan. Bendita lengua de los dioses; jodida y caliente lengua que me desata placer infinito. Pica ahí, donde me quema. Ahí, donde me frustra. Ahí... donde me encanta.

Siento que voy a morir cuando aumenta su ritmo. Mis paredes se contraen. Quiero hacerlo, necesito liberarme. La frustración me ahoga hasta que sus manos se detienen en mis nalgas.

—Alaska, quiero más.

«¿Más?»

Toma un lubricante e introduce algo en mi ano.

—Relájate.

—Markos, ¿qué haces? —Todos mis músculos se tensan.

—Vamos a probar con un juguete. Es un tapón anal.

—Pero…

—Te gustará, ya lo verás.

Trago saliva al sentirlo. Mi cara se incendia. Puedo verlo en el espejo de la sala de billar, y me aterra. Por Dios, duele cuando me lo mete. Grito al sentir que desborda mis paredes, pero entonces empieza a masturbarme.

Estoy tan excitada que siento placer cuando sus dedos entran en mi canal vaginal mientras el tapón se queda en mi ano.

—Markos... —gimo.

Es una sensación extraña, distinta, prohibida en mi mundo convencional, donde siempre pensé que esto era insano. El dolor no desaparece del todo, pero siento cómo me dilato y me lleno de un placer que nunca había experimentado.

—¿Cuáles son tus límites, Alaska?

No respondo. Solo me concentro en esa corriente eléctrica que crece en mi interior, cada vez más fuerte, más explosiva.

De pronto, detiene sus dedos y saca el tapón, solo para introducir su polla en mi vagina.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué mier...? Ah… —jadeo.

La doble penetración me hace estallar en pedazos: por un lado, el juguete en mi ano; por otro, su sexo invadiendo mi canal desbordado en fluidos.

Me penetra con fuerza. Puedo sentir esa kilométrica polla llena de venas dentro de mí, golpeando con intensidad. Hay desesperación en sus embestidas, como si quisiera descubrir más, experimentar todo, mientras placeres inimaginables me queman por dentro.

No dejo de gemir al ver en el espejo cómo mis pechos saltan con cada arremetida. Duele, pero el placer supera el dolor. Mi mente no puede procesar lo que está pasando.

Ni siquiera sé cuánto grito, cuánto lloro, cuánto me cuesta respirar, pero lo cierto es que empiezo a disfrutarlo y me entrego por completo a ese sentimiento. Cierro los ojos, sintiendo mi pecho estallar, mi cabeza arder, mi cuerpo explotar bajo el peso de todo lo que me abruma.

—Más —pido, perdida en un ataque de inconsciencia.

Se clava en mí con fuerza, duro, emitiendo gemidos profundos desde su garganta. Su voz ronca es el complemento perfecto. Parece que está partiéndome por dentro. Siento mi sexo arder, mis paredes desgarrarse con cada embestida furiosa.

Me contraigo con fuerza, más que nunca, sin poder dejar de gritar.

—Joder, Alaska.

Su voz suena grave, profunda, llena de placer y descontrol.

—¡Mierda!

—¡Ah!

Ahogo un grito cuando el orgasmo me ataca y ambos nos corremos al mismo tiempo. Mi cuerpo se desploma, mis brazos ceden ante la infernal liberación que me noquea.

Markos retira el tapón y lo tira a un lado. Ni siquiera me da tiempo de recuperarme antes de atraerme hacia él de nuevo.

—Voy a someterte a mi mundo —sisea, pasando una correa por mi cuello como si fuera un collar—. Un mundo oscuro donde no hay retorno.

Su voz gruesa me embelesa. Sus ojos ardientes me cautivan. Me besa en los labios con fuerza, reclamándome.

—¿Por qué?

—Porque me enojas, me prendes, me gustas —gruñe, ido—. Te quiero para mí, Alaska Van Loren. Y no hay más salida.

23
HIEL DULCE

Alaska

Estoy destruida. Me cuesta moverme.

Son casi las cuatro de la mañana. Han pasado horas y, apenas toco mi cama, siento que todo me arde.

Me acurruco entre las sábanas, aún con dolor en todas mis partes íntimas. Mi sexo arde de todo lo que chupó, de todo lo que introdujo en mí una y otra vez hasta cansarse. Tengo los pechos marcados, los labios mordidos, pero es más grande la sensación de liberación que tuve.

Sentí que el corazón se me paralizaba. Toda mi vida creí que llegar a un orgasmo era lo más pleno que podría querer una mujer en la cama, pero ignoré que no solo podría sentir uno, sino varios en una misma noche. Me torturó como quiso, y todas las veces me corrí como nunca.

El dolor cuando me penetra ha disminuido, porque casi siempre el placer es lo que más pesa.

«Puta, obscena, pervertida», grita mi mente.

Miro al techo de nuevo, sin saber cómo frenar estos pensamientos. Cada vez que lo veo quiero más. Explorar, tocar, coger sin ser juzgada.

«Con Leonardo nunca lo sentí». Llevo mis manos a la cabeza. No sé por qué lo traje a mi mente de nuevo.

Aunque aún no tenga claro qué le hizo, el hecho de haber querido silenciar su nombre para disfrutar mi sexualidad con Markos me hace sentir mal.

¿En qué momento me perdí? ¿Qué pasará cuando acaben esos noventa días? ¿Cuáles son sus verdaderos planes conmigo?

Cierro los ojos de nuevo. Estoy disfrutando un momento que debería odiar, que debería ser parte de un plan de subsistencia. Pero lo cierto es que esta empieza a ser una obsesión de la que quiero más y más.

Siento pesados mis párpados mientras me acribillo a mí misma, me dejo llevar por el cansancio, y cuando vuelvo a abrir los ojos ya es de día.

Los primeros rayos del sol se filtran por las cortinas blancas de mi habitación de lujo. El dolor me recuerda lo que pasó anoche. Al observar la cama, noto que un collar yace a mi lado, el mismo que acepté ponerme sin saber en lo que me metía.

Dijo que iba a llevarme por caminos prohibidos. ¿Qué tan extremo es? ¿Cogeremos en nuevas poses? Una punzada entre mis piernas me abruma.

«No, Alaska, acabas de hacerlo con él. No deberías querer más».

—¿Señora Van Loren? —Tocan la puerta; es una de las mucamas—. ¿Desea desayunar?

Aún estoy desnuda. Con esfuerzo, tomo la bata de seda y me envuelvo en ella. La muchacha entra.

—El amo dio órdenes estrictas. —Me da un papel—. Debe tomar estos medicamentos para el dolor después de los alimentos.

«Trágate la pastilla, es especialista en curar culos devorados. Las próximas veces será mucho peor. Y sí, habrá mucha leche».

Una punzada entre mis piernas me hace perderme en lo que dijo. Tengo una sonrisa estúpida.

—¿Le gustaría un plato en especial? La señorita Briana ya desayunó.

—¿Y el señor Van Loren?

—En el jardín, recién va a comer también.

—Bajaré entonces.

—Pero…

—Te veo abajo.

Abre los ojos y vuelve a temblar, pero al poco tiempo termina sonriendo. Él debió amenazarla. Me sigue impresionando la tan extraña fidelidad que le tienen: lo aman y veneran, pero también le temen como si fuese el mismísimo demonio.

Le pido que se retire para darme un baño. No tomo la pastilla porque mi orgullo me lo impide. ¿Qué mierda se ha creído? Orino y siento que duele, pero no voy a darle el gusto de pavonearse.

Después de asearme y cambiarme, lo encuentro en el jardín. Pasea de un lado a otro, hablando algunas cosas en griego con ropa deportiva. No entiendo

nada, solo algunas palabras. Por más que intenté aprender el idioma, se me hace complicado.

Su trasero se aprieta en ese buzo ligero y, ni qué decir, de esos músculos bien formados que trae por todo el cuerpo. Tampoco necesita estar erecto para que se le note el bulto prominente.

Me dedico a mirarlo en silencio en una esquina del jardín en la que no pueden notar mi presencia. Sus cejas se tensan, dando un aspecto más ruin en ese rostro atractivo. Me pregunto qué tanto dice y por qué hay tanto movimiento de escoltas. Entre ellos se miran de un lado al otro. ¿Será que estamos en ataque? ¿Serán las pandillas?

Rich aparece con un hombre; lo empuja hasta que cae de rodillas ante Markos. Suena un disparo y salto por el sonido.

Se me paraliza el corazón; sin embargo, esta vez solo me quedo quieta. Lo mató. Este es el Siniestro de siempre. Algo debió haberle hecho ese tipo; no hay medias tintas con él. Guarda el arma como si nada y, en contraste con la Alaska que llegó hace semanas a este lugar, ya no me afecta.

No está bien que sea tan sádico.

No está bien que siga matando gente.

No está bien que me encante cómo me folla, sabiendo que soy una mujer comprometida con otro.

Sus puños cerrados destellan ira. Camina apretando más las piernas. Puedo visualizarlo por lo contraído que está. Tanto Rich como el otro solo lo siguen. Escucho a lo lejos sus palabras como un zumbido. Toda mi atención ahora se centra en Markos.

Será inevitable que me vea. No puedo correr hacia el otro lado y esconderme.

Por alguna extraña razón, me cuesta respirar con normalidad, peor aún cuando sus ojos se congelan con los míos.

—Hola —es lo único que digo.

Para en seco. Me mira como si fuera a azotarme. Esos ojos queman como el primer día, pero el contacto visual ya no es el mismo. Ya no somos dos desconocidos que quieren matarse. Ahora... ¿nos odiamos menos?

Rich me mira con cautela. Le sonrío antes de que se vaya. Cuando por fin nos quedamos solos, la tensión sexual entre nosotros vuelve. Ninguno de los dos habla.

—¿Qué quieres? Di órdenes estrictas. Tenías que tomar las pastillas y quedarte en tu habitación.

—Como ves, estoy bien. No me gusta encerrarme.

Cierra los ojos, exasperado. Su humor es horrible este día.

—No quiero desacatos. Tenías que cerrar esa boca y abrirla solo cuando estés arrodillada ante mí.

—Paz. —Levanto las manos—. Está bien. Solo... pensé que podría desayunar algo y luego dar un paseo.

Detrás de esa cara dura y engañosa, que a simple vista parece tener el control, hay un ser que lucha por contenerse. Tensa la mandíbula más de la cuenta. Las venas del cuello le resaltan más que de costumbre. Respira más fuerte y sus puños son aún más notorios.

Otto nos interrumpe, trayendo consigo una bandeja de comida.

—Está bien, Otto. Comeremos en el privado. Muchas gracias.

Le sonrío. Tomo la bandeja y la llevo hacia una sala privada que da al jardín, mientras el anciano me mira como si estuviera viendo a un muerto. El ayudante que toma algunas servilletas se queda tan pasmado como los demás.

Acabo de dar una orden.

—Fuera todos —dice él, y los demás se van, dejándonos a solas.

«Oh, mierda. Oh, mierda. Oh, mier…»

Apenas volteo, su boca asalta la mía y me derrito. Siento espasmos por toda mi carne. Me besa con un hambre desmedida, como si quisiera desahogarse triturándome con sus labios.

—Markos… —jadeo, tratando de seguir. Algo está pasando desde hace días, aunque sé que no me lo va a decir.

Dejo que haga lo que quiera conmigo. Explora mi cuerpo con rapidez. Sus manos recorren con ansiedad mis piernas, mi trasero, mis senos y mi cuello. Suena un celular, y se separa de mí cerrando los ojos, como si le pesara.

—Váyanse a la jodida mierda.

Es lo único que dice al presionar el auricular. Luego cuelga.

—¿Sucede algo grave? —Le toco el brazo.

—No es tu asunto. —Intenta beber, pero lo impido, cambiando el alcohol por el zumo.

—Te dará gastritis así.

—¿No puedes dejar de ser metiche?

—No.

—Trágatelo tú —dice, fastidiado.

—Es solo un jugo. —Bebo el zumo de naranja—. Solo un poco.

Se lo doy, y me mira. Clava sus ojos en mí como si estuviera estudiándome.

—¿No te cansas de romper mis reglas?

—Es divertido cuando te enojas. —Sonrío—. ¿Vas a azotarme?

—Veremos.

—¿Dolerá?

—Sí, pero también sentirás placer.

—Lo que hiciste ayer… —Mi voz sale casi como un gemido.

«¡Diablos!»

—¿Te gustó?

«¡Me fascinó! ¡Me encantó!»

—Estuvo normal.

Alza las cejas sin creerme.

—Ya dilo. ¿Qué quieres, Alaska?

—¿Qué quiero?

—Te levantaste de la cama estando dolida. —Se acerca—. Bajaste diciendo que tenías hambre y fuiste al jardín porque supiste que estaba ahí. Te empecinas en quitarle el desayuno a Otto para estar a solas. ¿Es una traducción sexual?

Estoy tan indignada que no quiero contestar, aunque en el fondo sé que me ha descubierto. Ayer no follamos mirándonos. Me puso en cuatro y ya, pero quería quitarme las ganas.

Suelto una risa burlona y él tira de mi cuerpo hacia el sofá. Caigo encima de él.

No tengo que decir más para entender lo que ambos queremos. Bajo el cierre de su pantalón con mis manos, tiro de su bóxer y su polla salta hacia arriba. Como siempre, es dura y kilométrica. Me río para mis adentros al simular tocarlo, pero lo cierto es que vuelvo a medir un brazo encima.

Me gusta su textura. Esa punta se ve deliciosa. Lo miro mientras lo introduzco en mi boca; su sabor es exquisito. Siempre odié hacer esto, pero Markos saca un lado de mí que disfruto.

Me toma la cabeza para controlar mi ritmo. Sentirlo en mi lengua, rozar cada vena ancha que se le marca, hace que me empape. Mueve su sexo hacia arriba y ordena que me quede quieta.

—Quiero eyacular en ti.

Me alza. Sus ojos brillan cuando descubre que no llevo ropa interior. Me deja desnuda; mi sexo bordea su punta y me froto. Es un impulso. Su pene abre mis labios vaginales, bañándolo con mi humedad.

Puedo sentir que mi centro quema por la fricción. Muevo mis caderas, lo lleno de mis fluidos desde sus huevos hasta su glande.

—¿Te gusta? —dice en mi oído.

—Me encanta.

—Solo follamos. —Sus manos se deslizan por mis caderas.

—Lo sé.

Ansiosa, busco su boca cuando siento el glande en mi entrada. No puedo controlarme.



Siniestro

Su aroma me embriaga. Me sacia. Me calma.

Los problemas parecen mermar cuando la toco. Cuando sus manos me acarician y sus labios impactan en mi boca.

Ha aprendido a sobrellevar los besos que me gustan. Su lengua va a la perfección con la mía; ahora me chupa sin contenerse, y dejo que explore lo que quiera.

Quiero follarla. Darle duro. Maldigo el hecho de no cansarme de ella.

Su sexo roza mi pene duro. Entro entre sus piernas para encajarla. Quiero alargar el placer. Aun mueve sus caderas, buscando desesperada que la penetre y, cuando llega a la punta, se sujeta de mis hombros.

—Los pliegues de tu vagina se estiran… ¿lo ves? —digo, metiéndola—. Entra desbordándote.

—Por Dios… —gime, dejándose caer.

Se introduce hasta el tope de mis huevos, y en su rostro el dolor es evidente. Se queda quieta, respirando hondo. Está sensible por lo de ayer. Mi mano atrapa su nuca para devolver su boca contra la mía; entonces empiezo a moverme.

—Suave, por favor —suplica.

—No —demando—. Querías arder, ahora soporta.

Sus labios gruñen al sentir placer. En este tiempo se ha amoldado más a mí, pero aún se siente estrecha. Me excita verla frente al espejo: mis manos en sus nalgas, mis huevos rozando su piel, mi tronco partiéndola por dentro.

Cabalga en mí, goza con mi verga y salta al aumentar la velocidad de mis embestidas. Ahora es ella, sin moverse de mi boca, quien pide aumentar el ritmo. Su canal parece quebrarse cuando grita. Me vuelvo adicto a romperla en un frenesí que ya no podemos detener.

El placer me embarga. No controlo mis movimientos; tampoco me importan sus gritos cuando se viene. Embisto duro hasta que me libero con fuerza.

—Mierda.

Eyaculo en ella. Mi semen se desborda por sus piernas, marcándola nuevamente.

La acuesto en el sofá, empujando hasta dejar mi polla seca. Nuestras narices chocan; me muerde el labio sin dejar de mirarme y emite un sonido cuando termino de vaciarme por completo.

El hecho de venirme en ella la excita; sus ojos chispean. Pasa las manos por mi rostro. Está tocándome donde ninguna mujer me había tocado antes, besándome como si fuéramos algo más que amantes, aferrándose a mi cuerpo contra el suyo.

Vuelvo a besarla y sus dedos empiezan a acariciarme la espalda. Palpa mis cicatrices, y tomo su muñeca.

—Sin desafíos.

—Sí, mi señor.

Ninguno de los dos dice más cuando, en vez de parar, seguimos. Enreda sus piernas en mis caderas; la beso con lengua. Follamos las veces que nos antoja. Una, otra y otra vez, hasta que nuestros cuerpos se sacian.

Es tan adictiva como hechicera, tan absurda como caliente.

Decido detener esto antes de que termine pasando todo el día con ella.

Nos vestimos, y cuando salimos del área privada, la trasquilada la espera.

—No desayunaste —la chiquilla se la lleva. La jalonea pidiéndole ver una película, pero cuando mis ojos se clavan en ella, el mostrito solo se calla. Alaska sabe que no me agrada.

—Señor. —Rich me aparta de todos—. Debe ver esto con urgencia.

Entro a mi despacho; están todos los *red men* reunidos.

—Hace quince minutos, la *Incripol* halló nuestros buques con carga importante de droga. Nos los han incautado.

Aprieto los puños. Es una de las mercancías más grandes que transportaba, un gran operativo que la policía internacional acaba de pescar.

—¿Cómo carajos pasó esto? ¡Tenían que cuidar esos malditos barcos!

—Pusieron explosivos en la mañana para dar el punto exacto de nuestros buques en altamar a la *Incripol* —responde uno de ellos—. Los barcos estaban cerca de Atenas. Cuando llegamos, la policía internacional se había llevado todo.

—¿Y el trato con el gobierno? ¿Con la policía? —increpa otro—. ¿Por qué no hicieron nada?

—El gobierno no pudo detenerlos. Tenían pruebas evidentes. No estaban dispuestos a quemarse. Lo extraño fue que los buques salieron antes de lo previsto.

—¿Cómo?

—Tenían que partir hoy al mediodía, pero salieron por la mañana.

—¿Quién dio la orden?

Todos hacen silencio.

—¡¿Quién demonios dio la orden?! —espeto.

—Alguien de nuestro equipo. Alguien que sabía perfectamente los acuerdos que tenemos con la policía griega, las horas de llegada y la carga que íbamos a

entregar pronto. Hay un topo en esta casa, señor. Nos han traicionado.

Trato de mantener la cabeza fría; Rich se exalta.

—Amo, tiene que ver esto.

Uno de los *red men* enciende la televisión. Las noticias muestran nuestros buques incendiándose, un tumulto de gente, vehículos de policía, pero lo que llama mi atención es el perfil del hombre que veo en la escena.

Aprieto los dientes con fuerza. No me domino cuando su cara hipócrita se impregna frente a nuestros ojos: llorando, suplicando, en medio de las noticias internacionales.

—*Mi nombre es Leonardo Bristol y quiero hacer una denuncia pública. Secuestraron a mi mujer. La están torturando, forzando ahora mismo, y nadie hace nada. Alaska, amor mío, si estás viendo esto, solo resiste. Voy a recuperarte pronto, lo juro. Así sea lo último que haga.*

En sus manos trae una muñeca rota, la misma muñeca que le pertenecía a Marcela antes de que me la quitara.

Jadeo con tensión mientras un sonido explota. Al girar, veo a Alaska en el marco de la puerta con una bandeja en las manos y miles de vidrios esparcidos en el suelo.

Se queda inmóvil al ver la televisión, con la imagen de Leonardo Bristol llorando.

24
PECADO

Alaska

Algo en mi pecho se aprieta con fuerza. Me deja sin aire, sin habla, paralizada frente a la imagen de mi novio en un televisor, tratando de pedir ayuda para salvarme.

Los ojos se me llenan de lágrimas al verlo parado frente al Tower Bridge, en Londres. Se ve más delgado, demacrado, y lleva el traje negro que usó cuando me pidió matrimonio.

Me arde el pecho. El sentimiento de culpa que tengo me abruma. Se me desgarra el corazón al verlo ahí, solo y triste.

El ruido de la bala estallando contra la televisión hace que el aparato se haga añicos. Markos le dispara. Sus ojos fríos solo me miran, como si quisiera recordarme, una y otra vez, que tenemos un pacto.

—¡Largo, todos! —ordena. Sus hombres desaparecen casi al instante. Cuando intento irme también, me detiene.

—No olvides tu posición aquí, *angliká*. Eres mía, mi mujer. Me importa una mierda si ese bastardo te llora por las calles. Tú me perteneces.

—Vete a la mierda, Siniestro.

Me aparto de él con la intención de rescatar un poco de mi dignidad. Con mis gestos trato de mostrarle que no me afecta, aunque por dentro puedo sentir cómo mi piel reacciona ante su cercanía.

La sensación de asfixia se acumula en mi pecho al salir de su despacho. Me cuesta respirar; las lágrimas se me desbordan por la cara, y corro a mi habitación, donde finalmente exploto en llanto.

Mis rodillas caen al suelo con fuerza. No puedo dejar de llorar por todo lo que nos pasó. Lo traicioné. Traicioné al amor de mi vida. Y él ni siquiera lo sospecha.

—Alaska —Briana toca la puerta—. Por favor, habla conmigo.

Escucho cómo entra y cierra la puerta con llave. Se acerca y me abraza por la espalda. Sentir su calor me desborda.

—Vi a Leonardo en la televisión —siseo, con la voz entrecortada.

—Lo sé —responde mientras limpia mis lágrimas.

—Me siento un ser despreciable. Una traidora.

—No es cierto.

—Lo traicioné. Él está tratando de liberarme, ¿y yo? Cogiéndome al hombre que más lo odia.

—No seas injusta contigo misma. No tenías más opción que aceptar el trato —dice, sujetando mi rostro—. Solo estás sobreviviendo para salvarnos a todos. Para que no maten a Leonardo. Odias al amo. Ni siquiera disfrutas estar con él.

Me callo. Las palabras de Briana empeoran mi sentimiento de culpa. Entonces, el dolor es más fuerte porque sí lo hago. Me acuesto con Siniestro porque me gusta.

Soy yo quien lo ha buscado. Yo quien ha descubierto nuevas cosas a su lado. Y esto me está matando.

—Por favor, déjame sola.

—Pero…

—¡Necesito estar sola!

Acuno mis lágrimas que solo me sirven como desahogo. Esta extraña incongruencia empieza a afectarme. Soy consciente de que nada cambiará mi realidad; ya faltan menos de sesenta días para terminar este trato, pero me duele engañar a Leonardo, quien no se lo merece.



Siniestro

—¡Cierren las malditas puertas!

Estampo mis manos contra el escritorio que yace en mi despacho.

«Se atrevió a desafiarme. El hijo de puta de Bristol lo hizo».

Este es su juego: quiere dar pena. Empieza a victimizarse ante la prensa para garantizar su salvaguarda porque no tiene armas contra mí.

Se siente seguro con el blindaje internacional y el apoyo de la *Incripol*, pero no durará mucho tiempo.

—Señor —habla Rich.

—¿Qué quieres?

—El señor Drakoti está aquí.

Acepto que entre a la fortaleza de la isla por solo algunos minutos. Frederick Drakoti es el fantasma de los *Red Men*, el jefe de inteligencia, un tipo escurridizo que se cuela entre la gente mundana con poder para espiar mis intereses.

—Tenemos problemas, señor —es lo primero que dice—. No pudimos recuperar el cargamento. La *Incripol* sospecha que el gobierno griego tiene negocios con usted. También tienen información de nuestras bodegas. Empezarán a investigar.

—No pueden intervenir —agrega Rich—. No tienen derecho a entrometerse en líos nacionales. La policía griega…

—La policía griega cayó.

—¿Dónde está el ministro? —increpo.

—Acaba de ser relevado de su cargo. Al parecer tienen pruebas. Bristol jugó muy bien sus planes esta vez.

Aprieto mi arma.

—No fue Bristol; su mísera mente no podría. Detrás de él está Smirnov, que debe haber financiado esta farsa con los últimos centavos que le quedan.

—Lo de Bristol aumentó el escándalo mediático. Deberíamos matar a los testigos, señor.

—No —refuto—. Esto es lo que quieren: víctimas, y no se las daremos. Esta vez vamos a contraatacar con sus mismas jugadas. Sacaremos nuevos testigos que den otra versión, confundiremos a la prensa. Desvía el tema con algún escándalo del gobierno.

—La prensa aún tiene fresca la desaparición de Jack Wilson y el atentado de las pandillas. No quieren meterse. Están reacios a apoyar.

—Mátenle algún hijo a los directivos. Envíenles sus dedos, a ver si no se arrepienten. Encárgate de lo externo; yo tengo otros asuntos que atender. Las órdenes falsas salieron de mi casa. Aquí hay un culpable que lo pagará.

Miro a cada uno de ellos.

—Al caer el sol, los quiero a todos en el patio central: empleados, *skýlas*, sirvientes y rehenes encarcelados. Ahora, lárguense.

Rich se va junto a los otros escoltas. Hay un topo dentro de mi mansión, alguien que está dándole información al enemigo, y no lo voy a permitir.

Frederick es el único que se queda.

—Mi señor, no es el momento, pero ¿no cree que esta venganza personal que tiene contra Bristol podría ser contraproducente ahora? El hecho de haber secuestrado a su mujer…

—No es la mujer de Bristol. Ahora es mía.

Asiente.

—Podría generar más problemas. Termine con esto de una vez y mátela. Bristol sufrirá de igual manera.

—Cuando pida tu mísera opinión, hablas. A mí nadie me intimida, tampoco intenta herirme sin pagarlo. Vete.

Asiente y se va. Reaccionan como la mayoría de mediocres: no combaten el problema, solo huyen.

Bristol junto a Smirnov supieron jugar esta batalla, pero ello no llega ni a un rasguño de mi poder. Solo demuestran lo asustados que están porque saben que no voy a parar hasta conseguir lo que quiero.



Las caras de desconcierto se visibilizan a medida que mis pies se detienen en el jardín. Todo ser humano que vive en la mansión está presente. Por un lado, las *skýlas* con Yuri al mando; por el otro, la gente de servicio, los guardaespaldas, mi escolta personal junto a Rich y Alaska, quien abraza a Briana.

—Mi señor.

Otto me brinda el espacio que necesito.

Evalúo cada cabeza que se hinca ante mí. Cada cuerpo tembloroso que mantiene su frente gacha, a excepción de Alaska, la única que me mira de frente.

—Voy a ir al grano. Esta mañana, la policía incautó algunos de nuestros envíos marítimos, causado por quienes creen que pueden derrotarme. ¿Un golpe certero? No. ¿Miserable? Sí. Lo cierto es que el traidor salió de aquí.

Se escuchan murmullos. Algunos retroceden por impulso, esperando lo que viene; otros se mantienen perplejos, mirándose entre sí.

—Y bien, voy a darles una oportunidad para hacer un acto de valentía. ¿O debería matarlos a todos?

El pánico se desata cuando los *red men* entran con armas. Un coro de gritos se eleva, pero nadie se atreve a decir nada.

Mis hombres traen una jaula que descubren a la vista de todos. Dentro hay rehenes: desde prostitutas que ya no me sirven hasta viejos detractores, mostrados como más huesos que personas. Ocho individuos apiñados entre sí mismos, en un estado deplorable.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo? —Miro a un infeliz que llora con descontrol. Se esconde entre dos sirvientas.

—Amo. —Se arrodilla ante mí—. Perdóneme. Abrí las puertas antes de tiempo, pero también me engañaron. Recibí una orden. Tengo familia, señor.

Su voz tiembla, cada palabra más débil que la anterior. El humo de mi puro flota sobre él.

—¿Matarías a tu familia por mí?

El silencio se adueña del lugar. Los soldados traen a su joven hijo, tirándolo al suelo delante de él.

—Hazlo. Por tu amo. Demuestra tu lealtad. Mata a tu hijo por mí.

Se queda inerte.

—Señor… se lo suplico… no puedo.

Llora como el cobarde que es, clamando piedad.

—No puedes, pero yo sí.

Su hijo es obligado a entrar en la jaula de rehenes.

—¡Papá! ¡Ayúdame, papá!

De inmediato, los rehenes se abalanzan sobre él. Con los dientes desgarran su carne, sus dedos, sus manos. Tienen tanta hambre y están tan drogados que no distinguen su realidad cuando sangra. Se lo comen vivo mientras el jovencillo se retuerce tratando de apartarlos

—¡Por favor, amo! ¡Por favor!

El padre trata de salvarlo. Con los puños intenta abrir las jaulas; sigue implorando piedad, llora mientras los ojos de Alaska me miran con un odio que me hace arder. Es sujetada por uno de mis escoltas. Se mantiene quieta. Sabe que un movimiento en falso significaría el sacrificio de la trasquilada, que no hace más que abrazarla.

Cansado del espectáculo, lo tomo del cabello para arrastrarlo hasta el centro del jardín, a la vista de todos los presentes. El hombre intenta correr; le disparo en el pie. Cae, pero se levanta cojeando, y entonces vuelvo a disparar.

—Amo. —Llora—. Piedad.

El centro del jardín se abre, descubriendo lo que hay dentro: un pozo artificial de cocodrilos hambrientos, con ansias de carne humana. El tipo se sujeta de los bordes; grita, pero nadie hace nada. Poso mis pies sobre sus dedos y se suelta, rodando hasta el hocico de mis animales.

El sonido de sus huesos rotos me complace. Un cocodrilo expulsa un brazo, mientras otro se traga por completo otras extremidades.

Los rehenes también caen. Sus gritos son música para mis oídos; su sufrimiento me lo gozo. En minutos, todo termina. El pánico se desata entre los sirvientes, las *skýlas* caen de rodillas, mientras mis ojos se centran en quienes se quedaron parados, mirando atónitos.

—¡Usted no es nadie para hacernos esto!

Un valiente sale a la luz. Mis escoltas lo detienen. Me mira e intenta escupirme, pero mis reflejos son más rápidos.

—No tiene perdón de Dios.

—No te preocupes, tú vas a pagar por mis pecados.

Mis hombres se lo llevan, y las miradas de terror se desbordan hasta que una bala perdida se entromete a metros míos. Sonrío al ver a mi mujer parada con el arma arriba, intentando detenerme.

—Markos. Basta —interviene—. Basta, por favor.

Mi guardia fue abatido por ella en un descuido. Lo que dijo Rich de su habilidad con las manos no era mentira; se está convirtiendo en un ave negra

capaz de devorar cualquier tipo de problema en el aire.

—Entonces detenme. —Me mira y no lo hace. Lo único que logra es prenderme.

Solo tardan minutos para que la luz ilumine una cruz con el mismo hombre amarrado, gritando, maldiciéndome a gritos al ser clavado de las manos y piernas.

—Amén —farfullo.

Dejo que le duela. Que grite. Que me maldiga.

Muere por fin con un balazo. La puntería con el arma es uno de los dones de la mafia griega; basta mi mano extendida para darle al blanco en su garganta.

Cansado del teatro, termino matando a otros dos sospechosos. Si bien no es la función de un líder encargarse de la basura de los siervos, la ley de la calle enseña que la gente aprende más con sangre derramada que con amenazas. Y a nadie le quedarán más ganas de equivocarse.

—Fuera todos.

El personal de limpieza levanta los restos que saltaron del pozo, los empleados ayudan a llevar a los desmayados, mientras que Alaska se lleva a la puta chillona con ayuda de otro escolta, dejándome solo con un trago que me facilitan en la mano.

La sangre derramada mancha el jardín, y lo único que siento es el sabor a victoria. El pozo se cierra apenas lo ordeno y lo demás se incinera.

Disfruto la soledad de la noche, la brisa, el olor a miedo que parece carcomer las cabezas de los que me miran a escondidas, persignándose.

Me encierro en mi despacho. Debería haber saciado mi sed de matar, pero el fastidio permanece aún en mi garganta. El alcohol no es suficiente. Ya nada es suficiente. Nada me calma.

«Alaska, amor mío, si estás viendo esto, solo resiste. Voy a recuperarte pronto, lo juro».

La voz de Bristol regresa a mi cabeza, no porque tema que pueda joderme, sino por lo que removió en Alaska.

Parecía que su mundo se había roto cuando escuchó sus palabras. Que sus ojos se oscurecían al mirarlo. No debería producir efecto alguno, tampoco importarme. Me cabrea.

No quiero que pronuncie ese nombre en sus labios. No puedo tolerar que lo piense o lo recuerde. No puedo permitirlo.

Esto empieza a hacer ruido en mi cabeza.

25
POR LA ESPALDA

Bristol

«Necesito recuperar a Alaska».

«Voy a recuperar a Alaska».

«Alaska es mía. Yo fui su primera vez en todo. No me la van a quitar».

—Bien hecho —digo frente al espejo—. Lo hiciste, lo pusiste en jaque. Le demostraste que puedes contra él. No volverá a humillarte. Tú puedes. Siempre has podido.

Al tener una evidencia pública, será más difícil que siga ejecutando sus planes.

No contó con que yo también tenía un as bajo la manga. Smirnov siempre tuvo razón. Conozco sus movimientos. La injerencia de la policía internacional lo tendrá distraído, le dará problemas que tendrá que resolver mientras me da tiempo para recuperar a mi novia.

—Pero no lo puedes hacer tú solo, sino gente con más recursos —vuelvo a decirme—. El Círculo.

El topo lo dijo claramente. Mi espía es un hombre que lo odia tanto como yo y, aunque solo me dé información que se le antoja, todo suma en mi lucha.

El Círculo lo pondrá en jaque. Hay que filtrar la información de Alaska. Deben sospechar de su identidad, saber que Siniestro la obligó a casarse con él. Aunque eso… la ponga en riesgo.

No importa. Ya no importa. La recuperaré antes de que puedan hacerle daño.

La necesito no solo porque la amo, sino por lo que significa en el mundo. Nunca preguntará, su inocente cabeza no da para eso. Confiará en mí a ciegas. Y seremos felices. Muy felices.

—Su visita llegó —avisa un tipo, irrumpiendo en el lugar en donde estoy.

Me seco las lágrimas mientras camino hacia uno de los pozos que tengo bajo llave. Los traficantes chinos trabajan conmigo desde hace mucho. Les doy mercancía, y ellos me pagan por cada una de ellas.

Hay camiones que las esperan. Fueron escurridizos para que no los siguieran, rápidos para llegar.

—¿Son nuevas?

—Sí. Las últimas que me quedan.

Las sacan, y ni siquiera gritan. Son los únicos que aceptaron el trato, y yo necesitaba el dinero.

Las muchachas terminan yéndose con ellos. Todas menos una.

—¿Y aquella?

—Ella no. Ella es para mí.

Se mueve bajo las sombras, pero la luz del faro ilumina sus ojos. Me mira, la miro y vuelvo a cerrar la llave del pozo.

Hasta que sea tiempo de usarla.

26
EN LLAMAS

Siniestro

Un día después.

El humo de mi puro se esparce por el despacho mientras Otto me alcanza el trago que le pedí. La noche cayó silenciosa. Han pasado veinticuatro horas desde el escándalo. Tiempo suficiente para que mis fichas empiecen a moverse otra vez.

Se nombró a un nuevo líder de las pandillas. Es joven, teme a la mafia griega y sabe obedecer. Los rebeldes se calmaron; necesitan seguir al rebaño para sentirse a salvo. Su actitud mediocre es lo que menos me importa.

Frederick logró callar a la prensa destapando otro escándalo del gobierno. La atención mediática se disipó, y ahora la única maldita piedra en el zapato es la policía internacional, aunque ya no pueden hacer nada contra mí.

—Mi señor se ve fastidiado. —El anciano me sirvenun trago—. No ha salido de su cápsula en todo el día. ¿Gusta algo de comer?

—No.

—¿Le preocupa lo de la *Incripol*?

—La policía internacional nunca dejará de joder. Tampoco se desharán de mi cargamento, porque son pruebas en mi contra. Dejaré que crean que ganaron... hasta que volvamos a eliminar a uno de los suyos. Una madre, un padre, un hijo más. Todos tienen un precio.

—Su debilidad.

—Las debilidades son un lastre en la vida. Si nada te afecta, nada te daña.

Asiente, con una sonrisa torcida. Mi móvil se ilumina de nuevo; lo nota también. Me levanto y salgo del despacho, pensando en lo que dije. ¿Cuántas veces mis enemigos no han querido buscar algo de qué agarrarse? Algo que me hiera, me duela o me destruya, queriendo vengar lo que les quité. Pero no hay nada.

No tengo familia, tampoco hijos. Ni relaciones que me interesen mantener. Nunca encontrarán algo que me importe.

—¿Amo? —La voz de Yuri me detiene.

Instintivamente, voy hacia el salón de las *skýlas*. Al alzar la mirada, las veo desnudas, como me gustan, como ellas mismas saben que tienen que estar.

Por años han complacido mis gustos. Después de cada pelea, de cada ataque que vencí, de haber saciado la violencia de mis puños, necesito follar.

En cuatro, con el culo al aire, están siempre listas y dispuestas para que las monte. Todas con el collar, bajando las cabezas.

—Se ve exhausto. Quizá volver a los viejos tiempos ayude a relajarlo, mi señor.

Me dan un látigo, y el deseo despierta en mí cuando la fusta se entrelaza en mis dedos. Hace mucho que no las azoto. Paso el mango por sus pieles rosadas, explorando sus coños. Una tiene más culo que la otra, y todas, a la vez, son distintas. Están dispuestas a mí; no joden, no reclaman, no me enfrentan y, aun así, siento que algo les falta. Algo que me haga arder con locura.

—¿Desea una succión, mi amo?

—Primero lávate el hocico.

—¿Mi señor, desea que me abra para su placer? —pregunta otra.

La americana lo hace.

—Quiero que se la chupes. —La *skýla* checa obedece.

Me siento en el sillón para ver el espectáculo. La morena se acerca, su lengua empieza a bordear el coño de la americana y enseguida la esclava se estremece.

—No gimas. No tienes ese derecho. Estás para complacer mi vista, no para complacerte.

La mujer se aguanta, sufre al reprimir el grito y, lo que debería ser agradable ante mis ojos al verla frustrada, se convierte en algo insípido que ya no me interesa.

Reprimo el aumento de fastidio cuando ordeno que se besen. No me excita, ni siquiera me la para. Soy un espectador más que vuelve a revisar su celular en lugar de ver lo que hacen.

Lo he estado haciendo desde hace horas. La primera imagen que muestra el móvil es la vigilancia de la casa. Cada rincón de esta mansión se abre para mí.

Pasillos: despejados.

Áreas privadas: con sus escoltas.

Equipos antiaéreo, marítimo y terrestre: listos.

Habitación sur uno, la mía: desactivada.

Habitación sur dos...

«Otra vez».

Se me calientan los huevos al hacer clic en donde no debería. Expando la imagen; ella no está en su cuarto, entonces veo que la puerta del baño está abierta. Le hago *zoom* a la pantalla para detallar.

Yace desnuda en la tina. Gotas de agua caen por su maravilloso cuerpo mientras su mano se queda entre sus piernas. Se da placer con timidez, lleva su mano como si pensara que fuera un pecado satisfacer sus instintos.

Quiere. Lo desea.

Mi polla duele al sentir que se endurece dentro de mi pantalón. Su corazón le pertenece a otro, pero yo soy el único hombre que la ha hecho arder.

«No puedes seguir rompiendo tus reglas. No follar con una sola mujer».

Las *skýlas* están listas para ser montadas, pero la sola imagen de Alaska bañándose me acelera los pensamientos.

—Mi señor —habla Yuri al ver que me levanto.

No despego los ojos del móvil cuando subo las escaleras, sin ser consciente de qué carajos hago caminando hacia su habitación.

Aquel día ya no fue esa chiquilla respondona, sino una mujer valiente al desafiarme con el arma. Venció sus miedos para seguir sus convicciones, pero, por el contrario, ahora el acto no me molestó.

Detengo mi paso frente a la puerta, escuchando el leve gemido de sus labios. Está con llave, pero no hay habitación que no se abra con mi huella. Al entrar, lo primero que percibo es su aroma. La imagen de Bristol regresa a mí y con ella el fastidio por su reacción al verlo.

Mi cuerpo se ve atraído por las ganas cuando llego hasta el cuarto de baño sin que me note. Está tan concentrada en sí misma que me gusta. El agua apenas cubre las plantas de sus pies. Aún tiene su mano empapada de sus jugos.

Me ve por el reflejo del espejo y frena. La sorpresa en su rostro es evidente, así como la rojez de vergüenza en sus mejillas.

—No —le digo al notar cómo quita sus manos—. ¿Por qué una mujer tendría que arrepentirse de darse placer sola?

Se queda muda.

—Me gusta que lo hagas, siempre que pienses en mí mientras te tocas.

Me acerco. Se queda inerte al ver mi látigo cuando lo paso entre sus piernas. Acaricio sus entrepiernas lento, absorto en su impresionante figura. No podría cansarme de mirarla.

Es hermosa, un ave negra reluciente y llena de poder que no explota del todo. Sus ojos evalúan cada uno de mis movimientos. Ya no tiembla, no miente. Está curiosa, ansiosa cuando le chupo los dedos, entonces se levanta. Trata de cubrirse con una bata.

—Tus fluidos saben bien en mi boca —le digo, atrayéndola a mis labios.

—Markos... —Parece más un gemido que un reclamo—. Por favor, no hoy. No ahora.

—¿Por qué? ¿Porque crees que negándote le vas a ser fiel?

Levanto su mentón y me acerco a su boca.

—Puede que no te toque y aun así seguirías pensando en mí —siseo en sus labios—. En cómo te gusta que te bese. Cómo disfrutas que te monte.

Exhala hondo, sin negarlo.

—Mi corazón ya tiene dueño.

—Pero tus pensamientos son para mí. Tus verdaderos orgasmos llevan mi nombre. Eres fuego que solo arde conmigo.

Compruebo su humedad cuando la toco y, con mi mano libre, la sostengo del cabello.

—Deja de lamentarte; estás aquí para mí.

La beso.

—Yo no te voy a hacer el amor, porque no hay amor en mi alma. Yo te voy a coger rico, crudo, hasta que tu cuerpo termine latiendo de dolor, suplicando por más y a la vez pidiendo a gritos que pare. Quiero llevarte a mi mundo esta noche.

Sus ojos se oscurecen. Estoy a punto de llevarla a un mundo sin regreso. Uno donde las consecuencias podrían ser aún más grandes.



Alaska

Markos Van Loren es un hechizo, un demonio que no se va. Apenas lo pruebas, estás perdida. Cala hasta lo más profundo de tus huesos, sin escapatoria.

Sus labios capturan los míos con vehemencia, mientras el miedo de lo que produce en mí hace que me desborde otra vez.

Se me nubla la razón cuando lo tengo cerca. Quiero reprimir este deseo. Intento separarme de él con todas mis fuerzas, pero no me puedo detener.

Todas las barreras que construí se rompen de nuevo. La respiración se me va cuando me orilla a su cuerpo. El éxtasis carcome cada parte de mí.

—No tienes permitido hablar. Cada desobediencia tuya será dolorosa, niña rebelde —susurra—. Hoy soy tu señor, tu amo, y tú serás mi sumisa.

Me arden las mejillas al sentir su voz. Incendia mi cabeza con cada palabra.

Me quedo hipnotizada cuando sus ojos azules me miran con perversión. Exhalo caliente al sentir sus dedos en mis hombros acariciándome. Me cubre con una bata de seda. Un nudo se me aprieta en el estómago al sentir cómo me toma en su hombro con fuerza.

—¡Markos!

Palmea mis nalgas cuando salimos de mi habitación. Otto aparece a medio camino.

—Mi señor, tiene una llamada.

—Sea quien sea, no importa.

—¿Necesita algo en particular? ¿Puedo preguntar a dónde va?

—A romperle el coño a mi hembra.

Se me encienden las mejillas de vergüenza. Otto se queda a medio hablar, mientras Siniestro sigue su paso.

El camino es corto cuando entramos por un pasillo que no conozco. Al parecer, es un área retirada dentro del piso de las habitaciones. El código de acceso que pone abre una gran puerta. Todo está oscuro, pero cuando entramos, luces bajas se encienden.

Lo que veo es impresionante. Cuando mis pies tocan el suelo, noto que esto parece más una vieja bodega de lujo. Hay cosas colgadas en las paredes. Cosas muy extrañas.

—¿Qué es esto?

Exploro el lugar. Una vitrina gigante con correas y bastones de cuero se abren a mi paso, pero lo que más llama mi atención son unas ligas que contienen piedras brillantes.

—¿Son... diamantes? —pregunto, pero ignora mi comentario, como si el hecho de tener piedras preciosas no valiera nada.

Jugueteo con las ligas y pronto me doy cuenta de que en realidad es un atuendo. Al abrir el atado descubro que parece una red de pescar gigante. Las ligas negras forman una cuadrícula corporal con ganchos.

—Póntelo.

—¿Qué?

—Ahora.

Desaparece sin darme más explicaciones. ¿Cómo voy a ponerme esto?

Dejo que mi bata se resbale hasta el suelo, quedando desnuda. El atuendo de ligas tiene un cinturón, así que lo amarro en mi cintura. Ahora intento ver la forma de sujetar el seguro suelto en mi cuello, pero no cubre mis pezones.

Al levantar el rostro, Markos se ve en la oscuridad, como si fuese un animal cautivo espiándome. La sombra que se refleja me produce escalofríos. Cada parte de mi cuerpo vibra al sentir sus pasos hacia mí. Sus ojos vuelven a emanar fuego.

¿Me azotará? ¿Me encerrará en una jaula? ¿Me lanzará también a los cocodrilos cuando ya no le sirva?

Cuando llega, me erizo al verlo sin camisa ni pantalón, solo con un bóxer negro medio caído. Trae consigo un látigo, y en la otra mano un collar, lo cual hace que retroceda.

—¿Me temes, *anglikâ*?

Tengo la respuesta en la garganta. Esboza una media sonrisa y camina alrededor de mi cuerpo.

—Vamos a ajustar esto.

Aprieta los seguros. Hace que cada tira de la soga se apriete, haciendo reventar mis pechos.

—Qué delicia. —Besa mi nuca—. Te faltó esto.

Engancha los cinturones sueltos en cada una de mis entrepiernas. También me pone correas en los tobillos y en las muñecas. Mi cuerpo se estremece.

—Quizá no es una buena idea. Yo…

—Sin hablar.

Me empuja contra la pared, obligándome a abrir los brazos y piernas para luego atarme a los seguros. Termino abierta en forma de aspa, incapaz de moverme. Ahora, con una venda en los ojos.

—Demuestra que eres una chica fuerte.

Lo último que dice me estremece.

Cuando siento que voy a desvanecerme, posa sus labios sobre los míos. Bordea cada parte de mi cuerpo con su boca; desde el cuello hasta el pecho y del pecho a los senos para apretarlos, erectarlos, chuparlos por completo.

—Eísai ómorfi —sisea.

Siento cómo una fusta me acaricia desde los tobillos hasta la entrepierna, subiendo hacia el norte. Me da espasmos sentirla; es dura, está helada, tiene un mango en la punta que me produce hormigueos. Entreabre mis pliegues.

Los brazos se me vencen cuando trato de jalar las correas al sentir el contacto. No puedo respirar ante las emociones. Experimento un estallido interno con la tensión que me produce este juego.

—Dime quién eres, *anglikâ* —punza.

Me quedo en silencio.

—Dilo.

—Tuya.

—Más alto.

—¡Tuya!

Me da un pequeño golpe en mi sexo. Grito con impotencia al sentir cómo un dolor que me asfixia también puede humedecerme.

—El dolor también te da placer. Tu mente es la que debe dominar el miedo.

Respiro entrecortado sintiéndome extraña.

—Si pudieras ver lo que veo… —susurra en mi oído.

—Markos.

—Sh... —Me pone el mango de la fusta en la boca, deslizándola suavemente por mis labios—. Estás aquí para mí, para saciar mis ganas y darle placer a tu amo.

Vuelve a tocarme. Sus dedos trazan círculos en mi clítoris. Aumenta el ritmo, mi necesidad, y luego se detiene.

—Por favor.

La sensación es agobiante, desesperante cuando sigue.

Quiero besarlo, necesito su boca, pero no me deja. Tiene lapsos de silencio en los que estimula mis sentidos. Voy a enloquecer al sentirme vulnerable. Trabaja mi mente, siento cómo respira pesado. Cómo exhala cerca de mi cuello, cómo sus manos me rozan, susurrándome al oído.

—Tu coño está tan rosado… e hinchado para mí.

—Suéltame —farfullo. Tengo temor al no saber qué pasa.

—Todavía no he acabado. Esto recién inicia.

Desata los ganchos que me atan a la pared y me toma en sus brazos. Siento que desvanezco. Soy incapaz de caminar por mí misma. Tengo las piernas duras y las manos agarrotadas.

Sin quitarme la venda, me acuesta boca abajo en una especie de cama acolchada que se siente dura. Sujeta mis muñecas y mis tobillos a unos ganchos hasta dejarme en cuatro.

La sensación de no poder moverme empieza a darme miedo. He visto cómo tortura y mata sin compasión; un hilo de pánico azota mi garganta cuando percibo sus dedos en mi cuello para ponerme un collar, dejándome quieta.

—Siéntelo.

Ahora siento algo ligero en mi espalda, como si fuera una pluma. Lo desliza suavemente por mi espina dorsal, y esa sensación de tensión se desplaza hasta mi zona más íntima.

—Ahí no.

—¡Silencio! —Azota una nalga con la fusta, y dejo escapar un suspiro exasperado.

Duele. Arde. Quema.

El dolor es extraño, soportable hasta cierto punto. Pero cuando vuelve a azotarme en la otra nalga, un grito escapa de mi garganta.

—¿Duele?

—Sí.

Siento ardor de nuevo.

—¿Duele? —repite el acto y ya no respondo. No me quejo.

Cuando callo y soy obediente, me premia con caricias. Separa aún más mis piernas con el látigo, hasta que llega a mi clítoris. Vuelve a tocarme, aunque esta vez se siente más intenso porque estoy sensible.

Tengo miedo de hablar, y la sensación me agobia. No puedo callar más mis gemidos al sentir cómo mi vulva se hincha. Estoy quemándome y puedo sentir mi derrame entre las piernas.

—¿Con hambre?

Tiro de mi collar, y en segundos mis labios perciben una hinchazón cerca.

—Sí.

Su glande acaricia mi boca. Puedo sentir su punta perfecta entre mis labios. Es dura como un hierro, siempre ancha y tan larga cuando la succiono. Primero lo chupo suave, luego aumento el ritmo.

—Tranquila, *angliká*. Seré yo quien mande.

Me la mete hasta mi tope. Me duele la mandíbula por mantener la boca abierta cuando empieza a embestirme, pero es soportable. Los gorgoteos que produce mi garganta lo excitan. Lo sé porque sus venas parecen crecer en mi boca. Se sienten más gordas cuando mis paredes bucales lo succionan.

Lo disfruto. Sabe tan bien que quisiera poder apretar sus testículos, pero estoy amarrada y, de nuevo, la desesperación me embarga.

—Dime qué quieres, niña.

—A ti —jadeo.

Se mueve hasta mi sexo. Ahora lleva su punta hasta mis pliegues.

—Imagina que te penetro: ¿prefieres duro o suave?

—Duro, señor —gimo haciendo volar mi imaginación.

—Mi verga está tan dura que arde. Rozaría cada parte de tus paredes una y otra vez hasta romperte —susurra, bordeando mi entrada—. ¿Quieres que te parta, *angliká*? ¿Qué vuelva a desgarrar este dulce coño?

—Sí.

De un tirón, me mete toda su extensión hasta el tope y grito, pero cuando pienso que va a moverse, la saca. Siento un río entre mis piernas. Lloriqueo de impotencia por las cosas que me hace. Vuelve a tocarme, no completa nada. Todo lo deja a medias y mi cuerpo entra en una frustración asfixiante.

El corazón me late tan fuerte que siento que voy a morir. La necesidad de su polla, de un maldito orgasmo, me frustra.

—Markos, por favor.

—Silencio.

Tira de las cuerdas para voltearme; ahora es una pose distinta, estoy boca arriba. Me quita la venda y puedo ver cómo las sogas que sostienen mis tobillos suben. Mis piernas se abren en posición uve, elevando también mis caderas. Sonríe, toma mis nalgas en sus manos. Acerca su boca a mi sexo y luego muerde mis labios vaginales.

—Ya no —imploro, y lo disfruta.

Nunca nadie me había mordido el sexo. El dolor punza y, a la vez, no quiero que pare. No quiero que me construya sin dejarme correrme.

—Markos… Mar…

El destello de placer me gobierna, pero es aún peor cuando llega a mi clítoris. Su boca bebe lo que emerge de mis piernas. Con la lengua, succiona cada gota que sale de mi sexo.

Estoy tan insatisfecha que siento que muero; las lágrimas se me desbordan de enojo.

Lleva mis piernas a sus hombros y ahora me mama por completo. Cabalgo en su boca. Trato de acomodar mi parte más sensible para complacerme con su lengua. Me muevo desesperada para recibir, aunque sea, migajas de placer que necesito.

Mis piernas aprietan su cuello, aferrándome fuerte para que no pare. ¡Dios! No quiero que pare. Soy un volcán ardiente de su boca. El calor que siento me incendia.

La imagen de sus ojos azules fuego mientras me mama, se queda grabada en mi mente.

—¡Oh! ¡Cielos! ¡Ah!

Mi entrepierna le aprieta el rostro hasta que me suelta. Mi cuerpo cae sobre su cintura, el pánico me azota. Su pene erecto entra en mí y empieza a moverse como una bestia.

«Esperé tanto por esto…»

Empuja fuerte, la cama tambalea. Su pene llena todo de mí por completo. Me desgarra con sus embates.

Me sostengo como puedo, ahora que soporto mi peso yo misma. Tomo la soga con mis manos para aguantar mientras me da duro de nuevo.

Es asfixiante, extremo, mientras me folla. Aumenta el ritmo y el placer se siente el doble cuando hay necesidad por tenerlo.

—¡Ah!

—¿Es rico? —gruñe.

—Sí.

—¿Rico que la mujer de mi enemigo disfrute montándome cuando lo ama a él?

—¡Ah! —Lloriqueo.

No proceso lo que dice, la cabeza se me nubla. Siento los embates hasta el alma. Me penetra duro hasta cansarse.

—Él llora mientras tú te mojas por mí.

Da su última estocada y, por fin, nos corremos juntos. La liberación se siente aún más explosiva, más extrema, como fuegos artificiales avasallando mi cabeza, como corrientes eléctricas por todo mi cuerpo.

Suelta las sogas para enrollar mi cuerpo en sus brazos. Estoy absorta de todo, aún con el eco de los gemidos en mi garganta. El placer se triplicó. Estoy en una cima, pero luego el bajón se siente de golpe.

Dolor.

Está doliéndome. Me duele mucho.

Me sostengo en él con los ojos ardiendo. Mi rostro se pega a su hombro y mis brazos a su cuello mientras camina con mis piernas enrolladas en su cintura, aún sin salirse de mí.

—*Angliká*... —susurra, pero no respondo.

De pronto, esa sensación de vacío vuelve. Los sonidos raros, las paredes que parecen moverse, se vienen contra mí. Un foco se apaga, dejando más oscuro el cuarto, y solo cierro mis ojos, intentando no gritar.

Markos deja caer mis pies en el suelo, pero cuando intento pararme, mis piernas se doblan. Caigo y me sostiene antes de que me golpee.

—Pasará el dolor.

Es lo único que dice cuando empiezo a llorar. Me cubre con una manta, se pone el bóxer y deja que mis brazos débiles se enrollen en su cuello para luego cargarme. En sus brazos me adormezco. Siento que la oscuridad está ahí, que aquel recuerdo extraño de mi infancia regresa para torturarme.

No soy consciente del tiempo cuando sube las escaleras conmigo. El cielo truena. El viento característico de las islas griegas sopla tan fuerte que hace vibrar las lunas de los vidrios y me tenso.

Entramos a mi recámara, aún a oscuras. Me deja en la cama como de costumbre, el olor a sexo aún está impregnado en nuestros cuerpos, la tibieza de su piel me reconforta.

Mis brazos están tan agarrotados que con solo moverlos me duelen, pero lo peor es que esa sensación no se ha ido. Mi pánico a la oscuridad causa que los miedos regresen.

—Markos. —No puedo soltarlo.

—Eres una chica fuerte. —Es serio, tan serio como un témpano—. Lo hiciste bien, lo disfrutamos, mañana no dolerá. Aguantaste lo que muchas no aguantan a la primera.

Suspiro. Él no imagina mis miedos.

—¿Puedo pedirte algo?

—¿Quieres una joya, un diamante, un auto? Te daré lo que quieras, Alaska.

Me mira aún sin soltarme.

—Quédate conmigo esta noche.

27
UN DÍA MENOS

Alaska

Sus ojos queman cuando se centran en los míos. La palabra «quédate» parece haber resonado tanto en él que se queda perplejo mirándome.

Ni siquiera sé por qué lo dije; es totalmente estúpido. Da un suspiro lento, cargado de paciencia.

—Follamos, Alaska. Yo no duermo con nadie.

No entiendo por qué me incomoda. Tampoco sé qué demonios hago preguntándole cosas que son obvias a la vista de todos.

Se levanta sin decir más, lanzándome una mirada gélida antes de irse. Hago un esfuerzo sobrehumano para encender la lamparita e intento calmarme sin decir nada más.

«Está bien, Alaska. Puedes hacerlo sola».

Me sumerjo entre las sábanas, mirando al vacío en posición fetal, rehuyendo las medicinas que dejó en la mesa de noche. Mi cuerpo aún tiembla; ver mis dedos tambalearse es la prueba de que mis ataques de ansiedad no se han ido, solo duermen.

Tengo este mal desde niña. Pesadillas que me costó superar, pero que vuelven en situaciones extremas, cada vez que pierdo el control sobre mis emociones. No sé por qué, no lo recuerdo, pero es mi responsabilidad asumirlas, de nadie más. No debería afectarme que se haya ido.

La siguiente media hora me concentro en respirar despacio. Poco a poco mi cuerpo se relaja. Pienso en algo bonito: en los días que me faltan para irme de esta mansión, en lo que haré cuando regrese a Londres. Recuperaré mi vida, y habrá valido el esfuerzo. Al fin y al cabo, es un trato que hicimos juntos. Negar que me gusta el sexo con él no solucionará nada. Yo acepté; él aceptó. Punto.

Poco a poco, voy perdiéndome en el sonido de la lluvia. Mañana no será un día más, sino uno menos.



Son las nueve de la mañana cuando despierto. El día pinta mejor, aunque mi cuerpo apenas puede moverse. Después de darme un baño, el estómago me ruge de hambre. Bajo a la cocina en busca de comida.

—Buenos días, Alaska. Has estado muy perdida. —Briana me sonríe desde el borde de la mesa de servicio, comiendo panecillos con leche—. ¿Estuvo buena tu luna de miel?

—He estado ocupada en otras cosas, niña.

—¿Mi señora desea que le sirva el desayuno en el jardín? —Kyria aparece con una sonrisa.

—¿Dónde está Markos?

—Ahí mismo.

—Preferiría comer aquí, entonces.

Briana me mira desconcertada; Kyria, sorprendida.

—¿Aquí?

—Sí, con ustedes. No tendré mejor compañía —los demás empleados me bajan la cabeza—. Voy a dar una orden, y quien se atreva a no cumplirla será sancionado. No más cabezas gachas conmigo.

Se quedan congelados por segundos, hasta que uno de ellos murmura:

—Mi señora, la orden general del señor Van Loren es...

—Yo no soy el señor Van Loren —interrumpo—. Ya está dicho.

Entre ellos se sonrojan. Poco a poco levantan la cabeza, y debo confesar que siento algo de normalidad cuando lo hacen. Lo que viene después es más sencillo. Briana y yo reímos mientras comemos lo que se nos antoja, hablando de viajes, películas y comidas típicas.

Cuando terminamos, veo a Markos desde lejos, entrando en el área de las *skýlas*. Esas mujeres son maniáticas, le ruegan por una mínima atención. ¿Pero qué más da? No me importa. Claro que no me importa.

Me escabullo por las escaleras antes de que me note, pasando exactamente a centímetros de la puerta con Briana. Ella se tensa. Tiro de su brazo hasta que, por fin, respiramos tranquilas al llegar a su habitación.

Pasamos el día viendo películas. El tiempo transcurre rápido junto a ella y pronto llega la noche. Hace tanto calor que me sofoca la idea de mantenerme en la habitación. Briana, friolenta, prefiere no prender el aire acondicionado.

Le propongo dar un paseo por las áreas permitidas para refrescarnos. Markos salió, probablemente que no regresará en horas. Un chapuzón en la piscina no le caería mal a nadie.

—¿Crees que puedo enseñar mi cuerpo, Alaska?

—Creo que eres una niña muy bonita. —Le acaricio el mentón—. Anímate.

—Los hombres me verían. Los hombres son malos.

—Estoy aquí contigo, mi amor. Te juro que no pasará nada.

Suelta un suspiro hondo, tratando de contener las lágrimas.

—Enseñar mi cuerpo trajo problemas. Me vendieron a esos hombres luego de mostrarme desnuda.

—Cariño…

—Si alguno de ellos se atreve a tomarme a la fuerza, no podrás evitarlo. Te encerrarán, y sufriré de nuevo.

Sus manos empiezan a temblar, y la abrazo. Me pregunto cuánto tiempo habrán abusado de ella, cómo habrá sido el infierno al que la sometieron. Peino su cabello, entendiendo que no puedo obligarla. Lo que busca es pasar desapercibida.

—Está bien, cielo. Entiendo. Iré sola.

Me sonríe.

—¿Peinarías mi cabello antes de irte? Ya me ha crecido un poco.

—Por supuesto, cariño.

Le hago una trenza mientras se mira al espejo. Su sonrisa me llena de ternura.

Termino sentada en su cama, contándole una de mis historias de romance favoritas. Una historia de amor estúpida y vainilla que jamás tendré en mi vida. Pero sé que ella la aprecia.

—¿Qué se siente tener un beso con amor, Alaska?

La pregunta retumba en mi cabeza.

—Bien.

—¿Bien? ¿Solo bien?

El único beso de amor que he tenido es con Leonardo.

—Sí.

—¿Estás ansiosa por reencontrarte con tu novio?

Pienso durante largos segundos antes de contestar:

—Claro.

—Tus ojos no brillaron, Alaska.

—¿Cómo?

—Tus ojos. —Sonríe, adormilada—. A los enamorados siempre les brillan los ojos, o al menos eso dicen. No te brillaron cuando hablaste de Leonardo.

—Ya es tarde, señorita. Duérmase.

Cierra los ojos con una sonrisa.

—Al amo no se le mira a los ojos sin consecuencias —balbucea, entrando en sueño—. Te dije que era un hechizo.

No entiendo lo que dice. Un nudo se forma en mi garganta, pero al verla dormida, se me pasa.

Son casi las diez de la noche, y el calor no se despega de mi cuerpo. Después de confirmar que Markos no ha regresado, doy un corto paseo por el jardín.

Llego a la gran piscina de la mansión. El agua se ve deliciosa. Quiero meterme, no traje ropa de baño, pero improviso.

No hay nadie alrededor. Me quito el vestido, quedándome en ropa interior, y me sumerjo.

El agua se siente deliciosa, y esta está tan tibia que trae a mi mente buenos recuerdos. La imagen de papá tirándome a la piscina me hace sentir plena, incluso cuando odiaba los panzazos bruscos.

—*¡Te volví a sorprender!*

—*¡Papi, hiciste trampa! Ahora verás mi venganza.*

Las risas se quedan atascadas en mi mente.

A veces me pregunto qué sería de mi vida si él estuviese conmigo. A veces solo quisiera poder regresar el tiempo para decirle que lo amo. A veces solo desearía que esto fuese una pesadilla, para despertar y sentir una vez más su ronca voz diciéndome:

«Pequeña terremoto, eres lo más hermoso que me regaló tu madre».

Me seco la pequeña lágrima que brota de mis ojos cuando me doy cuenta de que alguien me mira. Está sentado en una poltrona, tomando un poco de bourbon, como si yo fuese un espectáculo.

No lo vi.

—¿Por qué te detienes? —Se levanta, acercándose a mí cuando subo por las escaleras de la piscina para irme.

—Es tarde.

—No sabía que nadabas tan bien, *angliká*. En mar abierto tiemblas como una cobarde.

—En mar abierto hay tiburones al acecho. Si no le molesta, *mi señor*, pido permiso para retirarme.

—Permiso denegado. —Sostiene mi brazo—. ¿Por qué demonios me has estado evitando todo el jodido día?

Inhalo fuerte.

—También tengo ocupaciones.

—La prioridad es para tu marido, señora Van Loren. —Acerca su boca a mi cuello—. Debes saber que requiero de tus servicios ahora.

—Tiene un ejército de maniáticas que se ponen como perras en celo cuando aparece. Estoy segura de que estarían encantadas de complacerlo, amo.

—Pero solo quiero a una.

—Estoy con mi periodo.

—Claro, después de haberte metido en la piscina —ironiza, descubriendo mi mentira.

Me pregunto si debo seguirle el juego, inventar que tengo un tampón encima, pero con este hombre todo es extremo. Estoy segura de que sería capaz de comprobarlo él mismo.

Me pega fuerte a su cuerpo mientras su boca busca con vehemencia la mía.

—Markos... —gruño en sus labios al sentir su aroma.

—¿Sabes que hay cámaras? —Hace sonar ese beso—. ¿Qué crees que estén haciendo ahora mismo mis hombres al mirarte semidesnuda?

—No estoy semidesnuda.

—Recorrería mi dedo por cada línea erizada de tu cuerpo. —Acaricia con sus yemas los bordes de mis senos—. No quiero que otros vean lo que me

pertenece.

—Está bien. —Le sonrío, dándole un pequeño piquito—. Puede que me convenzas con una cosa. —Toco sus nalgas duras mientras lo giro hasta el filo de la piscina—. Que lo disfrutes.

Lo aviento con ropa al agua, presa de un impulso. Ni siquiera pasan dos segundos y su mano ya está sobre mi tobillo para devolverme el ataque.

—¡No! —Mi voz suena tan fuerte como el panzazo que me doy al caer a la piscina.

—¿Querías jugar rudo? —espeta rabioso—. Pues vamos a hacerlo.

Suelto otro grito mientras combato con él, usando los mecanismos de defensa que Rich me enseñó. Acribillo su pecho con golpes: patada, puño, pata... «¡Soy un asco!». Me vence rápido, aprovechando que estoy aún adolorida, y no puedo evitar reírme.

Río como una demente y me dejo arrastrar hacia él sin poner más peros.

—Bandera blanca. —Alzo los brazos—. Está bien, Markos.

Sonrío y, aunque me castigue, disfruto haber hecho esta jugada.

Si es cierto que me están mirando por las cámaras, estoy segura de que sus guardaespaldas habrán amado el hecho de verlo enfurecido frente a una mujer que tuvo la valentía de tirarlo a la piscina.

—Señor... —Uno de sus escoltas aparece, asustado por mi grito, con las armas arriba—. Perdón, pensé que…

—¡Largo!

Van Puto está enojado. Inhalo, dispuesta a recibir mi castigo. Me orilla al borde de la piscina. Sus ojos queman. No hace más que mirarme.

—¿Qué es lo que te hace gracia?

—Nada. Aceptaré mi responsabilidad. ¿Vas a dispararme?

—Debería. —Sus ojos se endurecen—. Pero hay algo que he querido hacer desde esta mañana que es aún más interesante.

Cuando sus labios se pegan a los míos, no puedo dejar de besarlo.

He querido evitar este beso con todas mis fuerzas, pero resistir sería inútil cuando mi cuerpo lo reclama. Una extraña tristeza vuelve a azotarme.

—Me prendes, me provocas, me enciendes, *angliká*.

Sin dejar de verlo a los ojos, voy bajando las tiras de mi sujetador.

—¿Quieres follar mis pechos?

No dice nada.

—¿O vas a empezar por otra parte? Pero como hay cámaras aquí...

—Eres mi mujer, no una puta —aclara, y mi garganta quiere gritar lo que vengo callando desde anoche.

—Me tratas como si lo fuera. Follamos, me azotas y solo eso, ¿cierto?

No despega sus ojos de los míos. Sus labios bordean los míos.

—¿Puedo pedir un beso suave? Solo uno… —murmuro, y se paraliza.

Su boca ya no es ruda; sigue mi impulso. Me deja dominar, enseñándole que lo lento también puede ser disfrutable.

Jadeo en su aliento exquisito. Paso mis dedos por su pecho y cuello hasta llegar a su cara. Me permite tocarlo solo un segundo y, sin despegarme, descubro que ese rostro es más que bonito..., es formidable.

Lo como con ansias, manteniendo el beso a mi ritmo. Se siente distinto probar sus labios así, y debo confesar que me fascinan. No dejo de saborearlo.

—Alaska —gruñe cuando mis manos acarician su pantalón, tratando de bajar su cierre.

—Quiero cogerte —entono, perdida—. Quiero hacerlo yo, Markos.

Lo hago sabiendo que voy a quemarme. Extiende su mano hasta el móvil e intuyo que manda a apagar las cámaras de la piscina. Cuando por fin vuelve a mí, no hay más reglas. Esta vez solo somos dos cuerpos disfrutándose.

Repetimos las veces que queremos hasta saciarnos. Y así pasan siete días, presas del deseo, encerrados donde caiga el día o la noche, aunque sigue existiendo ese gélido gesto cuando termina, además del vacío cuando duermo.

Pienso en Leonardo y en lo que le hago. No por acostarme con su enemigo, sino porque lo estoy disfrutando.

Me siento esclava de mí misma, sin saber cómo afrontar esta intensa necesidad sexual que hemos desarrollado. Sin entender cómo estoy sobrellevando el hecho de no esperar nada de su parte y que esto acabará pronto.

Paso todo el día entrenando con Rich. El ejercicio ayuda a desfogar la ansiedad que tengo. He mejorado en mis tiros; ya puedo manejar bien las armas. También tengo más dominio de nuevas técnicas de combate. Respondo mejor al ataque.

—Bien, Alaska. Muy bien.

—¿Merezco una venia de tu parte?

—No te aproveches. —Ríe—. Ahora tendré que cuidarme las espaldas.

—Pues deberías ir pensándolo. —Le sigo la broma—. Es tarde, ya debo irme.

—Aún tenemos tiempo. No hemos hecho tiro al blanco.

—Ya es mediodía y tengo mucha hambre.

—Tú nunca comes tan temprano.

—Escuché que Kyria preparó algo delicioso. —Se me queda mirando—. ¿Qué?

—Quieres llegar al comedor antes de que se vaya el amo, ¿cierto?

Su comentario hace que deje de sonreír.

—Eres una buena persona, Alaska. No pierdas tu corazón por lo que no vale.

—¿Qué te pasa? ¿De qué estás hablándome? —Reacciono a la defensiva.

—Tú y yo lo sabemos. Siniestro es un pecado tentador, pero también un arma mortal para quien le entrega su corazón sinceramente.

Suspiro rápido.

—Todas las mujeres que lo han amado terminan muertas. Estás empezando a quererlo.

28
NO TE ENAMORES DEL DIABLO

Alaska

Las palabras de Rich se sienten como un balazo en el pecho.

—¿Qué clase de broma es esta? ¿De qué estás hablando? —Levanto la voz.

Miradas incesantes nos vigilan. Los escoltas privados de Markos están más que pendientes de mí y de todos mis movimientos cuando entreno con Rich, a pesar de que él sea un hombre confiable en esta casa. Intento ser prudente, fingiendo que sigo el ejercicio cuando se acercan.

«Esto es ridículo. ¿Cómo voy a enamorarme de un tipo como Markos? ¡Eso jamás pasaría!»

—Alaska…

—Jamás pondría mis ojos en alguien como Siniestro. Desde que era una niña soñaba con casarme con un hombre como papá. Alguien bueno, ético, un ser amable que sea capaz de respetarme hasta envejecer juntos. No puedo creer que pienses eso.

—Apareces cuando no te llama. Se encierran siempre que pueden. Y ahora te ríes con él.

—Porque intento llevar la fiesta en paz. Cumplo con mis labores hasta irme de este lugar, solo eso.

Ni siquiera sé por qué estoy contestándole. Tampoco entiendo por qué me enfada su comentario.

—Mi señora, perdóneme —interrumpe una mucama—. El señor Van Loren la solicita en el comedor.

—Voy enseguida.

Rich trata de hablarme, pero lo ignoro.

Demoro algunos minutos en ducharme antes de ir a la mesa. Al llegar, su cara lo dice todo, pero en el fondo ya se me hace costumbre. Markos no actúa así porque quiere molestar, solo es él mismo.

—¿Sabe que odio que me hagan esperar, señora Van Loren? —El juego de hablarnos de usted vuelve.

—Estaba sudada y sucia. Necesitaba un poco de aseo.

Estoy dispuesta a sentarme, pero tira de mi brazo hasta que quedo pegada a su pecho. Puedo sentir el bulto de su pantalón en el ombligo mientras sus manos duras empalman mis nalgas.

—Markos. —Suspiro, tensa al notar que no estamos solos. Por Dios, Otto está presente, las mucamas y los escoltas están a un costado, mirando.

—¿No te excita que te toque delante de otros?

Se me encienden las mejillas.

—No.

—¿Te incomoda? —Desliza su mano larga por mi entrepierna.

—Sí.

—A mí me incomoda que me dejen esperando. —Cambia la sonrisa por seriedad—. No soy tu perro ni tu noviecito, soy tu marido.

Aplaca su ira cuando me ve a los ojos. La llama cesa cuando nuestras pupilas se enfrentan. Es imposible resistirme al brutal beso que me propina porque es adictivo. Me gusta más el Markos que acaricia, el que me mira sin llagas, pero, de alguna manera, este es el ser que conozco.

—Tengo hambre —reclamo.

—Yo también. —Me mira con indirectas hasta que, al fin, me suelta.

Me siento en la mesa gigante. Él ocupa la cabecera, y yo, a su costado, mientras Otto sonríe al servirnos la comida. Markos ordenó que Briana comiera en otro lado, lo cual no me hizo mucha gracia. Cada vez que puede la humilla, la mira con desprecio. Pero tal vez la única forma de mantenerla a salvo sea alejándola.

Kyra preparó un almuerzo delicioso: pasta a la boloñesa. Es un plato simple, aunque muy italiano. Vuelve a mi cabeza su pasado. Sería lógico que tenga gustos extranjeros si ha vivido en Italia de niño.

Comemos en silencio mientras los empleados nos miran. Después de los últimos sucesos con aquel periodista, Markos decidió dejar claras sus reglas antes de otra intensa pelea.

Primera regla en la mesa: no hablar de nada, a menos que el amo lo ordene.

Segunda: solo mirar el plato hasta terminarlo.

Tercera: no se atiende a nadie hasta terminar la cena.

Bebo vino, dejando los cubiertos a un costado al sentir su incesante mirada sobre mi rostro. Estoy acostumbrada a estar sola, pero me cuesta no socializar con nadie. Cuando trabajaba en la tienda por departamentos de señoras, trataba de almorzar con mis amigos o de hablar con las clientas. Aún no me acostumbro.

—¿Qué tal dormiste? —Le sonrío, pero me ignora.

Cuando intento volver a articular palabra, me quedo quieta al ver a Yuri acercarse.

—Amo.

El agua que bebo me sabe a hiel. Empiezan a hablar en griego, lo cual me incomoda. Le permite interrumpirlo en medio de su comida, algo que no hace con nadie más. Inhalo con fastidio al notar cómo posa su mano provocativa cerca de la suya.

«No caigas en su juego, Alaska. Es lo que esa tipa busca».

Él lo permite; la zorra le sigue tocando el brazo, y no hace nada para frenarla.

La conversación no dura mucho, son solo un par de minutos en los que Yuri me mira con una sonrisa para provocarme. Sabe muy bien lo que hace, pero no voy a darle el gusto de verme enojada.

Cuando se va, no pasa nada. Markos sigue comiendo sin hablarme. Una extraña frustración me perturba.

—He terminado —digo, sin añadir nada más. Por supuesto que no lo hice; solo no me siento cómoda.

—Pensé que tenías hambre. —Mira mi plato.

—Prefiero almorzar en mi cuarto.

Puedo notar la palidez en los rostros de los sirvientes, casi con miedo por mi comentario.

—Vuelves a desafiarme. —Golpea la mesa.

—¿Por qué mejor no le dices a tu zorra que venga? A mí no me dejas hablar en la mesa, pero a ella sí le permites interrumpir. La puedes llamar antes de que se aleje demasiado. Ellas siempre siguen tus órdenes.

—¡Alaska, siéntate ahora! —espeta furioso cuando me levanto.

—Te equivocas conmigo. —Coloco mi mano sobre la mesa, acercando mi rostro al suyo—. Aunque no seamos nada y solo follemos, aunque te arda en el hígado mi comportamiento, no más órdenes. No soy tu trapo ni tu puta. Soy tu señora.

Se le incendian los ojos. Miro sus labios mientras trato de contenerme.

—Pueden recoger mi plato.

La mucama intenta retirar la comida, pero salta ante la voz de Markos.

—Regresa eso a su sitio. La señora Van Loren terminará de tragar y luego se irá.

La mucama devuelve el plato.

—La señora no terminará de comer —lo desafío, y él se prende—. Ha sido un almuerzo amargo y entretenido. Dele las gracias a la cocinera.

Levanto la cabeza en alto y, al girar mi cuerpo, solo exhalo con fuerza. Desafiar a Siniestro no es para cobardes. Siempre que lo hago, algo me tuerce el estómago, pero no puedo ir contra lo que siento.

Al entrar en la cocina, las mucamas se alejan de las ventanas, como si las hubiera pillado. Es obvio que escucharon la pelea. Briana me mira sin decir nada; solo come y repite el plato, como siempre. Kyria me ofrece un poco de sopa, que recibo mientras me siento. Nadie me habla.

El reloj avanza, y todos me dejan sola para evitarse problemas con Markos. No hay persona en esta casa que no le tema. Decido dar un paseo sola para despejar mi mente. Todo me fastidia; últimamente paso más tiempo enojada.

Mis pies se detienen cuando algo llama mi atención: un pequeño huerto escondido entre grandes arbustos que lo ocultan.

He venido por otro camino, diferente al que suelo frecuentar. Mi curiosidad aumenta al acercarme al lugar, donde suena música clásica de fondo.

Camino por un sendero adornado con flores preciosas. El olor a margaritas me encanta; los lirios blanquecinos decoran cada esquina del lugar. Pero, sin duda, mis favoritos son los tulipanes. Se nota que están bien cuidados.

—¡Mi señora! —grita un anciano, bajando la cabeza—. Disculpe.

—No es necesario que lo haga, no conmigo, por favor. —Llego a un punto en el que irrita que todos me vean como una maravilla—. No sabía de la existencia de este lugar. Es muy bonito.

—El amo aprecia la botánica. Me dio carta blanca para criar este tipo de plantas.

Observo una pequeña área cerrada con flores cubiertas por cristales.

—¿Y eso?

—Por favor, no se acerque. Es un área restringida. Son plantas exóticas. Para ser sincero, muy tóxicas y mortales.

Inflo el pecho, sospechando para qué las usa. Siniestro suele experimentar con drogas raras, además de las peores torturas, o al menos eso corre como chisme por los pasillos.

—Nadie tiene acceso a esa área. Solo el amo y yo, al ser el cuidador. Si usted desea entrar…

—No, gracias.

—Lo que sí puedo hacer es obsequiarle flores de su preferencia. ¿Cuáles son sus favoritas? —El anciano se emociona—. Aquí nunca falta ninguna planta, al menos nunca los girasoles. El amo se enfadaría si sucediera. A la señorita Marcela le encantaban.

Mi sonrisa se borra cuando lo dice.

—Marcela.

—Perdone. No debí…

—Tranquilo. Sé quién era.

—La chica de ojos tristes. Solía venir aquí a plantar girasoles. Era lo único que la hacía sonreír.

—Imagino que se fue feliz de este lugar.

—No se fue. Se la llevaron. Era una noble muchacha. Perdió su vida por seguir un amor.

Intento respirar porque, de pronto, la cara me pica.

—Debo irme. Gracias por el paseo.

—Tome, este tulipán único es para usted. —Me da la flor, y le sonrío a medias.

El anciano no tiene idea de lo que acaba de decirme. Parece una buena persona, demasiado amable para estar en este lugar.

Quiero tratar de controlar mis emociones, procesar lo que acabo de saber. ¿Qué quiso decir con que Marcela se fue de este lugar por seguir un amor?

Fue la sumisa de Markos, su amante, y ahora está muerta. ¿Se habrá enamorado de alguien más? ¿Siniestro la mató?

—Si la hubiera matado, no tendría sus flores favoritas en su casa. —me digo en voz alta.

Markos es un hombre rencoroso; no se arrepiente de nada. Es claro que Marcela fue alguien importante para él. La única persona que ha querido y por la que nunca querrá a nadie más.

¿Y eso a mí qué?

«Eres una buena persona, Alaska. No pierdas tu corazón por lo que no vale».

Las palabras de Rich vuelven a mi mente. Mi cabeza explota con preguntas sin respuestas. Esa rara tristeza, la sensación de impotencia, regresa otra vez.

Una fuerte energía fluye en mí. No me siento tranquila. Me dedico a hacer un poco de ejercicio para despejarme y, al final, termino desquitándome en el área de tiros.

«Uno. Dos. Tres».

Todo esto empieza a pesarme. Las voces en mi cabeza.

«Uno. Dos. Tres».

«Te amo, Alaska. Eres mi para siempre».

«Uno. Dos. Tres».

«Todas las mujeres que lo han amado terminan muertas».

Me detengo con los ojos fijos en los huecos de las balas. El caballete donde disparé voló, pero no por mí. Solo levanto la mirada.



Siniestro

No hay nada más placentero que descubrir la rabia en los ojos de una hembra caliente.

La mandé a llamar, pero no estaba en la mansión. Las mucamas la habían perdido de vista. Mis sensores alertaron disparos no autorizados en mi zona de tiros. Avancé hasta llegar al área, pero lejos de ordenar a mis hombres que fueran por ella, me quedé observándola.

Brazos extendidos. Mirada fija en el blanco. Tiros cargados de enojo.

—Se te está haciendo costumbre perseguirme. Siempre apareces cuando quiero estar a solas.

—Esta es mi casa.

—¿A qué vienes? ¿A demostrarme que tienes mejor puntería que yo?

Hay rabia en su mirada. Una rabia que impone, inquieta y la hace brillar.

—Veremos.

Se me endurece la polla al verla altiva, con esos ojos ardiendo contra mí. Alaska Wells no es una simple mujer; es una jodida hembra capaz de levantar hasta las más temerosas miradas.

Le doy un arma. Se queda quieta.

—Vamos. Saca esa ira conmigo. Dispárame.

—¿Este es otro de tus retos?

—Otra manera de humillarte, sí.

Sus ojos se encienden.

—¿Vas a llorar?

La provoco y me apunta. Se acerca, inhala fuerte, presa de su rabia. Quiere hacerlo, jalar el gatillo, pero no puede. Siente impotencia frente a sus propios escrúpulos.

—Yo jamás seré como tú. —Deja caer el arma, y la atraigo hacia mí.

—Eres un ángel que empieza a oscurecer. Sabes odiar, aprenderás a herir. Tu lado más miserable es tu corazón, pero un día no lo tendrás. Cuando eso suceda, nadie te podrá detener.

Se desborda, sacando su ira golpeándome.

Sus puños impactan en mi pecho, tratando de herirme una y otra vez. Es rápida en sus movimientos. Ha aprendido a atacar. Ahora entiende la importancia de su peso al querer combatir. Pero no es mejor que yo. Bloqueo su golpe mediocre con una sonrisa.

Su trasero rebota contra mi polla cuando le sostengo el cuello con mi brazo. Mi erección punza su cintura. El olor de su cabello, sus curvas, lo delicada que es su piel... me enciende de forma absurda.

La empujo y cae al suelo.

Se levanta con más ganas. Valiente, sucia, con ese cuerpo de infarto que me enloquece. Respira hondo antes de dar su próxima jugada. Sus manos se deslizan por su pecho, bajando el cierre del enterizo entallado que lleva, dejándome ver el monte de sus senos.

—Así que jugarás con todas tus armas.

—Sigo al maestro.

—Muéstrame quién eres, *angliká*. Te ganaré y luego me correré en ti.

Vuelve a golpearme, y ahora son cinco veces que bloqueo sus pasos. Logra hacerme retroceder. Me regala una sonrisa mientras eleva sus puños y patadas hasta barrer mis tobillos con sus piernas.

Se despega con actitud retadora. Dejar que el enemigo se adelante es más una estrategia que un acto de debilidad. Si fuera una batalla real, su cráneo estaría roto, pero en esta oportunidad me entretengo observándola.

—¿Qué pasó, señor? ¿No se le para?

Le doy problemas para avanzar y se enfada. Reconozco esa frustración que la contrae: el querer ganar sin armas. La impotencia de saberse frágil.

A patadas me hace moverme. No es mala, pero todavía la dominan sus emociones. Se enfoca más en el sentimiento que en el contrincante. No es un secreto que, si sigue, voy a destrozarla.

—Suficiente.

No para. El hecho de que solo bloquee sus movimientos con las manos, sin hacer ningún tipo de esfuerzo para atacarla, le jode.

—He dicho que basta. Voy a responderte. Puedo lastimarte.

—¡Eres solo un hijo de puta!

Hace lo que no debería con un enemigo: lanzarse sobre mí hasta tumbarme mientras mis manos sostienen sus muñecas.

—¡Golpéame! ¿Por qué demonios no lo haces? ¿Te doy pena? ¿Piensas que soy cualquier cosa?

No entiendo su maldita ira.

—Eres mi maldita mujer, Alaska.

No estoy acostumbrado a lidiar con líos sentimentales, pero sé que Alaska no es como las otras mujeres a las que estoy acostumbrado. No basta un diamante para callar su boca.

La levanto y me doy cuenta de que se soba la mano. Se ha lastimado.

—Dame tu mano.

—No quiero que hagas nada.

—¿Por qué carajos eres tan terca? —La tomo a la fuerza.

Su mano es tan suave como sedosa. Tiene las uñas tan delicadas como ninguna otra.

—Me doblé sin querer. Voy a quedarme aquí un momento. No quiero entrar en la casa.

Su muñeca está hinchada. Lágrimas caen de su rostro. Estamos lejos de la casa.

—Es mejor que te inyecte un desinflamante —digo al verla reprimir el dolor—. ¡¿Dónde demonios están las medicinas?!

Un guardia se acerca.

—No hay medicina en esta zona de la casa por precaución, amo. Las más cercanas están en su cápsula privada.

Alaska suelta un gemido. Palpo y tiene los ligamentos hechos mierda. No me gusta que llore; me produce un fastidio incómodo. La vuelvo a cargar en mi hombro.

—Mi señor, los *red men* están a punto de llegar. El consenso que pidió…

—Que se jodan.

La llevo hasta el área protegida y entro usando mis huellas dactilares para abrir la puerta. En el recibidor de la cápsula, le pido que espere y no entre.

Este lugar es mi espacio privado. Solo yo piso este lugar, pero esta es una emergencia.

Abro la bóveda de medicamentos, verifico que no sean tóxicos y, al voltear, me encuentro con ella. Como siempre, desobedeció mis órdenes. Tenía que haberse quedado fuera.

Sus labios se entreabren al ver el panorama. De sus ojos brotan pequeñas lágrimas. Aun así, sigue impactada por lo que visualiza.

—Siéntate.

Acaricio su mano para palpar el daño, sintiendo también cómo, en medio del dolor, su piel se eriza con mi toque. La vista privilegiada de sus pechos es interesante. Mueve los dedos cuando se lo pido.

—¿Duele?

Se aguanta.

—Quiero la verdad.

—Sí.

—¿Mucho?

Asiente hasta que, por fin, explota. Trata de tragarse las lágrimas que se le arremeten en los ojos al sentir la presión de mis dedos. Habrá que ponerle una o dos inyecciones. Quizá un sedante.

—Por favor..., hazlo rápido.

Me detengo, apreciando esa fragilidad rabiosa. Brilla aunque trate de apagarse.

—Pondré dos inyecciones. Quizá te mueras en dos minutos.

—Si me matas, no habrá valido la pena todo el trato.

—¿Bromeas o chillas?

—¡Clávame eso ya! —Se exalta.

—¿Qué quieres que te clave?

—¡Maldita sea! ¡Markos!

No me molesta esta cercanía. El estar a solas con ella.

Suelta un sollozo, y por alguna razón decido levantar su mentón para limpiarle las lágrimas.

—Está bien. —Noto que está nerviosa—. Respira. Quiero que mires la aguja.

No dice nada.

—Contrólalo. Esta emoción no es tuya, es parte de sus miedos, pero no te pertenece.

Decide mirar. Inhala hondo cuando la introduzco. Le inyecto un relajante muscular y solo emite un pequeño gritillo. Se calma al terminar.

La siento en el sofá para proceder a curarle la muñeca. El hielo parece aliviar su sentido de defensa. Estiro mis dedos en sus ligamentos hasta que el efecto del relajante comienza a hacer su parte.

—No es grave, solo inflamación —explico mientras palpo.

Se limpia las lágrimas con los párpados pesados. Le pongo una venda para inmovilizar el área, y asiente a todo lo que le indico.

—Mandaré a alguien por ti. No deberías moverte mucho.

Camino hacia el auricular, esperando que alguien conteste. Quiero que vengan por ella lo antes posible, pero después de dos timbradas no hay respuesta. La señal se pierde cuando intento comunicarme con Otto.

Este lugar tiene un bloqueo contra rastreadores. Es una casa de paredes de vidrio que cuelga de un acantilado. Las cumbres de los cerros que bordean mis islas no son captadas por los satélites. Tuve que implementar una red de comunicación única, y este lugar en específico no tiene conexión a nada. La señal siempre ha sido un problema.

—*Mi señor* —responde Otto finalmente después de varios intentos. Lleva una radio que nos comunica.

—Necesito que vengas por Alaska. Llévala a... —al voltear, la veo acostada en el sofá, sollozando en sueños— su habitación.

—*¿Desea que vaya un personal ahora?*

Duerme como una muñeca. Las hebras de su cabello se despliegan por sus hombros, enmarcando sus pechos sobresalientes. Su sueño es profundo, tal vez por el sedante que le administré.

—*¿Señor?*

—La llevaré yo mismo. —Cuelgo.

Me acerco a ella para sentarme a su lado. Su respiración es pausada, tranquila, lejos de su rebeldía diaria. Aparto su cabello para mirarla, comprendiendo por qué trae a Bristol tan loco, sin saber si algún día me daré el lujo de soltar la verdad yo mismo.

«¿Qué estás haciendo? Solo deja que se vaya».

No debería estar en mi santuario más de cinco minutos. No debería quedarse aquí. No después de lo que sucedió con Marcela, la única mujer con la que dormí una sola noche.

No con la mujer de mi enemigo.

29
CUERDA FLOJA

Siniestro

Me saben amargos los labios después de fumar. El reloj avanza. Mis piernas se pasean de un lado a otro con el último sobrante de bourbon en el vaso, sin terminar de decidir lo que quiero hacer.

Toda mi vida la he formado en una sola dirección, postrándome ante mí, nada más que en mí. Mis buenas decisiones han sido bandera de mis triunfos. ¿Cómo puede ser que dude ahora si saco o no a una mujer de aquí?

Me acerco a ella, queriendo sujetarla entre mis brazos para llevarla a donde pertenece, pero se queja. Entreabre esos labios que me encanta morder y luego abraza el cojín que yace a su lado, acomodándose en mi sofá con paciencia.

—Alaska. —Noto que sus cejas se tensan, como si sintiera dolor—. Alaska, despierta.

Palmeo su rostro, pero es como una piedra, o tal vez el sedante realmente hizo gran efecto. Por la ventana veo el barco de los *red men*, justo fuera del ala izquierda de mi fortaleza. Frederick está con ellos, lo cual es un indicador de problemas que hoy no quiero atender.

Desconecto la señal de mi radio y vuelvo a mirarla. La sangre me arde por la falta de sexo, pero si la toco, no saldrá de aquí. Me desquito haciendo ejercicio. Los doscientos metros cuadrados de mi cápsula me permiten tener un área pequeña de gimnasio. Tardo más de una hora ejercitándome, pero la punta de mi verga aún exige enterrarse en alguien.

Podría llamar a una de las *skýlas* para que me la chupe, quizá ahogarla con mi sexo desbordando su boca, pero ya nada me sabe igual. Paso el jabón por mi cuerpo mientras me baño, imaginándola aquí, ahora. Ya no en el sofá durmiendo, sino tocándome.

Se portó como una verdadera guerrera hoy, al igual que cuando la azoté en mi guarida. Aguantó hasta el final lo que otras repelen en minutos. Ver sus nalgas rojas encendió mis más fantasías.

Dolor junto al placer. Su sangre y mi semen.

Mi mente vuelve a traer la cara de Bristol, su llanto por ella mientras yo me la como con gusto.

Alaska no conocía un buen orgasmo. Tenía tantos tabúes que frenaban su propio placer sexual que ser yo quien haya destapado su lado más sucio me vuelve a encender.

Termino de bañarme. Me enrollo la toalla en la cintura mientras de lejos veo unos documentos que no pude revisar.

El tiempo sigue avanzando y los problemas no se han solucionado en Italia. Por el contrario, ahora su suelo arde más. Esto significa que Tormenta, uno de los bastardos salvajes que no he vuelto a ver, sigue metido en sus líos.

Se enamoró de Bianca Simone, aun odiándola. Y ella de él. Ambos sin poder soltarse.

Tengo rencillas con esa perra. Quiero sus tierras para mí, pero si él está cerca, todo se complica. Tormenta la fichó como suya. Si no la mata él, terminaré haciéndolo yo por mis propios intereses. El pacto de los bastardos salvajes tarde o temprano se romperá. Pero no hoy.

—Mmm… —El quejido de Alaska me saca de mis pensamientos.

El frío empieza a azotar por la lluvia. Cuando llego a la sala con una manta, ella sigue ahí acurrucada en posición fetal, temblando. Y no hice nada por apartarla.

—Ángliká —insisto, hablándole.

Tal vez fue mucha la dosis de sedante que le puse. Está tan metida en sus pesadillas que no es consciente de lo que le pasa. Cuando llego a ella y la toco, su piel está fría. Tiene la ropa húmeda. Le saco el atuendo para cubrirla con la manta caliente, y sus pechos parecen erizarse cuando mis dedos la rozan.

Me río de lo lamentable que me veo queriendo lamerlos. De nada sirvió el ejercicio; ella, en segundos, me pone duro. Mi erección no se aplaca.

La cubro, dejando rastro de mis dedos entre sus piernas. Acomodo su ropa interior, y reacciona ante mi toque. Puedo sentir su humedad cuando mis yemas se deslizan. Está así por mí, porque su cuerpo sabe que soy yo quien la husmea.

Le doy un beso en el cuello, y se mueve.

—Despierta. —La chupo. Quiero más, siempre más de ella.

—Markos —murmura aún en sueños.

Pasaría follándola toda la madrugada. Tomarla porque es mía. Pero no soy un hombre que se conforme con poco. Con la punta de mis labios deslizo suave por la línea vertical del monte de sus senos y me quedo ahí, impregnándome de su aroma.

Me dedico a mirarla el resto de la noche. Vagos destellos de luz del faro alumbran la ventana, y es suficiente para percibir su belleza.

El cabello lo tiene bonito. Ondas de color castaño claro la adornan. La miro sin encontrar imperfecciones en su rostro. Sus finos párpados, las pestañas largas, los labios rosados… Parece una sirena tendida en mi sala.

Acomodo un mechón de su cabello, y las pesadillas se disipan. Su cuerpo se relaja, y ella vuelve a ser calmante en mi cabeza.

«¿Qué mierda, Markos? ¿Qué mierda?»

Si tuviera una mínima idea de su pasado, le pesaría. Si entendiera que no nació para ser común, nadie podría detenerla.

Despejo mi mente tratando de dormir un poco. Me acuesto en la cama, preguntándome si al saber la verdad ella vería el mundo de otra manera.

¿Por qué me debería importar? No es nada. Alaska se irá cuando yo quiera. Cuando destruya al infeliz de Bristol y mi venganza haya terminado.



Son las cinco y cuatro de la mañana. Vuelvo a abrir los ojos de improviso. Mi cuerpo ya está preparándose para mi ejercicio matutino, pero olvidé que no estaba solo. Lo primero que observo es a Alaska sentada frente a la ventana.

—Buenos días. —Se ha cubierto con la manta. Sus mejillas están ligeramente rosadas y tiene el pelo despeinado. Aun así, no se ve mal. Ve el horizonte en una esquina de la cápsula.

—Tienes que irte.

—Solo quise acomodarme la venda. Me perdí mirando el mar bonito antes de que salga el sol. Ahora entiendo por qué este lugar es tu refugio. Es tan calmante… Se parece a los abrazos de mi padre. Es la misma sensación. Hoy… sería su cumpleaños número sesenta.

Se tensa, tratando de contener las lágrimas.

—Desearía que estuviera aquí conmigo. Que nunca hubiera subido a ese auto en el que perdió la vida.

Reparo en su semblante, en la forma tan nostálgica con la que me mira. Podría tomarla del brazo y arrastrarla hacia la puerta, pero no lo hago.

—La muerte no es el fin para muchos.

—Lo fue para mí cuando me quedé sola. No podía soportar la idea de no volver a verlo.

—Es mejor no querer a nadie. —Me acerco, mirando al mismo lugar que ella—. El amor hace que el ser humano pierda el camino.

—El amor sana.

—El amor destruye, niña.

—No cuando se es correspondido. ¿Tú… nunca has querido a nadie con locura?

—No.

—Todos queremos a alguien en algún momento de nuestra vida. A veces llega bien, otras veces de la peor manera. Incluso puedes amar a una persona mientras la odias. Solo sucede.

—En mi mundo no existe esa palabra.

—¿Ni siquiera con Marcela?

Exhalo lento, dejando escapar un aire tenso. Su curiosidad me fastidia.

—Será mejor que te vayas.

La obligo a cambiarse, aunque haga berrinche. Todavía no amanece del todo, pero el día será agotador. Los *red men* no se irán hasta que haya tenido una audiencia.

Preparo algunas cosas de mi bóveda privada y, al salir, ella sigue con la manta encima. La cápsula tiene una cocina americana. Se pone a cocinar, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Alaska. —Aprieto los dientes, preguntándome si lo hace a propósito o si realmente es así de jodida.

—¿Así eres de gruñón cuando despiertas? Déjame comer algo.

—Puedes comer en la mansión.

—Creo que esta comida es más sabrosa.

Está usando excusas para quedarse. Reniego, pero su sonrisa me da paciencia.

—¿Qué hiciste ayer conmigo? —agrega, enseñándome la marca en su cuello.

—Hablas dormida. Confesaste que le harías un altar a mi polla. Solo seguí mis instintos.

Entrecierra los ojos.

—Jamás diría tal mentira.

—No te follé, si te lo estás preguntando. Es más divertido que me desees y ruegues porque te rompa el culo siendo consciente.

Entreabre los labios.

—¿Siempre eres tan bestia?

—¿Y tú tan terca? Vístete ahora.

—Tengo hambre.

Abre la refrigeradora, saca jugo de caja y prepara un par de sándwiches de mantequilla con mermelada.

Ruedo los ojos y dejo que coma. Realmente disfruta su vago desayuno. Espero que termine sin dejar de observar cómo se le forman pequeños hoyuelos en las mejillas cuando sonríe.

—¿Quieres? Está rico —Lame la mermelada de sus dedos.

La manta se desliza poco a poco, dejándome una vista gloriosa. Me pongo a pensar si cree que soy un idiota más al que puede engañar con esa carita de niña buena.

Observo su mirada perversa. El jugo de naranja se desliza por sus labios, se congela cuando nuestras miradas se encuentran. No pasan más de dos segundos para que mi boca esté sobre la suya.

Nos besamos. Es adictiva. He querido hacer esto desde ayer. He deseado hacerlo desde que la desnudé con paciencia.

Se trepa sobre mí mientras la llevo a la recámara. Cae en la cama con las piernas abiertas. Lamo su néctar; enciende mis sentidos, mi verga y todo lo que tengo encima.

Quién diría que la recatada Alaska de hace unas semanas ahora estaría rogando porque la toque. Ver cómo me monta me fascina. Mueve sus caderas sobre mí con mi miembro sobresaliendo; entrando, saliendo, acomodándose

en ella. Espero que se sacie, pero no termina hasta que me la cojo como quiero.

En mi encima. Arriba, abajo, de costado, clavándola contra la cama, la pared, en cuatro, con su boca en mi polla, la mía en sus senos, y nuevamente sobre mí.

Nos complacemos con un gusto que nos eleva. El día termina por salir desde la ventana. Se queda quieta mirándolo mientras nos arremetemos en un orgasmo sucio, lleno de energía. Ni siquiera sé por qué me gusta tanto. Alaska Wells se vuelve más prohibida para mí que de costumbre; follármela ahora es una necesidad a toda hora.

Es mediodía cuando paramos. Tengo asuntos pendientes con los *red men*. Le traen un atuendo y, cuando llegamos a la mansión, Antígona la mira con una sonrisa.

—Ya veo que la pasas muy bien, *no-anal*. Al menos ya no lloras por tu mala suerte. Ahora eres un culo entrenado.

Le lanzo una mirada y se calla.

—Amo. —Me hace una venia.

Alaska la ignora y sube las escaleras sin decir más, perdiéndose entre las habitaciones del segundo piso.

—Espero que su insistencia esté justificada —reniego al verlos—. ¿Qué quieren?

Noto la seriedad en sus caras. Rich aparece, dejando unos documentos en la mesa.

—El círculo está a punto de descubrir la verdad sobre Alaska Wells, señor.

—¿Qué?

—Recibieron información anónima de que usted la esconde. Pero eso no es lo peor: ahora saben que se casó y quieren conocer a su esposa. Están atando cabos.

—No es posible.

—Es la última jugada de Bristol —agrega Frederick.

—Alacrán no pondría en riesgo a su novia —interviene Antígona—. No cuando sabe quién es en el mundo.

Frederick me mira con seriedad.

—La verdad está a punto de salir, señor. Usted sabe que el círculo mató hace años a Tom Wells, el padre de Alaska, y que por mucho tiempo buscó a su hija desaparecida, creyéndola muerta. Ella es la heredera legítima de la mafia belga. Si llegan a saber que está viva y que ahora es su esposa, van a matarla y entrarán en guerra con usted. Ninguna venganza vale el riesgo. Marcela ya no regresará, pero si sigue con esto, Alaska Wells será su ruina.

30
A LA LUZ DEL MUNDO

Siniestro

Cabeza fría. Solo las mentes débiles se dejan llevar por sus impulsos.

Una creciente energía domina mi puño, pero si algo he aprendido es que las grandes guerras no se ganan con ira, sino con inteligencia.

El *Círculo de la mafia* es un grupo de líderes que representan grandes poderes en el mundo. Conformado por cabezas de clanes, jefes de organizaciones criminales, jeques multimillonarios que velan por sus propios intereses y actúan conforme a sus caprichos.

Si alguien no está con ellos, lo eliminan. Ese fue el caso de Tom Wells. Lo mataron porque empezó a ser una piedra en su camino al negarse a colaborar con sus intereses.

Los Wells eran líderes del clan de la mafia belga. Su organización no era tan grande en comparación con otras, pero sí tenía nexos de gran importancia. El círculo descubrió que Alaska era su única heredera de sangre, ya que los hermanos mayores fueron adoptados para servir como carnada, por lo que no se cansaron de buscarla hasta que la dieron por muerta.

El padre de Alaska sabía que su vida estaba en riesgo. Eliminó todo rastro de su verdadera hija para que nunca la encontraran. Pero ahora Bristol acaba de poner en jaque su vida.

—Por ahora, el Círculo solo tiene sospechas —agrega Frederick—. Si no han actuado en su contra, es porque no están seguros de nada. Lo que Bristol ha hecho no es más que un acto desesperado al dar información a medias. Quiere negociar con usted, ofrece su silencio a cambio de su novia de vuelta.

—¿Por qué se la devolvería?

—Para no comprometerlo con el Círculo. Si se enteran de que la hizo su esposa y no se la entregó, aún sabiendo que era la niña que buscaron hace mucho, se pondrán en su contra.

—Yo no le temo a nadie. Mi imperio los supera.

—No le conviene una guerra con el Círculo ahora. No hasta que pasen los noventa días y haya cumplido con sus deseos.

Me mira. Tiene un punto a favor.

—Él no lo hará, no va a evidenciarla —refuto—. La sigue amando.

Si no la amara, no la hubiese dejado viva cuando tuvo la oportunidad de matarla. Ella aún ignora su pasado. El padre quiso protegerla, sin saber que, al criarla como a una mujer común, le estaba quitando herramientas para defenderse. Aunque la mafia belga ya no exista, Alaska siempre será una mujer marcada. Bristol lo sabe.

—Mátela, amo. Entregue a Alaska Wells muerta de una vez —suma Antígona.

—No —puntualizo, sabiendo mis jugadas—. No voy a liberarla, tampoco matarla…, por ahora.

—El Círculo insiste en conocer a su esposa. ¿Qué haremos?

—Demostrar que Alaska es una mujer de la mafia y no una chica mundana. Ellos piensan que la hija de Tom Wells fue criada en una vida normal. No sospecharán si presentamos a mi mujer como un intercambio comercial. Inventen alguna historia.

—Comete un error, amo. Pienso…

—Tú aquí no estás para pensar, solo para obedecer. No permitiré que nadie toque a mujer.

La irritación me embarga, por lo que hago una seña para que desaparezcan de mi vista. El Círculo me interesa para un solo fin. No antes, no ahora. Solo el final de los noventa días. Bristol cree que puede acorralarme, pero solo me da más armas.

Su estúpido juego no me acojona, pero si quiere jugar con fuego, que se atenga a las consecuencias.

—Otto.

—A sus órdenes, mi señor.

No tengo que decirle palabra alguna para que sepa lo que quiero que haga.



Leonardo

Está nevando en Londres, mi casa está tan vacía que no logro cambiar mi mal humor. Por más que he querido concentrarme y dejar de darle rienda a mi mente, no logro estar tranquilo. No cuando sigo teniendo pesadillas.

Ella gemía. Lo hizo.

El hecho de imaginarla con él me vuelve loco, pensar que puede hacerme a un lado me desespera.

—¿Lo hacemos de nuevo, corazón? —La silueta de una mujer aparece por el rabillo de mis ojos. Ni siquiera sé cómo se llama, es una más de las putas que me cedió Smirnov hace días.

—Creo que ya ha sido suficiente.

—Tu mujer va a aparecer, no te preocupes. El jefe siempre cumple su promesa. —Besa mis labios—. ¿Y sabes qué es lo mejor? Que no soy celosa.

Me envuelve en sus brazos hasta que caemos en la cama de nuevo. La puta me vuelve a abrir las piernas, las enrolla en mis caderas mientras se la meto como puedo.

—Qué agradable. —Sonríe—. ¿Quieres que vuelva a acariciarte?

Asiento.

—Así, cariño. —Pasa su mano por mi rostro—. Vuelve a empujar, esta vez más al fondo. No lo sentí tanto. Anda, haz que valga la pena.

Se lame los labios mientras tenemos sexo, pero mi rabia no se va con nada.

Extiendo la mano para tomar la botella de aguardiente que traje y termino de beberla para calmar esta ansiedad. Empujo sobre la puta mientras Alaska regresa a mi cabeza y me la sigo follando mientras no se va de mi mente.

Entierro mi rostro en su cuello siendo preso de la psicosis.

«Alaska y él están juntos».

«Va a dejarte y te hará de lado».

«Él volverá a quitarte todo lo que anhelas».

«¡No puedo!»

La zorra gime como lo haría ella. Gime recordándome que no la tengo conmigo. ¡Que la mujer que amo y con la que me conviene estar sigue presa de Siniestro!

—¡Ah!

—¡Cállate!

—¡Ah! ¡Ah! —Aumentan sus gemidos.

—¡Que te calles!

Sigo embistiéndola mientras le sujeto el cuello con fuerza. Ella se queda quieta. Empieza a ahogarse, estremeciéndose, pero yo sigo viendo a mi mujer con el otro: las marcas en su cuello, su linda piel siendo tocada con algún chantaje a la fuerza.

—¡Déjame, maldito enfermo! ¡Suéltame!

Me da una patada y se suelta, empezando a toser y llorar. Me mira como si fuese un demente.

Estoy mal, muy mal. Ya no lo soporto.

No espero que se vaya para sacar la droga. Trazo una línea con ansiedad y luego lo inhalo. El polvo blanco hace que vuelva, experimente y me transforme. Me hace volar, solucionar los problemas en segundos.

—Alaska, tú eres mía. —Mi piel se entumece—. Eres mi mujer. Yo... te amo.

Tiro todo lo que tengo enfrente. Bailo como idiota. Empiezo a reírme transportado por mis emociones eufóricas recordando la primera vez que la vi en aquella cafetería, tan preciosa como brillante.

Sabía quién era desde el principio, la heredera de la mafia belga a la que debía desaparecer para quedarme con su dinero.

Su padre le había heredado una gran fortuna de la que no tenía idea, un testamento que solo se abriría cuando cumpliera la mayoría de edad, sin la presencia de sus hermanos.

De alguna manera, ellos lo supieron, por eso la abandonaron. Dejaron a Alaska a su suerte para intentar quedarse con su fortuna. La pobre trabajó en lo que la vida le ponía para mantenerse, sin conocer su realidad.

Ella era una reina ciega ajena a su destino, una hermosa poesía en medio de versos de la noche. Desplegaba luz en cada sonrisa, no podía dejar de mirarla.

Tenía un traje color marrón ceñido y una coleta en el cabello con apenas maquillaje básico que la distinguía. Estaba sola, indefensa, ajena al mundo al que pertenecía y yo… con el arma a solo centímetros de ella.

Cuando me vio temblando, lo primero que hizo fue cubrirme con una manta. Se acercó sin conocerme, tan cándida, buena, con esas mejillas rosadas; además de mirada penetrante que la caracterizaba.

—Por favor, úsela. —Era aún una chiquilla. Sus ojos y su pelo castaño me cautivaron al instante.

Quedé paralizado viéndola. Nadie había sido tan amable conmigo. Estaba tan acostumbrado a que la gente se preocupara solo por sus vidas que al tener a esa mujer de frente siendo como era, no pude contenerme. Embobado, frené mi ataque.

Tenía que hacerlo. Debía matarla.

Si le llevaba al Círculo a la heredera de los Wells, me darían dinero suficiente para hundir a Siniestro. Ya no soportaba sus humillaciones. Él brillaba mientras yo era la sombra.

Quería quitarle todo. Incluso lo que más quería.

Esa debía ser mi motivación principal, pero no pude accionar al ver la sonrisa de Alaska.

—*¿Te gustaría más té?* —parpadeó y entendí que me ha hecho la pregunta tres veces.

—*Eh, sí, por favor.*

La invité a salir y aceptó. En nuestra tercera cita la besé por primera vez y, cada vez que la iba conociendo, mi vida fue tomando sentido. Alaska ha sido la paz para mis tormentas, luz en medio de las sombras, cura para las heridas que aún tengo, y no voy a perderla. No cuando la amo a pesar de todo. No cuando ella es la estabilidad que necesito en mi vida.

—Eres un hombre asqueroso, un llorón de mierda. Ni siquiera se te siente la cosa cuando fornicas —escupe la puta, insultándome, pero estoy tan ido que no le tomo importancia.

Mis manos tiemblan cuando vuelve Alaska a mi mente, por efecto de las drogas.

Necesito ordenar mis pensamientos, tenerlos claros para recuperarla.

«Mi amor, Alaska».

«Cómo debes estar sufriendo...»

«Cómo deben tenerte cautiva, despreciada, abandonada...»

«Cómo debes extrañar mis brazos..., mis besos».

La puerta suena y un empleado con uniforme aparece con mi desayuno. Entra en silencio porque sabe que odio ser molestado. Trae una bandeja con la comida.

—Servido, señor.

Se marcha. Tengo sed excesiva. Me llevo el jugo de naranja a la boca, lo bebo hasta el tope, capturando la sensación ácida y nauseabunda.

—¿Qué es esto?

Mis labios huelen a mierda. Escupo lo que parece una uña. El vaso se cae, dejándome ver un alacrán muerto que nada en los restos del líquido.

«Sé que te gusta beber lo que otros mean. Espero que el orín haya sido de tu agrado».

Dejo de respirar; todos mis demonios se vienen encima al entender lo que hizo. Noto el anillo de bodas que le regalé a Alaska enrollado en una de las partes del animal muerto y no puedo más con la rabia.

El grito que doy mientras lanzo un puñetazo contra la pared hace que todo retumbe en mi cabeza.

Voy a dar con esa isla. Quebrantaré las leyes de la pandilla al entrar a Grecia y luego iré por mi mujer, así sea lo último que haga en el mundo.

Alaska es mía, nadie podrá contra nuestro amor. Nos amamos. Ella y yo nos amamos.

31
DESTINO

Alaska

Tengo una sensación extraña en el pecho. Como si me costara respirar. Como si me pesara cada parte de mi cuerpo.

Ya son más días aquí. Pero en vez de sentirme bien, mi cabeza está en llamas. Él me llamó a su despacho esta mañana y, por más que mi cuerpo rogaba por ir, me negué. Inventé excusas para no aparecerme. ¿Cómo voy a lidiar con esta adicción si sigo aumentándola? Ahora intento ocupar mi tiempo en algo más que sexo.

—Alaska. —La voz de Briana aparece—. Aquí.

Está escondida en los arbustos otra vez. Llora.

—Corazón, ¿qué te pasó?

—Ellos regresaron. —Tiembla—. Lo escuché, los *red men* lo decían.

—¿Quiénes?

—Los hombres que me robaron de mi casa. Los chinos, mis violadores. Su jefe es enemigo del amo. Van a tener una batida. Los escuché. Los *red men* nunca se equivocan.

Inhalo hondo, tratando de calmarla. Está recordando el pasado otra vez. La historia de los hombres que la tomaron a la fuerza para venderla hace que se me forme un nudo en la garganta.

—Me matarán si me vuelven a ver, Alaska. Ellos dijeron que, si escapaba, regresarían por mí. Me forzaron, fueron más de cuarenta hombres. No sueltan a las rehenes tan fácil.

—Cielo, tranquila. Aquí estás segura.

—No, no lo estoy. —Me abraza—. El amo me va a entregar. Puede ponerme como carnada. Odia tanto a ese hombre…

Desborda en llanto.

—¿A qué hombre? No te entiendo.

Dejo que se desahogue mientras la frustración me embarga. Lo escuchó de la voz de Antígona; algo más pasó que no me quiere decir. Los detalles son desgarradores, pero cuando quiero ahondar, solo llora.

—No dejaré que te vuelvan a tocar, ¿me oyes? Nunca.

—Pídeselo al amo. Por favor, dile que no me dejen.

—No lo harán. Markos y yo tenemos un trato. No te dejará a tu suerte.

Asiente y le muestro seguridad para que no se preocupe, pero las dudas empiezan a aumentar en mi cabeza. ¿Los atacarán? ¿Markos sería capaz de entregar a Briana?

Contengo el aire mientras la consuelo. Está muy mal, decidimos dar un paseo para despejarnos. Esta área de la mansión es preciosa. Pasamos por el borde de la zona B de la casa. Es cambio de turno y a lo lejos se ven los animales que meten en jaulas. Un perro se les escapa rabioso, corre hacia nosotras, pero el cuidador lo atrapa.

—Mira ese perro. Qué lindo —le digo a Briana con el afán de entretenerla. El animal parece una fiera, no deja de ladrarle.

—No me gusta. Aléjenlo.

—Tranquila. No te hará nada.

—Señora. —Otto palidece cuando me mira.

Puedo imaginar por qué. Cuando vino a decirme que Markos me llamaba a su habitación, le dije que su amo se podía ir amablemente a la mierda y sé que lo metí en problemas.

—Ay, no… —sisea Briana, huyendo al ver el auto de Markos pasar. No puedo forzarla a mantenerse aquí.

Otto permanece con la cabeza gacha y, aunque tengo ganas de reír, finjo seriedad cuando se acerca.

—Tranquilo —le digo al pobre anciano.

Todos huyen cuando llega hasta mí. Incluso sus guardaespaldas.

—¿Quién mierda te crees? Estás a mi servicio.

Respiro hondo.

—Hola, Alaska. ¿Cómo estás? No nos hemos visto en horas. Deseo saber si estás bien o...

—Basta.

—Siempre es lo mismo, Markos. Solo pido ser tratada como persona.

Tira de mi cintura hasta él y me besa. Sus labios me chupan con hambre. Pero esta vez no es excitación, sino de necesidad.

Me toma de esta manera cuando tiene problemas. Se desahoga conmigo con tanta fuerza que termino con los labios partidos. Follamos, se cansa y luego se pone a fumar.

Sin palabras, solo sexo. Y estaría bien si no hubiera conocido la otra cara de la moneda. Si en mi mente no existiera rastro del Markos de aquella isla. Alguien que por primera vez me escuchó.

—Por favor, no quiero pelear. Lo siento —le digo y sus músculos parecen relajarse.

—No me gusta que mi mujer no esté para mí.

—Espiaba al perro. —Sonrío, cambiándole de tema.

—¿Qué perro?

—El que está ahí. No tienes idea de cómo me gustan los animales. ¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—El perrito, Markos. ¿Lo escuchas?

Rueda los ojos al darse cuenta de que me refiero al rottweiler.

—No es un perrito, es un animal de caza. Está entrenado para matar.

—Me gustaría verlo.

—No.

—Por favor. —Suavizo mi voz—. Nunca te pido nada. Cúmpleme el capricho, ¿sí?

Se toma unos segundos mirándome hasta que acepta. Pide que suelten al perro de pelaje negro y sale de su guarida ladrando para acorralarme.

—Su nombre es Furia.

—Oh... Furia. —Le sonrío—. Hola, Furia. ¿Por qué siempre estás tan enojado, bebé? No temas. No te haré daño.

No le muestro miedo. Los perros pueden percibirlo. Me estuvo mirando desde que estaba con Briana. Cuando me acerco, no me ladra.

—Eso es, buen chico. Ven aquí.

Me mueve la cola y en poco tiempo me deja acariciarlo. La cara de Van Puto es increíble cuando nos mira. Debe pensar que entrenó mal a su bestia por dejarse mimar por una mujer cuando es rabioso con todo el mundo.

El perro me saca una sonrisa. Lo acaricio y, aunque es todo serio, sé que le gusta. Me quedo un rato más con él hasta que lo guardan.

—Gracias. —Me empino para darle un beso a Markos y, cuando quiero despegarme de él, me aprieta.

—Vas a tener que pagar el capricho ahora.

—¿Entonces por eso lo hiciste? —Río y lo vuelvo a besar—. ¿Qué quiere mi señor? ¿Follar con su esposa o con su puta? Porque la máscara me la pone usted.

—Follar con mi mujer.

Me acorrala contra el árbol y gimo en sus labios.

—¿Con sed?

—Hambre, amo.

—¿Quieres leche de nuevo?

—Me encantaría.

Su lengua es deliciosa, pero ver que Rich se acerca a lo lejos me deja quieta. No está solo, viene con la pelirroja esa. Markos también los nota, por lo que para.

—Mi señor, perdón la molestia. —Parece que los va a matar cuando los ve —. Es el círculo, mandó una notificación. Frederick logró convencerlos de esperar hasta la asamblea de la mafia para conocer a su esposa, pero pusieron una condición.

Markos tensa la mandíbula.

—Los empresarios chinos volvieron. Han sido enemigos del círculo desde hace mucho. Los encontraron traficando mujeres por órdenes de Alacrán y habrá una batida en un club esta noche. Solicitan que sea su esposa quien se encargue de ellos.

Por más que Markos quiere evitar que escuche, es tarde. De esto hablaba Briana. Alacrán es el jefe de los chinos, sus violadores. Esta es la batida que tendrán.

—Mi mujer no es su sirvienta.

—Pero las sospechas son muy grandes. —Entre ellos se miran—. Quieren que la señora Van Loren demuestre que es una mujer de mafia y no una simple chica de a pie. Si logra hacerlo, dejarán de molestar.

—No. No está lista.

—Voy a hacerlo —digo y todos me miran.

Algo pasa, lo puedo percibir.

—Te lo debo, Markos. Déjame ayudar.

—No necesito héroes.

—Y yo no soy una cobarde. Entreno todos los días sin descanso. Ya manejo armas, doy pelea.

—La respuesta es no.

—Señor, no deberíamos dejar que el Círculo saque conclusiones.

Rich alza la voz. Markos le devuelve una mirada asesina. Se calla.

—Me vale una mierda el maldito Círculo. Yo mantengo sus vidas, soy el jodido amo de todo lo que miras en Grecia y hasta lo que no hueles. No se hablará más del tema.

Se va sin decir más, con esa mirada seria y despectiva que lo caracteriza. Intento ir tras él, pero Rich me detiene.

—Mejor déjalo ahí, Alaska —advierte.

—No confía en mí.

—Tienes las capacidades, pero es diferente pelear conmigo a que con gente de la mafia. La fuerza no solo viene de los puños, también de tu mente. ¿Podrías matar a alguien a sangre fría? ¿Qué pasaría si tuvieras que hacerlo?

Trago saliva sin responder.

—Esa es la diferencia. Eres una chica noble, crees en las personas, te tocarías el corazón antes de disparar. Mira esto. —Entreabre su camisa—. Yo no me supe detener por nadie y, aun así, me hirieron. No estás a salvo ahí.

Me quedo quieta pensando en lo que dijo.

—Markos tiene muchas más heridas y sobrevivió. ¿Por qué yo no lo haría?

—¿Siempre te fijas en todo lo que hace? —habla como si le fastidiara.

Se torna serio. Me quedo callada.

—Lo del amo es mucho más grave. No puedes compararte con él. Estás confundiendo las cosas. Aunque ahora seas su mujer, en algún momento...

—Me dejará... —puntualizo—. Y lo dejaré, entonces todo habrá terminado. No te preocupes, sé muy bien mi lugar.

Me observa como si pudiera calar dentro de mí, entender lo que pasa por mi mente.

—No te enamores, Alaska. Siniestro será tu destrucción.

32
JUGAR CON FUEGO

Siniestro

Un día después. 20:00 horas, Mansión Van Loren.

Han pasado más de veinticuatro horas y sigo sin estar quieto. El Círculo no se detendrá, enviará a sus espías para ver que sea Alaska quien joda a los chinos esta noche.

Las mujeres en nuestro clan tienen que demostrar su poder. No toman el papel de simples joyas que acompañan a sus maridos. Por el contrario, deben saber pelear, ser tan oscuras como sangrientas, estar al nivel de defensa que se necesita para sobrevivir. Aunque las intenciones del Círculo sean otras.

Quieren descartar que Alaska sea una simple mundana, por los rumores que esparció Bristol.

Ellos no saben que se la quité. Si lo supieran, se desataría una guerra entre nosotros. Arrastraría sus cráneos sin pensarlo, pero ella podría morir en el proceso y no debería pasar. Tiene que llegar viva a esos noventa días. Caminar de mi brazo hasta la «asamblea negra» de la mafia donde todo habrá terminado.

—Mi señor, el helicóptero está listo —informa Antígona.

—¿Los hombres?

—También. Se camuflarán entre los presentes. Si ven a Bristol, le dispararán. Aunque no creo que se atreva. Mandó a otro a pelear contra usted en las pandillas, esta vez no será diferente. No es tan valiente.

Dejo el puro de lado. Es un maldito cobarde. Sus intenciones son claras. Quiere moverme el piso, ponerme en jaque para que acepte su negociación, recuperar a Alaska a través de otros.

Pero yo no le tengo miedo a nada.

Los *red men* están listos, mi guardia personal también. Salgo de mi despacho y cargo mis armas en el camino.

—¿La doble de mi mujer está lista?

—Sí, espera en Atenas.

—No será necesario que busquen dobles. Lo haré yo.

Alaska bloquea mi paso, me desafía delante de todos. Luce deslumbrante.

—Creo que fui claro. No es no —determino.

—Lo haré.

La tomo del brazo, jalándola hacia otro costado sin que oponga resistencia. Sus ojos arden cuando la toco. Es altiva y ladilla, demasiado imprudente para pretender meterse en líos que desconoce.

—Esta misión no es para niñitas tontas. Aquí las balas son de verdad.

—¿El amo quiere que le demuestre que también puedo jugar mis propias cartas? —Ignora lo que digo, sonriendo de manera peligrosa. Brilla cuando cree en sí misma.

Se vistió así a propósito. Me es imposible no mirar su escote.

—Si puedo provocar al mismo demonio, ¿por qué no podría con simples ladrones?

—No son simples ladrones.

—Entonces hagámoslo juntos. Tú lo dijiste: en cada ángel también hay un demonio. No me quites las alas.

Respiro hondo.

—Esta es más que una lucha personal, Markos. Es una forma de demostrarme a mí misma que puedo e ir contra los cerdos que violaron a Briana. Lo sé, fueron los chinos a los que incautaste en ese barco. Trabajan para tu enemigo: Alacrán. Tienes tantos motivos como yo para acabar con esto.

Si ella lo supiera, si imaginara lo que dice.

—No vas a salvar al mundo en un día.

—Pero sí evitar que sigan violando y vendiendo a más niñas, además de ayudarte.

—Podrías morir.

—He sido entrenada durante semanas. Sé que puedo hacerlo. Confía en mí, no te voy a decepcionar.

Hay un fuego en los ojos de Alaska que me invita a probarla, un hambre desmedido de poder, algo que jamás ha tenido en su vida.

Accedo bajo mis condiciones. Miro a los demás y todos bajan la cabeza en silencio. Es posible que Bristol esté merodeando la zona, pero también es un buen señuelo para atraparlo. Ordeno que otro equipo se quede a los alrededores mientras caminamos rumbo al helicóptero.

Alaska sabe ubicar sus armas. Se las camufla en las piernas, le ponen algunos cuchillos de respaldo, pero, aunque muestre una cara tranquila, es evidente que la incertidumbre la pone nerviosa.

—Quién lo iba a decir, *no-anal* —murmura Antígona—. Llegaste siendo nada, ahora quieres ladrar.

—Yo cuidaría mejor mi boca —le responde—. Soy la mujer de tu amo y tú una simple empleada. No te atrevas a mirarme de frente. Si se me antoja, puedo ordenar que te corten la mano. No me provoques.

Empieza a defenderse por sí misma. No me meto en líos de otros, pero la miro de reojo y puedo notar una seguridad que no había percibido antes.

Subimos al helicóptero, el tiempo se nos acorta. En media hora llegamos a Atenas, aparcamos en el helipuerto del techo de una de mis empresas para luego desplegar nuestras fuerzas.

—Su vestimenta. —Rich trae una bolsa con todo lo que debe usar: ropa, accesorios, tacones y auriculares invisibles.

Le explican el plan, evalúa cada plano del lugar con las rutas de escape. Activará una bomba. Pero antes debe hacer que los chinos hablen. Tienen mercancía del Círculo, también deben estar implicados en el robo de mis drogas. Necesitamos información relevante.

Asiente con una sonrisa a cada cosa que le dicen. Pequeñas hebras de su cabello vuelan por el ligero aire que azota su rostro. Se ve tan inocente, tan valiente. La miro y no sé qué demonios hago permitiendo esto. Cuando termina de prepararse, hay sorpresas en los rostros de los *red men* al ver cómo toma las armas.

El vestido negro que se pone impacta en la punta de mi polla. Trae un escote memorable, los labios rojos y finas joyas que la hacen ver una mujer de la mafia.

—Miradas abajo —ordeno al percibir cómo algunos la observan.

Los *red men* abren paso para que se acerque. Acomodo su collar, asegurándome de que los conectores de audio sirvan. Está tensa, aunque finja una sonrisa.

—Intentaré sacar toda la información posible, antes de activar la bomba. Los entretendré hasta que me den la señal. Todo saldrá bien.

Está dispuesta a irse, pero la detengo.

—No quiero que te toque ni que te bese —advierto—. Juro que, si dejas que lo haga, me va a importar mierda el mundo y sus cabezas.

—Está bien, amo. —Sonríe.

—No intentes nada estúpido.

—Noventa días, ¿cierto? —Se suelta—. Tienes mi palabra.

Asiento, dándole una última mirada.

—No estarás sola. Verás a un hombre vestido de blanco. Será tu salvaguarda en caso de que algo suceda. No me gusta perder.

—No perderá, amo.

—¡Preparados! —grita Antígona.

Posiciones fuera: Listo.

Francotiradores: En orden.

Meseros espía: En posición.

—Es hora. Si no te quedó claro algo, dilo.

—Sí... —Se acerca a mí—. Aunque más que pregunta, es una petición. Béseme, amo.

Bufo.

—El beso se lo tiene que ganar, señora Van Loren. —Suena su risa incrédula.

—Le va a costar caro este rechazo. Puede que después ya no me dé ganas.

Solo dejo que avance.

El reloj sigue su curso. Entra como es debido, siendo orillada por las ganas, su valentía y esa rebeldía que la caracteriza. El lugar es elegante, uno de los casinos más cotizados de la ciudad que suele frecuentar la gente del crimen. Aun así, aunque todo parezca normal, no puedo dejar de apretar mi arma.

—La señora Van Loren no conoce los alcances de los chinos —habla Rich.

—Será mejor que no lo sepa. Mientras más real y natural parezca, el plan será victorioso.

—¿Y si algo falla?

No contesto.

Alaska brilla cuando camina segura. Quince minutos bastan para que ya esté dentro. Dominamos las cámaras del lugar. Hay meseros enviados que dejan micrófonos abiertos en la mesa que nos interesa.

Somos los ojos y los oídos de todo lo que está en la sala. Ella sabe lo necesario: hacer que hablen, dejar un explosivo en su cartera e irse. Puedo notar que hay gente del Círculo merodeando. Nadie conoce su rostro, tampoco hacen contacto con ella, pero me encargué de que noten el anillo que trae en su dedo.

Todo parece muy normal cuando el bullicio aumenta y empiezan las apuestas. Alaska se sienta en la mesa que dispusimos, respirando pesado, pero controla sus nervios en los puños.

Sonríe, da lo mejor de sí misma hasta ubicarse en el punto. Todo esto tiene que demorar lo mínimo que se pueda. Hay grandes intereses en juego, mi equipo está listo para atacar si algo se desborda.

Algunos hombres se acercan al verla sola, pero ella los rechaza, hasta que llama la atención de los chinos. El Círculo sabe que su debilidad son las mujeres. Los dos hermanos se acercan, preguntando si se pueden sentar. Ella accede.

—Hermosa señorita. —Uno de ellos besa su mano—. ¿Dónde había estado toda mi vida?

Algo se aprieta en mi garganta. Le coquetea y ella le sigue el juego.

—Esperándolo, mi lord.

—Mao Wang —se presenta—. Este es mi hermano Yichen.

—Antonela Mills.

Besa su mano y mantengo la respiración. La conversación se torna pesada, aunque ella sabe controlarlo. Me pregunto a cuántos degenerados no ha tenido que enfrentar sola.

—¿No sabe jugar, señorita?

—No soy experta, pero puedo intentarlo. ¿Rojo o negro?

—Veintisiete rojo. Me encanta el color. —Mao la mira como si pudiera desvestirla—. Perdone mi insistencia, es que estoy rendido ante su belleza. ¿Vino sola esta noche?

Joder.

—Quizá. —Sonríe, evadiéndolo.

—Es extraño que una joya como usted no tenga acompañantes. Su acento inglés es particular. Me pregunto qué tan caliente se considera. ¿Le gusta el número tres? De trío.

—Me encanta el número.

—¿Y por qué demoramos el asunto? —interviene el otro—. Ya escuchaste a la dama, hermano.

—La dama quiere algo más. —Alaska pone sus manos encima de las suyas —. Quizá algún incentivo.

Recuestan sus cabezas en los asientos. Están acostumbrados a tratar con oportunistas, no les sorprende su actitud.

—Me intriga saber qué es lo que busca. —Se acerca a su rostro.

—Diamantes —mantiene sus ojos en él—, pero no uno ni dos..., sino muchos. Un diamante por cada beso.

Se miran excitados, el hermano se toca debajo de la mesa.

—Podríamos darle un cargamento entero, mi bella dama.

—¿Un cargamento?

—De los mejores.

—Me gustaría... —Sube su mano por el brazo de Mao— verlo. ¿Tienen bodegas cerca?

—Lo tenemos fuera de Atenas, cerca de uno de los puertos. Después de la noche, la llevaremos.

—¿Me cree una mujer ingenua?

—Mañana partirá a Turquía, tenemos tratos que cerrar con un gran comprador. No habría forma de incumplir, bella damisela.

—¿Turquía? —Sonríe—. ¿Acaso también tienen negocios por esos lares?

—Muchos. El contrabando es nuestro principal negocio. Llevaremos esa carga.

—Eso suena prometedor, señores.

Sonríe. Cuando estos buscan los labios de mi mujer, la bolilla cae en el veintisiete rojo, por lo que ella los evade.

Los próximos diez minutos consigue información de relevancia, aunque la piel de mis nudillos empieza a resquebrajarse por la fuerza que hago.

El equipo de los *red men* está gratamente sorprendido cuando da nombres. Llevan más de cinco copas. Una música suena en un privado y Alaska se levanta, invitándonos a bailar.

—¿Qué está haciendo? —Antígona se desespera—. Eso no estaba en el plan.

Levanto la mano, irritado. Odio que desobedezca. Que me desafíe. Lo que produce este desliz es que ambos chinos empiecen a abrazarla. Me levanto.

—Amo.

Alaska intenta fingir y no puede.

—Señor —interviene Rich—. No hay cargamento en el puerto, tampoco barcos que salgan mañana a Turquía. Es una trampa.

Pierdo el control al ver cómo uno de ellos la fuerza y el otro la besa. Una balacera se inicia. Mis hombres disparan, los gritos se alzan.

—¡Perra maldita! —gritan cuando descubren la bomba.

Le levantan el vestido, pero ella les clava el arma en la cabeza, haciendo que el cerdo caiga al suelo para luego pelear con los otros.

Un humo sale de los ductos de ventilación, siendo difícil la visibilidad de las cámaras. Una muchedumbre de personas corre. Trago saliva, ido, en furia, sabiendo que no tendrá mucho tiempo para huir.

Alaska lucha valiente, dando patadas, puños, desgarrándose el vestido para moverse. Salta entre las mesas en medio de las balas que la persiguen. Todo se descontrola.

—Señor.

—Despejen el área. —No emito emociones. Me sulfuro viendo cómo Alaska es atacada.

«¡Tiene que ganar! ¡Tiene que poder con ellos, maldita sea!»

Esta era una posibilidad.

—¡Retirada! —grita Antígona—. Descubrieron nuestros puntos de resguardo. Tenemos que irnos.

Exhalo rápido, haciendo puños sin decir más. No le dan más de cinco minutos; los verdugos acabarán con el cuerpo de los enviados y se sellará el tema. Habremos perdido.

—Tres minutos, señor.

Sus palabras me tensan, pero más el hecho de que Alaska no salga por esa puerta.

Mantengo mi distancia con los empleados, quienes observan tratando de darle algún tipo de ventaja a la *angliká*.

—Señor... Dos bajas.

«Mierda. Maldita mierda».

—Los enviados del círculo sellaron las salidas.

Joder. Maldita sea. La matarán sin saber que es la mujer que tanto buscan.

El tiempo es el enemigo de toda batalla apresurada, mis hombres se preparan para regresar sin darle ningún tipo de esperanza.

—Procedo a retirar escoltas.

Tenso los dientes.

«¡Alaska! ¡Maldita sea! ¡Dónde demonios estás!»

—Señor, dos minutos.

—¡Ya sé que quedan dos malditos minutos! ¡Largo!

—No se puede jugar a ser grande, señor. —Antígona solo gira, metiendo su cizaña—. No estaba a la altura. Tenía que morir de todas maneras.

El tumulto es enorme. La gente sale despavorida; en medio de los gritos hay muertes. Balean a quemarropa a todas las mujeres tratando de ubicar a Alaska, mientras las cámaras generales solo muestran vacíos.

Una gota de sudor se despliega por mi rostro. «Un minuto... Exactamente un minuto». El sonido del helicóptero me altera.

Todos están fuera.

—Debemos partir.

Dos segundos. Miro dos segundos y Alaska no aparece.

—Amo... —insiste Antígona—. Ondas de calor cerca. Los enemigos vienen hacia nosotros.

Silencio. Entonces se escucha una voz:

—*¡Markos! ¡Markos! ¡Ayuda!*

Su voz llama, suplica, implora que la ayude, pero mis pies siguen caminando hacia el helicóptero que está a punto de partir. Ellos no despegarán hasta que yo dé la orden.

—Sabe que es una trampa, señor. La tienen de rehén.

«Primero el imperio Van Loren, segundo el imperio Van Loren y tercero el imperio de Van Loren».

Exhalo fuerte, mirando al vacío, levantando la cara al escuchar las balas por las radios y los cuchillos clavados en algún cuerpo.

—Señor, el helicóptero está listo. Debemos irnos.

33
TU DESTRUCCIÓN

Siniestro

Un eco retumba en mi cabeza, el eco de su voz gritándome con fuerza a través del auricular que la conecta. «Es una trampa». Si alguno de mis enemigos la tiene, ya es suya. La mafia no devuelve a los rehenes, los mata como un símbolo de triunfo.

—Las ondas de calor se aceleran, prepárense para disparar —ordena Antígona al equipo de combate—. Señor, tiene que salir de aquí.

Ignoro todo tipo de palabras mientras mis escoltas se lanzan hacia adelante, apuntando a la pequeña puerta que da a la azotea.

—Están llegando.

—¡Markos! —Se escucha su voz de nuevo a través del auricular.

—Señor, vamos a disparar ahora. No debemos dejar que suban hasta aquí.

No emito palabras.

—Son quince. Quince —repite uno de mis hombres—. Están armados.

—Viene con compañía. ¡Es una trampa! Las reglas... —insiste Antígona.

—Sé perfectamente cómo son las malditas reglas. Me quedaré. —Mantengo la calma.

Las armas están apuntando, la puerta se abre y Alaska cae con ella al suelo. No necesito dar una orden, mi equipo reacciona por supervivencia, disparando a quemarropa para defenderse.

Alaska golpea a un tipo. Logra deshacerse de su agarre y sigo sus movimientos. Mantengo mi mirada hacia adelante, erguido, sin moverme. El líder de la mafia no se mueve, no se ensucia las manos, tampoco tiene consideraciones con nadie.

Dos balas sobresaltan a mi gente. Antígona toma el mando, los vence quedando solo uno en el juego.

—Señor, ¡tenemos que irnos! ¡Vienen veinte más por las escaleras!

Aprieto los labios.

—¡Retirada!

Alaska es ese caballo al que le apuesto. Su sangre es pura garra. Los críos de la mafia no nacen siendo nadie. Lo llevan en la sangre, es una maldición de por vida. El hombre busca matarla, intenta clavar un cuchillo en su mano, pero ella patea en sus bolas.

—¡Señor! —grita Antígona.

Tenemos minutos para irnos de este maldito lugar. Sería muy grave que logren dar con nuestros códigos secretos de ubicación, sensores únicos de última tecnología desarrollada para que nadie pueda dar con mi paradero.

—¡Ah! —Pelean. Ella le clava las uñas y el hombre le hunde una daga—. ¡Mal...dito!

La sangre explota en el rostro de Alaska y mi ira se desenfrena. Le clavo un cuchillazo en la nuca al infeliz que muere en segundos.

—Amo... —Un escolta se acerca e indico con los dedos que lo claven en la pared rápido.

Miro a Alaska con furia, escaneando su cuerpo para ver los daños, porque es claro que está herida. Camino hacia aquel cadáver pidiendo también que lo desvistan, le quiten los testículos y se los pongan en la boca.

—Orínenlo.

Mi equipo limpia las huellas y nos enrumbamos hacia el helicóptero. Rich toma a Alaska, la sube en sus brazos y ni siquiera le dirijo la palabra. El helicóptero vuela mientras ella se desangra. No quiere que la toquen, le pide a Rich que se aleje y nadie dice más nada.

—La pollita se quemó jugando a ser grande —explota Antígona—. ¡Maldita mierda!

—Alaska, estás desangrándote —interviene Rich—. Necesitas...

—Estoy bien. —Miente—. Muy bien.

—Pero fallaste. Fallamos. Y eso no se tolera —suma Antígona.

Todos callan, el vuelo se torna más tenso que antes. Cuento los minutos para llegar a la mansión. Contengo lo que tengo que decir entre los dientes. Pido un recuento de los daños antes de aterrizar en el acantilado.

—No quiero que nadie me moleste.

—Sí, señor. —Otto llega a recibirnos.

—Que se larguen todos.

Antígona me hace una venia mientras logro disipar la ansiedad al largarme de ese lugar. Trato de pasar la página, pero no puedo aceptar perder, aunque quiera. No cuando soy un Van Loren y le doy mi confianza a alguien.

Aun así, no la dejé morir. La pregunta en mi cabeza es lo que me pone de pésimo humor, mucho más que antes.



Alaska

Aprieto los dientes mientras Otto me brinda un paño para detener el sangrado. Con ayuda de Rich camino en silencio, escuchando las negativas del viejito amable, quien indica que es mejor pedir ayuda.

—Estoy bien, no pasa nada —repito. ¿Qué más voy a decir? ¿Que no fui suficiente para él y que tuve que gritar varias veces su nombre para salvarme?

Hubiera preferido que me mataran ahí mismo. Mis lágrimas se derraman solas al sentirme una tonta, pero al parecer mi instinto de supervivencia fue más fuerte. No pensé en las consecuencias de mis actos.

Si merezco un castigo, será por mi culpa. Sé que a los que le fallan, o bien los mata o los tortura. Me siguen brotando lágrimas estúpidas, sin saber si lloro por dolor, decepción de mí misma..., o tal vez porque no quería defraudarlo.

—Por favor, Alaska... —Rich limpia mis lágrimas—. Déjame curarte.

—No es necesario. Solo fue un raspón. Me siento bien.

—No, no estás bien.

—Señora Van Loren, puedo llamar al médico de la isla.

—¡Que estoy bien! ¿No entienden? —Me exalto—. Es solo una herida.

No, no es una herida. Empieza a arder con desesperación. Pero ya qué, no importa.

Sigo llorando sin control, tratando de negarme ese derecho. Otto ya no dice más, creo que me comprende. Es un viejo inteligente, prudente hasta cuando

se queda en silencio. Quiero tratar de no desvanecerme. No sé cuánta sangre perdí. Respiro hondo, sujetándome del brazo de Rich y, sin querer, me doblo.

—Alaska...

—¿Tú también me mirarás con pena? No quiero que me mires así.

—Considero que fuiste una chica valiente. —Sollozo, sintiendo que mi pecho explota. Él me pone las manos en el rostro—. Muy valiente. ¿Te duele?

Asiento.

—Debemos revisar esa herida en tu estómago. ¿Sí? No sé qué tan profunda es la herida. Voy a tener que revisarte, desvestirte para…

—A mi mujer nadie la desviste, solo su marido.

La voz de Markos hace que toda la piel se me erice. Levanto la cabeza, aún con las manos de Rich en mi rostro, sin que pueda respirar por lo crudos que son sus ojos azules fuego al mirarme.

—Amo.

Rich se levanta como si hubiese visto al demonio. Baja la cabeza, retrocede para abrirle paso y se queda quieto.

—¿Quién te crees para tocar a mi mujer? ¿Te he dado ese permiso?

—Amo, Alaska...

—Señora Van Loren para ti —rechina contra él—. Creo haberte advertido que tomes tus distancias. ¡Creo haberles advertido a todos ustedes que tomen sus distancias con mi esposa!

Todos asienten.

—Eres un elemento importante en mi equipo —lo señala—, pero voy a olvidarlo si sigues jugando a ser el buen samaritano. Tu señora es tu señora. No la miras, ni la tocas, mucho menos respiras cuando ella esté cerca. ¿Entendido?

—Sí.

—Lárgate, que no tengo humor ni paciencia.

El silencio incómodo cubre el espacio cuando Rich se va sin mirarme, y junto a él desaparecen los escoltas. Solo queda Otto. Estoy temblando, debería enojarme por esta estupidez, pero ahora mismo no tengo ánimos de nada.

—Levántate —me ordena y asiento.

Tengo el vestido un poco desgarrado, aunque cubre las partes más importantes de mi cuerpo.

Cuando mis pies se paran en el jardín, tambaleo. La sangre se derrama sin control. Él mantiene su distancia. ¿Por qué se compadecería de mí? No puedo refutarle nada.

—Señor, ¿llamo al médico? —insiste Otto.

—Me interesa más saber si le aplicaron o inyectaron algo.

—¿Qué? —Parpadeo—. No.

—Podría ser un rastreador —Otto interviene—. Aunque la isla está recubierta de aisladores. Ninguna señal externa funciona aquí.

—Por seguridad, no entrará en la mansión esta noche hasta corroborar que no tenga un dispositivo.

—Pediré que preparen el quirófano para explorar su cuerpo.

—No —impone Markos—. Con mi mujer no.

Intento hacerme valiente, caminando sin pedir ayuda, pero el dolor cada vez es más fuerte y, por alguna razón, me mareo. Respiro hondo, yendo más lento, tambaleándome, conteniéndome hasta donde rechinen mis dientes, sin poder más, a metros de la entrada de la cápsula.

—Markos. —Siento como si un gran sueño me mereciera. Mis piernas empiezan a doblarse, entonces me sujeta—. No sé qué tengo.

Sin decir más, me lleva cargada hasta la cápsula. Me pone en una bañera.

—Mmm… —Arrugo la cara por la luz fuerte. Estira mis párpados como si fuese un médico, aún con esa mirada seria que me mata—. Yo…

—Silencio.

Quiero desvanecerme. Abre la ducha con agua helada, tan helada que mi cuerpo se congela al contacto. Me avienta sin contemplaciones.

—¡Ah!

Rompe mi ropa, mis bragas y el sujetador hasta dejarme desnuda. Voy recuperando el control de mí poco a poco. Sus ojos están llenos de amargura, pero en el fondo una chispa de deseo nos azota. Puedo sentirlo entre mis piernas, en el bulto de su pantalón mientras me baña.

—¿Dónde te tocó? —es lo único que pregunta—. ¿Dónde demonios te tocó, Alaska? —Me enredo, la lengua se me paraliza. «¿Qué me pasa?». Lucho por dentro hasta que mi mano llega a mi pierna.

—¿Aquí? —Desliza sus dedos. Se saca los zapatos y con ropa se mete sin que pueda observarlo a detalle por el agua que cae sobre nosotros—. Alaska.

—Sí... —Mi mirada se nubla—. Aquí.

—¿Así?

Me soba y se vuelve brusco, tomando un poco de mi piel entre sus dedos. La arruga como si fuese a inyectarme y sangro.

Quiero besarlo y no me deja. Siento una frustración que no me cabe en el pecho. Cuando apaga la ducha, exhalo fuerte y temblando. La decepción me inunda.

Por alguna razón me siento extasiada, con emociones muy extremas. Quiero llorar fuerte, sin explicar el porqué de mis sentimientos.

—¿Te gusta la miel? —pregunta, pero soy incapaz de responderle.

Al poco tiempo, la lengua vuelve a adormecerse sin que pueda decir nada.

Me envuelve en una toalla y me lleva hacia el sofá con esa hermosa vista al faro de noche. Jamás me cansaré de este lugar, es tan de ensueño que solo provoca dormir mirando al horizonte.

Siento un pinchazo que rechazo. Me inyectó. Quiere volver a meterme la aguja. Un extraño terror se forma en mi garganta. Peleo con él pataleando, sintiendo una punzada en el estómago. Entonces se enfoca en mis ojos. Su voz, su tacto, su mirada incesante me doblegan.

—Tranquila.

La aguja duele, pero es soportable. Me cubre con alcohol y espera unos minutos, en los cuales experimento un calor de golpe. Mi cabeza explota. Sus manos son tan delicadas cuando curan mi herida del estómago.

—¿Alaska?

No respondo. Me quedo quieta, extraña, pasmada. Como si hubiese recuperado el aliento, sintiéndome tonta, estúpida, ridícula.

—Te drogaron.

—No.

—Esa inyección es un antídoto. Pronto volverás a tener dominio de tu mente. Tu cuerpo helado ayudará.

—Ni siquiera lo sentí. Ellos no... Yo no...

—Existen drogas que no tienen efectos rápidos. —Me enseña mi pierna.

—Ellos... —jadeo, recordando a aquel hombre que me tocó la pierna. Subo la mirada, asustada.

—Sanarás. Te voy a revisar para ver si no te pusieron algún rastreador. Luego te irás.

«¿Irme? No quiero irme».

Jadeo mientras sus manos se deslizan por todo mi cuerpo para buscar el rastreador. Trato de mantenerme tranquila cuando me toca. Palpa con sus dedos mis pies, las piernas, el trasero, mi ombligo, los senos, hasta que me gira.

Pasa por mi rostro un pequeño sensor. Son los segundos más asquerosos de mi vida mientras espero.

—Estás limpia. Ya puedes irte.

—Creo que me siento un poco mareada... —Apoyo mi mano en su hombro. ¡Lo toco, joder! Y luego la otra en su brazo.

—El antídoto hizo efecto rápido, por lo que veo —dice sin titubear—. Maldita mentirosa.

No sé si reír porque me ha descubierto. Debo aceptar que maldigo su inteligencia. Nos miramos sin decir más. ¿Qué voy a decirle? ¿Que me quiero quedar para follar, dormir, volver a follar? ¿O que solo quiero mantenerme cerca? Me quema la garganta cuando lo pienso. Al levantar la mirada para enfrascarme con sus ojos, derramo una lágrima que arde.

—Lo siento. Te fallé.

El eco de mi voz resuena. Estoy sensible. Salió de lo más profundo de mi ser. No quería hacerlo. Ansiaba que estuviera orgulloso de mí.

Se queda mirándome. Frío y distante. Hay rabia en su rostro, no como la de hace unos minutos, pero igual es cruda desde que fallé.

—Tal vez Antígona tuvo razón —admito—. No sirvo para nada.

—¿Y? ¿Vas a seguir llorando por lo que no pudiste hacer? ¿O te vas a levantar para cerrarle la boca a todos?

Entreabro los labios.

—No sé si podré.

—Qué fácil te vencieron.

Mi cara está empapada de lágrimas.

—Tú no entiendes nada. Siempre tuviste todo.

—Te equivocas. Viví en la miseria muchos años de mi vida. Todo lo que tengo me lo gané a punta de puñales.

No dejo de llorar. No sé si es la droga, pero estoy mostrándole mi vulnerabilidad una vez más.

—Estoy cansada, Markos. Harta de luchar contra un mundo en el que nunca me hallé. No es lo que quise vivir.

—Pero es lo que te tocó. Ya pasó. Lo único que está dentro de tu control es lo que haces por ti. Al mundo no va a importar tu vida ni cuánto te duele, pero sí verá el futuro que logres hacer.

Asiento, desbordada.

—La Alaska que yo conozco nunca se dejaría vencer.

—¿Aunque haya perdido?

—Hasta el mejor guerrero tuvo que caer para ganar.

Muerdo mi labio sin saber qué más decir. No hay abrazos ni besos. Sus palabras son tan duras como extrañas, pero me llegan al corazón. Me reconforta. Espera hasta que termine de llorar sin hacer más.

—Gracias —admito, secándome la cara.

—Es tarde. Debes descansar.

Siento que me punzan algo dentro cuando lo dice. Se aleja sin decir más con esa actitud fría de nuevo. A veces me siento tan conectada a él. Es sincero, me muestra un lado gentil, humano, pero otras veces lo arruina.

Me quedo en este lugar haciendo silencio. Miro al horizonte para tranquilizarme. El panorama es tan hermoso que, a pesar de ser de noche, uno puede sentir calma.

El faro de luz alumbra a algunos barcos que peinan la zona. Markos tiene una flota marina que vela por su seguridad en todo momento. Es grande, imponente. Sería imposible escapar de este lugar; sin embargo, cuando hoy tuve la oportunidad de hacerlo, ni siquiera lo intenté.

«Es obvio que solo lo hiciste porque eres una mujer de palabra. Noventa días son noventa días», justifico mi pensar.

—Alaska.

—Señora Van Loren —le aclaro, volteando, encontrándolo en bóxer a punto de levantar el auricular para mandar a alguien por mí, pero me acerco para cortar la llamada.

—No me quiero ir.

Levanta la cara, estudiándome, y no tengo más excusas. Suelto la bata de baño que me cubre. Quedo desnuda contra el vidrio, con ese horizonte precioso detrás y mi corazón latiendo a mil por hora.

Mis senos parecen haberse erizado tanto que duelen. El pecho me sube y baja, no solo por la temperatura, sino por sus ojos clavados en mí.

—¿Crees que me muero por ti? ¿Qué voy a ceder solo por ver un cuerpo desnudo?

Sonrío sin contestarle, sin hacer nada más que llevar mi dedo hasta su boca.

—Si me besas, pediré algo a cambio —advierto.

—No voy a tocarte.

—Tú no, pero yo sí.

Acaricio su mano, tomo sus dedos helados y los llevo entre mis piernas. Valoro su autocontrol al no emitir emoción. Me toco, aumentando cada vez más el ritmo.

Alzo una pierna en la punta del sofá para darme más comodidad. Su mano no es su lengua, pero cualquier parte de él me pone caliente. Me satisface moverlos en mi centro, sentirlo aplacar el bulto que quema en mi parte más íntima.

La humedad no se hace esperar al sentir que me construyo. Solo es una herramienta para mi placer en este momento, pero es imposible negar que le gusta.

La erección en su ropa interior es evidente. Respira pesado y, con su otra mano, se masturba mirándome. Ver su pene largo, ancho y perfecto me excita. Me sobo con más ganas, entrometida en una oscura pasión que me hace no reconocerme.

Nunca me consideré ninfómana, mucho menos ardiente. O es que quizá jamás escuché lo que mi cuerpo pedía a gritos. Él me enseñó a romper mis límites. Con Markos puedo ser yo, sin ponerme tabús de nada.

Me lamo los labios imaginándola dentro de mí, y sus ojos se endurecen. Introduzco sus dedos en mi canal, soltando un grito.

—¡Mmm!

«Voy a llegar…»

Siente cómo me contraigo y, en segundos, experimento una punzada de dolor por la herida. Me avienta bruscamente al sofá, con las piernas abiertas. Entonces se arrodilla de modo que su pene termina en mi boca.

Doy un lametazo, mirándolo. Bordeo la punta de mi lengua en su glande y luego dejo caer mi saliva.

Cada vez que intenta controlar, me retraigo.

—No, amo. Ahora será a mi ritmo, a mi manera.

Paso la nariz por el largo de su tallo con pequeñas mordidas hasta que me la meto en la boca. Voy suave, lento, disfrutando por fin su sabor, y sé que lo desespera.

Respiro por la nariz, introduciéndome como puedo hasta donde quepa. Mis cachetes se inflan, soportando la arcada. Entro y salgo moviendo la cabeza sin dejar de verlo. Sus ojos se incendian.

Pero no sería Markos Van Loren si no domina. De mi boca cae saliva cuando me la saca. Su miembro toca mi estómago. Está tan duro que parece una piedra.

Intenta encajar, llevando el glande hasta mi entrada.

—¿Quién eres?

—Su señora.

—¿Y qué quieres?

—Que me llene, amo.

Advierto, acariciando su dura erección hasta que resbala por mi mano para introducirse dentro, fuerte, hasta el tope.

—Ah...

«Qué dolor y… delicia».

Mi sexo está tan mojado que lo recibe con gusto. Su polla llena todo de mí, empuja hasta dejarme loca.

Me levanta las piernas para penetrarme como una bestia. Se mueve dándome duro, demostrándome qué tan criminal puede ser también en el sexo rudo. Con un sonido de sus dedos, hace que las luces se apaguen.

—Bésame las tetas —pido, y lo hace—. Chúpame.

Follamos duro a oscuras, con sus jadeos en mi oreja y mi boca mordisqueando su hombro. Con el sonido de sus huevos rebotando en mí de

las estocadas que se manda.

Le pido que me coja en cuatro. Me da vuelta, tira de mi cabello hacia atrás para metérmela. Quiero que todo se quede dentro. No importa si siento dolor, necesito sentirlo sin restricciones.

No sé cuántas veces lloriqueo, cuántas posiciones hacemos, siendo yo esta vez quien se lo pide. Siento una ola eléctrica acercarse, aun con el estómago punzando. La liberación fluye haciéndome explotar a gritos. Él, con su delicioso sabor dentro, tibio, chorreándose por completo.

Nuestros corazones no paran de latir. Me acuesto a su lado. Él me mira, lo miro. Me atrevo a besar su cuello y casi destroza mi mano cuando me para.

—¿Qué haces?

—Me estoy cobrando.

—¿Qué?

—Le dije que iba a pedir algo a cambio, amo.

—Que no acepté.

—Ni negó. —Sonrío—. Pensé que tenía palabra. Gané al acertar que ibas a terminar haciéndolo.

Exhala, tenso.

—Déjame tocarte. —Subo mis manos por su pecho—. Déjame hacerlo esta noche, solo hoy. Y bésame.

Parpadea, quedándose frío. Lo beso con alma y ganas, lo beso porque quiero, enredando mi lengua contra la suya hasta caer encima de él en el sofá, sin que se niegue.

Deja que descanse sobre él. La sensación de calma es inigualable. No hay ruidos, tampoco miedos. Solo somos él y yo. Sus manos en mis caderas, nuestras bocas sonando, disfrutando de un beso en medio de la noche estrellada de una isla perdida en Grecia.

Pero una imagen llega a mí de repente: Leonardo. Mi novio proponiéndome matrimonio. Sus risas, el anillo, los paseos por las calles de Londres. Leonardo amándome sin medida. Siendo tierno, amable, un hombre gentil y yo… engañándolo. No se lo merece.

Me detengo de golpe. Lo miro, me mira. Quiero que la imagen de Leonardo se vaya. Solo por hoy.

Hay un brillo eterno en los ojos de Markos que hace que mi corazón lata desesperadamente. Entonces las palabras de Rich caen en mi memoria.

Ya no es un simple juego, empieza a ser algo más que sexo, y me aterra. Markos empieza a calarme, a romper mi alma.

No puedo quererlo.

34
ERROR

Alaska

—¿Qué haces? —dice sobresaltado cuando nuestros ojos se encuentran.

El shock aún gobierna mi cabeza. Mi cuerpo se entumece, con un ardor en la garganta que no puedo contener. La angustia vuelve a dominarme con fuerza.

No puedo quererlo. No puedo.

Exhalo fuerte mientras habla sin prestarle atención. «¡Acabo de hacer una estupidez! ¡Por Dios! ¡Qué tonta me siento!». Se me enrojecen las mejillas de la vergüenza.

—¿Entendiste?

Levanto mi mirada, perdiéndome en su escultura.

—¿Qué?

—Que si me entendiste, niña. No quiero que vuelvas a tocarme. Solo cogemos. Vístete y vete.

Asiento por inercia.

Desaparece de mi vista de nuevo y, sí, me voy. No puedo soportarme a mí misma ahora.

Me tardo algunos minutos en encontrar mi ropa para luego salir de su cápsula. Me adentro en los enormes jardines de la mansión Van Loren, intentando tomar un poco de aire fresco.

¿Qué estás haciendo, Alaska?

Reniego de la herida que aún punza en mi estómago. Está curada, pero, aun así, no debería estar mucho tiempo fuera. El ladrido de los perros hace que retome la vista en una de las guaridas. Los de seguridad sueltan a Furia cuando se lo pido, y el perro me mira con cautela. Lo alimento para congraciarme.

—Tranquilo, amigo, no te haré daño. No te golpearé ni castigaré, como seguro lo hacen tus cuidadores. Solo... vine por compañía.

Vuelvo a ordenar que me dejen sola y me dan una correa para pasear al animal, que termina casi yéndose encima de mí. Debería tenerle miedo a este perro cazahumanos. Tiene los dientes tan afilados que asustan, una fuerza descomunal cuando se siente libre.

Le quito la correa dejándolo ser, y parece una cabra loca. Salta, corre de un lado al otro. Hay pelotas que usan para entrenarlo; se la lanzo y vuelve con ella, pero, cuando quiero quitársela, me gruñe.

—¿Qué voy a hacer ahora, Furia? —Lo acaricio y se sienta a mi costado, vigilante—. Eres tan como Siniestro. Gruñón, distante, peligroso, pero en el fondo me gustas.

Dios mío, no... No, por favor. Me llevo la mano a la cabeza.

—Yo amo a mi novio. Leonardo es el amor de mi vida. Con él... he pasado mis mejores momentos. Nos vamos a casar... yo... —me repito a mí misma sin poder continuar por el nudo que se me atora en la garganta.

Mis manos ahora están en mi boca. El corazón se me rompe.

—No puedo hacerle esto a Leonardo, no a él —repito, como si el animal me escuchara.

Los ojos se me llenan de lágrimas. «¡Soy un desastre!». Estoy aquí porque fui secuestrada por una venganza, nada más. Siniestro jamás podría quererme. Él no quiere a nadie, y yo no pertenezco a su mundo.

Si acepté el trato, solo es por supervivencia. Siempre he sido valiente en lo que decido afrontar, pero de ahí a pasar el resto de mi vida en la mafia... no.

—¿También piensas que estoy un poco acelerada?

El perro no ha dejado de mirarme. Mi vida ha dado un vuelco de 360 grados, sin imaginarme que llegaría a este punto, sin saber qué demonios estoy haciendo y en lo que me he convertido.

—Es solo sexo —siseo.

Hago hasta lo imposible por reprimir el llanto.

Quiero creer que estoy confundida. Markos es un hombre que te envuelve con toda su majestuosidad; es normal que una se deslumbre.

—Volveré a Londres con Leonardo y pasará todo este martirio —me digo en voz alta—. Será solo una experiencia, un desliz que tenga que guardar. Ya falta un día menos.

Me abrazo a mí misma y tiro la pelota para que el perro vuelva a ir por ella, pero esta vez se queda a mi lado. Suelta un ladrido, se acerca más a mí. Ahí se acuesta.

Las horas transcurren y lo devuelvo a su guarida porque empieza a lloviznar. Me tardo cuarenta minutos caminando hasta la casa.

—Señora —un escolta se sobresalta al verme entrar por el área trasera de la cocina—, ¿necesita algo?

No me mira, pero noto su nerviosismo.

—Vine por algo de comer. —Miento—. Déjame entrar.

—No. Digo... Mi señora. Es muy tarde y el amo dio órdenes precisas de... No...

«¡Basta! ¡Por favor!».

Un llanto crudo suena. Mi sentido de alerta se enciende y, mientras más camino, me doy cuenta de que es la voz de Briana.

—¡Señora! ¡No!

Ingreso al área de servicio. Cuando abro la puerta de una de las habitaciones, la encuentro desnuda en manos de un hombre encima de ella.

Se me seca la garganta. La ira empieza a consumirme. Briana llora; tiene sangre en los labios. Aquel hombre tiene la polla afuera.

—¡Maldito hijo de puta! —grito fuerte.

Uno de los hombres me sujeta de los brazos. Es su maldito cómplice, ¡el maldito cómplice que no me dejó entrar!

—Señora.

—¡Te ordeno que me sueltes!

—Alaska... —Llora mi pequeña. El maldito se aparta cuando me ve—. Alaska.

—Ella empezó, mi señora. Esa puta me provocó. Yo...

—¡Cierra el maldito hocico, infeliz!

No mido mi fuerza. El pecho me explota, los puños fluyen por sí solos cuando aparto al escolta que trata de detenerme. Le quito el arma, lo estampo contra la pared y el otro cerdo me apunta en defensa.

—Señora, no quiero lastimarla. Usted me está obligando a...

—Dispara. Hazlo. ¡Porque juro que te vas a morir!

—¡Alaska! ¡No!

El grito de Briana estalla en mis tímpanos al igual que el sonido de la bala que sale de mi arma. Lo herí y mi cabeza no lo procesa. El llanto de Briana se cuela una y otra vez en mi mente. Ni siquiera sé cómo llego hasta su cuerpo cuando empiezo a golpearlo. Se defiende a puños, queriendo quitarme la pistola, pero otro disparo se suelta.

Empezamos a pelear cuerpo a cuerpo. Mis puños se defienden contra su tamaño, dándole estocadas certeras en el estómago, el rostro y la entrepierna. Está sorprendido cuando nos apartamos. Él sangrando; yo también. La herida me arde en un costado del vientre, pero la furia me ciega.

—¡Alaska! ¡Para! ¡Van a matarte! —Llora. Mi niña llora, y esa es mi gasolina para seguir.

Quiero gritar de toda la impotencia que siento. Les quito las dagas que guardan en sus pantalones.

—Tiene que morir. —El hombre se desespera—. Si el amo se entera... —le dice uno de ellos al otro.

—Me voy a llevar a la puta para matarla.

Toma a Briana de los cabellos, arrastrándola desnuda en el suelo, y todo explota en mi interior. Ellos intentan dispararme, pero mueren en el intento. Disparo a quemarropa. Les clavo las dagas en el corazón, uno a uno. Sus manos dejan de insistir y caen de rodillas contra mi cuerpo.

Pero quiero más, mucho más.

No mido esta necesidad; es una sed que me desborda. Vengo cada lágrima que le sacaron a Briana. Les clavo el cuchillo diez veces en la garganta, acostándolos en el suelo.

—Los mataste, Alaska. Los mataste.

El llanto de Briana es la canción de muerte final. Una voz que propaga mis heridas me hace recordar a la niña que un día fui, que tuvo que defenderse por sí misma de todo aquel que la veía vulnerable y quiso aprovecharse de ella.

Llena de su sangre asquerosa, me levanto. El sudor no se va de mi frente; la ira que nace en mi interior no deja de crecer. Siento cómo los pasos de la guardia se acercan.

Diez hombres entran con armas arriba.

—¡Señora! —Uno de ellos me reconoce.

Nadie dice nada. Hay un silencio aterrador junto al llanto de Briana.

—¡Bajen las malditas armas! —La voz de Markos azota el lugar. Respiro hondo cuando aparece frente a mí.

Mis manos están empapadas de sangre. Soy más que culpable para todos. Los maté presa de la ira. Los maté. ¡Dios! Mis piernas tiemblan.

—Alaska... —Lloriquea mi niña de nuevo, ahora envuelta en una sábana.

La abrazo por instinto. Su pecho explota en el mío y ambas nos empapamos de sangre. Puedo sentir el olor a hombre asqueroso encima de ella. Sus cabellos están enredados, un hilo de sangre recorre sus piernas. Está aterrada, confundida.

—Ya estás bien. Nunca nadie volverá a lastimarte. Estoy aquí, cariño. No volverán a tocarte, lo juro.

Uno de los hombres se mueve, malherido. Markos se encarga de él disparándole al corazón.

Trato de que Briana no vea esto. Salimos abrazadas en medio de sus sábanas. Todo el personal se ha levantado por el escándalo, así que le pido a una de las mucamas que la lleve a su habitación y la bañe.

Tengo que ordenar mis ideas ahora. No estoy bien. Mis manos tiemblan como nunca; la sed de matar sigue en mis venas como espasmos calientes. Quiero respirar hondo, estar sola, controlarme; sin embargo, la mirada incesante de Markos pide una explicación. Se la voy a dar, pero públicamente.

—Reúnan a los empleados —le ordeno a uno de los escoltas, y en minutos todos están aquí.

Markos vuelve a mirarme sin decir más, dejando que haga y deshaga lo que quiera.

—Dos de los escoltas atacaron a mi protegida y los maté No me voy a tentar el corazón con nadie que pase mi autoridad. A quien protejo respetan. Si no respetan, se largan de aquí.

Me siento ridícula cuando todos asienten sin decir más para luego irse. Jadeo, temblando todavía. Exhalo fuerte, dejando mi papel de imitación a Siniestro cuando estoy por fin sola, sin querer saber más nada de nadie.

A medida que el tiempo avanza, el peso de lo que hice cae sobre mí. Los maté a sangre fría.

Los ojos de Markos son un par de dagas letales que me acribillan. Se mantiene en silencio y, la verdad, no quiero hablar con él.

Me giro sobre mis propios pies sin dar explicación hasta llegar a la habitación de Briana, quien ahora yace con pijama, llorando en un costado de su cama.

—¡Alaska!

Me abraza cuando me ve entrar. Trato de calmarla lo que queda de madrugada. Me acuesto con ella sin interrumpir mientras saca todo.

—El amo me matará.

—No lo hará.

—El hombre me perseguía desde hace mucho, pero no dije nada para no preocuparte. Todos estaban fuera; me quedé sola en la cocina. Entonces me habló. Dijo que en su habitación tenía galletas. Fui con él y me encerraron —explica con temor.

Trato de no acelerarme mientras lo cuenta. Llora desconsolada, como si fuese una muñeca rota de nuevo, y no sé qué más decir, solo darle cariño.

Soy la madre que le faltó en su vida. La única persona que la protege y de quien depende. Me limpio las lágrimas cuando trato de que no me vea débil, pero hoy yo también he pasado por mucho.

—Perdóname.

—No pidas perdón. —Limpio sus lágrimas—. No tienes la culpa.

—¿Te castigarán por esto?

Sonrío.

—No. Era lo que merecían por cerdos. Mataría a cualquier cucaracha así. Ahora duerme.

Le doy unas pastillas para dormir. La toma con ansiedad y poco a poco va tranquilizándose.

—Mañana será otro día. Lucharemos juntas una vez más. No te dejaré sola. Nunca te dejaré sola.

Se queda dormida después de largos minutos. Pareciera que su piel pálida temblara al sentir mi tacto acariciando sus mejillas. Camino hacia mi habitación para darme un baño que me quite la pestilencia que traigo en el cuerpo.

Huelo a sangre, sudor, fluidos sexuales y lágrimas. No me arrepiento de nada. Me pregunto, una vez más, si estoy bien porque no tengo remordimientos. El agua que cae por mi cabello lava mis males, despeja la

sangre impregnada en mis muñecas para volver a ser yo sin tener que decir más.

Al mirarme al espejo, sigo siendo la misma: mis ojos, mi rostro, mi cuerpo desnudo. Pero, en el fondo, sé que he entrado en una oscuridad que no reconozco en mí.

—¿Qué hiciste, Alaska...?

Me visto rápido con mi bata de seda. Me abrigo, dispuesta a irme junto a Briana de nuevo, pero al abrir la puerta, sus ojos y su escultural cuerpo me detienen.

—Veinte cuchilladas en el tórax, tráquea, cuello y corazón. Dos de mis mejores hombres, Alaska.

Exhalo sin saber qué más decir. La luz de la mañana entra por la ventana. Está amaneciendo.

—Forzó a Briana.

Me mira como si no le importara.

—Y no voy a permitir que la menosprecies de nuevo. No voy a dejar que nos lastimen. Ni tú, ni tus hombres, nadie más lo hará. No dejaré que...

—Bien. —Me corta.

Me ahogo en mi propia voz.

Al querer irme, me toma del brazo. Levanto mi cabeza, demostrándole que también me sé guardar sin romperme ante nadie. Su mirada quema como un caldero.

En medio de toda esta conmoción, lo único que quiero es un abrazo que sé que jamás voy a tener. Mis labios se entreabren, queriendo besarlo, dejando caer mi cabeza en su pecho, aunque sea un fragmento de segundo. Pero esas solo son fantasías. Él no es nada mío y nunca será más. Yo tengo un novio, una vida fuera de aquí. ¿Qué hago pensando en mi verdugo cuando, en el fondo, solo me quiere destruir?

Me suelto, alejándome de él con una angustia tremenda. Me meto en la cama de Briana, abrazándola contra mí, sabiendo que después de este episodio debería ser más cautelosa. No puedo permitirme fallar, no con ella.



Siniestro

Los dos hombres que atacaron a la trasquilada eran buenos elementos que tengo que reemplazar. Hombres de amplia experiencia, sucumbidos por las manos temblantes de una mujer con agallas.

Me acuesto en la cama pensando en ello, en la manera en que Alaska acribilló a esos hombres a sangre fría. Actuó por impulso, sumida en la necesidad de proteger a la pequeña puta.

Lo lleva en la sangre. Cada vez es más notorio.

No puedo contener las ganas que nacen en mi pantalón. Me prende como un loco adolescente. Pasé de la furia de fallar una misión al descontrol cuando la follé. Pretendí curarla y castigarla, pero de nuevo rompí mis límites con ella.

Alaska Wells empieza a ser una extraña excepción que no me deja en paz. No hay día en que no piense en ir a su habitación, encerrarla en mi mundo, someterla de todas las formas posibles.

Ha sido tanta mi necesidad que ya no puedo controlar las excusas baratas que ideo para volver a verla. No lo puedo permitir. No cuando el reloj está en mi contra.

La mañana llega apresurada y me cuesta dormir. No pude quitarme el pensamiento de la mente. Despierto ante la intempestiva llamada que suena en mi móvil. Es Frederick con noticias que debo atender.

Me doy un baño y me alisto. Alaska baja por las escaleras de la mano de Briana, quien tiembla cuando me ve. De lejos las veo sentarse en mi mesa para desayunar. Sabe que las criadas se van a la cocina, pero la *angliká* insiste en darme la contra.

—Amo, el señor Frederick está al teléfono —me informa Otto.

Entro en mi despacho para hablar.

—Tengo noticias, señor. Aunque no hayamos podido eliminar a los chinos, el caos que se armó sirvió para dejar tranquilos al Círculo. Por ahora no dudan

de que su esposa es una mujer de la mafia y esperan ansiosos que la presente. Lo del Círculo está cerrado.

—No me confío de esa gente de mierda. Mantenlos ocupados hasta la asamblea.

—A los que me es imposible desviar es a sus otros hermanos, señor. Los bastardos salvajes se enteraron de lo que hizo. Mandaron espías a Grecia.

Reniego entre dientes.

—¿Fue Tormenta?

—Él sigue en Italia. No tiene cabeza. Son los otros los que quieren hablar con usted.

—Mantenlos lejos hasta después de la asamblea de la mafia. No quiero entrometidos ahora.

Corto la llamada. Miro el calendario y marca un día menos.

Faltan cuarenta y cinco días para la asamblea negra del Círculo. Para que cumpla el plazo y ella se vaya de mi vida.

Las siguientes horas el trabajo distrae mi mente. Tengo algunas reuniones virtuales con los *kefalís*. Debido al robo de nuestra mercancía, la policía internacional no ha dejado de seguirnos los pasos, pero el negocio de las farmacéuticas ha logrado distraerlos.

—Los negocios se mantienen bien, amo, a pesar de lo sucedido —comenta el jefe de los serbios. Maneja negocios de bares desde hace mucho.

—Eso no significa que haya renunciado a la mercancía que tiene la policía. Síguele los pasos. Encontraremos el momento para recuperar lo que nos pertenece.

—Ha pasado por mucho. Me tomé el atrevimiento de hacer algo sin consultarle. Espero no le moleste.

Voy a contestar, pero el ruido que hay por mi ventana me distrae. Hay dos risas juguetonas, dos mujeres que riegan el jardín y en lo único que me enfoco es en una.

Cierro las cortinas, dejándola de lado.

—¿Amo? —pregunta el serbio.

—Sí.

—Tengo un presente para usted.

—No estoy para adulaciones ahora.

—Sé que lo va a apreciar, mi señor. Es alguien que ha añorado hace mucho. Y ella a usted. Debe estar llegando en cualquier momento.

Corta la llamada e intuyo por dónde va cuando suenan unos pasos acercándose a la puerta. Otto me sonríe, dejándola pasar. Reposo la cabeza en el asiento al ver a Sharma, una de las hijas del serbio, entrando como nueva *skýla*. Con el collar de cuero en su cuello.

Me la cogí hace años en una fiesta clandestina y le hice la propuesta. No le hace falta el dinero, pero su ambición siempre ha ido por más.

—Bienvenida.

Aparece con un vestido rojo y una sonrisa brillante. No es fea, tiene todos los requisitos para servirme. El vestido rojo con el que aparece deja ver su gran culo. Se me calientan los huevos cuando se acerca.

—Amo... —Sonríe, sin mirar de frente—. Mi padre está feliz.

Es decidida. Llega a mis labios. No me he cogido a otra mujer en semanas. Me obligo a verla, tocarla, sentirla. Su beso es rápido, caliente y sumiso. No me contradice, no pelea. Deja que haga todo lo que se me antoja.

—No quiero perder más tiempo. Deseo tanto que me posea. ¿Podré unirme a su grupo esta noche? —dice y un ruido estridente se escucha.

Los ojos de Alaska parecen carcomer desde la puerta. Otto se queda a medio hablar al verla.

—¿Quién demonios es esta mujer?

El rostro de Alaska se enrojece tanto como si fuese a desfallecer de rabia.

35
DESCONTROL

Alaska

Las mejillas me arden.

Me siento tan estúpida como indignada al observar la escena. Venía a hablar con él sobre Briana, y lo primero que sentí fue indignación al ver cómo se besaban, la forma apasionada en la que él le tocaba el trasero sin importarle nada.

Levanto la cara. Ambos ignoraron mi pregunta, y me siento una idiota por seguir aquí, pero no puedo vencerme. Mi orgullo no me lo permitiría. No quiero quedar como la tonta llorona que se va corriendo.

Parpadeo una vez más, observando su mirada clavada en la mía. Le sonrío, fingiendo que no me importa.

¿Sin dignidad? ¿Sin valor? ¿Sin orgullo?

Porque tengo el orgullo bien puesto, me quedo. Porque, aunque me esté quemando por dentro, no voy a darle mi cara más débil.

La mujer se incomoda ante mi presencia. Solo sonrío.

—¿No me vas a presentar, Markos? —recalco su nombre, sabiendo que la *skýla* nueva se caerá de espaldas.

«Al amo nunca lo miras de frente. Al amo jamás lo tuteas. Al amo jamás se le llama por su nombre».

—Vete, Alaska.

—¿Por qué? —Me acerco—. ¿Acaso tu esposa no tiene derecho a juzgar las nuevas adquisiciones?

Ella entreabre los labios.

—Fuera —le digo.

—Yo solo obedezco las órdenes de mi amo —contesta la zorra.

—Señora para ti. Baja la cabeza cuando me dirijas la palabra; no somos iguales. ¡Fuera! El señor no requiere de prostitutas esta noche.

Tengo la cara ardiendo de coraje cuando la mujer se larga. Markos atrapa mi rostro y hunde sus dedos en mis mejillas con brusquedad.

—No me provoques.

—No me busque usted, señor. Que para perras tiene muchas esperando, y yo no le voy a mover la cola fácil. Si follas conmigo, respeta el acuerdo o también me buscaré un reemplazo.

Quiero zafarme, pero me gana en rudeza. Ver sus ojos enojados tan cerca hace que me deshaga por completo.

—Esto lo inicio y acabo yo, Alaska.

Mi temperatura corporal se desborda cuando su aliento rebota contra el mío. Me quedo picada. Se va, dejándome muda, histérica, frustrada en formas que ni yo misma puedo comprender.

Me tengo que agarrar del sofá para no caer. Inhalo fuerte, tratando de recuperar la razón. La imagen que veo en el espejo me muestra a una mujer que desconozco, llena de lujos, diamantes, joyas y con el interior hecho pedazos.

Pero no voy a llorar.

Me voy de aquí en silencio. Tengo la cabeza atascada de pensamientos y ganas de herir. El hambre se me fue, me desquito en ejercicios. Horas haciendo *HIIT* sin parar ha sido mi tope.

Bañada en sudor, me hidrato mientras lo miro desde el jardín. El gran señor Van Loren se abre paso desde el segundo piso, reuniéndose con otros hombres.

Su mirada es digna ante ellos. Le bajan la cabeza como los perros que son. Sigue siendo el mismo patán de siempre. Destella fuego, miedo e imponencia.

—¿Alaska? ¿Qué haces aquí?

Rich aparece con dos palos de madera. Hace un tiempo me habló del *bōjutsu*, una técnica japonesa de pelea. La última vez que intenté usarlo, terminé con los ligamentos de la mano lastimados. Pero esta vez necesito distraerme.

—Dame eso —digo mientras le quito uno de los palos.

—Sigues herida.

—No es nada. Necesito pelear.

Prepara el armamento, me fajo las manos y no puedo evitar mirarlo desde abajo. Al acercarme para ponerme en posición, el balcón me muestra que no

solo hay hombres en ese ruedo, sino también mujeres que les sirven.

Yuri y la nueva *skýla* se acercan con tragos y drogas.

Nunca olí tanta peste junta. No es algo común para mí; estoy segura de que tiene mucho más pulsando sus mentes. Se miran, sonríen, trazan una línea de polvo blanco para inhalarlo.

—¿Lista? —Rich pregunta. Mi posición me obliga a mirar a Siniestro. ¡No puedo sacarme esta maldita rabia!

La perra de Yuri avanza hacia el amo, lo toca junto a la otra mujer que tiene los senos sobresalientes.

Trato de pensar en mí todo el tiempo; siento los oídos entumecidos de la cólera.

Me ve y me ignora. Yuri pasa sus uñas por su torso para detenerlas en su miembro. No puedo evitar pensar en que se la cogió, que la besó y dejó que ellas lo toquen.

No. Me. Importa. ¡No me importa!

—Ataca.

Rich se defiende. Estoy enardecida y alborotada. Parece que el ruido se me va; solo siento el latir de mi corazón en llamas. Ahora soy yo quien está llevando la delantera. Chocamos las barras, retrocede para aguantar mi peso. Tira de ellas con una sonrisa mientras mis ojos no dejan de ver a la zorra.

Besa el cuello de Markos. Le permite tocarlo.

La fuerza que nace en mis puños es evidente. Ataco a Rich rompiendo las reglas. De un tirón, me doblo el estómago con la barra. Ambos caemos al suelo.

—¡Alaska! ¿Estás bien? —Soporta su peso en los brazos y luego descubre mi rostro con sus dedos.

Siento su aliento a café. Al levantar la mirada, sus ojos claros me miran como si hubiera algún tipo de hechizo.

—Rich... —mascullo poco a poco. El barro toca mi cara, me erizo al sentir su peso y la creciente erección entre mis piernas.

Se levanta rápido y me ofrece el brazo. Markos nos mira, pero no hace nada. Piensa que es solo entrenamiento. Se mantiene frío, tomando a la *skýla* de la cadera. No quiero meter a Rich en problemas, no cuando sé que valora su trabajo. ¿Pero en qué problemas voy a meterlo si a Markos no le interesa?

Tiro las barras de madera y me dirijo hacia los matorrales al escuchar cómo gime una de las *skýlas*. Tengo sus voces atoradas en mi mente, unas ganas terribles de llorar me azotan.

—Alaska.

Es Rich de nuevo.

—Necesito estar a solas. Vete.

Me pone la mano en el hombro y volteo, sin poder ocultar lo que siento.

—Todas terminan amándolo, pero solo sobrevive quien lo olvida.

No quiero aceptar que tenía razón. Me pica la nariz. No puedo responderle.

Estoy celosa. Tan cabreada que ni yo misma me aguanto.

Baja sus manos por mis brazos, y el contacto hace que me vuelva a tensar.

—Todo estará bien. Tranquila.

Sus ojos cálidos, su sonrisa amable, me remecen. Al contrario de Markos, Rich es un hombre suave. No sé qué demonios pasa cuando nos vemos. Mi mente no deja de pensar en cómo esa mujer lo besaba, en sus palabras bruscas, en su indiferencia que me hicieron sentir… triste.

Para cuando regreso a la realidad, Rich está muy cerca de mí.

Las palabras me atormentan, avasallan cada parte de mi razón y pensamientos, y entonces me doy cuenta de que ya es inevitable. Su boca está besando la mía. Sé que no debo, pero tengo una frustración que me quema. Sus labios son suaves, gentiles. No impone el beso.

«¡Por Dios!»

Me separo casi de golpe cuando vuelve mi cordura.

—Lo siento, Alaska. Yo...

—No. —Levanto la mano—. Déjalo ahí.

Me voy con el mundo hecho un embrollo e ignoro las palabras de Briana al llegar a mi habitación.

Me sumerjo en mí misma, echándole llave a la puerta. Sola, angustiada, con el agua de la ducha fría cayendo sobre mi cabeza.

«¿Qué hice?»

Rich no tiene la culpa de mis problemas. Es un hombre casado y con dos hijos. ¿Hasta dónde ha llegado mi descaro?

Tengo un laberinto de pensamientos cuyo centro termina siendo el mismo: Markos Van Loren.

No soy la misma chica; algo en mí ha cambiado. Ya no tengo los mismos ideales. Pienso distinto, siento diferente, ya no me pertenezco.

Lo único cierto es que jamás me daré por vencida. No en un mundo donde el débil es pisoteado.



Siniestro

—Los italianos siguen en caída. Este es el momento de atacar.

Escucho a Frederick, quien insiste en algo con lógica. Se abstiene de las mujeres que lo rodean. Y yo, aunque tenga a Sharma a mi costado, tocándome el brazo, decido alejarme.

Revuelvo mi whisky en el vaso, observando cómo el líquido colorido actúa frente a los dos hielos que lo contienen. Tengo la hiel en los labios, la lengua encaprichada. Frederick me sigue, hablándome del tema, pero mis pensamientos están en otro lado, aun cuando la mafia me necesita ahora.

—¿Señor?

—Te oí. —Entramos en el despacho—. Siéntate.

Me da los documentos que prueban la crisis de la hermandad italiana, quienes ofrecen grandes tierras para luchar contra Bianca Simone. Son el grupo de idiotas que controlaron los clanes en el pasado e intentan volver a recuperar su poder.

«¿Me importa? No».

No los necesito para joder a quien quiero. Lo que sí me intriga es el *vyshe*, el supuesto líder en transición del clan ruso que no ha hecho más que apoderarse de un legado a la fuerza cuando el imperio es de otro.

Estoy informado de cada movimiento de la mafia por más mínimo que sea. Si Smirnov lograra alguna alianza con el *vyshe*, podría tener armas para enfrentarme.

Me habla de sus opiniones, vuelve a meter a los italianos y simplemente no me importa. Me cuesta concentrarme en lo que necesito. Después de la maldita reunión que tuve con los *Kefalis*, no dejé de pensar en una sola cosa.

—¿Dónde está Rich? —Corto su discurso.

—Indispuesto, señor.

—¡Nadie debería estar indispuesto para mí! Me vale una mierda si se enferma, lo quiero en acción. Quiero que se largue junto a los *Kefalis*.

—¿A hacer qué?

—Trabajos en sus tierras. Que supervise los clubs.

—Esa no es su función, señor. Es un buen elemento para usted. Considero que más lo necesita aquí.

—¿Te he preguntado tu opinión?

Mantiene la cabeza abajo.

—No.

—Entonces obedece.

Termino mi trago y me levanto del asiento. Parece que han pasado siglos, pero ha sido solo una tarde. El tiempo se alarga y ya son las once de la noche. No aguanto el fastidio. Esta energía en mis puños parece quemar y no se calma con nada.

—Otto —lo llamo al salir de mi despacho.

—Señor.

—Esta noche pelearé en jaulas, necesito alimentos. Llévenlos a mi auto.

—Le pediré a una mucama que lo haga.

—No, quiero que sea Alaska quien me los lleve.

—La señora Van Loren se acostó temprano.

—Pues la levantas y haces que me sirva.

Es lo último que digo.

Desde que las pandillas entraron en su berrinche, ya no he peleado en las calles. Tampoco sentí que lo necesitaba. Pero ahora el deseo por desfogar mi sed de sangre es inevitable.

Tomo las llaves para irme al garaje después de cambiarme de ropa. La esperaba encima del auto, dispuesta, lista para mí, pero lo que encuentro es

una mujer agria vestida de monja.

Hay furia en los ojos de Alaska. Está completamente tapada, no trae sujetador y mis ojos no dejan de ver la punta de sus pezones traslucirse en ese camisón. Tiene el cabello alborotado, amarrado sin peinar, y aun así no me desagrada.

—Aquí tiene, amo —ironiza—. Proteínas con vegetales, escupidos y sazonados para que se los trague con gusto.

Debería bajarla de su nube, azotarla por su majadería; sin embargo, no la quiero soltar.

—No te he dado permiso para que te largues.

Voltea con la mano en la cintura. Sabe a lo que vino y se hace la tonta.

—¿No podías inventar otra excusa? Vas a rogar para que te deje follarme.

—Vas a rogar porque te dé más duro. —Extiendo mi mano y se suelta.

—No soy un plato de segunda mesa de nadie.

—Ansías que te folle.

—¡No me toques! ¿Por qué no le pides a esas zorras que te complazcan? Ya tienes una nueva.

—No tengo por qué darte explicaciones. —La tomo de la nuca para atraerla a mí. Sus pezones están erectos, sus labios hinchados—. Somos inevitables, Alaska. Acéptalo.

Mis dedos empiezan a tocarla. Bajo el cierre de mi pantalón mientras su pecho sube y baja con la respiración entrecortada. Como esperé, está húmeda, mojada para mí.

—Eres un descarado.

—Eres mía como quiero, porque quiero y se me antoja.

Mi mejilla siente un cosquilleo cuando me lanza una cachetada. Tengo que pegar los dientes para contenerme. Ella palidece, pero aun así no se amilana.

—¡En tu maldita vida vuelvas a tocarme! —Tomo su brazo—. La próxima vez, serás tú quien lo pague.

—¡Púdrete! —grita.

Tiro de ella y la beso con impaciencia. Sus labios me saben bien cuando chocan con los míos. Intenta zafarse, pero existe una particularidad en

nosotros: el deseo no espera. Nuestros cuerpos se gustan, mis manos están acostumbradas a desnudarla.

Exploro su boca con mi lengua en un beso salvaje. Su cercanía me calma y a la vez me exaspera.

—Te mereces un castigo —digo contra su boca—. Por desafiarme, niña malcriada.

—Eres el propio hoyo de oscuridad en el que te guardas.

Me empuja. Suelto una larga exhalación.

«¿Cómo carajos se atreve a...?»

—Espero que hayas disfrutado el beso. Porque yo no, solo te repudio.

Gira y se larga, dejándome su mirada tatuada en mi mente.

He visto esos ojos antes, la forma en que me mira. La misma rabia, el mismo dolor. Los recuerdos vienen a mí como azotes. Una chiquilla corriendo por las praderas, sostenida de mis hombros. La misma a la que protegí y terminó yéndose con Bristol.

36
GOLPE DURO

Siniestro

Horas después. Mansión Van Loren.

Mis manos sangran por los golpes que propiné en las peleas clandestinas. Es de día cuando regreso a la mansión y la cabeza me explota. El baño que me doy no me relaja. Nada evita que el fastidio siga.

Ni siquiera he podido concentrarme en lo que me importa. Me sirvo otro trago sabiendo que he descuidado mi foco.

Grecia se convertirá en el imperio más grande de la mafia, quitándole a Italia ese dominio. Matar al imbécil de Smirnov es cuestión de tiempo, y mis planes con Bristol están a punto de terminar, pero Alaska vuelve a entrometerse en mis pensamientos.

Tiro el vaso de whisky contra la puerta. Otto se hace a un lado, evitando que el vidrio le caiga. Me mira paciente, con una bandeja de comida en las manos y mis puros favoritos.

Deja los alimentos en el escritorio. Es sobrio, propio y discreto. Me ha sido fiel todos estos años. Entiende mi silencio, sabe cuándo aparecer para servirme.

—¿Fuego, señor? —Saca un encendedor y lo acerca a mis labios.

Dejo que mi cuerpo caiga en el asiento. Percibo el sabor amaderado del puro y exhalo por la boca.

—El tiempo pasa rápido —comenta—. Falta poco para los noventa días.

Se mantiene erguido. Su mirada incierta se pierde en el vacío, pero sé que quiere hablar.

Decido escucharlo.

—Dilo.

—Siento que esta batalla está siendo muy pesada. Si bien logró una vez más vencer el obstáculo que le puso Bristol con el Círculo, no tardará en idear otra cosa para tratar de recuperar a su novia.

—No hay nada que ese infeliz pueda lograr. Es solo un mísero idiota.

—Usted también tiene mucho que perder en esta venganza. Sus enemigos están al acecho. ¿Cederá?

—No.

—La corriente de un río también arrastra las rocas, señor.

—Si las rocas no son fuertes.

Soy consciente de las fichas que he movido, «su hembra por la mía», la destrucción y muerte que podría traer como consecuencia, pero está hecho. Y yo nunca me arrepiento de nada.

Termino de beber con mis planes en marcha. Trabajo hasta mediodía. Últimamente el sueño se me ha ido, pero mantenerme ocupado me libera.

—Amo... —Yuri me intercepta, baja la cabeza y noto sus tetas de silicona más infladas que antes—. Quisiera saber si podemos tener una audiencia.

—¿Qué quieres?

—Atención, mi señor. Hace mucho que no nos toca, las *skýlas* no comprenden las razones.

—No tienen que comprender nada. Las mantengo y pago para que me abran las piernas, no para que pidan explicaciones.

—Tiene razón, pero hay una nueva, Sharma, que tiene gustos particulares. Creemos que podemos complacerlo.

Yuri me conoce, sabe por dónde atacar. Está entrenada para provocarme, complacerme, hacer que me derrame donde sea. No en vano es la *skýla* con más experiencia de mi equipo.

Soy un alfa que necesita sexo salvaje. Me puedo follar a muchas en un día, mi instinto devora, pero para saciarme ya no necesito solo la belleza del rostro.

—Sabemos que nos aprecia. Somos cultas, mujeres exóticas que decidimos dejar una vida normal por complacerlo. No nos rechace esta vez.

Ahora lo que necesito es olvidarme de otra.

Me quedo quieto al entrar en el salón, observando a once mujeres, incluida Yuri, envueltas en cadenas por todo el cuerpo. Un baño de orales no me desagrada del todo.

Mantengo en frío mis pensamientos cuando me tocan. Yuri me baja el pantalón metiéndose mi polla a la boca para erectarla. Hace su esfuerzo y lo consigue.

—¿Más, amo?

Ni siquiera contesto, terminan entendiéndolo cuando cinco más se acercan para besarme y acariciar mis piernas.

Alaska ha sido la única mujer con la que follo sin estímulos previos, y estas ruegan por mí. Se prenden como serpientes, ansiosas porque las elija, mientras la inglesa solo me da la contra.

—Mi señor.

Sharma ahora tiene mi atención. Yuri deja de mamármele para darle paso a ella y no lo hace mal, está bien por ahora. Le clavo todo lo que tengo encima, vaciándome, saciándome, dejando que las *skýlas* me consientan sin darme problemas, sin reclamos de nada.

Hacen que me relaje. Tanto problema y mierda, tanta pelea idiota, tanto drama encima me tenía alterado. Me follo las tetas de algunas y otras solo miran.

—Sin gritos.

Se tragan sus palabras cuando termino. Me guardo la polla y se quedan saciadas en el suelo con la cabeza hacia abajo. No he podido penetrarlas, no me provocan, pero el oral ha estado pasable.

Ordeno que nadie me moleste después de mi breve ejercicio, entonces los ojos de Alaska arremeten contra los míos al borde de las escaleras.

No dice nada, solo me mira. Lleva la misma ropa con la que la dejé ayer en el garaje. Lo que me indica que recién regresa a la mansión, seguro por andar tras el perro.

Ignoro su cara de mierda y voy hacia mi sala de billar, pero me ataja con un grito que reverbera en cada rincón de la sala.

—¡Markos!

Volteo, absorto en lo que veo al frente.

Al acercarse, me doy cuenta de que apesta a alcohol. Está picada, logro notar sus ojos rojos, la lengua más filuda que de costumbre.

—¿De dónde carajos sacaste...?

—Maldito de mierda.

No lo dice, lo grita. No está en sus cabales.

—¿Qué dijiste? —Me altero.

—Maldito de mierda.

Mis escoltas llegan a la escena, las *skýlas*, también las sirvientas. Hay un sonido de sorpresa, los leves cuchicheos inician. Nunca nadie se había atrevido a insultarme. Quien se atreviera, lo paga con sangre.

—Quiero regresar a Londres ahora mismo.

—Camina. —La tomo del brazo poniendo a prueba mi autocontrol, pero se zafa.

—¡No! ¡Vas a escucharme!

—Tenemos un trato.

—Que termina ahora.

La acorralo contra mi pecho y parece que todo se me prende con la cercanía, pero la rabia puede más ahora.

—Termina cuando yo así lo decida. No estás en posición de aceptar ni pedirme nada, niña. Te recuerdo que eres mía, dependes de mí hasta que yo así lo estipule.

—¿También soy un número? ¿Es lo que soy para ti?

Empiezo a perder la paciencia.

—Eres mi carnada, solo eso.

—No se me olvida porque usted así lo ha dejado claro desde el principio. Porque es tan mierda que no quiere a nadie. ¿Pero sabe qué? Si quiero, puedo deshacer el mundo, basta que truene así —hace un ademán con sus dedos—, y todos me obedecen.

—¿En serio?

—¿Me cree tonta?

—Te creo ridícula.

—¿Qué tan ridícula, amo? —Me empuja—¿Porque no soy como sus *skýlas* que te bajan la cara y callan? ¿Como tus sirvientes que solo te respetan por miedo? ¿O porque está conociendo a una hembra que sí se da su lugar ahora?

—¡Desaparece de mi vista!

—¡No me voy! ¡Ahora me escuchas!

—Si vuelvo a escuchar una palabra más, voy a castigarte. Vas a ser juzgada como cualquiera que se atreva a faltarme el respeto.

—Castígueme entonces por decirle sus verdades a la cara: puto Van Puto de mierda.

Lo goza y me incendio.

—Te he dado beneficios que no mereces, Alaska Wells.

—Y yo he sido una estúpida tratando de negociar con un ser mentiroso y arrogante como usted, Markos Van Loren.

—¡Cierra la maldita boca ya!

—¿Por qué? ¿Te da miedo que todos lo sepan? Tú, sin infringir poder, no eres nada. Detrás de ese halo de autoridad, solo existe un don nadie. ¿Ninguna mujer te ha cabreado? Solo tiemblas como un vil marica.

—¡Suficiente!

No me domino.

La arrastro del brazo en medio del escándalo que se propaga. Los escoltas están a la orden cuando lo pido.

—¡Suéltame, animal!

—Señor. —Otto se acerca apresurado tratando de detenerme.

—Las llaves del infierno.

—Pero señor, son calabozos cercanos a los pozos de cocodrilos. La señora Van Loren…

—¡Las llaves!

Me las da. Termino de arrastrarla hasta adentro. Mis hombres se encargan.

—Se quedará ahí hasta mañana. Que limpie la mierda de mis animales. Es la primera advertencia. Si vuelves a pretender romper mis reglas o hacer un escándalo, no tendré compasión contigo.

La encierran.



Alaska

Frío, siento mucho frío. La cabeza me revienta.

Abro los ojos, dándome cuenta de que no fue una pesadilla; estoy en un calabozo.

Soy ajena al tiempo que transcurrió desde que me trajeron aquí. De tanto llorar, las sienes me estallan. Soy consciente de lo que pasó y no voy a justificarme. Exploté diciéndole sus verdades, no solo por el whisky que robé de su almacén, sino porque lo sentía.

¿Qué tan bajo he caído? Exploté, sin saber manejar este embrollo incontrolable. Presa de sentimientos que no quiero afrontar: el miedo por lo que empiezo a sentir por él, la culpa por Leonardo, la sensación de injusticia y los celos que empiezan a joder mi cabeza.

Me llevo las manos a la cara cuando un empleado me tira agua helada encima, dándome el mismo trato que tienen con los otros cautivos.

Este lugar no lo había visto antes; huele mil veces peor que los calabozos donde estuve en un inicio. Son como cárceles en medio de un laberinto, pero lo peor son las escaleras que llevan a una gran jaula en el centro donde habitan animales salvajes.

Puedo escuchar el agua empozada de los cocodrilos, el hedor de carne humana descompuesta. Tiemblo al darme cuenta de que otros rehenes empiezan a gritarme. Me están mirando.

—Ojalá te diera en ese culito.

—Miren nomás... La puta mayor del amo.

—¿Será que es frígida y Siniestro se quiere deshacer de ella?

—Puta, zorra maldita. Ojalá te mueras.

Sus insultos son en bloque, por montones, haciéndome mierda con sus palabras, denigrando cada parte de mi cuerpo, mi nombre y mi apellido.

No puedo fingir algo que no siento. Me sumerjo en el suelo como si valiera nada. Me duró poco la creencia de que él me consideraba en algo, pero dejó en claro que no.

Se cogió a esas perras. No solo lo hizo con Sharma, sino con las demás. Cuando lo vi salir del harem de *skýlas*, me volví loca.

Ya no lo puedo soportar, este vacío me está quemando. Mi dignidad está al límite. Lo que siento empieza a dolerme tanto, que ni siquiera puedo con mi cordura.

—Pobre asquerosa... —Las palabras de Yuri me sobresaltan. Está aquí. Se me amarga la boca de solo escuchar su voz de víbora—. Mira nomás en dónde terminaste.

Quiere molestar, pero solo la ignoro.

—Esta vez no fallaré, vas a pagar todas las que me has hecho —espeta—. ¿Con hambre, animalitos? —Alza la voz—. Hoy les daré carne nueva.

Hay tres secciones para salir de este lugar, una que encierra la otra.

Me doy cuenta de que ya no juega cuando abre las jaulas humanas, liberando a los rehenes, hombres que se ven de la peor calaña.

Esos tipos están destinados a morir, Siniestro paga con ellos sus deudas y los devora vivos sin arrepentirse. Me miran con deseo, saben que soy su esposa. Quieren vengar, herir, dañar porque no tienen que perder nada.

Bordean mi celda con sus manos tratando de tocarme mientras la maldita zorra se ríe.

—Quién ríe al último ríe mejor, ¿cierto?

—Vete a la mierda.

—Corazón... —ironiza—. ¿En serio pensaste que al amo iba a soportarte? Tus ínfulas de señora ya aburrían. Seguro hasta el culo lo tienes apretado. Te dije que era cuestión de tiempo para que el amo te desechara. ¿Qué tal si entrenas un poco? Estos hombres no han follado hace mucho y yo quiero ver sangre.

Abre mi celda mientras observo en cámara lenta cómo todos vienen hacia mí de golpe.

—¡No! ¡Suéltenme!

Los cerdos me tocan. Me meten los dedos por mis zonas íntimas, besándome el cuerpo, los brazos, la cara, y no lo soporto.

Me aparto para defenderme. Preparo mis brazos para pelear contra ellos. Golpe, patada, puño.

Me abofetean en el rostro más de diez veces y, al volver a levantarme, revientan mis labios con sus puños, pero yo los dejo en asfixia.

—¡Zorra!

—¡No van a tocarme!

El sudor me empapa de pronto, la sangre brota por todas partes. Me preparo para el próximo contrincante recordando la voz de mi padre en la cabeza. A uno le destrozo la cara con mi fuerza, a otro le reviento el cráneo contra la pared y así van cayendo los malditos.

—¡Eh! —gritan.

Cuando la manada de vándalos nota que uno es fuerte, te respetan. Se detienen al ver cómo estoy lista para defenderme.

—¡¿Qué hacen?! ¡Golpéenla!

Nadie la escucha. Salen de mi jaula para meterse en la suya. Ahora Yuri es quien entra.

—También engatusaste a esos hombres, ¿verdad? ¡También los embrujaste!

—Suéltame.

—Acabaré contigo de una vez por todas, perra.

Me saca el cuchillo. Mi cuerpo está tan lastimado que apenas respiro.

—Juega limpio.

—Contigo nunca.

Empuña, pero me safo. Sujeto sus muñecas y le volteo el juego, pegándola contra la pared mientras me rasga la piel con la daga que termina en mis manos.

—¡Por favor, ayuda! —Finge llorar—. ¡Quiere escapar! ¡Liberar a los otros rehenes! ¡Está loca! ¡Quiere matarme!

—¿Qué demonios haces?

—¡Ayuda! —No deja de gritar—. ¡Sacó las llaves de las cárceles y quiso organizar una emboscada contra el amo!

Exhalo entendiendo sus planes. Los escoltas se acercan, hacen sonar una alarma, y pronto Markos aparece.

Las jaulas de los rehenes están abiertas, hay guardias heridos y cuchillos esparcidos por el suelo. Yuri lo planeó todo desde antes. Es una trampa.

—¡No pueden creerle! —respondo—. Ella lo organizó todo. Ella…

—Yuri, vete.

Ordena que levanten los cuerpos, encierra a los demás en sus jaulas y los tortura quemando vivo a uno de los rehenes.

Me agobia su mirada. Sus ojos se encienden con el fuego. No sé quién es, no reconozco al hombre que estoy viendo ahora mismo. Me mira con tanta ira contenida que puedo sentir su odio en mi carne.

—Te lo advertí.

«Le creyó a esa perra. Lo hizo».

Mira a sus guardias, se gira y se va mientras todo parece pasar en cámara lenta.

Los escoltas me toman de los brazos hasta dejarme en el suelo, amarrándome las muñecas para que no ponga resistencia. Me arrancan la ropa de la espalda y mis ojos solo desbordan lágrimas cuando veo entrar a *el carnicero*.

—Nos volvemos a ver, mi señora. —Se burla.

Ya no soy la señora Van Loren. No quiero serlo.

Recibo el primer latigazo. Luego otro y otro sin emitir grito ni emociones.

—Denle más fuerte hasta que grite. —La voz del verdugo me perturba.

Él está afuera, escuchando mi voz, disfrutando de mi dolor, y solo cierro los ojos tragándome el orgullo. Podrán obligarme a arrodillarme, pero no me lograrán callar la boca.

Vuelven a golpearme.

—¡Malditos bastardos! —Los maldigo. Mi voz reverbera en la sala.

El quinto latigazo me obliga a caerme. La tierra se mete en mi boca, pero no por eso me hago más débil.

Lágrimas vivas salen de mis ojos cuando lo miro a lo lejos. Está de espaldas, escuchando cómo me golpean, y la voz de papá se cuela en mi mente.

—*¿Cuál es la mayor virtud del ser humano, papi?*

—*Ser fuerte y valiente, aunque la vida te destruya.*

Me azotan una vez más y me desplomo con un llanto que ya no puedo reprimir.

Me quiebro. No sé si este es un castigo para mí misma o si es la forma en que él utiliza para demostrarme que es inquebrantable.

Me desgarro con los golpes y lloro por las veces que me quedé callada. Lloro por los años que extrañé a mi padre y me hice la fuerte. Por lo que

hicieron mis hermanos. Porque traicioné a mi novio y por lo que me hice a mí misma al fijarme en un hombre como Markos Van Loren.

—Por favor, basta —clamo, llorando—. ¡Basta!

Me alzan de los brazos y grito, queriendo que a lo lejos me escuche. Que voltee, para comprobar que no hace esto porque quiere demostrarse a sí mismo que no le importo, sino porque su maldad es tan fuerte que no contempla a nadie.

—No puedo más… Markos —siseo, derrumbándome en el suelo.

Él voltea, me mira de lejos. Solo me mira.

37
PEDAZOS

Siniestro

Mi mirada se mantiene al frente al escuchar los latigazos. Saboreo el amargo en mi boca cuando las cuerdas impactan en su carne una y otra vez, sin que pueda controlar mis puños.

El sonido de su llanto ensordece mis oídos. Inició sin emitir palabras: tan rebelde, orgullosa, pero ahora grita que paren, clama mi nombre, y su dolor hace que no lo soporte.

—Basta. —Levanto la mano.

Estoy intoxicado de mierda. Un leve rugido la sobrepone, pero el verdugo no escucha. Levanta una vez más el látigo para soltar su fuerza contra Alaska. No hace caso, tampoco sigue órdenes.

—¡He dicho que basta! —exclamo y el cuerpo del infeliz cae al vacío por la bala que disparo en su cráneo.

El carnicero era uno de mis mejores torturadores, pero su vida no significa nada.

Los gritos de los vándalos suben cuando entro. Uno de los rehenes sigue quemándose vivo y, aun así, no hacen más que alabar el nombre de Alaska para que se levante.

Se remueve de la tierra con sus últimas fuerzas, sangrando. Me mira con los ojos llenos de lágrimas y es como si esa bala hubiese traspasado mi cabeza.

—Un médico. Que le den atención médica —es lo que pido sin bajar la vista, con la cara en alto.

Me largo sin decir más, irritado, queriendo estar a solas.

Atravieso los pasillos largos de mi mansión y esta sensación de calor me asfixia. Necesito un maldito trago. Me llevo la botella a la boca, tenso, exacerbado.

—Señor, el escolta asistente se está ocupando de la señora, pero desean saber sus instrucciones. —Otto me ataja.

—Haz lo que quieras. Tengo que atender cosas más importantes.

Le cierro la puerta de golpe, queriendo hacerle creer a mi razón que hay otras prioridades. Que ella no me importa.

Intento trabajar como sea en los próximos minutos. Abro la MacBook, reviso mis pendientes, aún bebiendo de la botella.

—Hay un escándalo con exmiembros de la *Incripol* —comenta Frederick—. Deberíamos atacar ahora. Tengo un plan en mente.

Lo escucho, sin entender nada..

—¿Amo?

No contesto. Es como si mi mente estuviera desconectada.

Corto la comunicación, sin decir más. Es un día soleado, perfecto, con tanta quietud que desborda y, por primera vez, tanta paz me exacerba.

Me quedo en silencio, mirando al estúpido vacío con las palabras de quien me crio en la mente.

«Nunca bajes la mirada ante nadie, porque cuando lo hagas habrás perdido».

Entonces tiro la botella al suelo, clavo una daga en la madera de mi escritorio, pero este peso no se va con nada.

Me enfoco en distraerme con el boxeo. Termino rompiendo el saco de box de lo duro que le doy con mis puños. Y esto, en vez de mejorar, empeora.

Con la cabeza explotando, voy de camino a los estacionamientos. Un empleado me ataja.

—Señor.

—¿Qué quieres?

—Brindar informes sobre el estado de la señora.

Todo ese mar de energía vuelve a mí cuando la nombran.

—El médico requiere su permiso para sedar a la señora por cincuenta horas. Ahora mismo está inconsciente.

—¿Qué carajos?

Me abro paso y, sin decir más, regreso a la mansión, voy su recámara, pero no encuentro a nadie. Veo la puerta entreabierta de la mía. «¿Acaso se atrevieron a...? ¡Joder!». No termino de hacerme la pregunta y la encuentro con

el cuerpo boca abajo, desnuda y la espalda lastimada, como si su carne viva ardiera.

Tengo que tragar saliva para asimilarlo. No porque no esté acostumbrado a ver heridas, sino porque la imagen que tengo de ella en mi cabeza es otra. Ahora luce completamente indefensa, inconsciente, destruida.

Está dopada, pero en el rostro es visible su dolor.

El doctor Mayer, médico de cabecera de la mansión, se acerca.

—Siete latigazos, señor. Tiene una infección y temperaturas muy altas. Tuve que proceder a sedarla. Si despertaba, iba a sentir un dolor indescriptible y es su esposa.

«Mi esposa».

Ya no es la chica rebelde que no se callaba ante nada, ahora es una más de mis víctimas, postrada en mi cama, luchando por superar un estado deplorable.

—Ordené que la traigan a su habitación —suma el médico.

—¿Quién demonios te dio permiso?

—Necesita asistencia médica y protección, amo. Cualquier persona que atente contra ella podría matarla. Sus defensas están muy bajas como para soportar otro tipo de problema. No es alguien que esté acostumbrada al dolor de la mafia.

«El dolor de la mafia».

Mayer jamás se ha metido en lo que no debe. Le pago muy bien para que cierre el hocico, pero esta vez no puedo quejarme.

Explica el detalle de lo sucedido: la infección se dio por las heridas.

—El verdugo exageró. A ningún rehén se le da siete latigazos sin tortura previa. Quebró el protocolo sin su autorización.

Me mantengo en silencio, mirándola.

Los segundos parecen hacer que mi mente retroceda en el tiempo. Eran dos latigazos, no más.

—El carnicero era hermano del escolta que asesinó la señora Van Loren cuando defendió a la señorita Briana. —Otto aparece tras de mí—. No hizo caso cuando le pidió que parara, se estaba vengando.

Contengo el puño.

—¿Tiene más familia aquí?

—Un gemelo.

—Mátenlo.

El médico verifica los signos vitales de Alaska. Le toma el pulso, mide sus latidos cardíacos, controla el oxígeno que la nutre.

—¿Desea que la cambiemos de habitación?

—No. No voy a moverla.

El frío recorre mi espalda.

—La señora es fuerte. —Otto asiente—. La mujer más fuerte y aguerrida que haya conocido. Digna de su apellido, amo.

Dejo de mirarla y me voy sintiendo el doble de peso encima.

El día me sabe a mierda. Estoy furioso con todo y no tengo cabeza para pensar en otra cosa.

Las habladurías sobre lo que pasó con mi mujer han alertado al personal. Todos, menos las *skýlas,* preguntan por ella. La cocinera, los escoltas, incluso el jardinero, lo cual enciende en mí una alerta que no puedo pasar por alto.

Alaska se ha ganado el cariño de muchos.

Las mucamas bajan la vista cuando me ven aparecer mientras comen en la cocina. Se levantan sin masticar nada, atragantándose con lo que llevan dentro.

No digo más porque vine por algo de agua, aunque, en el fondo, estoy buscando excusas para no regresar a la habitación.

—Le llevaré una jarra ahora mismo, señor.

Tiembla la mucama, y desaparezco.

El tiempo avanza, se hace de noche, y no dejo de mirar el reloj a cada rato. El médico está yendo cada tres horas a ver a Alaska. Tengo a Otto todo el día a su lado para lo que necesite, además de dos guardias en la puerta.

«Cualquier persona que atente contra ella podría matarla».

Las palabras del médico fueron claras, y voy a evitar riesgos. Cansado y acelerado, por fin me enfrento a lo que no quería. Es el cambio de turno; llego justo a tiempo. Los escoltas se van mientras sus reemplazos están en camino. Otto guarda en sus ojos algo importante. Conozco sus silencios, pero no tengo ganas ahora.

—Está teniendo un ataque. Tendré que bajarle la dosis.

Producimos nuestras propias medicinas. Las farmacéuticas Van Loren no solo son un invento para lavar dinero, sino para crear fórmulas únicas. Así como trabajamos con drogas destructivas para comercializarlas, también las producimos para curar a nuestros enfermos.

Financiamos estudios privados para crear invenciones nuevas. El mundo se rige por reglas estúpidas; las cadenas de farmacias lucran con la vida de la gente. En este caso, yo hago mi propio antídoto. Experimentos para sedar o mandar a una persona a un coma definitivo.

Alaska ha estado conectada a unos tubos de oxígeno con drogas que la dopan por horas, pero ya es necesario bajar la dosis. Si se abusa del medicamento, podría tener ataques cardíacos. No se puede exponer a una persona si está muy débil, y, al parecer, ella ha llegado al nivel más bajo de todos.

—Si recupera la conciencia, puede no aguantar el dolor, amo.

—Dame la maldita inyección ahora.

Conozco mis productos y la nueva tecnología que pago. Me he inyectado desde que era un niño, y no voy a exponerla a seguir sedada con tantos riesgos encima.

La mano se me entumece al sujetar la aguja en su muñeca.

—Oxígeno de apoyo listo. Si no soporta el dolor, entonces tendremos que aplicar otros métodos. Al parecer, el cuerpo de la señorita ha hecho resistencia a los productos nuevos.

«Es porque nunca se ha drogado en su vida».

La hidratan y le ponen calmantes para sopesar el dolor a través de la vía. Responde bien al bajarle la dosis de la droga; sus pulsaciones regresan a su estado normal a medida que pasan los minutos, y el médico se despide.

—Dormirá toda la noche. Estaré en la habitación contigua si me necesita. Si gusta, puedo pedirle a una enfermera que…

—Yo me quedaré con ella.

Apago las luces cuando todos se largan. Prohíbo todo tipo de visitas ahora, incluida la trasquilada esa que insistió llorando en ver a Alaska.

Doy un par de vueltas con disyuntivas en mi cabeza. Me quedo contra la puerta, mudo, ido, con solo el sonido del mar acompañándome. Entonces delira. Mientras lo hace, sus pulsaciones se aceleran de nuevo.

—Mmm... —musita sin poder abrir los ojos.

Me doy cuenta de que sus heridas vuelven a hincharse.

Tomo un poco de gasas limpias y ungüentos curativos que se producen en mis islas, y se los paso por la espalda con pinzas.

La carne viva que nace de su piel hace que mis recuerdos se aceleren. Un niño perdido en medio de la oscuridad, en una carceleta, lejos de Grecia, por haber sido secuestrado.

El sudor se impregnaba en mi frente, producto del verano italiano que no perdonaba nada. Los golpes en los brazos ardían, pero eran más fuertes las punzadas en mí por las agujas, además de los latigazos en mi espalda.

Exhalo hondo, es como si al cerrar los ojos todo eso volviera. Bastardos salvajes, era como nos llamaban.

«¿Quieres saber de quién eres, número dos? Mío».

Con un cuchillo, una mujer dibujó sus iniciales en mi espalda. Si me quejaba, ellos volvían a experimentar conmigo.

Los azotes no eran tan fuertes como aquellas drogas que me metían. Mi cuerpo parecía el de un crío super poderoso. Estaba acostumbrado al trabajo físico, a pelear en los callejones de Atenas, pero los experimentos inhumanos en mi carne no los soportaba.

Me rompieron la quijada a golpes. Viví la peor escoria de mi infancia en Roma; sin embargo, nunca me rendí. Mis ambiciones pesaban más que el dolor físico que sentía, al igual que lo hacían los otros niños de mi celda.

Mi infancia no justifica lo que soy ahora. Todos en la mafia dañan. Nadie se salva de su destino. Quien no vive para sobrevivir, muere por depredadores.

Es mejor ser quien come que ser comido.

Termino de curar a Alaska, cambiando las gasas para luego inyectarle desinflamatorios. Al tomar su temperatura, suda.

—No me... —Delira—. Por favor, no... me...

Los calmantes hicieron efecto; no va a despertar, pero todavía tiene pequeñas dosis de droga en su cuerpo. Estas tienen como virtud bloquear el lado racional; el ser humano actúa como realmente es.

—Papi, las balas siguen sonando. Hay gente mala que entró en la casa. ¿Dónde está mamá? —habla inconsciente—. Mami está sangrando. Tengo mucho miedo. No me quiero esconder. Papi, las paredes se vienen encima.

Controlo su medicamento, orillándola al centro de la cama.

Ni siquiera sé por qué demonios estoy aquí. Tampoco por qué me quedo a centímetros de su rostro.

Mis dedos acarician los suyos. Huelo su cabello; nunca pierde ese aroma que me encanta.

Quiero besarla. Han sido más de veinticuatro horas sin ella. Pero no puedo seguir perdiendo el control. Necesito alejarme. Debo irme ahora.

—No... me sueltes... —Sus dedos rozan los míos, encendiendo una chispa en mi cuerpo, aun sin conciencia.

Debe estar pensando en él. ¿A quién más llamaría en sueños?

Bristol es el amor de su vida, la maldita manía que no puede olvidar, así lo haya traicionado conmigo.

—No te vayas... —Sigue delirando.

Su cuerpo tiembla en exceso. No deja de repetir incoherencias. Llora desesperada; el terror en su rostro es evidente. Está experimentando un ataque de pánico.

Su saturación baja y entra en colapso. Sus párpados rosados cambian de color, ahora son pálidos. Es tarde para llamar a la pequeña puta o a alguna sirvienta. Si el ataque es producto de sus recuerdos, es porque le teme a estar sola.

Me siento al otro lado de la cama y luego me recuesto sobre la almohada, cerca de ella.

Solo es un jodido momento. Un momento.

Tomo su mano, entrelazando mis dedos con los suyos. No hay proximidad, pero sí silencio.

Otra vez una mujer en mi cama. No he vuelto a dormir con alguien desde hace mucho. Es un acto prohibido.

—Quédate conmigo... —sisea con los ojos cerrados.

Aun con sangre, se arrastra hacia mí llorando. Me giro, poniendo una mano en su cuello para sentir su pulso. La sensación es extraña, otra regla que rompo, un calmante en medio del caos que produce mi cabeza.

Entonces abre los ojos, como en un reflejo. Y me mira acariciarla, estar a su lado, sin que se me dé la gana de apartarme.

38
OSCURECIENDO

Yuri

Quien juega con una víbora se expone a una mordida peligrosa. Hay muchos que lo saben, se lo advierten, pero aun así se esmeran por provocar lo que nunca en su tonta vida podrán vencer.

Las mentes brillantes callan, no porque le temen al contrincante, sino porque esperan el momento ideal para atacar. Y ha llegado mi hora.

Me arden las manos cuando manipulo el veneno que necesito. El tiempo y los años me han ayudado a formarme como especialista en venenos mortales. Antes de ser la *skýla*, era química.

Mantengo mi sonrisa cuando la pequeña aguja por fin termina de infectarse con las toxinas que quiero manipular.

—No lo hagas.

Sujeto la inyección con fuerza mientras una de las *skýlas* latinas aparece.

—Podría inyectarte también, así que no me provoques.

—Te vas a meter en problemas.

—Tú no sabes nada.

—¿Qué te arde más? ¿Que el amo la prefiera? ¿O que le haya dado el título que tú siempre quisiste?

Mi sonrisa se borra.

—Tú no sabes nada. El amo solo está siguiendo sus planes.

—¿Cerca de ella? ¿Cogiéndola desde hace meses con exclusividad? Desde que ella está aquí, ya no nos toca. Sabes muy bien que eso jamás pasó con nadie. Alaska Wells logró hacer lo que ninguna pudo: que él la mire diferente.

La ahorco contra la pared, escupiéndola, con la inyección al borde de su rostro.

—Será mejor que no te metas, perra —amenazo—. Tienes suerte de que esta es mi única aguja y no voy a perderla en ti.

La suelto, dejándola encerrada y, aunque no se opone, me cabrea que las *skýlas* empiecen a estar en mi contra.

Conozco a la perfección el funcionamiento de esta mansión de lujo: dónde están las cámaras, cómo se mueve el personal de seguridad a toda hora. Mientras camino, finjo hacer mis labores. Llevo una bandeja con una jarra de agua hacia la segunda planta y solo sonrío al recordar cómo el amo enfureció cuando le conté lo que pasaba en los calabozos.

«Quiso escapar».

Me creyó, creyó en mi palabra.

Su *skýla* favorita impuso la orden. Aunque no pude ver los azotes, gocé imaginándolo. Gocé escuchándola gritar, suplicando que paren mientras el amo ignoraba lo que hacía el verdugo, que vengó con creces la muerte de su hermano.

Las mucamas me miran y asienten. El cambio del personal es justo en un segundo. Tengo un lapso breve para darle mis saludos venenosos a Alaska Wells ahora.

Sé que yace en la habitación del amo. Está amaneciendo y puedo intuir que Otto se quedó cuidándola. Es muy temprano para que alguien esté en su sano juicio, así que entro en la habitación con una sonrisa. La hallo dopada, con la espalda desnuda y boca abajo para que sus heridas sanen.

No hay nadie. Las cortinas *blackout* sellan las ventanas; la habitación está a oscuras.

Camino en silencio. Dejo el agua a un costado, tomo la aguja infectada que logrará hacer que le complique el respirar y parezca una muerte natural lenta. Sus heridas se ven bien curadas, cuidadas. Lástima que no vaya a servir de mucho.

—Vamos, inyéctalo. —Una voz me detiene.

Me paralizo y dejo caer la aguja por el susto.

No, es imposible. ¡El amo no pudo haberse quedado con ella!

Volteo y me mira con un trago en la mano, apoyado cerca de la ventana, sin afeitar. Se ve tan sexy como siempre. Sus pantalones medio caídos me provocan, pero me aturde saber que ha pasado la noche con ella.

Bajo la cabeza cuando camina hacia mí, mientras mi corazón palpita fuerte. Me levanta el mentón para que lo vea. Sus ojos arden como el mismísimo fuego que no se aplaca.

—Bebe.

Me desconcierto.

—Te hará bien.

No está molesto ni sobresaltado; su voz es fría.

Todas las partículas de mi cuerpo se sucumben. Obedezco y el líquido naranja entra por mis labios hasta que casi mete el vaso por la garganta. Toso, tratando de no vomitar, y me mira como si pudiera leer mis pensamientos. Termina recogiendo la aguja antes de que mis dedos la toquen.

—Esto es tuyo —lo dice con calma, una calma que aterra.

—Solo quise ayudar, señor.

—Bien... —Hace una pausa y sonríe—. Inyéctatelo.

—¿Cómo?

—Inyéctatelo —repite lento—. Ahora.

Ordena y el pánico me paraliza. Lleva la aguja contaminada de veneno a mis manos, sin que pueda detenerlo. Jadeo tensa cuando la punta se introduce. La inserta en mí. Puedo sentir cómo el líquido me arde, cómo mi sangre se altera y cada articulación se hincha, incluso mis zonas más íntimas.

—¿Piensas que tu señor es un idiota, Yuri?

—No.

—Qué bueno —acaricia mi cabello—, porque lo cierto es que fuiste tan estúpida... —susurra en mi oreja, sacando la aguja de mí—, que creíste que me tragué tus planes.

—Señor.

—Sh... Tranquila. —Aprieta mi garganta y vuelve a clavarme la aguja en el otro brazo—. Engañar al amo es un pecado que se paga con la muerte. ¿Lo sabes?

—Señor, por favor... —Lloro de dolor.

—¿Realmente usas tu cabeza?

Me quedo en silencio.

—¡Hice una maldita pregunta! —exclama.

—No... —Le doy la respuesta que espera.

—Dilo más alto.

—No uso mi cabeza.

—Interesante, pero no convincente.

—No debo engañar al amo ni entrometerme en sus planes.

—¿Por qué, Yuri? —Lo disfruta.

—Porque soy solo una *skýla* y el amo lo es todo.

Mis lágrimas salen con fuerza. No puedo contener los temblores. El pánico me obliga a pedir piedad, y él sonríe con malicia, disfrutando al ver cómo me doblo en dos con el dolor que arde en cada parte de mis huesos.

Sus ojos son el infierno. Me humilla, haciéndome repetir mil veces lo que quiere hasta que ya no puedo soportar más el dolor del veneno.

—Si no te mueres por morderte y no se te revienta la mierda inflada que tienes como tetas, entonces disfrutaré matándote yo mismo. Un solo error y mearé en tu cadáver. Largo.

Los escoltas entran y me levantan a la fuerza mientras siento que todo me explota. El dolor es apremiante y salvaje, como lo es el hombre al que he deseado desde que pisé esta mansión.

La cara se me sigue hinchando por el veneno; cada cuerpo produce una reacción alérgica distinta. Los escoltas me tiran en el área de *skýlas*, y caigo contra el suelo a la vista de todas las demás.

—Ayuda..., por favor.

Se me atora un nudo en la garganta, pero nadie mueve un pelo por mí. De pronto, todo se vuelve negro.



Alaska

Dos semanas después.

El sonido de la alarma del reloj me recuerda que ya es de día.

Catorce días han pasado desde los latigazos y mis heridas empiezan a sanar. Casi no se notan las cicatrices, gracias a los cuidados y al ungüento que el

señor Otto me brinda todos los días.

Aquel gel acuoso fue una sanación. Apenas lo sentía en mi piel; el ardor se iba. Hay muchos misterios que guarda el legado Van Loren. Desde la medicina natural que usan hasta sus fármacos únicos que podrían sanar hasta las más terribles dolencias.

Me miro en el espejo, terminando de peinar la última hebra de mi cabello. Mis labios rojos están perfectos; lo único que falta es el perfume caro que me empiezo a echar debajo de la oreja.

El atuendo de dos piezas está bien: falda y blusa ceñida, acorde a los lineamientos de la mafia griega. Mi rostro no tiene ni un atisbo de alegría, no he podido sonreír en días. La soledad también ha hecho que me replantee la vida que he llevado, los sueños que vine almacenando desde niña hasta el conocimiento de quién soy ahora.

—Mi señora, buenos días —saluda la mucama, es joven. Entra y abre las cortinas—. En breve les subiré el desayuno.

—No.

—¿Cómo?

—Hoy voy a desayunar en el comedor —reafirmo—. Puedes retirarte.

Se sorprende por lo que comento, puesto que en este tiempo me he sumergido en mi propia recámara. Siniestro y yo no nos hemos dirigido la palabra. Cuando desperté, solo dijeron que se había ido de viaje.

Los recuerdos de aquel día aún están presentes en mi mente. Los gritos de los carceleros, la sensación de desgarro que sentí por los látigos, el desmayo, las alucinaciones y visiones extrañas que creó mi cabeza.

Estaba tan confundida al principio que solo abría mis ojos sin recordar nada y volvía a dormir. No tenía consciencia de quién venía en las noches a curarme.

Imaginé a Markos. Me acariciaba en silencio, ambos en la misma cama. Me sentí patética al entender que eso era lo que mi mente añoraba. Pero cuando fui completamente lúcida, el médico solo sonrió dándome la bienvenida.

Despertar no fue lo que dolió; las heridas, con los fármacos que me inyectaban, al final me hacían no sentir nada. Lo que fue duro fue darme cuenta de lo que era, de qué hacía en este lugar y a dónde irían mis objetivos.

Calma, quietud, silencio.

Me dediqué a hacer cosas que me gustan. Los libros, algo de música y las películas que veía me ayudaron a entretenerme.

Elevo un suspiro, mirándome por última vez en el espejo. Es hora de volver a la vida y cumplir la última fase del trato.

«El amo regresó». Es lo que escuché de las sirvientas esta mañana.

Dos semanas sin vernos. Dos semanas sin sexo.

Mis tacones altos suenan en el pavimento y, al llegar al comedor, hay solo una persona en la mesa. Deja de beber cuando me ve, levantando esa mirada fría y cruda, sorprendido con mi presencia.

No puedo negar que algo dentro de mí tiembla. Es como si respirara pesado y se me dificultara sentir las piernas, pero pongo mi corazón fuerte.

Me voy hacia el otro extremo de la mesa para sentarme.

—¿Desea algún panecillo especial, mi señora? —pregunta la mucama.

—Solo fruta.

Nos dejan a solas. Finjo tomar el jugo de naranja recién exprimido. Todo en silencio, como dictan sus reglas. Mirando únicamente mis alimentos, sin decir más nada hasta que suena la cuchara al caer en su plato.

Me observa. Soy consciente de cada uno de sus movimientos, pero controlo mi mente a la perfección sin amilanarme.

Cuando decidí levantarme de esa cama, me puse una bandera de poder en la frente. Si pensaba que iba a tirarme en el suelo a llorar por lo sucedido, estaba muy equivocado.

Seguiré el juego como un objetivo. Saldré con la cabeza en alto de este lugar. Me voy a demostrar que también puedo mirarlo a los ojos sin caer, aunque sea desbordante su belleza y ese fuego misterioso que envuelve cada jodida parte de su cuerpo.

—Deseo un café —le digo a la mucama y me lo sirve de inmediato.

Comemos en paz. Él jamás dará su brazo a torcer, tampoco castigará a la zorra esa. Entendí que para él soy solo un arma, para mí será un medio hasta que podamos poner punto final a nuestro acuerdo.

Su móvil suena y, al ver el nombre, deja de comer para contestar en otro lado.

Otto le alcanza un sobre mirándolo con seriedad, pero no es mi asunto, mucho menos de mi interés. Briana llega minutos después, justo cuando acabo

el desayuno, por lo que damos un paseo por el jardín hacia los criaderos de perros.

—Ese perro te llenará de pulgas.

—Se llama Furia y no tiene pulgas. —Acaricio la carita de Briana. Cada vez que el perro se acerca, la quiere morder, por lo que no la obligo a quererlo—. ¿Desayunaste, cierto?

—Sí, cosas deliciosas. La señora Kyria hace arte en la cocina. ¿Tú cómo te sientes?

La pregunta cala en mi cabeza. «¿Cómo me siento?» No siento nada. Es como si estuviera seca por dentro.

—Mejor —puntualizo.

—Ya no se te notan las heridas. Te ves más delgada, más sexy y radiante. Eres muy bonita, Alaska.

Me saca una sonrisa.

—Tú también, corazón.

—¿Sabes que la zorra de Yuri está desaparecida?

Mi curiosidad sube, pero opto por no hablar. No debería importarme.

—Dicen las otras *skýlas* que su cara se hizo ácido. —Ríe—. Nadie sabe por qué. Estas dos semanas ha estado lejos de aquí y espero que no regrese. Quizá... el amo la castigó por lo que te hizo.

Sonríe.

—O tal vez porque no quiso abrirle las piernas.

—Puf, si esa rogona le besa el culo al amo, ya quisiera. Siniestro no ha visitado los aposentos de ninguna *skýla* hasta ahora. —Finjo desinterés—. Lo he espiado un par de veces, llegaba directo a la habitación donde estabas. También sé otras cosas.

—Que no me importan.

—Pues deberían.

—Siniestro y yo solo tenemos una relación contractual que vencerá en un mes, niña.

Está dispuesta a soltar el chisme, pero la presencia de Rich hace que me ponga tensa. No puedo olvidar lo último que pasó entre nosotros, tampoco la manera en cómo reaccioné.

—Briana. ¿Podrías dejarme un momento a solas con Alaska?

Briana me mira y asiento. Caminamos un poco. Ninguno de los dos habla.

—Te ves mejor que antes, Alaska. Nunca dejas de brillar ni de ser hermosa.

—Rich, yo…

—Por favor, no lo tomes a mal. Solo quiero que estés bien.

—Estoy muy bien.

Me aleja de las cámaras, orillándome hacia los arbustos.

—Para aplacar cualquier ira, solo necesitas cobrárselas.

—Sé quién soy aquí.

Sonríe.

—Haces bien. El amo no ha hecho nada por ti, ni siquiera le importó tu cuidado cuando estabas en cama. —Me toma de la mano—. Después de lo que pasó, solo se fue de viaje. No entró ni una sola noche a tu habitación. Fue Otto quien curó tus heridas.

—Lo sé.

Parpadeo sin sentir. Me hago piedra en segundos.

—A Siniestro no le importa nadie más que sí mismo, te lo dije. —Sube sus dedos por mi muñeca—. Si fuese por él te mataba, es un ser…

Detengo sus caricias.

—¿Cómo está tu esposa? —Le sonrío, quitándole mi brazo.

—Bien, como siempre. Lo que pasó entre nosotros…

—Fue un exabrupto, un error.

—Gracias por no acusarme con el amo. Si se enterara de lo que pasó…

—Nunca atentaría contra ti. Eres un buen amigo. —Dejo claro—. Cuando me vaya, te voy a extrañar. Deberías salvarte tú también.

—Yo estaré bien, Alaska. —Saca de su bolsillo una bolsa negra—. Esto es para ti. El amo se empeña en alejarme de la mansión. Tengo que ir a hacer unos encargos, esta podría ser tu salvaguarda en el momento que más lo necesites.

Intento abrirlo.

—No, no ahora. Ábrelo a solas, por favor.

El ruido hace que tome la bolsa y nos alejemos de los matorrales. Al llegar a la mansión, hay más seguridad que antes. Markos aparece por la puerta hablando en griego, lo que hace que Rich me deje sola.

Hay un soldado con la ropa llena de sangre. Los hombres de la mafia se acercan y noto que Briana está escondida tras unos sillones, espiando de nuevo.

—Sal de ahí —susurro—. Ya te he dicho que pueden encontrarte espiando y te meterás en problemas.

—No, espera. Están hablando de algo importante.

Los soldados de la mafia se despliegan en una reunión de último minuto y no puedo evitar escuchar lo que dicen.

—La carga de drogas que la *Incripol* nos incautó, ha sido robada. La sacaron de Grecia, nuestros GPS indican que entraron en Turquía esta mañana.

—¿Qué? —responde un *red men*.

—Nuestros sistemas de seguridad enviaron una alerta —explica—. Cuando nuestros radares los detectaron, fuimos tras ellos, pero nos atacaron. Antígona está herida.

—¿Y qué mierda son? ¿Asesinos o aprendices? —Siniestro alza la voz.

—Alguien dio aviso de nuestros movimientos. Nos esperaban con una emboscada. Fue imposible detenerlos.

El silencio que se forma es irritante. Nadie hace nada, todos mantienen sus cabezas agachadas, pero lejos de huir, mi curiosidad aumenta. Markos no emite más emoción que un leve fastidio en su rostro.

Su actitud es implacable. Serio, pulcro, casi de piedra. Pero algo en mí me hace no creer en lo que veo. Algo en mí ve algo más que una cara dura. Está furioso, frenético, descontrolado, sus ojos me lo dicen.

—Es ese hombre —sisea Briana—. El que tiene una riña con el amo.

—¿Quién?

—Alacrán, trabaja con Smirnov, es el enemigo más grande del amo. Él es el culpable de todo lo que ha pasado estos últimos meses. También es el jefe de los chinos, el líder de la organización que vende niñas.

Alacrán.

Un nudo se me forma en la garganta.

No tengo tiempo para procesar lo que dice cuando los escoltas se mueven cerca de nosotras.

—Briana, vete a la habitación —susurro.

—Ay, no.

—¡Obedece!

La tomo de los brazos aventándola a las escaleras. Solo cuando se va, respiro mejor.

—Los turcos tienen acuerdos con nosotros. —Otto rompe el hielo—. No le comprarían la droga a los traidores.

—No sabemos cómo van a reaccionar —suma Rich.

—Con sangre, si se atreven a comprar mi mercancía robada —responde Markos—. Iremos a Estambul ahora.

—Amo, el gánster acaba de heredar el liderazgo, es un joven terco todavía.

—Con más razón necesito saber de qué lado están los turcos, recuperar lo que me pertenece y matar a todo el que esté en mi contra. Salimos en unas horas. Déjenme solo.

Todos se van, menos Otto.

—¿No fui claro?

—Hay algo más que no quise exponer ante el equipo, señor. —El anciano se seca el sudor de la frente—. Los camaradas nos entregaron las grabaciones del suceso, el barco terminó siendo pintado con grafiti.

—¿Y?

—Sellaron el nombre de Alacrán en su base más blanca. Usaron su símbolo sobre el suyo. Sabe lo que significa.

Endurece la mirada. Cada vez que dicen ese nombre, pareciera que arde.

Aprieta fuerte el vaso de vidrio y luego lo rompe. Se le pueden ver las venas hinchadas en el cuello, los dedos con sangre. Aun así, permanece intacto.

—El tiempo se acaba, señor. Las venganzas en platos fríos siempre son más dulces. Necesitamos hacer algo antes de la asamblea de la mafia negra.

«Asamblea de la mafia negra». La mayor prueba que me puso antes de iniciar el trato, la fiesta de la mafia donde debe presentar a su esposa ante el Círculo, cuya probabilidad de supervivencia es casi imposible si no estoy a la altura.

Para eso fui entrenada. Por ellos sé usar armas ahora y pelear con criminales.

—Que los *red men* estén listos.

—Tenemos bajas. Antígona necesita un reemplazo, está herida de bala.

—Amo, quisiera ofrecerme. —La voz de Yuri los deja en silencio.

Está viva. A la perra la traen dos escoltas de los brazos. Me impresiono al ver su cara hinchada y sus labios cortados.

—Eres comida para los cocodrilos, zorra —dice un escolta.

—Me necesita. —Ella se arrodilla—. Me necesita, amo, y aquí estoy. Por favor, perdóneme. Ya ha sido suficiente castigo.

Markos ni siquiera la mira.

—Mis animales tienen hambre. Terminen con esto.

—Señor, nos falta una pieza. —Otto lo impide—. ¿Quién irá con nosotros?

—Yo.

Mi voz rebota en toda la gran sala de la mansión. Todos voltean a verme. Camino firme, levantándoles la cara para luego cruzar miradas con el mismo demonio.

—Pero esta vez exijo ganarme el título en una pelea. —La miro y agrego—: Con Yuri. La que gane, irá contigo. Y la que pierda, será la tortura de la otra.

Algo oscuro ha rondado en mí desde hace dos semanas. El deseo de dañarla, la sed por exprimir su sangre. La Alaska de ahora ya no tiene dudas ni remordimientos, ha aprendido a disfrutar el sabor a venganza que me quema.

39
REINA DE LAS SOMBRAS

Siniestro

Una mujer con la cara linda es tentadora, pero una hembra ardiente y valiente es una bomba que destruye todo a su paso.

Su voz resuena todavía en mis oídos, la forma en la que viste es digna de una reina. Me arde la polla con solo mirarla, más si lleva esa falda y blusa que ciñen su figura.

Verla así, después de dos semanas, ha sido una estocada en el cerebro. La *angliká* tiene la capacidad de lucir maravillosa al natural, pero con maquillaje se ve imponente, fuerte, perversa. Tal y como me gusta.

A pesar de no haber cruzado palabras en estos días, me he mantenido informado de su salud. Ha mejorado con los fármacos que producimos. Sus heridas ahora son casi imperceptibles.

Después de sus cuarenta y ocho horas críticas, fuimos inyectándole menos medicamentos para que pudiera recuperar la conciencia. Aquella noche, cuando me quedé con ella, abrió los ojos como un reflejo. Fue mi segunda vez durmiendo con alguien y se sintió diferente.

Ya no quería observar el techo esperando que pasaran las horas, prefería dormir de costado, mirándola sin apartarla de mi vista.

Su forma de respirar me daba calma. Conté sus pestañas y me di cuenta de que tenía un pequeño lunar cerca de su oreja. Su nariz es perfecta.

Escuché cada cosa que murmuró, cada suspiro que emanaba de entre sus labios, y la incomodidad subía. Su cuerpo desnudo hacía que la deseara a niveles superiores. Me pregunté qué hacía con ella, cuál era su truco, por qué me sentía tan cómodo en la misma cama, aún cuando no la tocaba.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —respondo.

—Soy tu mejor opción, Siniestro.

En ningún momento me baja la cara cuando la miro. La Alaska rebelde no se ha ido, eso sería demasiado bueno para ser verdad; sin embargo, algo en ella

ha cambiado. Ahora hay sed de venganza en su mirada, ambiciones que no teme en aceptar al retar a Yuri.

—Bien.

El perfume que usa es perceptible a lo lejos. No dejo de ver cómo sus pechos se juntan en cada inhalación y su rostro resplandece con esos ojos. Que pelee sin haber entrenado por completo en dos semanas es arriesgado, pero nadie se lo quitará de la cabeza.

Otto sonríe mientras me voy dejándola sola. Saboreo la amargura en mis labios. La duda me genera tensión. Ver a mi gente moviéndose como lo hacen por órdenes de mi mujer refuerza la libido en mi cabeza. Debo reconocer que ahora su actitud me intriga.

—Todo listo, amo.

Treinta minutos después, el escenario brilla ante mis ojos. La tabla de boxeo se instaló en una de las alas del jardín con todos mis escoltas rodeándola. La pequeña puta y las *skýlas* están presentes, pero no hay mucho tiempo.

Miro el reloj. Tenemos que llegar a Turquía en la noche. Estas dos semanas, Yuri ha estado en una clínica fuera de mi isla, curando su estupidez. Regresó ayer y no ha querido salir para nada.

Me mira de frente cuando se presenta. Es astuta y experta, tiene años de entrenamiento. Ha matado a varios reclusos, incluso ha podido con hombres. Sabe lo que hace.

—Señor, quizá no sea una buena idea —sugiere Otto y sé que tiene razón.

Yuri tiene capacidades superiores por más tiempo de entrenamiento, pero la rabia de Alaska es interesante a mi vista.

Ver los toques de maldad en sus ojos me excita.

—Pelearán.

Las *skýlas* están acostumbradas a pelear por supervivencia, a explotar por la presión que implica tener que traicionar a una compañera con la que duermes, comes y hasta follas.

Mis *skýlas* se sacian entre ellas cuando no estoy. No les prohíbo que lo hagan, pero cuando están para mí, tiene que ser de manera absoluta. Mi garganta arde cuando me tomo el trago de golpe.

—En honor a la sangre que se derramará en este tablero, propongo que la ganadora elija un castigo para la perdedora. —Alaska alza la voz. Yuri la mira como si fuera una presa fácil.

—Acepto. —Le devuelve la sonrisa—. ¿Estás segura de lo que quieres, niña idiota?

—¿Tienes miedo? —La *angliká* la provoca.

—Tú sola construyes tu tumba.

Van a hacer bōjutsu. He estado entrenando a mis hombres con este arte marcial para desarrollar su grado de concentración y ataque.

Les dan barras de madera. Yuri es japonesa, domina esta estrategia de combate a la perfección. La primera que ataca es ella, pero Alaska la contiene, y puedo ver en sus ojos hambre de ganar.

Me llevo los dedos a la mandíbula mientras observo sus piernas; la posición en que las pone no es la correcta, pero se defiende. Se empujan peleando. Yuri grita, Alaska ataca hasta que gana terreno.

—Señor... —Otto se tensa cuando ambas barras caen al suelo por la fuerza. Los escoltas las recogen. Ahora están solas contra sus puños, lo que da paso a una pelea.

—¡Jodida estúpida! —Yuri se frustra, dándole una bofetada a Alaska. Mi puño se contrae.

Sus narices sangran por el enfrentamiento. Los puñetazos en el estómago y en el rostro solo alteran la situación mientras la algarabía de los presentes aumenta.

Las *skýlas* gritan el nombre de Yuri. Briana es la única que alienta a Alaska.

—Señor, tiene que detenerlo. Yuri la matará.

Me quedo quieto al ver cómo el juego cambia. Mi hembra le parte la cara con un cabezazo. La toma de los brazos, estirando sus ligamentos hasta que la tumba.

—¡Sí! —exclama Briana.

Yuri vuelve a levantarse. Le da dos patadas que Alaska logra bloquear, así como otros movimientos.

—¡Mátala! ¡Mata a esa perra! —Los gritos se desbordan.

—¡Mátala!

—¡Tiene un cuchillo!

Silencio.

Un murmullo me altera.

Las cosas se salen de control cuando observo los ojos de la niña rebelde. Ambas están pegadas la una con la otra. Alaska Wells sonríe; Yuri hace lo mismo. Me levanto de mi asiento al ver que una empuñó la daga en la otra. La sangre las desborda.

—Señor, está herida. La señora Van Loren está herida.

El cuchillo cae al suelo. Las *skýlas* gozan de algarabía mientras mis ojos se centran en el acto bajo que hizo una de ellas cuando no estaba permitido.

Todo el mundo se sorprende. Yuri cae de rodillas.

Se me pone dura la polla al ver a Alaska con sangre en la mano. La *angliká* retrocede seria, dejando mudos a los presentes por haber sido ella quien atacó con trampa al enemigo.

—Tenemos una vencedora —interviene Otto—. Y media hora para arribar al helicóptero, mi señora.

Le hace una venia ante el silencio aterrador que se forma. Las *skýlas* se quedan perplejas, aún con sus bocas abiertas, abriéndole paso a Alaska, quien sale del tablero sin emitir emoción alguna.

—Yuri está malherida, está muriendo —se escucha un murmullo.

No cruzamos palabras, pero sí miradas. Estoy complacido.

—Debemos irnos, señor.

Mis hombres apresuran el embarque. Haremos una parada en Atenas y luego partiremos hacia Estambul. En minutos, Alaska está lista y en su sitio. Cruzo el pasillo del avión sin mirarla.

Lo hizo. Y en sus ojos solo brillaba una sed de venganza. Los críos de la mafia tarde o temprano reclaman su lugar, sacan a flote su sangre negra, un gen que no se rompe.

Lo que acaba de hacer solo es el inicio de algo más grande que le depara: ser *la reina de las sombras.*



Alaska

Minutos después.

La sensación de victoria me gusta, aunque mis manos estén manchadas de sangre.

Por primera vez en mi vida no fui más la pobre víctima que se dejó pisar: jugué sucio y con trampa. Si no lo hacía yo, ella iba a terminar sacando ese cuchillo de alguna manera.

Cuando el avión toma vuelo, veo por la ventana cómo un tumulto se forma en el jardín. El médico la atiende, y la verdad es que no me importa.

No me importa si la dejé mal. No me importa si hay un castigo al regresar de Estambul. Tampoco si termina muerta.

Estoy cansada de ser siempre la que recibe el puñal por ser buena, y no niego lo que siento; desde que tomé ese cuchillo a escondidas, la sensación de poder atravesó mis venas. Ansiaba tanto introducirlo en su piel. Cerrarle la boca. Vengar todas las que me hizo.

Cuando empuñé la daga en su estómago, una enorme energía se apoderó de mí. Ver la sorpresa en su rostro, sus ojos abiertos, sus rodillas caer, me dio un respiro que necesitaba.

No me afectó. Ni siquiera sentí culpa, tampoco alegría.

—¿La señora desea algo de comer? —La aeromoza del avión privado me saca de mis pensamientos y, a lo lejos, la mirada de Markos está sobre mí.

—No, gracias.

Finjo estar concentrada en una revista. El vuelo es rápido, para mi suerte. Ninguno de los dos habló. Apenas llegamos, la gente de Markos se pone a trabajar.

Sé que les robaron una carga importante de drogas y que en este lugar las piensan vender. Ningún escolta dejaba de hablar de lo mismo. Ahora se formará una emboscada para recuperarlas.

Siniestro lidera cada uno de los detalles, dando órdenes precisas, mientras los *red men* se infiltran en los callejones de Estambul para conseguir información de los hombres que están metidos en el robo.

Caminamos rápido hasta una casa rodante de aspecto horrible por fuera, pero de lujo por dentro. En una larga mesa yacen personas rastreando el mar y el aire con tecnología de último nivel producida por las empresas Van Loren.

Me quedo a un costado, fingiendo que no me importan sus asuntos. Los turcos que trabajan para Markos no hablan griego; solo se comunican en inglés, y puedo enterarme de lo que pasa.

—El enemigo tendrá una alianza esta madrugada en medio del mar. Entregará su droga al Gangster, que le compró casi todo el cargamento.

—Infiltren gente —contesta Markos.

—Ya los tenemos. ¿Pero cree que no sospechan que estamos encima? Harán hasta lo imposible por despistarnos. Tienen como aliados a la policía de este lugar. Han infestado la ciudad con turistas para distraer la atención. Lo peor es que no están solos. Otras mafias ansían lo que se comercializa y vendrán hasta aquí para ver si sacan una tajada. Alacrán aprovechará la oportunidad.

Nuevamente mencionan a ese hombre.

—Metan alguna esclava espía.

—Mi señor, sabe que el principal negocio de Alacrán es comprar y vender jovencitas. Esta vez fueron crías de Latinoamérica que los chinos pedían. Será imposible infiltrar a alguna nuestra.

—¿Estás seguro?

—Ya las vendieron, no hay manera de agregar a otra. El nuevo Gangster tiene que congraciarse con sus posibles compradores. Las vírgenes les encantan.

Se me forma un nudo en la garganta.

—Alacrán sabe lo que hace. Debemos cuidarnos las espaldas. Sigo pensando que aún tiene algún topo dentro.

Markos saca un puro. De nuevo aparenta tranquilidad, pero sé que no se domina. El alcohol, el tabaco o el sexo rudo son lo único que lo mantienen cuando pierde el control de las cosas.

El odio que siente por ese hombre, Alacrán, lo desborda, así como la repugnancia que me da saber que fue él quien les ha destruido la vida a miles de niñas inocentes, incluyendo a Briana.

No olvido sus ojitos llenos de lágrimas cuando recordó cómo la forzaron. Todo lo que sufrió a manos de gente que la golpeaba. Ese hombre le destruyó

la vida y ni siquiera sé su nombre.

Así como «Siniestro» es Markos Van Loren, «Alacrán» debe tener una identidad que lo resguarda.

—Esta noche atacaremos. Buscaremos la manera de entrar en la zona cercada por policías cómplices.

—Señor, déjeme a mí. —Un turco se mete—. Alacrán ha matado a más de quinientas mujeres menores de edad mientras se las follaba. Tengo motivos suficientes para encargarme de esto.

—Éramos sangre... —agrega el hermano—. Y la sangre no se traiciona. Por favor, háganos parte de esto.

—Bien.

Markos levanta la mirada hacia mí. Me llevo un vaso de agua a los labios, sin bajarle la vista. Entiendo su juego: está usándolos. Ni todo el oro del mundo compraría la sed de venganza cuando matan a personas que amas. Trajo a esta misión a gente que lo odia.

—Para incautar sus barcos, necesitamos generar una distracción —dice uno de sus hombres.

—¿Qué hay que hacer? —pregunto, pero todos se callan. Algunos habían ignorado mi presencia.

—Tú no harás nada —advierte Siniestro.

—Por algo vine hasta aquí.

—He dicho que no.

Los escoltas se congelan mientras la tensión sube. Se escuchan las radios sonando, marcando perímetros y kilómetros a la redonda, pero nadie se atreve a opinar.

Pongo mis manos en la mesa, inclinando mi cuerpo hacia él.

—Me he ganado ese derecho.

—Si permití que vinieras, aún habiendo ganado la pelea, no fue para exponerte. Estás aquí para complacerme. ¿Quieres que te lo demuestre?

Mi cuerpo reacciona a la falta de sexo. Sus labios carnosos están a centímetros de los míos, y no dejo de fijarme en su estructura. La camisa blanca de lino que lleva entreabierta deja al descubierto sus pectorales trabajados, los brazos anchos y tatuajes que marcan sus venas sobresalientes. Me hacen perder el habla.

Es un Dios del infierno.

Respiro hondo.

—Quiero pelear. Te he demostrado que puedo —insisto.

—Lo harás lejos del peligro. Entrarás con los *red men* si algo me pasa.

—Entonces me trajiste para dejarme sentada en el banco de suplentes.

—Si te atrapan, ellos van a utilizarte en mi contra. Aunque aún la mafia no te conozca como mi esposa, que estés aquí ya es un riesgo, y te dejé estar presente.

—¿Será porque eres un alma ponzoñosa?

—Soy un bastardo salvaje, niña —puntualiza—. Que va a darte duro en esa boquita si no te callas.

Pone un arma sobre mis manos y es inevitable que sus dedos rocen con los míos.

—Úsala como te plazca, que ya sabes cómo darte placer. —La aprieta contra mí, hablándome bajito, y los recuerdos de mis noches a solas en estas semanas, tocándome, afloran en mi cabeza—. Sin descuidar el frente.

Si no estuviera convencida de que no le intereso, pensaría que ha estado espiándome.

—Señor, todo está listo. —Un escolta nos interrumpe.

—Todos nos acercaremos como turistas. Pero solo un grupo irá al frente conmigo. Los otros y mi mujer esperarán en el barco para emergencias.

Cuando por fin se va, me quedo sola con el equipo. Me tiran algunas granadas e implementos de seguridad que he aprendido a usar; sin embargo, tengo hombres que todavía me cuidan.

Dejo de pelear con la idea.

Nos vamos en autos diferentes para llegar a las zonas clave. Transcurren las horas; faltan quince minutos para las seis de la tarde y, tal como dijo, nos hacemos pasar por turistas.

Markos habla perfectamente el turco. Dice algunas cosas que desconozco mientras arreglo mi peluca. Cuando me toma la mano, me deja fría. Luego entiendo que soy presentada como su mujer ante el guía que nos lleva a un paseo en el Bósforo.

Me siento extraña y absurda caminando de su mano. La gente nos mira con una sonrisa; parecemos una pareja joven, recién casada. Cuando me toma de la

cintura porque casi tropiezo, me suelto.

No quiero volver a confundir las cosas.

—¡Bienvenidos! —dice el guía mientras empieza a hablarnos de lo que veremos.

El barco avanza, pero no puedo dejar de estar nerviosa. Vemos policías por todas partes, incluso dentro de nuestro barco. Se delimitan ciertas zonas del Bósforo para que nadie pase más allá de lo permitido, y el guía tiene que pedir disculpas por la falta de acceso.

—A la otra esquina del barco —ordena Markos—. Ya.

Me distraigo un segundo y el corazón se me sale cuando ya no lo veo.

—Señora, ¿está bien?

—Sí.

Empiezo a tensarme cuando los policías se acercan.

Bastan minutos para que se escuchen gritos y murmullos. A lo lejos, el sonido de un rezo se escucha y, en medio de un acto tan sagrado, noto imágenes sexuales en todos los móviles de los presentes.

Los murmullos se alzan. Alguien hackeó las pantallas de todo Estambul. Se filtran escenas de abusos sexuales de policías turcos, políticos y altos mandos con las chicas que Alacrán vendía.

Ahora todo cobra sentido. Detalles de su sobrenombre aparecen por todas partes. En la pequeña televisión del barco también se proyecta. Las mujeres sueltan los móviles con gritos, tapando los ojos de sus niños, mientras que los policías entran en crisis.

Hay audios que se escuchan.

—*Papi, papi.*

—*Vamos a ir con tu papi luego de que me toques aquí.*

La cara me arde de rabia al escuchar el llanto de las chiquillas. La forma en que el tal Alacrán las dopaba antes de estrenarlas. Y por más que sabía lo que venía, no soporto más escucharlo.

—Señora, no se acerque a la baranda. —Un escolta vestido de turista se me acerca para cuidarme, pero noto que tiene la cara mojada de lágrimas.

El último audio que se escucha lo destruye; lo que gritaban esas crías, la forma en que pedían auxilio. Trata de contenerse, pero es evidente que lo afecta.

—¿Eran algo tuyo? —indago.

—Mi hermanita.

Markos utilizó esos audios a su conveniencia.

El escolta casi vomita del asco. Le doy agua. Cierro mis ojos cuando los pequeños gritos de ayuda de aquellas jovencitas se apagan con tiros.

—La mató —dice el escolta—. Alacrán la mató.

Maldito hombre. Maldito enfermo.

Quiero mantenerme de pie, pero es mucho. Me encierro en el baño para enfriarme la cara con agua helada, sucumbida por el movimiento del barco y las náuseas que me dan todo lo que veo.

Sabemos que hay inocentes que pasan por estas injusticias, pero verlo en vivo es asqueroso. Respiro hondo para calmarme, entendiendo que no podré detener nada. Si algo he aprendido de Siniestro es a no dejarme impresionar por el mal que me rodea, porque eso no cambiará nunca.

«Arriba, Alaska».

Se escuchan disparos. Al salir, los hombres de Markos me cubren con sus cuerpos para avanzar hasta que una explosión en el mar hace gritar a los turistas. Me pasan a un yate de Siniestro en medio del caos. A lo lejos, se puede ver a uno de los barcos enemigos en escombros y a sus guardias en el mar.

—El amo. —Señala uno de los escoltas al ver a Markos en el aire, colgado de una cuerda, disparando como un sádico.

La balacera se desata y nos mantenemos a una distancia segura. Ocho yates más vienen al ataque. Les disparan a los buques de Siniestro; intentan hacer que caiga del aire. No sé de dónde sale tanta gente con armas. Les doblan en número. ¡Están acorralándolos! Y nadie hace nada.

—Acérquense —digo, con un pesar en el pecho.

—Pero, señora...

—¡Él necesita ayuda!

—El amo dio órdenes estrictas. Si nos acercamos…

—¡No lo voy a dejar solo! ¡Acérquense ya!

Lo apunto con el arma ante su negativa, y avanza como puede.

—¡Corran! ¡Vienen más! —Se escuchan voces de sus enemigos a lo lejos.

Markos esperó a que el enemigo sacara todos sus barcos para luego atacar con helicópteros. El mar ondea con más fuerza. El yate salta entre las oleadas, y la frente me suda cuando todo se desbarata en segundos.

—¡No! ¡La señora está aquí! —contestan sus hombres—. ¡No hagan nada!

Se me paraliza el corazón al ver cómo los enemigos aprovechan que la tropa de Markos, en vez de atacar, detiene los tiros por mi presencia.

—¡Fuego a la vista!

Sus gritos calan como cuchillazos. Los escoltas que están junto a mí me esconden tras los muros del barco cuando los enemigos detonan explosivos al aire y una gran bola de fuego se desata.

—Markos...

Palidezco al ver cómo se incendia el helicóptero que lo sujetaba. El corazón se me detiene al no ver cuerdas, solo la pequeña avioneta que cae al mar con la gente carbonizándose.

—¡El amo! ¡Perdimos al amo! —Se abre una balacera que me hace caer de rodillas al suelo.

«No... no...»

—Aquí radar central. Mi señor, esperamos su contacto. Detalle su paradero para ir al rescate.

Silencio.

—Operación de emergencia. ¡Saquen a la señora Van Loren! —grita otro escolta—. Señora, tenemos que irnos ahora mismo. Tenemos que protegerla de cualquier riesgo.

—¡Markos! —Le quito la radio al marino—. Markos, contesta.

Más silencio.

—Aquí radar central... Señor Van Loren.

Me pica la cabeza, mis labios tiemblan.

—Aquí radar... —El hombre se calla al no escuchar respuesta de nadie.

Se me atora un nudo en la garganta con un espasmo. El mar se traga todo a la vista mientras la maldita gente de Alacrán huye, sin dejar rastro alguno de sobrevivientes.

Los minutos pasan en silencio. Un silencio que me deja sin aire, que me detiene el corazón, los latidos y me paraliza.

—Lo siento mucho, señora.

40
AL FILO DEL ABISMO

Alaska

Mantengo la mirada en el vacío mientras una punzada amenaza mi estabilidad. La piel me arde y el aire se me va de los pulmones solo de repetir aquella frase en mi cabeza: «Está muerto».

Un escolta llega hasta mí para tomarme del brazo y levantarme. Me mira a los ojos, serio. Su traje luce impecable, al igual que su porte alto. No se aparta de mí aunque lo esquivo. Quiere obligarme a salir de este yate a la fuerza.

—Señora, ha sido una orden. Debemos salir —insiste mientras los demás permanecen en silencio.

—Déjeme.

—Señora.

—Largo de aquí.

—¡Es una maldita orden! —se exaspera, volviendo a mirarme a los ojos. Entonces me doy cuenta de que es un impostor.

Ningún escolta de Markos levantaría la mirada, mucho menos me desafiaría de esta manera porque le temen.

Inhalo suave, deslizando mi brazo hacia atrás sin emitir palabra alguna. La adrenalina recorre mi cuerpo; los músculos de mis hombros se contraen sabiendo que tengo segundos para actuar y que el arma está justo a centímetros de mí en el suelo.

—Debo ir a los servicios. Espere.

Cuando camino, me detiene y enseguida, como lo supuse, se revela sacando un arma. Termino dándole un puñetazo en el estómago.

Mis escoltas intentan masacrarlo y nuevos hombres aparecen para contrarrestar el ataque. Me trago cada cosa que dije; la tensión se me sube hasta la garganta mientras trato de defenderme de un tipo casi el doble de mi tamaño.

—¡Basta ya, perra! ¡Ven con nosotros!

—Perra tu madre.

Bloqueo sus puños con mis brazos; la nariz me sangra por los golpes que me da en el rostro. Me toma del cabello, quiere arrastrarme. Me defiendo abriéndome paso entre sus piernas; le doy un rodillazo en las bolas y, de la nada, su cuerpo explota en sangre.

—¡Ah! —grito con asco.

El hombre cae frente a mis ojos.

Al levantar la vista, todo mi ser se electrocuta. Las piernas me tiemblan, los labios se me resecan al ver aparecer por la puerta a Siniestro, quien baja su brazo con el arma.

«Vive». Mi corazón da un brinco violento.

«¡Vive!». No le pasó nada.

Evito ser efusiva, aunque tenga el rostro lleno de lágrimas. Me fijo en su porte y cómo esa ropa empapada se le ciñe al cuerpo, destacando su figura.

Lo que pasa a continuación me deja quieta. Devora a todo traidor con el que se encuentra. A uno le clava un cuchillo en la garganta; a otro le rompe los ligamentos que sostienen su cuello, quitándoles el aire.

Se ensaña con su violencia y furia, empujando las espaldas de esos tipos, hasta que llega al hombre que se atrevió a golpearme.

—Hazlo tú, *angliká*. —Me pasa el arma cuando lo veo desangrarse en el suelo.

Un fuerte deseo de matar me domina sin que pueda controlarlo.

Disparo en sus piernas y chilla, en sus brazos y vuelve a chillar. Estoy segura de que no lo mató para darme el gusto de hacerlo yo misma. Me inclino hasta él, mirándolo retroceder como una rata ponzoñosa.

—¡Ya mátame de una vez, maldita perra!

—Verte agonizar es más interesante —jadeo, extasiada.

Voy calando su cuerpo con balas hasta por fin deshacerme de él con un tiro en el corazón que lo deja muerto.

Suelto el arma al ver todo el desastre. La suelto como un acto de reflejo que no puedo contener todavía. Markos sonríe, apoyado en la pared. Noto que tiene heridas en los brazos, pero no es nada grave.

«Está bien... Él está bien».

Sabía que no podía morir. No en un ataque tan básico. No de una manera tan fácil.

Cruzamos miradas en medio de los muertos, la sangre y las armas. Siento que todo me ataca de golpe. Tengo tanto enojo, miedo, pero también ganas de besarlo.

—¡Alaska! —Camina hacia mí para evitar que caiga; las piernas se me doblan.

Su helada piel impacta contra la mía, que está caliente, y una chispa me quema.

—Estoy bien.

—Levántate. Mi hembra nunca baja la cabeza.

No sé si son sus palabras o la rabia que guardo, pero es suficiente para formar una coraza. Los escoltas de apoyo a Markos llegan para limpiar el charco de muertos; sin embargo, uno de ellos se sobresalta.

—Señor, tiene una visita.

Me siento en el sofá y, al levantar la vista, un hombre alto, mayor, de contextura delgada, llega al mando con hombres tatuados con serpientes. Los mismos tatuajes de aquellos que yacen ahora mismo muertos en el suelo.

Fue él. Él mandó a atacarme.

—È un piacere, Siniestro. —Camina—. Me mataste a diez hombres, interesante... *Signora.* —Hace una venia irónica cuando me mira.

—Emilio Ricardi. No te atrevas a dar un solo paso. —Markos levanta el arma.

—Pero si solo he venido a negociar —Con una sonrisa en el rostro, abre los brazos— y a alertarte.

—No me interesan tus estupideces.

—Te interesa Italia.

—No bajo tu mando.

—Pues tendrás que aceptarlo porque pronto seré el líder. —Ríe—. ¿O qué? ¿Le eres fiel a Tormenta, aun cuando se metió con tu enemiga? ¿Todavía tienes afecto por los bastardos salvajes? ¿Aún los consideras tus hermanos? Tengo información que te puede interesar. Algo que te han estado escondiendo.

Markos le dispara, pero aquel hombre esquiva la bala.

Los bastardos salvajes. ¿Hermanos? ¿Markos tiene hermanos?

—Ese no es tu asunto.

—Veo que tienes a la mujer de Bristol. —Me mira—. ¿También te la follas jurándole fidelidad? ¿O es la chiquilla virgen que compraste hace mucho?

Sus hombres levantan sus armas junto a los de Markos hasta que ambos se miran cara a cara.

Siento que me pica la nuca con toda la información que ha soltado: Hermanos. Bastardos salvajes. Leonardo... ¿Cómo sabe que soy la novia de Leonardo? ¿Y aquella chiquilla es… Marcela?

—Lárgate —ordena Markos.

—Únete a mí o serás destruido.

—¿Por ti? ¿Un maldito anciano que no pudo con la hija de su mayor enemigo?

—No soy yo el verdadero enemigo, Siniestro. Existe alguien que detonará el mundo si no lo destruimos ahora, pero veo que no lo sabes. Te doy dos malditos días para pensarlo.

Le tira un sobre y se me seca la garganta sin entender nada. Se va cuando escucha la patrulla marina a lo lejos.

—Necesitamos irnos.

Los escoltas actúan rápido. La policía turca no debería saber quiénes somos.

Me lanzan al agua cuando ven un yate de rescate donde hay turistas varados. No podemos despertar sospechas ante los guardias, así que solo fingimos ser víctimas.

Se me escarapela el cuerpo al sentir lo helado que está el Bósforo. Mis dientes rechinan al flotar y mover mis brazos hasta la delantera. Markos me sujeta para subir. Nos dan abrigo hasta calentarnos dentro de la zona de turistas, quienes nos auxilian de inmediato.

—Ha sido un ataque terrorista —digo, fingiendo—. Nos quedamos varados en medio de sus disparos. Fue horrible.

Nos creen al vernos lastimados, sin imaginar la verdad.

A medida que el barco de rescate avanza, me voy calmando. Estar con personas mundanas me hace sentir bien. El gran puente iluminado me

produce una sensación de calma, como si el silencio de la noche me devolviera la paz que no tengo.

Falta menos de un mes para irme. ¿Me liberará? ¿Podré regresar viva a Londres? ¿Volver a ser la misma?

Markos se aparta de la gente. Es como un ente oscuro antisocial que prefiere estar solo. Han pasado cosas intensas en tan poco tiempo que todavía estoy procesándolo. ¿Quiénes son sus hermanos a los que llaman *bastados salvajes*? ¿Y cuál es el afán de ocultar a Marcela?

«La única mujer a la que ha querido», recuerdo las palabras de Yuri, sin poder ocultar una punzada en el corazón.

A lo lejos, veo cómo el caos se queda en el mar junto a las patrullas marinas que permanecen levantando los cuerpos. Por otro lado, los periodistas esperan en el puerto para entrevistar a quienes puedan. Y a lo lejos, solo me fijo en la gente que come kebabs, que ríe y disfruta de su noche.

Yo era una de ellas hace mucho, con una vida sencilla y fácil. Ahora no me reconozco.

—¿Un bonito paisaje, no? —Una ancianita me sonríe. Después de la muerte de papá han sido pocas las personas que realmente me han dado cariño —. Estarás bien, muchacha.

—Gracias, señora.

—Qué horrible todo lo que pasó. Yo estaba paseando cuando se escuchó una explosión. Pobrecita, mi niña. Te ves pálida y asustada.

Levanto los hombros y finjo sonreír.

—Nada te pasará con ese hombre enojado a tu lado. ¿Es tu novio, verdad? Porque al marido dejas de importarle al año de casados —bromea—. Y este parece que te come con los ojos.

Veo a Markos mirarnos.

—Acabo de casarme. —Trato de que sea creíble.

—Oh... con razón la pasión se mantiene todavía. ¿Ya planeaste tener tu primer hijo? —Algo se me atora en la garganta—. Debe coger bien, los hombres muy altos tienen esa fama.

Abro los ojos y termino riendo con aquella anciana, liberando mi estrés con cada ocurrencia que se va presentando.

Los ojos de Markos no se me despegan nunca. Evito mirarlo la mayor parte del tiempo hasta que, por fin, llegamos a tierra firme. La mujer me abraza.

—Usted ha sido muy amable. —Toco sus manos.

—Igual tú, cariño. Ojalá estemos en contacto.

—Por supuesto que...

—No. —Markos corta mi frase—. Largo de aquí, anciana.

Toma mi mano y tira de mí hacia él para luego llevarme hasta el auto. Inhalo hondo sabiendo que es un caso perdido. Nada de lo que le diga importará, mucho menos ahora, por tanto lío, que en parte también es mi culpa.

—Señor.

—Quiero un recuento de los malditos daños —espeta—. Llévense a mi mujer a un hotel y no se separen de ella.

No me opongo. Él ni siquiera me mira.

Cuando llegamos al hotel, me ducho con agua caliente para luego tratar de curar mis heridas. Me golpearon en la cara más de tres veces. Tengo el labio partido, sangre aún corriendo por los bordes y mis brazos con algunos moretones.

Me demoro un par de horas y todavía puedo sentir el sabor a sangre en mi boca cuando intento ponerme un pequeño parche. Al lavarme la cara, mi rostro palidece. Las piernas se me vencen por el desgaste físico que hice en menos de veinticuatro horas, sabiendo que no podía esforzarme tanto.

¿Para qué me quejo si ya está hecho? Suelto un gritillo cuando pego la cosa esa.

—Señora Van Loren. —Tocan la puerta—. El amo ordenó que se vista en menos de treinta minutos.

«¿Qué me vista?»

Cierro los ojos con un pesar. Las cosas no están bien. Jodí su plan en altamar al acercar ese yate; ahora me castigará.

Cuando abro la puerta, mi sorpresa aumenta al ver las dos bolsas que trae el escolta. Me doy cuenta de que es un vestido carmesí elegante con accesorios de diamantes y tacones altos.

Una nota pequeña la acompaña: «No me gusta esperar». Es lo único que dice.

¿Será que es una nueva misión de madrugada? Porque ya es casi medianoche y está lloviendo.

Trato de calmarme. Me demuestro a mí misma que puedo, a pesar de estar destrozada físicamente.

Me cambio, me peino y me maquillo a la brevedad, coloreando mis labios de rojo. Hasta en eso pensó Van Puto al mandarme un neceser con perfumes y un kit de maquillaje. Lo que me hace pensar que algo se trae entre manos.

Mientras el auto avanza en medio de la fuerte lluvia de Estambul, parece que todo mi cuerpo entra en estado muerto. Me recuesto en el borde de la puerta, pienso en quién seré ahora:

¿Alguna dama de la sociedad que tenga que matar a un funcionario? ¿La joya que les gusta lucir a todos los hombres?

El sueño me vence de a pocos, pero es más fuerte mi curiosidad, aunque el chofer opta por ignorar mis preguntas.

—Bienvenida, señora —me habla un tipo en un vago inglés. Es amable; le sostengo la mano cuando me ayuda a bajar con un paraguas.

Entro escoltada al restaurante. Hay mil personas dentro.

Se me contrae el estómago pensando en que hoy morirá toda esta gente. ¿Markos no podría ser más obvio? Camino guiada por el escolta hasta llegar al ascensor.

—¿Detonaremos un explosivo?

—Creo que hoy no matará a nadie, mi señora. El señor Van Loren la espera en el último piso. Cortará mi cabeza si no entra en este minuto. Disfrute su velada.

¿Velada?

Las puertas del ascensor se abren y me doy cuenta de que estamos en la terraza de un lujoso restaurante. La vista es maravillosa. Las luces del puente en medio del Bósforo iluminan el lugar. A lo lejos también se pueden ver los picos de las mezquitas. Todo es precioso.

Camino como si estuviera en una pasarela ante la vista de dos parejas sentadas en los extremos del piso. Es un área privada; somos seis personas en total. Pego mis labios sin entender nada, con la mirada fija en la espalda de Markos, quien observa el horizonte.

—¿Vamos a matar a todos? —pregunto, y voltea con un traje elegante.

Ha pasado horas desde el atentado. Ahora estoy aquí sin entender nada.

—*Polýtimos* —entona en griego—. Siéntate.

El silencio me tensa, más cuando me retira la silla.

—¿Hay que envenenar a alguien, entonces? —vuelvo a decir.

—No por ahora.

No da mucha explicación. El mesero se acerca para servirnos un vino, además de una bandeja llena de comidas turcas y otros platillos que están cubiertos.

—Bienvenida, *hanım*. Si necesitan algo, solo pídanlo.

Se va, y doy un largo suspiro, tensa.

—Relájate.

Se lleva la copa a los labios y no puedo dejar de mirar la forma en la que lo toca con su lengua. Es un vino blanco. Lo hace a propósito.

—¿Más vino, señora Van Loren? —La palabra me trae recuerdos. Está divirtiéndose conmigo.

—Es suficiente.

—¿No le gusta mi elección?

—Quizá no me gusten sus intenciones. —Alzo una ceja y bebo cuando él también lo hace.

La duda me carcome como nunca. Es el peor lugar para hacer chistes. Y él nunca bromea.

El silencio empieza a desesperarme. Tengo que pensar que es parte de un plan para algo. Siniestro no da pasos en falso nunca. Debe haber matones cerca o quizá estemos espiando a algún enemigo. Mi seriedad aumenta bajo su mirada.

—¿No me vas a contar los planes? —Rompo el hielo.

—No hay planes, Alaska.

—¿Qué?

—¿No puedo tener una velada tranquila con mi esposa?

Entreabro los labios, confundida.

—¿Sin atacar a nadie?

—Decidí darnos un descanso hasta mañana, siendo gente normal por algunas horas.

Está de buen humor. Parpadeo sin poder creerlo. Pienso en mi conversación con aquella anciana. ¿Habrá escuchado algo?

Pico con el tenedor una especie de verdura llamada hoja de parra, comida típica de la ciudad, y me quedo mirándola. No tengo mucho apetito. Hay una gran rueda de alimentos sin descubrir. Markos gira uno de ellos hasta dejar un plato tapado delante de mí.

—Descubre qué es —ordena.

A regañadientes lo hago y...

«Oh, mierda». Son fideos con mantequilla, mi plato favorito.

—¿Cómo sabías que...?

—Yo sé todo de ti, Alaska. —No me quita la vista.

Ahora el estómago se me revuelve de hambre. ¡Hace mucho no pruebo mi plato favorito! Sonrío, sin poder creer lo que tengo frente a mí. Doy el primer bocado, y me sabe delicioso.

—Eres una mujer de gustos sencillos —comenta.

—Auténtica —corrijo—. Nada presumida y arrogante.

Fuego vivo arde en sus ojos.

—Rebelde.

—Astuta. Sería una palabra más inteligente.

—¿Nunca dejas de ladrar? —Suelta una leve risa; es la primera vez que lo veo reír.

—Solo cuando no me provocan.

—¿Por qué actúas a la defensiva? Hoy deseo una pausa contigo, Alaska. —Posa su mano sobre la mía. Mis fosas nasales inhalan su rico perfume sin que pueda dejar de mirarlo—. Sin rencores.

Me parece estar alucinando. Se relaja cuando sonríe y come con gusto.

Los minutos transcurren, y sigo incrédula. Esto está tan delicioso que no hago más cosa que comer mientras una suave música alegra mis oídos.

Si fuera otro hombre, creería en su repentina amabilidad. Pero con Markos Van Loren nada es gratuito. Tengo todos mis sentidos trabajando para descubrirlo.

—Espero que hayas podido solucionar tus líos. Hoy... casi te mueres.

—Soy inmortal, *angliká*. Nunca nadie me ha vencido. Tengo capacidades de buceo, podría tolerar largos segundos sin respirar bajo el agua. La explosión siempre fue una posibilidad.

—Esos hombres escaparon. Yo solo quise ayudar. Intenté acercarme cuando vi que se iban en tu contra y...

—Cometiste una imprudencia.

Me quedo en silencio.

—No importa. Era parte del plan. Todo salió como esperé.

—¿Cómo?

—Ningún hombre que estaba en el barco era Smirnov o Alacrán. Que te hayas acercado ayudó a distraerlos, y pude lograr lo que quería. Esta vez fue suerte, pero no quiero que lo vuelvas a hacer.

—¿Entonces recuperaste tu cargamento?

—Sí. Y también hice algo más.

Entreabro los labios.

—¿En qué momento? Fueron minutos. Ni siquiera me di cuenta de nada. —Hago una pausa para respirar—. ¿Pudieron salvar a alguna niña?

—No estaban en el buque, pero sí se encontraron prendas de lencería.

—Repudio a ese hombre con todas mis fuerzas.

Ya no sonríe. Solo lleva la copa de vino a sus labios, sin quitarme la vista.

—¿Te interesaría liderar su captura? ¿Quieres ser tú quien acabe con Alacrán?

—Sí.

Su mirada se incendia.

—Lo harás, Alaska. Solo esperaremos el momento perfecto.

Asiento, y acerca su mano a mi rostro.

—Sangras.

Me toca el labio.

—Me puse un parche, pero creo que no contuvo la herida.

—¿Quién fue?

—No lo sé. Alguien me golpeó.

—Lo mataré, te lo juro.

Tomo una servilleta, queriendo levantarme hacia el baño, pero él me detiene.

—No. Es peligroso que te alejes ahora. —Me sirve un vaso con whisky—. Bebe.

Me acerca el trago a los labios. Apenas succiono, estira con cuidado el borde de mi boca para que caiga alcohol sobre la herida.

Arrugo la cara de dolor, todavía con su tacto sobre mí, pero lo que más me tensa es su cercanía, el olor de su perfume, sus dedos largos y duros tocando mi piel.

Si le bajo la mirada, pierdo. Si invento otra excusa para irme, habrá ganado la batalla, pero quedarme empieza a ser una tortura.

—Fuiste valiente. —Su voz ronca me embelesa. Ahora sube sus dedos hasta mis pómulos. Me acaricia, y esto empieza a afectarme.

—Estoy bien.

—No tan bien si sigues sangrando. —Se acerca, lleva su boca contra la mía para tomar mi labio inferior y chuparlo con fuerza—. Listo.

Me quedo inerte con su sabor. En un acto sorpresivo, se levanta y tira de mí para jalarme con fuerza hasta su cuerpo.

Mi pecho se estampa en el suyo. Por el movimiento, pierdo el equilibrio; los tacones no ayudan, entonces me sostiene. Sus manos en mis caderas. Su olor carcomiendo cada parte de mi cuerpo.

—¿Qué es todo esto, Markos? ¿Vas a decirme qué buscas de una vez?

—A ti, Alaska.

Pone mis brazos en su cuello y algo en mí salta. Toda la pared que con esfuerzo construí contra él empieza a quebrarse. No lo vi venir, no estaba preparada. Nos mecemos al ritmo de la música sin quitarnos la vista, el cuerpo se me eriza.

—Necesitas más que una noche lluviosa y cursilerías para que te perdone. —Finjo una sonrisa—. ¿Es así como seduces a tus víctimas?

—Yo no necesito seducir a nadie —sisea en mi oreja—. Quiero todo de ti, Alaska. —Con la otra mano, introduce sus dedos en mi entrepierna, llegando rápido hasta mi centro.

Maldigo no traer ropa interior. Sus dedos se mueven en círculos y la humedad me eriza.

—Markos, nos están viendo. —Intento detenerlo—. ¡Por Dios!

—No me importa.

La cara se me pone caliente. Me enoja querer esto tanto como él.

Mis pezones siempre me delatan. Finge abrazarme cuando lo único que hace es ir más rápido. El baile se convierte en excusa, sus movimientos lentos hacen que me prenda.

—Extrañaba este coñito... Tan caliente, húmedo y apetecible para su señor.

Mi rostro se entierra en su pecho sin importarme que nos vean. Jamás en mi vida me sentí tan atraída por palabras bruscas.

—Tengo ganas de partirte.

Disfruto de la presión, sintiendo que me vengo. Entonces para. Hago silencio; respirar me cuesta.

—Dime, Alaska, cuando te tocabas a solas estos días, ¿pensabas en mí?

Río.

—¿Qué te hace pensar que me importas?

—Soy un hombre inteligente.

—Es un maldito hijo de puta. —Me sostiene con fuerza.

—Que va a darte duro hasta que llores.

—Porque no sobrevives sin mi presencia. —Me acerco a sus labios, sonriendo—. ¿Ansía un beso, señor?

Acaricio con mis manos sus comisuras.

—Dilo. Demuéstrame qué tan loco estás por mí para haber organizado esta cena, con mi plato favorito, y seducirme. ¿Esta es tu manera de congraciarte conmigo por lo que pasó?

Se queda en silencio.

—Te mueres por besarme —susurro con mis labios rozando su boca—. Por tocarme y cogerme como nunca. ¿Sabes por qué, amo? Te gusto. Te gusto tanto que venciste tu ira. Te arrepentiste del castigo que me diste, me curaste y terminaste durmiendo conmigo. No fue un sueño, fueron tus manos las que me tocaron. Tu tacto el que me meció entre las llagas y no un delirio.

Deja que lo mire, y en él percibo la más profunda de sus sombras.

41
DESEO INCONTROLABLE

Alaska

Trato de apaciguar mi ansiedad, pero mi corazón palpita tan fuerte que no soporto más su silencio.

Se mantiene gélido, mirándome a los ojos, y se me revuelve todo con solo pensarlo.

Mis recuerdos aún son confusos. En medio de los delirios que tuve, pude ver su rostro a mi lado, sus dedos tocando mi espalda desnuda, acariciándome en medio de la noche.

Al principio estaba furiosa. Me dije a mí misma que era una estupidez después de lo que había pasado, pero ahora el latir es más fuerte. De alguna manera tenía que soltarlo.

—Los fármacos generan alucinaciones cerebrales, niña. —«Tiene que tener una maldita respuesta para todo»—. ¿Pero sabes qué es lo más interesante? Que tienen el poder de crear escenarios que al ser humano le gustaría vivir. Queda claro que te gusta mi compañía.

El maldito me voltea el juego. Sonríe cuando mis ojos chispean por andar tanteando verdades.

—Tú mismo te labras mentiras.

—¿En serio?

—Piensa lo que desees.

Trato de no afectarme por una tontería, controlo la respiración mientras su sonrisa siniestra me brinda un panorama completo. No está furioso ni nervioso; de hecho, es el mismo ser de siempre, ahora con pequeñas atenciones hacia mí.

Me remuevo de mi sitio, caminando junto a él hacia la salida. «Ya pasó, fue un sueño. Y si no lo fue, jamás va a decírmelo a la cara». Espanto las ideas de mi cabeza; es más inteligente hacer el corazón duro.

—Señores, espero haya sido de su agrado la cena de madrugada.

—Muchas gracias por los fideos con mantequilla. —Le sonrío al hombre que nos atiende—. Estuvo delicioso.

—El caballero lo pidió especialmente para su esposa.

«Su esposa».

—Se nota que se preocupa por sus gustos. —El hombre trata de ser amable. Se pone nervioso cuando Markos lo mira con cara de mierda—. Disculpe, ¿todo bien?

—Excelente. —Asiento—. Tiene razón, a mi esposo le encanta tener detalles con su esposa.

Me aguanto para no reír. Markos está incómodo, expuesto ante un mundo normal en un lugar de lujo, y es interesante ver cómo se aísla. Le incomoda la gente, el ruido y las miradas de frente porque está acostumbrado a que le bajen la cabeza. Aprovecho el momento.

—Así como lo ve, es un osito cariñosito en las noches.

—Imagino que están enamorados.

—Muy enamorados —ironizo—. ¿Quiere saber cómo me conquistó?

—Eh...

—Secuestrándome. —Río fuerte. El hombre se queda mudo con lo que digo, pero luego asocia el acto a una broma—. ¿No es una linda historia?

—Lo es, mi señora. —Me toma la mano para besármela, pero Markos lo impide.

—Es tarde —espeta.

El tipo se pone rojo y opta por irse sin decir más nada. La cara de Van Puto es de infierno. Me toma de la mano a la fuerza, y aunque intento soltarme, es casi imposible.

—¡Markos!

Le vale mierda la lluvia. No espera al chofer; me saca a rastras de ese lugar para caminar conmigo mientras mi risa aumenta. No logro controlarla, verlo me hace pensar que he encontrado un lado suyo que me divierte.

—Una risa más y vas a pagarlo.

El auto nos alcanza. Mi risa va desvaneciéndose a medida que seguimos avanzando hasta el hotel. No sé si es la hora, el vino o lo que mi cerebro

quiere tapar para no sentir decepciones; lo cierto es que ha sido placentero. La cena fue placentera. La pasta estuvo deliciosa.

Habla por teléfono en griego mientras me relajo. Poso mi cabeza en la esquina del auto y cierro mis ojos por completo para entregarme a la necesidad de tener un poco de sueño. No sé cuántos minutos pasan, pero cuando empiezo a dormitar, el sonido de unas balas perdidas hace que abra mis ojos.

—¿Qué pasa?

Markos me tira un arma y luego me obliga a salir con él. Me quito los zapatos para poder correr mientras millones de balas azotan cerca de nosotros.

Nunca voy a dejar de admirar su autocontrol. De una barrida mortal mata a quien tiene enfrente. Las sirenas de la policía están al azote. Me empuja hacia un callejón donde nos escondemos, y sus escoltas se encargan de lo demás para despistar a la justicia.

—El gánster no está contento —indica uno de los *red men*—. Le malograron la compra de drogas. Lo quiere intimidar.

Después de unos minutos, salimos con los guardaespaldas escoltándonos hasta llegar a otra guarida.

—Mándalos a la mierda. —Alza la voz—. No tengo tiempo ni vida para darle interés a sus dramas. Que preparen el avión privado ahora.

—El avión se quedó sin combustible, señor. Es una fecha festiva en Turquía; nada abre en este día y...

—¿Me estás dando una maldita excusa?

—Markos, está bien. —Tomo su brazo al ver al hombre temblar—. Nos iremos mañana.

La tensión sobre sus hombros es evidente. Hay un topo suelto; desconfía de todos los que trabajan con él. Sin embargo, sus músculos se vuelven a relajar cuando lo tomo fuerte.

Amanece. Cambiamos de hotel para no dejar rastro. La ciudad prepara una gran fiesta, no hay transporte público por las innumerables calles cerradas. Tenemos que caminar un poco para llegar y, mientras lo hacemos, me enfoco en una mujer que vende collares en una esquina. Uno de cristal llama mi atención.

—Lléveselo, señora —habla en inglés—. Es original. Mi familia trabaja con cristales hechos a mano... para la buena suerte.

Tiene un lazo negro. De él se desprende una piedra larga en forma de triángulo, de color verde agua.

—Es hermoso —digo cuidando que Markos no me vea. Se lo digo con una sonrisa en medio de tanta gente.

—Lléveselo.

Dudo. No tengo dinero en efectivo y jamás le pediría algo a Markos. Me quedo mirándolo un poco más, detallando su hermosura, su simpleza, y a la mujer que intenta sobrevivir en un mundo difícil.

Los escoltas me obligan a avanzar cuando la multitud se forma, hasta que llegamos al hotel de lujo.

—Bienvenidos, señores.

Markos se pierde con sus escoltas y espero solo unos minutos para que me den una habitación. Llego cansada, con los zapatos en la mano y el cuerpo destrozado por todo lo vivido.

Preparo otro baño para relajarme. El agua caliente que cae por mi pecho me adormece; me lavo las piernas, pero las dos semanas sin sexo, el deseo contenido y lo que viví hoy hacen que me engría un poco.

Empiezo a tocarme.

Markos aseguró que pensaba en él cuando lo hacía y sí, lo hago.

Pienso en sus manos cuando me acaricio, en su dedo al introducir el mío en la parte más sensible de mi cuerpo, en su gran pene bordeando mi entrada.

La sensación es increíble. La fuerza del chorro de agua alimenta el placer mientras muevo mi vulva en círculos. Con los ojos cerrados lo recuerdo, sabiendo que él también tenía ganas cuando me tocó delante de todos, pero mi autocontrol fue más fuerte para frenarlo.

Suelto un gemido pasable. No son las manos de Markos, pero al menos sacian el dolor de no haber podido concretar el acto. Mientras mi dedo se mueve en mi centro, la otra mano sostiene el chorro de agua por mis piernas. Encuentro mi ritmo. Podría jurar que él está aquí, tocándome, quemándome, besando cada parte de mi cuerpo.

—Sigue así, *angliká*. —Lo escucho en mi oído—. Porque luego no voy a soltarte.

Abro los ojos, consternada.

«¿Es una broma?». Me tardo unos segundos en entender que no es imaginación. Su mano empieza a bordear mi cintura y, al voltear, lo veo desnudo.

Maldita sea.

—Sigue. Quiero ver cómo me piensas cuando te complaces.

—No eres tan importante.

—Lo soy, Alaska. Es mi nombre el que dices cuando te corres.

Mi lado orgulloso se detiene, pero mi lado más perverso lucha contra el deseo que he guardado durante semanas en mis mayores fantasías con ese hombre.

Su erección, rígida, me produce espasmos. Besa mi cuello, desatando oleadas de calor por todo mi cuerpo.

—Sé que quieres —gruñe en mi oído—. Ha pasado mucho tiempo.

—Que quiera no significa que pase.

—¿No?

Acomoda el mango movible de la ducha para luego besarme. Pongo mis manos en su pecho, pero él bloquea mis movimientos con las suyas hasta levantarme.

—¡Qué haces!

Eleva mis brazos para sujetarlos en el soporte de fierro de la ducha con una toalla. Pienso en soltarme rápido, pero el nudo es fuerte. Estoy casi de puntillas, desnuda y expuesta, cuando sus labios empiezan a succionar mis pezones.

—Míos.

Chupa duro y los suelta. Los magrea para luego mamar con gusto.

Me quedo en silencio, conteniendo las ganas. El chorro de agua sigue cayendo por nuestros cuerpos. Sonríe mientras me mira. Baja por la línea vertical de mi tórax hasta mi ombligo. Se arrodilla, coloca mis piernas en sus hombros y su boca empieza a comerme el coño.

Mierda.

Respiro rápido al sentir su lengua ahí... donde me gusta. El vapor del agua caliente me adormece. Sentir su punta deliciosa desata en mí todo lo que imaginé que me hacía mientras dormía.

Presiona mi clítoris mientras muevo las caderas. Lo aprieta, lo chupa y vuelve a soltar con un ritmo suave. Siento que voy a enloquecer cuando aumenta la rapidez de sus movimientos.

—Deliciosa.

Sus dedos se entierran en mi canal mientras su lengua sigue masturbándome. No puedo definir cuánta electricidad produce; todo el placer parece arremeter contra mí como una montaña rusa. Solo han sido dos semanas y siento que no he tenido sexo en años.

Aprieta mis muslos contra su rostro. Sus dedos entran y salen mientras su lengua no deja de chuparme. Mi estómago se contrae, ya no puedo resistirlo.

—¡Dios! —Me libero con fuerza.

Fue rápido y extremo. El gemido aún reverbera en mi garganta. Las piernas me tiemblan por la energía que expulsé. Sus labios mojados, llenos de mis fluidos, hacen que suelte una sonrisa.

—Te agradezco el orgasmo, amo. Ya que me sacié, puedes irte. —Rompo la toalla para soltarme. Avanzo hacia fuera con ánimos de que se vaya, pero apenas pongo un pie en la alfombra, siento cómo mi cuerpo es aventado a la cama con fuerza.

—¡Ah!

Caigo boca abajo y él se sube encima para penetrarme. Lo hace de golpe, completo. Mis manos intentan sujetarse a lo que sea para no caer, pero toma mi cabello hacia atrás y me embiste con fuerza.

—Ahora voy a darte duro.

Intento callarme, pero me cuesta respirar al sentir cómo me destruye por dentro. Lo hace con brutalidad deliciosa. Palmea mis nalgas, me gira, levanta una pierna y me da de costado.

—¡Ah!

—Follaremos dos veces más.

—¡Ah!... ¡Ah!

—Tres.

—Usted no me folla, señor. Yo lo estoy follando como quiero y cuando se me antoja.

—Hoy te parto, niña rebelde.

Me arqueo mientras besa mi hombro y siento sus jadeos en mi oreja. El choque de nuestros cuerpos es adictivo, su olor un afrodisiaco, pero más lo es el deseo que tenía guardado en mi mente: las mil formas en las que quise que me tomara con violencia.

—¡Mierda, Alaska!

Golpea dentro de mí como una bestia. Siento los pliegues de mi sexo arder, cómo mi vagina se contrae con su polla dentro hasta que nos corremos.

—Dios… —siseo, sintiendo mi cuerpo arder.

Por fin lo beso como he querido besarlo desde hace mucho, chupando su boca carnosa hasta que nuestras lenguas se entrelazan en medio de jadeos. No puedo parar mis instintos mientras se sube de nuevo encima de mí.

Entendí que el sexo es una necesidad básica, parte de la vida, y que las mujeres también podemos disfrutarlo sin que nos señalen.

Lo muerdo y él me devuelve la brutalidad, moviendo mis caderas a gusto con tremenda cosa encima. Me cambia de pose, abre mis piernas, entra y sale por horas.

No hemos parado de follar todo este tiempo. Cuando lo noto, por fin caemos en medio del milésimo orgasmo que nos parte por completo. Me acuesto a un costado y él a otro, respirando fuerte, mientras el dolor que extrañaba aparece en mis zonas íntimas.

Me siento como una pluma llena de semen.

Sonrío a medias cuando se levanta desnudo. Sus nalgas son esa vista interesante que toda mujer aprecia después de haber tenido multiorgasmos. Va a decir algo, pero una llamada lo interrumpe.

Tenemos que irnos.

Demoro minutos en vestirme. Actúo en automático mientras vamos en el auto hacia el aeropuerto privado. Siento que he vivido mil vidas en un solo día. Mi cuerpo está tan cansado que necesita recuperarse. Me arropo en el asiento y mis párpados se vencen. Cuando vuelvo a abrir los ojos, han pasado horas. Ya estamos aterrizando en la mansión Van Loren de nuevo.

—Señora, sus bolsas. —El escolta me acompaña—. ¿Desea que se las suba a su habitación?

¿Bolsas? Son todas las cosas que Markos compró para mí en Turquía.

—Lo haré yo, gracias.

Aún estoy adormilada, pero mientras subo las escaleras, hay una caja pequeña que abro y mis ojos se quedan agarrotados al verla.

«Los ojos del diablo nunca se despegan de su víctima», dice la nota.

Es el collar de cristal que esa mujer vendía en Estambul. No puedo dejar de parpadear al verlo.

Camino rápido hasta mi habitación sin poder quitarme el collar de las manos. Me siento una niña con juguete nuevo. Una enorme felicidad me toma. Cierro la puerta, me lo pongo en el cuello y solo sonrío como tonta.

A través del reflejo del espejo, veo que en mi cama hay otro paquete, pero dejo de sonreír al recordar que no es de Markos. Es el regalo que Rich me dio y que no tuve tiempo de mirar.

Finjo que no es nada porque sé que hay cámaras. Acomodo las bolsas en el walking closet, el único lugar donde el eje de la cámara no llega, mientras me apresuro a develar lo que hay en su interior.

Un… celular.

Algo se me atora en la garganta.

Lo prendo. Miro hacia la puerta con el sudor avasallando mi frente junto a la angustia que me produce porque pueden atraparme.

El aparato no es tan convencional, parece más una radio. No puedo evitar que mis manos ardan cuando lo manipulo a escondidas.

Vibra. La pantalla se ilumina con un «Número desconocido». Alguien está llamando.

Dudo, sintiendo cómo el cuerpo se me retuerce. Echo un vistazo hacia afuera, no hay nadie. Doy una gran bocanada mientras lo subo a mi oreja.

—¿Quién es?

No hay voz, solo un suspiro. Un suspiro me deja perpleja.

—¿Leo? ¿Leonardo?

42
CAOS

Alaska

El silencio me agrieta el corazón; siento cómo late desesperado, esperando una respuesta de vuelta.

Suelto aire de a pocos. Mis fosas nasales se expanden en medio del miedo y la tensión que me produce estar así, aquí, a escondidas, imaginando a Leonardo.

—Alaska, soy yo.

Un atisbo de decepción se me forma en la garganta.

—¿Rich?

—¿Esperabas otra llamada? Soy el único que podría darte tal obsequio.

—Lo siento, yo...

—Lo sé, solo eres una víctima más del amo que intenta sobrevivir.

Me extraña su comentario.

—¿Estás bien?

—No. Ya no soporto esta tortura. Estoy lejos, no sé cuándo regresaré. No podré protegerte, por eso quiero dejarte esta arma. Es un móvil con ondas satelitales que no alertan a las señales de protección de la mansión. Llámalo, Alaska. Dile a Bristol que vaya por ti.

Un escalofrío recorre mi espalda.

—¿Llamarlo? ¿Ahora?

—Sí. Por fin podrás liberarte de la maldad a la que te ha sometido el amo en todo este tiempo. Luchaste mucho por tener esta oportunidad. Al lado del amo estás en peligro. Me enteré de lo de Estambul y moriría si algo te pasa. He... extrañado tu voz y... también tus besos.

—Rich, esto no…

—Por favor, no me reprimas. Sé que ya me lo dijiste. Lo nuestro es imposible, yo tengo mujer y tú un novio al que amas, pero hay cosas que no se pueden callar. Me gustaste desde el primer momento en que te vi. Te has metido en mi cabeza desde entonces.

Suspiro.

—El amo podría matarte antes de terminar el trato o quizá nunca más volverte a soltar. Tienes que hacerlo, Alaska. Libérate, empúñale la daga antes que él lo haga contigo. —Se escucha un ruido—. Tengo que colgar.

La conexión se va y me sumerjo en el vacío cuando sus palabras calan en mi interior. Voy de un lado a otro pensando en mis decisiones. El calendario marca «veinte días». Faltan veinte días para que acabe el trato, pero hoy tengo la posibilidad de irme y terminar esto de una vez.

Me siento extraña, sin saber qué sentir.

Me llena de ansiedad el móvil en mis manos; alguien podría entrar en cualquier momento y descubrirme, por lo que corro hacia el baño para esconderlo en una bolsa plástica, cerca de unas decoraciones de azulejos que nadie ve.

«¿Y ahora qué voy a hacer?»

«¿Y si es verdad lo que dijo Rich? ¿Y si me mata antes de dejarme ir?»

Las horas avanzan con más dudas en mi cabeza. Si lo traiciono, ahora todo detonará. Si hago esa llamada, seré por fin libre.

—¡Alaska! —Tocan la puerta y es Briana con una sonrisa.

Entra con algunas galletas en una bandeja y luego me abraza fuerte.

—No tengo hambre, corazón, pero muchas gracias.

—Bueno, más para mí. —Deja la bandeja a un costado—. ¿Todo bien? Te ves un poco extraña.

—¿Extraña yo? Para nada, solo estoy un poco cansada por las últimas cosas que pasaron aquí.

—Fuiste tan excepcional cuando peleaste con Yuri que solo quería gritar de emoción. ¿Sabes que el amo la desterró?

El aire se queda atrapado en mi pecho.

—¿En serio?

Asiente.

—Apenas se fueron, quedó herida y el señor Otto la corrió siguiendo sus órdenes. Terminará muerta. El amo no acepta a ningún perdedor. Te deshiciste de la *skýla* más antigua y peligrosa de este lugar.

—Ya no importa.

—Claro que importa. Ahora todas las demás te admiran y te respetan. Lo mejor de todo esto es que te lo has ganado a pulso sin dejar de ser tú. —Acaricia mis manos—. Aunque las caídas hayan sido dolorosas, por fin estás a punto de irte de este lugar. ¿No estás feliz?

Asiento.

—Falta poco para irnos de aquí.

Su sonrisa se ve reemplazada por la seriedad.

—Yo… no me quiero ir de aquí. He decidido quedarme.

—¿Qué?

—La señora Kyria me ofreció trabajo en la cocina. No sabría qué hacer fuera en un mundo tan competitivo sin una profesión o con un pasado que es de juzgar. Mi familia jamás me aceptaría. Estoy manchada, Alaska. Nunca más volveré a ser la misma de antes.

—No digas eso, cielo. Puedes estudiar, trabajar, tener nuevos amigos y…

—Y no, Alaska. No me iré de este lugar.

Su actitud cambia y me quedo sin entender.

—No puedes quedarte aquí, Briana. No con toda esta gente alrededor.

—Al amo le caigo bien. —Sonríe—. Me ha permitido ser tu compañía, quizá en algún momento pueda convertirme en la de él. ¿Imaginas que llegue a ser su asistente personal?

Retrocedo al notar su emoción. La han tratado como basura, no la quieren aquí y aún así lo alaba.

Empieza a hablar de él como si fuese un hombre perfecto, tapándole cada mancha que tiene cuando Markos no la soporta. Cada vez que puede, la hace menos ante mí.

—No. Eso no pasará.

—¿Por qué? ¿Crees que no soy capaz? —Se muestra a la defensiva.

Inhalo hondo, queriendo terminar esta ilusión.

—Si Markos te mantuvo aquí, es porque yo se lo pedí. Fue parte de nuestro trato.

Niega con la cabeza, sin entender.

—Cariño, quiero que tengas un mejor futuro. Tú mereces otra oportunidad. Crecer, tener amigos, conocer el amor real.

—¿El amor real? ¿Acaso existe? —De golpe, se aparta de mí—. ¿Tú me hablas de amor real cuando te acuestas con el amo sin sentir compasión de un novio que espera por ti?

Sus palabras punzan en mi pecho. Me saca en cara lo que le conté que me dolía.

—Es un trato.

—Que gozas muy bien. Los he escuchado gemir. Tanto llorabas porque tenías que tocarlo cuando en el fondo sí lo disfrutaste. Eres tú quien lo buscas, aun cuando lo puedes evitar.

—Briana…

—Soy consciente de lo que implica quedarme aquí, también que el amo jamás amará a otra mujer que no sea Marcela.

Un puñetazo mental me golpea. Sus palabras se estrujan contra mí.

—Aunque esté muerta, jamás dejará de existir en su corazón. Es la única mujer en el mundo que le importó. Todas las demás no valen nada, solo son un culo para fornicar. —Me mira fijamente—. Incluso tú.

Se va dejándome paralizada y ausente. No sé si me afecta más su cambio de actitud o lo que me dijo, aunque… quizá tiene razón. Él sigue amando a Marcela, ¿y yo? No sé qué sentir.

Trato de enfocarme en otras responsabilidades para distraerme. Peleo, hago ejercicio y doy todo de mí mientras los días siguen pasando sin control.

«Quince días». Me parece extraño ver el calendario con un día menos en este lugar.

Todas las noches me dedico a ir de un lado al otro en mi habitación, sin saber qué hacer. Solo miro el celular.

Markos se fue de viaje con Otto y sus escoltas, no quise preguntar por qué. He vuelto a follar con él. A veces llega por las noches a irrumpir en mi habitación o me manda a llamar como la esclava que soy. Cuando acaba, se va.

He aprendido a disfrutar su calor. A montarlo como quiero sin que se queje.

El sexo entre nosotros ya no es igual, ahora hay más complicidad. Cuando estoy con él me siento libre.

Me espía cuando entro a bañarme. El juego entre los dos ha hecho explotar mi lado más sensual. Lo he visto sonreír cuando domino, la lujuria en sus ojos brota al ver cómo me monto sobre él.

Tengo marcas en el cuerpo de sus besos, sus mordidas y uno que otro azote en momentos de descontrol. La necesidad de su cuerpo me avasalla tan fuerte que es imposible luchar contra algo que ambos buscamos, como los adictos que hemos llegado a ser.

«Doce días».

Me he llegado a cuestionar si esto es normal. El sexo todos los días, a cada hora que se puede. La abstinencia cuando no está me ha obligado a hacer que me toque. A veces, cuando la culpa me abraza, trato de pensar en Leonardo, pero Markos arremete en mi cabeza llevándolo todo en sí.

Acabará. Pronto acabará. Y yo lo habré olvidado también.

«Nueve días».

Por lo que comentan, sé que tiene mucho encima.

Me entero de las cosas por los cuchicheos de los sirvientes o por Rich, que suele llamarme algunas noches para contarme lo que pasa. Me incomoda cuando me lanza palabras de amor, pero es el único medio que encuentro para saber de Markos. Y Briana…, sigue distante por lo que hablamos la última vez.

—Mi señora, ¿decidió el menú hoy? —Kyria por fin me mira de frente después de las largas órdenes que le di.

—Pasta con mantequilla para todos. —Sonrío—. Y que las *skýlas* te ayuden a cocinar.

—Esas no mueven ni un dedo aquí, pero así será. —Deja de sonreír—. ¿Está bien? Debería tomarse el día. Se ve cansada, mi señora. Le subiré un té a su habitación.

Asiento tensa después de entrenar. Lo he hecho más a menudo para perfeccionar mis técnicas con el nuevo entrenador que Markos designó para mí y el agotamiento se ha hecho notar.

Me doy un baño rápido antes de alistarme para darle un paseo al perro. Ya voy varios días sacándolo a correr y, a pesar de que muchos le temen, se ha

acostumbrado a mí.

Me pongo un vestido sencillo y unas zapatillas para caminar hasta llegar a los grandes jardines. El animal me ladra desesperado al verme. Le hago mimos, me lame y salta como un loco cuando lo suelto.

—Oye, gruñón. ¿Me vas a extrañar?

Nueve días y pareciera que fue ayer cuando llegué a este lugar.

—Yo sí. —Acaricio su cabeza—. Ve por la pelota. —Se la tiro, pero el perro se queda quieto. Baja la cola para sentarse. Levanto mi cabeza y descubro que su actitud obedece a algo en particular.

«Rich».

—¿Rich? ¿Qué haces aquí?

—Furia, a tu guarida ya.

El perro lo obedece. Lo guarda y luego me lleva a otra parte.

—No tengo autorización para regresar —sisea—. De hecho, no volveré a este lugar. Voy a escapar.

—¿Qué dices? —Exhalo nerviosa.

—No tengo más opción después de lo que acabo de hacer. Estallé ante los malos tratos del amo. Desobedecí por seguir mi corazón. Ya no voy a seguir ocultando la verdad.

—Pensé que le estabas agradecido por todo lo que hizo por ti.

—Ese peso es muy grande, Alaska.

—¿Y tu mujer? ¿Tus hijos?

—A salvo. —se acerca—. Ellos están fuera de la isla donde vivían. Esta noche yo escaparé. Tengo el suficiente dinero como para desaparecer un tiempo y... quiero que vengas conmigo.

Algo se me estruja con lo que dice, mi corazón se congela con el pánico recorriendo mi piel. Trato de respirar cuando se acerca. Da dos pasos, yo uno hacia atrás. Intenta buscarme la boca.

—Alaska... —Toma un mechón de mi cabello y lo pone tras mi oreja—. Escapémonos de aquí.

El silencio se hace notar. Sus dedos se hunden en mi piel con desesperación al no escuchar respuesta.

—Tenías la libertad en tus manos desde que te di el celular, pero no hiciste nada —reniega con enojo, sus manos bajan hasta mi cintura—. Soy un iluso, ¿verdad? Si no te has ido es porque te quieres quedar con él.

Me mira con decepción. Se me atasca la respiración al verme atrapada en sus brazos, con sus labios rozando los míos.

Trato de zafarme.

—Nada en lo que crees es verdad. Todos te están engañando, Alaska, hasta quien menos imaginas que lo hace. Alacrán. Cuando él trabajaba aquí…

—¿Ese hombre trabajaba aquí? ¿Tú lo conocías?

—Sí. Pero ese no es el punto. No sé cómo decírtelo, no te quiero lastimar, él… —Roza mis labios.

—No, Rich, ¿qué haces? —Me aparto, pero no me suelta.

Me inmoviliza por completo cuando presiona un ligamento de mi brazo, produciendo dolor.

—Te lo contaré todo a solas. Por favor, ven conmigo esta vez. Tú eres dueña de todo, de todo el poder. —Me toma de la cara con las manos—. No le debes nada a nadie, eres *la reina de las sombras.*

—No.

—Camina. —Me sujeta de los brazos.

—¡Rich! ¡Me estás lastimando!

Me besa a la fuerza, mete su lengua y le cierro los dientes sin control. Me asfixia cuando pasa su mano por mi nalga y me aferra a él. Peleo contra su agarre, empujo sus brazos.

—Me cabrea que te guste, me harta que todas terminen igual —grita—. Es él la incógnita de todo, la destrucción sin fin. Pero pronto esto acabará. Querrás lo mismo que yo. Querrás dañarlo.

Mis ojos pican. Lo aparto bruscamente con los ojos aguados y una angustia brutal, pero se niega a soltarme.

—No puedes quererlo también, tú no, Alaska.

—¿Y a ti sí, Rich? ¿A ti sí te puede querer? —Su voz nos paraliza, resuena por el jardín, apareciendo por los matorrales—. Suelta a mi mujer o te arrepentirás.

43
NUEVE DÍAS

Siniestro

Minutos antes

Se me endurece la quijada cuando llego a mi despacho. Han sido días de viaje y lo único que quiero es ver a una sola persona.

—Señor, su bourbon.

—¿Dónde está mi mujer? —espeto.

—Ya la mandaron a llamar.

Le doy la espalda y termino de poner la última pieza de mi rompecabezas.

—¿Lograste concretar lo que te pedí?

—Sí. Se le quitó las trabas a Alacrán para que pudiera transportar su droga con libertad.

Me mira con desconcierto.

—No lo entiendo, mi señor —Otto agrega—. Pensé que quería recuperar su mercancía.

—Ya lo hice.

Me llevo el trago a la boca, mirando el reloj de arena que yace en mi escritorio.

Después del ataque en altamar, dejé que mis enemigos se quedaran con una parte de la mercancía. Ellos pensarán que se salieron con la suya. Lo que no imaginan es que cambié mis drogas por unas de mala calidad a propósito. Al truncar su negociación con los turcos, a Bristol no le quedará de otra que recurrir al Círculo para llegar al punto donde quiero que esté. Pronto habrá acabado todo.

El sonido de la puerta me exaspera. Espero a la única mujer que he ansiado ver desde hace días, pero la decepción se clava en mí cuando, en vez de ella, entra la mucama temblando.

—La señora Van Loren no está en su recámara ni en la mansión.

«¿Qué mierda?»

Salgo del despacho y decido rastrearla con mi sistema de seguridad, cuyo campo de ondas de calor se rige en un radio de veinte metros fuera.

—Jardín. Ala derecha, mi señor —indica un escolta—. Quizá fue por el perro.

—Señor, iré yo por Alaska. —Aparece la trasquilada bloqueando mi paso, alza la voz delante de todos—. No debería ir usted. No le va a gustar lo que verá.

Sus ojos brillan de miedo. La aparto de un tirón y camino rumbo al jardín, alargando mis pasos hasta llegar a ella. Entonces me doy cuenta de que no está sola. La mano de Rich yace en su cintura, deslizándose suave por su espalda mientras le susurra al oído.

Pareciera que me estrellan mierda en la cabeza. Alaska se deja tocar. Mi cuerpo arde por dentro.

Avanzo a pasos firmes. Ella ahora trata de zafarse y el infeliz la retiene bordeando sus labios con los suyos. ¡Sus jodidos labios con los de mi mujer!

—No puedes quererlo también, tú no, Alaska.

—¿Y a ti sí, Rich? ¿A ti sí te puede querer? —Lava viva arde en mi piel cuando sus asquerosos dedos siguen sobre ella—. Suelta a mi mujer o te arrepentirás.

El silencio me carcome la garganta. Rich suelta a Alaska a medida que voy acercándome. Mis hombres llegan apresurados, apuntándole en la cabeza. Con una seña les pido que se aparten. Esta vez seré yo quien se encargue de la basura.

—Amo.

—Híncate. —El malnacido no se mueve—. ¡Híncate, maldita sea!

La gente común se deja llevar por sus impulsos; una mente superior planea muy bien la muerte de sus víctimas. Y esta me la voy a disfrutar.

—Markos..., por favor.

Alaska trata de interceder. La aparto cuando quiere detenerme.

El infeliz se dispone a pelear, como si pudiera conmigo. Es bueno, pero no mejor que yo. Con un simple golpe lo tumbo al suelo. Su cuerpo cae, un gruñido escapa de su garganta. Le pateo la cara tantas veces como puedo hasta

romperle la nariz. Las imágenes de su mano tocando a mi mujer desatan un infierno en mis puños que no puedo controlar. Intenta defenderse y le doy un cabezazo, dejando que la sangre fluya por su cara.

—¡Markos!

Me explota la cabeza al recordarlo. «¡¿Por qué carajos me cabrea de esta manera?!»

Él no debería estar aquí y desobedeció. Regresó con claras intenciones.

En medio de sus chillidos, intenta seguir. Trata de hacerse el héroe al enfrentarme. Mis puños no lo dejan de herir cuando quiere atacarme. Destrozo los ligamentos de sus brazos, pero ninguna mierda es suficiente.

—Tráiganme un hacha. —Con una patada en la espalda su cuerpo cae.

Dos de mis hombres lo sujetan de los antebrazos. El olor a sangre me exacerba.

—Dime, infeliz, ¿cómo quieres que mate a tus hijitos?

—No los vas a encontrar. ¡Nunca los vas a encontrar!

—¿En serio?

—Lo valió. —Ríe—. Valió los besos que le robé a Alaska. Tú no la mereces.

Lo levanto del cuello.

—Le robé un beso mientras tú tocabas a tus *skýlas*. Conmigo no conoció el dolor. Yo la hice sentirse amada, algo que tú nunca le darás.

No soy dueño de mi control cuando estampo puños en su rostro.

—¡Basta! ¡Lo matarás!

Alaska implora que pare. La ira me gobierna de pies a cabeza sin que pueda detenerme hasta verlo agonizando.

—Llegará alguien mejor que tú. —Se ahoga en su sangre—. Y te clavará un puñal en la frente.

Un cuchillo se estampa en mi interior. Sonrío cuando atrapo su mano débil, mantengo mi mirada en él al sentir la daga clavada en mi tórax, y cierro la palma de mi mano, apretando la suya.

—Qué desperdicio.

Quiebro su muñeca. Tiembla cuando me saco el cuchillo empapado de sangre, volteándolo hacia él para clavárselo en el estómago, el pecho y su

hocico, el mismo que se atrevió a besar a mi mujer.

—¡Markos!

Cae herido y temblando hasta que el hacha llega a mis manos.

—¡No! —grita el infeliz.

Golpeo contra su pierna, cortándola.

El impacto es seco, el crujido profundo. La resistencia de su carne es breve, y la sangre brota como un chorro caliente que empapa mis manos.

El mango vibra bajo mi agarre mientras lo retiro con fuerza, desgarrando el músculo y el tendón. Pero no he terminado. Alzo el hacha de nuevo, dejándola caer con precisión. El filo termina de atravesar lo que queda de carne y hueso. Sus músculos ceden y se desprenden. Levanto su pierna como un trofeo mientras mis hombres lo celebran aclamando mi nombre.

El grito de Rich me da placer, se desvanece poco a poco mientras Alaska cae de rodillas, con la cara pálida.

Me traicionó. Rich era el maldito topo. Le di de tragar, mantuve a su familia, pero cometió un error al enamorarse de la mujer que me pertenece.

—Regresen a los hombres que fueron de misión con Rich y ejecútenlos, deben ser sus cómplices. —Otto asiente—. No voy a seguir manteniendo traidores…, ni traidoras.

Mi camisa empieza a empaparse de sangre por la herida de cuchillo y me voy con la cabeza hirviendo.

Necesito evaluar el corte. Tengo exactamente algunos minutos para detener el sangrado. Camino hasta mi cápsula, cierro la puerta, tengo las manos inquietas buscando la caja de primeros auxilios.

La herida no es grave, pero voy a tener que curarla.

Con un paño, presiono el corte. Ni para eso sirvió el infeliz, no sé qué carajos hacía manteniéndolo en mi equipo. Al terminar de limpiarme, pongo medicamentos en las áreas afectadas. Con mis dientes abro las bolsas de agujas esterilizadas que tengo guardadas y empiezo a coserme.

—Markos... —Alaska entra en la cápsula. No quiero verla.

Estoy cabreado. Cuando quiere acercarse, la alejo.

Apenas termino de curarme, me pongo un ungüento para que cicatrice el área. Quiero ir hacia la puerta para que se largue, pero sus manos ya están sobre mí.

—No te muevas.

—No necesitas decirme qué tengo o no que hacer. —Me aparto—. ¡Te he dicho que te largues!

—¡Y yo te advertí que no me iré! —Me hace frente, furiosa—. Se me da la puta gana de quedarme, no porque tenga que arrepentirme de algo, sino porque quiero.

Descubre mi camisa. Quiero decirle que pare, pero la ira me domina. El olor de su perfume hace que estalle mi cerebro pensando en si ese imbécil la tocó.

—Solo voy a limpiarte. Aunque te cosiste muy bien, estás lleno de sangre. —Tensa sus dedos sobre mí.

No sé si estoy enojado con ella o conmigo mismo por permitirlo.

Su rostro pulcro me mira con preocupación; hay ansiedad en sus ojos y yo no puedo dejar de mirarla. Es un jodido embrujo que embelesa. Un maldito vicio que no me he podido sacar de la mente.

No lo acepto. No puedo aceptar la idea de que otros saboreen los labios que me pertenecen.

Él acariciaba su cintura. Deslizaba sus dedos por su piel, como si ese espacio de su cuerpo le fuera conocido.

Me estoy volviendo loco. Ni siquiera sé cuál es mi lógica cuando tiro de ella hacia mí. Mis manos la tocan con desesperación, el descontrol empieza a dominarme de nuevo.

—Markos... —sisea cuando la beso.

Hundo mis dedos en sus cabellos, empujándola hacia la pared. Sostengo su cabeza para empotrarle mi lengua. Se agita con el roce, con la punta, y gime con mis movimientos mientras disfruto de su tacto, su sabor, su aliento sobre el mío.

—¿Dónde más te tocó?

Se queda helada. Quiero deshacer cada rastro de Rich para llenarla con los míos. No quiero que su olor se impregne en ella.

—¿Aquí? —Subo mis palmas por sus caderas—. ¡¿Dónde, Alaska?!

—No pasó nada más. Él solo me besó, estaba confundido, quizá yo…

Mi boca no la deja terminar. Cae de nalgas al sofá y le arranco el vestido a tirones.

—No, estás herido —jadea en mis labios al sentir cómo me voy encima de ella.

La necesito. Deseo estar dentro de ella. Sentir que es mía, solo mía.

Sus pechos redondos se erizan bajo mi piel. Le abro las piernas para extenderlas en mi cuello, pego sus tobillos en mis oídos para acariciarla y tomar lo que me pertenece.

—¿Qué hace...?

Mis labios la marcan; muerdo su piel, sus piernas, su hermoso trasero.

Por cada segundo que él estuvo cerca, yo duplico mis chupadas. Por cada centímetro que sus manos se atrevieron a tocarla, dejo besos en su piel pulcra.

El cuerpo se le pone rígido al sentir cómo mi boca busca su coño. Retiro la braga que cae hasta uno de sus tobillos y da un salto cuando mi lengua se desliza entre sus pliegues para succionarla.

No le doy tiempo para hablar. Se arquea y grita mi nombre a medida que aumento el ritmo.

—Por-favor... —suplica cuando la dejo picada.

Podría vengarme al dejarla incompleta, pero quiero que lo vea. Soy yo el que la lleva al cielo, yo el que la hace gritar y el único dueño de su alma.

Se queja al sentir cómo una de mis manos abre el cierre de mi pantalón para dejar salir mi polla dura. Tengo las venas hinchadas del deseo.

—¿Qué quieres? ¿Esto? —Me sobo y se queda muda al verla más gruesa que de costumbre.

Traga saliva y puedo sentir su corazón acelerado. Llevo mi punta por toda su abertura, de atrás hacia adelante hasta llegar a su entrada. Se arquea, desesperada.

—Métela —suplica.

Me dedico a mirar su rojez en las mejillas, su rostro excitado y esos ojos desorbitados de deseo al tratar de ella misma encajarse.

—Ah… —gime al sentir el grosor. Solo mi glande hace que se estiren sus pliegues cuando va metiéndosela.

Trata de capturar mis labios, pero los aparto. Todavía estoy furioso por lo sucedido, tan furioso que no puedo detenerme.

—Tú... —empujo— me —empujo— perteneces.

Sus paredes están tan apretadas que suelta un chillido al sentir cómo mi polla desgarra. El mueble suena de lo duro que saltan sus caderas.

—Lento, Markos —chilla—... estás herido.

Me vuelvo una bestia penetrándola mientras enrolla sus piernas en mi cintura. Puedo sentir cómo encajamos a la perfección, cómo mis huevos parecen latigar su sexo debido al ritmo de mis embestidas.

Todavía tiene la ropa interior enredada en su tobillo, las zapatillas blancas rebotando en mis piernas, dejando ver un lado inocente que me excita.

—Quiero tu boca —implora.

—Gánatela.

Beso su cuello mientras mis caderas no dejan de bombearla.

—No soporto que otro te toque —jadeo—. No puedo tolerar que…

—Él no significa nada. —Sus manos sujetan mi rostro y me besa—. Solo tú, Markos. Tú.

—Eres mía, Alaska. —Embisto—. Mía para siempre.

La devoro con mi lengua mientras mi polla hinchada la destruye por dentro. Me entierro hasta el tope, hundiéndola en el sofá. Vuelve a chillar fuerte y le doy más duro.

—¿Qué quieres, Alaska?

—A usted, amo.

—¿Que te parta?

—Que me deje sin alma.

—¿Así? —Embisto. Llora de dolor y la levanto en mis caderas hasta la llegar a la ventana. Enredo mis dedos en su cuero cabelludo y salta sobre mi polla.

—Vas a matarme.

La pose hace que pruebe nuevas profundidades. Ella lagrimea, aguantándose. El placer es infinito. Tomo mi cinturón y se lo enrollo en las caderas mientras le doy por detrás.

—Me gustas tanto… —sisea en medio de sus gemidos.

Se traga el dolor cuando la rompo y la liberación explota con fuerza. Su vagina me ordeña, mi miembro se vierte a chorros en ella, desbordando semen por su ingle mientras me besa.

Las lágrimas se asoman a sus ojos, consciente de que esto ha llegado a su fin. Me gira para succionar mi pene. Se traga hasta la última gota de mi sabor. Bordea mis testículos con sus labios, dejándome en un estado aún más vulnerable al arrastrarse sobre mí, hasta que vuelve a intentar encajarse.

—Vas a llorar, Alaska. —La volteo, alzando su trasero para ponerme en cuclillas y penetrarla.

Nos apretamos fuerte mientras le susurro groserías al oído, y pronto volvemos a correrno.

Caigo contra su cuerpo extasiado, con la libido por las nubes, mientras sus manos acarician mi cabello de una forma suave y amena.

Jamás sentí tanta comodidad con una mujer, ni siquiera con Marcela. Sus manos parecen mecerme, acariciándome por toda la extensión de mis brazos hasta mi cuello. Podría dormirme con su aroma, pero cuando intenta pasar hacia mi espalda, la detengo.

—¿Por qué, Markos?

No hay respuesta para ello. Me quedo perdido en sus ojos, en su boca, en el olor a sexo que se despliega por todos lados. Un olor carnal y animal que me gusta con ella, solo con ella.

«Es la perra de Bristol y pronto tendrás que entregarla», me digo.

«Es solo la presa», sigo diciéndome.



Alaska

Sus ojos brillan y me hipnotizan cuando se quedan mirándome en señal de advertencia.

Me pierdo en su mirada, esos azules fuego que no dejan de embargarme, y pienso que estoy loca. Mi mano se detiene contra la suya, con el corazón al límite al sentirlo tan cerca.

—Alaska —vuelve a decir al ver que no me rindo, pero es él el motivo de mis grandes curiosidades.

Su espalda llena de cicatrices siempre me ha intrigado. Cada vez que intento pasar mis dedos por ahí, me evita, como si aún le doliera.

—Déjame tocarte. —Le beso el hombro sin permiso y puedo notar que se eriza—. Quiero hacerlo. Por favor, déjame.

Su agarre cede mientras mis dedos buscan su pecho, dejando que lo acaricie suavemente.

Mis dedos se expanden en esa piel perfecta. Es… tan atractivo, tan criminal, tan guapo que no dejo de admirar su figura.

Estoy despeinada, llena de fluidos, con su olor por cada parte de mi cuerpo, y no me apena mostrarme como soy ante él.

No importa el sangrado que tiene en su estómago por la herida, tampoco el que yo bordeo entre mis pliegues por haber tenido suficiente sexo rudo.

Siniestro es tan caliente como adictivo, tan Van Rico como salvaje. Empieza a doler, no puedo detener la picazón en mis ojos al sentir que esto está terminando.

Me acomodo en él. Nos besamos, y esa intimidad me fascina.

—¿Crees en mí, Alaska? —susurra.

—Eres el único que jamás me ha dado la espalda, que ha confiado en mí y me puso un arma en las manos, aún cuando yo no creí en mí misma. Sí, Markos.

Me vuelve a besar.

—Lo harás mejor. Aprenderás a sobrevivir.

—Estoy sola en el mundo. No tengo familia. Mis hermanos…

—Tus hermanos solo te quisieron apartar del camino que te corresponde. —Posa sus dedos en mis labios—. Pero vas a encargarte de ello, *Angliká*. Lo harás tarde o temprano cuando te vayas.

Un atisbo de dolor se funde en mi pecho.

—La asamblea del Círculo de la mafia se acerca, y será la última vez que irás de mi brazo como mi esposa.

—Lo sé.

—Por fin harás lo que quisiste hacer: serás libre y te irás para siempre.

—Nueve días, Markos.

—Nueve días, Alaska.

Me cuesta respirar cuando me mira.
«¿Y si no quiero ser libre? ¿Y si me quiero quedar a su lado?»

44
SIN MÁSCARA

Alaska

Días después.

Se me forma un nudo en la garganta cuando intento pasar los alimentos. El calendario marca siete días. Han pasado siete días y solo me quedan dos en este lugar.

Otto se ha esforzado en darme un excelente desayuno con frutas, tostadas francesas y diferentes tipos de jamones, pero me cuesta probar bocado.

Ya nada me sabe igual.

—¿La señora desea algo diferente? —Kyria habla cabizbaja. Estoy acompañada de escoltas, Otto y otros sirvientes.

—No. Esto está delicioso, muchas gracias. Solo no tengo mucha hambre. —Intento sonreír cuando por dentro tengo un desánimo increíble.

Finjo comer, llevándome un pedazo de piña a la boca. Markos no está, desayuna al alba y luego se va a atender sus asuntos. Estos últimos días han sido agridulces: cogemos por lo menos cuatro veces al día, me deja y, cuando él está ausente, siento cómo la tristeza me abarca.

No puedo creer que el tiempo haya pasado volando. Hoy es la fiesta del Círculo de la mafia y en menos de cuarenta y ocho horas vencerá nuestro pacto.

Cuando llegué a esta cárcel de lujo, me juré a mí misma luchar por mi libertad. Los días se me hacían eternos, contaba los segundos para irme, pensando en cómo reaccionaría Leonardo cuando lo volviera a ver. Ahora todo es diferente. Siento que me quitan horas.

—¿La señora desea galletas? —Otto sonríe, es un viejito agradable. Se preocupa por mí, por Briana, en especial por Markos. He notado que lo ve como a un hijo, se ruboriza cuando peleamos y también tiene una paciencia gigante.

—Gracias, Otto. —Tomo una—. Yo… quisiera preguntarte algo que quede entre los dos.

—Por supuesto.

—¿Qué pasó con Rich?

El anciano se incomoda, pero no deja de ser amable.

—Pasó lo que tenía que pasar, mi señora. Terminó todo como debió ser por su traición. Si me disculpa, debo atender unos asuntos.

Contengo la respiración, sin que pueda evitar sentirme mal. No se ha hablado del tema desde hace días, tampoco me atreví a preguntar hasta ahora y siento que es lo único que sabré. Ni Markos ni Otto me dirán más.

Me levanto buscando a Briana, quien estos últimos días ha seguido ausente, para regalarle las galletas que tanto le gustan, pero en vez de hallarla me topo con un sinfín de hombres que van por todas partes.

—¿Markos?

Aprieto los dientes al verlo. Estar tan concentrada en mí me hizo olvidar los raros movimientos de la madrugada. Me quedé dormida en posición fetal, mirando sus nalgas, hasta que alguien tocó la puerta y desapareció.

Ahora se apunta con un hombre extraño.

—Si buscas destrucción, la tendrás. Si vuelves a provocarme, el mundo arderá hasta que mueras.

—A mí nadie me destruye —espeta Siniestro—. Yo soy el que apuñala.

—Pues esta vez no habrá retroceso —amenaza, con voz grave—. Si buscas un enemigo, estás viendo al peor frente a tus ojos.

—Entonces prepárate porque te voy a destruir.

—Quiero ver cómo lo intentas. —Levanta la cara para mirarme—. ¿Tu mujer? —Abro los ojos cuando se da cuenta de que lo miro, a Markos se le hinchan las venas cuando me nota—. Así que estos son tus planes.

Dispara contra mí, la bala pasa muy cerca de mi oreja. El corazón se me acelera por el impacto. Tomo mi arma para apuntarlo y una sonrisa se forma en su rostro. «¡¿Quién es ese hombre?!»

Se me enrojecen las mejillas al verle la cara. Es tan alto como Markos, tan... atractivo y de actitud pedante que por un momento pensé ver doble.

—La próxima vez que te metas con lo mío, la bala irá de verdad a tu mujer. Si quieres romper el pacto, la sangre se rompe también.

—No te atrevas a tocar a mi mujer.

—No te metas con la mía.

—Italia es para mí. No arriesgaré mi poder por nada.

—Entonces pelearemos. No hay uno sin cinco. Los otros bastardos salvajes volverán y yo me voy a olvidar de que eres mi hermano.

—Enemigos, Tormenta.

—Enemigos, Siniestro.

Se despegan y pareciera que fueran dos gorilas a punto de romperse a sí mismos. No le bajo la cara cuando se va, eso sería demostrar temor. Mantengo mi arma arriba y ni siquiera me mira. Sale sin que nadie lo controle, dejando en silencio a Siniestro.

Es la primera vez que veo a alguien con tanto poder como él.

—¿Quién era ese hombre?

No me responde, solo alza su teléfono.

—No avises nuestra presencia hoy. Nadie debe saber que iremos esta noche.

Se me paraliza el cuerpo cuando lo escucho. Cuelga mientras mis manos se agarrotan de la tensión.

—Markos, te hice una pregunta.

Se abre la camisa orillándose hasta la ventana para mirar el vacío. Lo he visto mirar el vacío en sus momentos de soledad, como si eso en el fondo lo reconfortara, pero no puedo callar. Intento ser sutil y paciente, aunque en el fondo sé que debería irme sin importarme sus problemas.

—Vete, Alaska.

—No.

—¡¿Por qué siempre tienes que darme la contra?! —Se exalta.

—Porque me necesitas, de alguna manera lo haces. Y soy tu mujer, al menos hoy lo soy.

Mantengo los pies bien plantados en el suelo sin esperar respuesta. Se acelera hasta dirigirse a mis labios sin control. Recibo su beso desesperado, como los que me da para calmarse, y el sabor a alcohol en su boca solo aumenta mis ganas.

—Joder, angliká. —Mis manos están abriéndole el pantalón. Ya nada es suficiente.

El silencio aviva el calor entre mis piernas. Acaricio las venas anchas que forman su zona inferior, detallando con mis toques cada espasmo que me produce cuando se pone rígido. Nos seguimos besando mientras me subo encima de él para enterrarme yo misma, estirando la delgada hebra de mi ropa interior.

Pareciera que mi garganta se liberara al sentir cómo su pene me llena. Lo monto con gusto y a mi ritmo. Obedezco cuando me dice que me mueva.

Desborda todas mis paredes con sus embestidas. No sé si esta es una droga o adicción, hemos fornicado tantas veces como hemos podido hace horas, nos hemos derramado el uno con el otro con tanta brusquedad, que ya ni siquiera puedo con lo mal que deja a mi cuerpo, pero aquí sigo.

Se estrella contra mí dejándome el sexo ardiendo. Mis adentros se contraen. Hundo la cabeza en su hombro, saciándonos el uno al otro con un grito profundo.

—Markos... —susurro mientras sus brazos me sujetan y, enseguida, me planta un beso de los dioses.

—Qué niña tan golosa.

—Siempre, amo.

Termina de acomodar mi ropa interior mientras mis ojos se entretienen con los suyos.

Al llegar a este lugar, ni siquiera podía sostenerle la mirada. Quemaba tan fuerte que dolía, pero ahora todo eso parece no importar. El amo no era tan desagradable. El misterio se fue disipando poco a poco, sin querer, y la oscuridad ganó cabida en mí, desatando un lado extraño que creí jamás experimentar.

—Cuéntame algo de ti. Tú sabes todo sobre mí, Markos. Hazlo como una despedida.

Se queda en silencio.

—Entonces es cierto. Eres un cazador sin alma que se devora a sus víctimas hasta dejarlas sin corazón. —Río, repitiendo lo que escuché como chisme entre los sirvientes—. Naciste del diablo. Todo el que te besa se hace negro, chupas hasta la última gota de sangre de tu detractor.

Rueda los ojos.

—Lo que voy a hacer es chuparte otra cosa, *angliká*. No me provoques.

—¿Qué tiene de malo? Eres una leyenda urbana, solo repito lo que dicen sobre ti. ¿Quién eres en realidad? ¿Dónde está tu familia?

—No tengo familia.

—Ese hombre dijo que era tu hermano. ¿Es alguien de las pandillas?

—No. —Su rostro se endurece. Hace una pausa y solo exhala profundo—. Cuando era niño, fui reclutado por una organización criminal junto a otros; todos huérfanos, olvidados por el mundo, formados en la mafia para destruir. Les dicen "bastardos salvajes". Son hermanos de infancia. No nos une la sangre, pero sí una misma historia: criaturas que lograron sobrevivir y que hoy se han convertido en líderes del mal.

Exhalo pesado.

—¿Todos… son mafiosos?

—Sí. Cada uno lidera en su territorio. No nos matamos porque tenemos un pacto de sangre que en algún momento se romperá.

—¿Qué le hiciste a ese hombre? ¿Por qué irrumpió en este lugar?

—Le quise quitar Italia, la tierra de su mujer, que no es más que una víbora con la que tuve riñas en el pasado. Lo jodí enviándole algo que no le gustó.

—Pero son tu familia. Ellos…

Quiero hablar y me calla con un beso.

—No me importan —susurra en mi boca—. Nadie es más importante que yo. Si quiero, los jodo. Si me conviene, lo tomo. Es así. No quiero que te vuelvas a aparecer si alguno está cerca.

Puntualiza, terminando el tema. Me intriga saber más de los bastardos salvajes: cómo son, dónde viven, qué imperios de la mafia manejan. Sin embargo, esa pared fría parece forjarse nuevamente ante mí.

—Es hoy, Alaska.

—Lo sé. —Intento sonreír—. Entrené mucho estos meses. Estoy lista, seré la mejor esta noche. No te voy a decepcionar.

Me voy con una falsa sonrisa. Cuando cierro la puerta, exhalo hondo con un nudo en la garganta que no puedo controlar. Pronto me iré y todo habrá acabado. No lo volveré a ver. Mis pensamientos se ven ahogados cuando el rostro de Briana aparece, mirándome con los ojos rojos.

—Briana —suelto, y se va. Caigo en cuenta de que ha estado aquí desde hace mucho, espiándome.

O tal vez se enteró de lo que le pedí a Markos: que pueda estudiar en algún colegio lejos de aquí. Se irá hoy, aunque no quiera. Es lo mejor para ella.

Intento hablar, pero huye de mí. No insisto. Si la presiono será peor.

Mi mente se centra en la asamblea de la mafia. Estoy algo nerviosa. No puedo fallar.

Cae la noche y llegan los estilistas para alistarme. Se encargan de mi peinado, mi maquillaje y de mi atuendo: un vestido negro decorado de diamantes, precioso en todo su esplendor.

—Se verá divina, señora —dice el hombre. Presiona contra mi cuerpo las armas, los cuchillos y localizadores—. Esto es por seguridad.

Asiento, dejando que termine.

Los tacones son maravillosos, el peinado y maquillaje también. El estilista se asegura de esculpirme como si fuese una reina del mal: tintes negros, labios rojos, ojos profundos ahumados con bordes dorados en la piel.

—Es usted una obra de arte.

La cola en mi cabello hace que me vea más alta y elegante, pero lo que más me sorprende es el antifaz.

—El toque final. —Sonríe—. No se lo puede quitar hasta que esté dentro del recinto. Desbordará misterio y poder.

Me lo pongo. Markos lo ordenó para los dos.

El estilista se va, dejándome sola con aquella imagen que me devuelve el espejo, sin poder creer lo que veo.

Una extraña mujer, tan igual como antes, pero a la vez… distinta. ¿Cuánto he cambiado en estos meses?

Otto empieza a llamar al pasar los minutos. Veo a Markos ansioso, hablando por celular mientras asomo mi cuerpo por las barandas de la escalera de la mansión. Bajo mirándolo; no se da cuenta de mi presencia, y siento un nudo retorcerse en mi estómago.

Es una noche especial, la noche más negra de la mafia griega. Él preparó este momento para mí. Desde que entré en esta isla fui entrenada para sobrevivir a este acto.

Podrían matarme, algún criminal podría querer tomarme a la fuerza, por lo que deberé dejar en claro quién soy: la esposa de un líder de la mafia.

La cara de Markos se paraliza cuando me ve. Baja su móvil, lo guarda, y camino disfrutando el momento.

—Polýtimos. —Su voz ronca parece palpitar en cada poro de mi piel.

Sonríe a medias. Llevo millones de dólares encima en joyas, diamantes en el cuello, pero es más cara la piedra del anillo en mi dedo anular. Una joya gris desbordante. Según Otto, es una reliquia perdida, única en el mundo, símbolo de poder.

—¿Estás lista, Alaska?

—Sí.

Sus ojos parecen oscurecerse. No sé qué piensa o siente, tampoco lo puedo intuir.

Caminamos hacia el helicóptero que nos llevará a Creta, la isla donde se hacen intercambios comerciales con la mafia. Me sobo las manos para bajar la tensión. En el camino, él no deja de mirarme, y yo solo quiero besarlo.

—Saben lo que tienen que hacer —le dice al líder de los *red men*—. Quiero equipos de escape por cielo, mar y tierra.

—Todo está listo, mi señor.

Todavía tengo un nudo en la garganta. Mi mente se ve perturbada cuando bajamos del helicóptero hacia un auto blindado que nos lleva a la gran casa del poder.

El lugar es majestuoso e impresionante a simple vista: de fronteras blancas, torres azules, árboles tallados que indican numerologías, haciendo notar a la mafia en todo su esplendor.

—Adam y Kass Weston. —Son identificaciones falsas que hacen que entremos en segundos al lugar.

Me quedo muda.

—Es por seguridad —aclara Markos—. Nadie sabe que estamos aquí, mucho menos Alacrán.

—¿Alacrán estará aquí? ¿Esta noche?

—Es probable.

Rechino los dientes al escucharlo nombrar.

—¿Lo mataremos hoy?

No responde, solo me toma de la mano para entrar. En el primer vistazo, me quedo quieta al notar todo el lujo que se ve en la asamblea donde se reúne la peor peste del mundo con poder.

Todos llevan máscaras, desde los asistentes hasta los músicos que tocan violines en un rincón. Hombres y mujeres se concentran en diferentes mesas de oro para negociar; otros se dedican a beber con prostitutas en las piernas, y más allá hay zonas que no se alcanzan a ver.

—Por aquí —indica, dándome un pequeño recorrido—. ¿Nerviosa, *angliká?*

—No.

Sujeto con fuerza la mano de Markos mientras bajamos las escaleras. Nos ganamos algunas miradas, pero es casi imposible que alguien pueda reconocernos.

—Este es el punto donde el mal nace, se reproduce y muere también. —Se detiene, llevando su mano hacia mi cintura.

—Hemos pasado por mucho para llegar aquí.

Me sonríe, dejando que camine a su lado como si fuera un trofeo que quiere lucir.

Mientras seguimos avanzando, las zonas privadas se hacen evidentes: cuartos donde la gente se droga, bebe y participa en orgías. Pero lo que más me indigna es notar a jovencitas en vitrinas, siendo vendidas como si fueran cualquier animal.

—No. —Markos me aprieta la mano—. Aquí nada se juzga, todo se permite. No es tu asunto, Alaska.

Respiro hondo, intentando que nadie note mi indignación. Esta es una de mis debilidades y, aunque sé que no podré cambiar la realidad, no dejo de asquearme con lo que veo.

El lugar tiene dos amplios ambientes: uno para los negocios, y el principal, donde están las subastas. Grandes cortinas rojas nos separan.

—Ven. —Me dirige a la primera sección, donde están las mesas de juego, y pronto llegamos a nuestro lugar.

Me quedo a su lado en la mesa de negociaciones, copada por hombres y mujeres que no solo tienen dinero, sino joyas, diamantes, propiedades y fotografías de gente de la mafia.

Me asombra su perfecto inglés, italiano y alemán para dirigirse a diferentes empresarios. Quiere recuperar zonas que fueron vendidas por Alacrán y Smirnov. Al parecer, todo va bien. Siniestro es un jugador perfecto.

—Quiero las tierras de los puertos que dan al mar Negro en Rumanía. Sé que tú las tienes —le increpa a un hombre.

—No están en venta.

—Me las vas a vender.

—¿Y si no quiero?

—Explotarán tus sesos aquí, y luego mataré a tu gorda mujer por allá —amenaza—. Tú decides.

La trampa es habitual, y Markos ha sido más inteligente. El tipo se acomoda en la silla.

—Bien, jugaré, pero no contigo, sino con tu bella mujer. ¿Señora...?

—Weston. —Sonrío.

—Le apuesto veinte millones de libras, bella dama.

—¿Y si pierdo?

—Una noche en mi alcoba no estaría mal.

Markos arremete un puño bajo la mesa que disipo con una suave caricia en su piel. Es usual en este tipo de fiestas intercambiar parejas, así que solo miro al cerdo asqueroso sonreír y le devuelvo la sonrisa.

—Acepto, solo si los puertos del mar Negro están en venta. Y sus veinte millones de cortesía también.

El viejo se acalora cuando detengo mi mano entre mis senos. Acepta. Markos se vuelve piedra; me mira con astucia y se levanta para dejarme negociar. El anciano cree que ganará. Dejo que lo siga pensando. Pongo mi cara más angelical para ganar su confianza.

—Esta noche sin protección, preciosa. —Me enseña sus cartas.

—No tan rápido. —Le estampo las mías encima—. Creo que tengo nuevas propiedades ahora.

El viejo sube la histeria, acalorado al perder, pero las reglas son las reglas y acabo de ganar. Me levanto sonriente, buscando a Markos, quien yace mirando hacia el vacío mientras le doy alcance.

—Acabo de patearle el trasero —le digo emocionada—. Gané.

—Lo sé. Tienes una maldita habilidad para llamar la atención, *angliká*.

Le sonrío, sintiendo espasmos cuando la música se eleva. Lo veo distraído, mirando el reloj y a un gran número de asistentes que danzan bajo las luces tenues de una pista central.

Me pego a él sin ningún tipo de expectativa. Sin embargo, me sorprende cuando su brazo se enrolla en mi cintura para atraerme.

—Markos.

No dice más. Nos quedamos en nuestro sitio en completo silencio. La gente se mece con sus máscaras; a nadie le importa nada más que sus propias vidas, y es lo mismo que me pasa ahora a mí.

Me atrae su porte y a ese olor exquisito. Él sube su mano a mi mejilla, pegando su nariz contra mí. Bajo esa máscara yacen dos ojos azules que queman como el infierno. Son segundos, pero ese suave baile hace desbordar los latidos de mi corazón.

—¿Qué pasa? —pregunto, pero no hay respuesta.

El gran reloj de la sala marca que faltan diez minutos para la una de la mañana. Para mí… otra noche sin él.

«Hasta que tome una valiente decisión».

Respiro con el corazón acelerado cuando me guía hacia las cortinas rojas que nos dan paso al otro lugar de la asamblea. El ambiente es más tenso que el anterior. El olor a droga me abruma, pero es más extraño lo que veo: una gran rueda de hombres y mujeres sentados, gritando y alzando las manos por algo que exclama un presentador.

—¿Esos son los miembros del Círculo? —murmuro, pero él no dice más.

Son gente imponente, con tatuajes por todas partes, símbolos extraños en sus frentes y portando gran cantidad de armas. Hay cadáveres con balazos en las bocas y extremidades. Solo nos quedamos en la esquina de ese lugar.

—Bienvenidos —susurra un hombre con un antifaz—. Deben esperar su turno para que el Círculo les dé una audiencia.

Entreabro los labios al ver el espacio gigante.

Pantallas enormes se destapan a metros de nosotros, presentando a las cabezas más importantes de la mafia, a los amigos y también a los enemigos del Círculo que van a fichar.

—Mírame. —Markos me levanta el mentón. Quiere distraerme, pero a lo lejos me doy cuenta de que dos hombres y una mujer nos observan como si fuéramos sus presas.

En medio de la gente que nos ignora, la mirada de esa mujer parece querer acribillarme. Es alta, tiene el cabello negro y viste de rojo. Sus ojos verdes, tan intensos, destellan poder.

Los hombres que la acompañan conocen a Markos. Él los mira, y ellos vuelven a desaparecer.

—¿Quiénes son?

—Nadie, Alaska. Nadie.

Unos gritos se alzan cuando escuchamos algunas balas. Tras unas rejas, matan a los rehenes y arrastran los cadáveres hasta el centro de la rueda, mostrándolos ante el círculo.

—¡Traidores caídos por fin!

Se burlan, patean los cuerpos, y algo dentro de mí empieza a sucumbir.

—Esta es gente inocente, son casi unos críos. ¿Por qué les hacen esto?

—Deben ser hijos de algún infeliz que los jodió. Disfrutan su muerte.

—¿Nunca has tenido compasión?

—No.

—Creo haber visto lo mejor de ti, Markos…, aunque no lo sepas apreciar.

—Nunca habrá luz en mí, Alaska. —Desliza sus manos por mi piel—. En menos de veinticuatro horas serás libre para irte y elegir.

—Ya tengo una elección. —Miro sus labios; él, los míos—. Es algo que me negué a sentir, pero que ahora veo con más claridad. Markos, yo…

—¡Que pase nuestro invitado de honor!

Parpadea frío cuando las voces chillonas de los miembros de la asamblea se alzan para recibir a un hombre de antifaz gris. Un tumulto se forma, otros cuchichean hasta que él llega ante ellos.

—Dinos, ¿por qué estás aquí? ¿Qué es lo que quieres?

—El imperio belga por la cabeza de Siniestro —responde—. Sé que les interesa su heredera. Siniestro les mintió: ella vive, y yo sé dónde está.

De pronto, todo se queda en silencio. Hasta el hombre más alejado se acerca a la rueda en donde están. Sus caras palidecen, las miradas incrédulas se

hacen notar.

—Ustedes tienen en alta estima al hombre equivocado porque lo creen superior. Piensan que es intocable, que nunca ha sido vencido, pero yo lo herí. Le quité el honor al robarme a su puta favorita: Marcela. Era la única mujer que Siniestro quiso. La secuestré, la forcé y la torturé. Fui yo quien empuñó esa daga en su corazón.

Markos se separa, dando un paso hacia atrás.

—La tonta lloriqueaba confiando en mí, pensando que la amaba de verdad, cuando la enamoré para vengarme de él. Después de follármela, la quemé viva y gané. Lo manché.

«¡Viva Alacrán! ¡Viva Alacrán! ¡Viva Alacrán!». Los murmullos se alzan.

Siniestro me mira sin emoción. Las campanas marcan la una de la madrugada, y la gente se quita las máscaras. Volteo hacia esa voz, la de Alacrán, sintiéndome extraña. Cuando por fin se quita el antifaz, mis ojos se niegan a ver la verdad.

—Ese hembra gritaba por mí; yo la despedacé. La mujer de Siniestro fue mía, y con ella me llevé su honor.

Mis ojos se llenan de lágrimas. Él gira sin máscara y deja de reír cuando llego hacia él.

—Leonardo.

Mi corazón se rompe en pedazos.

45
SU HEMBRA POR LA MÍA

Alaska

«Juro que te haré feliz, Alaska. Nunca haré nada para dañarte».

El recuerdo de sus palabras bonitas se estrella en mi mente una y otra vez, mientras mi cuerpo comienza a temblar.

No, no puede ser.

Un nudo en la garganta me quema, una opresión en el pecho me obliga a entrar en negación. Mis párpados pesan al contener las lágrimas, mi vida entera parece acabarse en este instante.

—Alaska… —Leonardo murmura. La gente alrededor nos mira sin entender, y mi corazón se estruja con tanta fuerza que siento que no podré respirar.

Ya no sé qué es más denigrante: enfrentarlo o seguir viéndole la cara. Me giro para largarme de allí.

«Alacrán. Leonardo es Alacrán».

Me tiemblan las manos y suelto un llanto desesperado mientras corro sin dirección.

Era un hombre sencillo, alguien incapaz de dañar siquiera a una criatura.

—¡No!

Le creí. Le di mi corazón. Me olvidé de mí misma por entregarme a él.

Se me atragantan los recuerdos, los años rotos por la ira que azotan mi cabeza. La imagen de aquel escolta en Estambul llorando por los videos de su hermanita me carcome. Las vagas palabras de Markos sobre Marcela, el odio que sentía por su asesino, los traumas de Briana… Todo encaja como un cuchillo que se hunde en mi corazón.

«Era obvio, tan obvio».

Me mintió desde el principio. No era un hombre de buen corazón, era un maldito criminal disfrazado de oveja desvalida. Mientras me llenaba de flores,

quién sabe a cuántas niñas más violaba. Abusó de Marcela, la quemó, la asesinó siendo inocente. Yo construí una vida al lado de alguien que no conozco. De un monstruo que me engañó.

Mi cuerpo tambalea, y apenas puedo encerrarme en el baño. Mi pecho se contrae, como si una garra invisible lo apretara. Quiero arrancar los recuerdos de mi mente, pero no puedo. Me desplomo junto al lavado; el frío de las baldosas atraviesan mi piel. El aire parece demasiado espeso en mis pulmones. Esta asfixia me mata. No puedo más.

—¡Alaska! —Leonardo golpea la puerta. Es su voz—. ¡Abre la maldita puerta o la tiro!

El llanto se atasca en mi garganta.

—No me hagas enojar, ya sabes cómo me pongo. ¡Abre!

La Alaska de antes habría temblado ante sus ataques de ira, se angustiaba cada vez que la lastimaba y lo justificaba por entenderlo. Pero la de ahora solo siente una furia que la consume.

Él tira la puerta y giro con rapidez, sosteniéndole el arma cuando entra.

Mis reflejos reaccionan al ataque. Tenerlo frente a mí era todo lo que deseaba hace noventa días, pero ahora verlo me produce asco.

—¿Qué haces? —pregunta, sorprendido—. Tú no puedes manejar un arma, cielo. Bájala, se te puede disparar una bala y…

—¿Y qué? ¿Le tienes miedo a una mujer?

Me mira como si no pudiera creer lo que ve. Pobre imbécil.

—Alaska… —Me observa de abajo a arriba y palidece—. Estás… tan hermosa, tan diferente, tan… mujer. —Intenta acercarse, pero vuelvo a apuntarle—. ¡Por Dios! Te he buscado hasta debajo de las piedras. No hay nada que temer. Soy yo… tu Leo.

—Eres solo una maldita mierda.

Preparo el gatillo.

—Las mujeres son muy emocionales. —Intenta disuadirme—. Cielo, yo sé qué es lo mejor para ti. Esa arma puede…

—¿Dispararse?

Suelto una bala hacia un costado, encajándola a la perfección en el borde de la puerta.

—Se disparará porque yo quiera, no porque sea una maldita loca que no controla sus emociones.

—Tú…

—Sí, tengo entrenamiento. Ahora soy experta en armas. Pero me equivoqué con los miserables.

Él se queda inmóvil, con los ojos bien abiertos. Jadea, impactado al verme.

—¿Qué te hizo…? —Niega con la cabeza, llevándose las manos al rostro, incapaz de aceptar a la mujer que tiene delante.

Toda mi vida fui una chica que creía en las personas, en sus sueños, en buscar el lado positivo de las cosas. Pero la realidad es que quienes más queremos son los mismos que nos apuñalan.

—¡Maldito hijo de puta! —grita—. ¡Él jamás me quitará a la mujer que amo!

—¿Tú me amas? —Sonrío con ironía—. ¿Así me amas, Leonardo?

—Las cosas no son como crees.

—¿Y cómo carajos son? —exploto—. ¡Lo único que veo delante de mis ojos es una rata mentirosa! ¡Un maldito violador que fue capaz de…!

—¡No! ¡Es mentira! ¡Es un vil engaño de Siniestro! —Sus manos tiemblan —. Él te engañó, cielo. Lo único que quiere es vengarse de mí por negocios inconclusos. Escuchaste mal.

—¡Deja de hablarme como si fuera una bruta! Me has mentido durante cuatro malditos años. ¿Crees que soy estúpida?

—Alaska…

—Lárgate.

—Él me obligó a estar aquí, a... decir todas estas cosas. —Se desespera al ver que no le creo—. Tú no sabes nada de este mundo, por eso yo necesito protegerte. Me amenazó con herirte. Lo único que quiere es...

Lanzo otra bala rozando su hombro.

—¡Alaska! —Alza la voz—. ¡Yo juro que te amo!

Se arrodilla, como lo hace todo cerdo mentiroso capaz de llorarle a una mujer para que le crea, cuando en el fondo sabe muy bien que miente.

El maldito espectáculo que forma es asqueroso, pero algo en mí va mutando. Le sonrío sin bajarle el arma, denigrando cada parte de su estúpido

ser con mis ojos. Y no hay más palabras, solo silencio. Un silencio extraño que apuñala, pero que también saca otra parte de mí.

Y pasa, como todo estafador cuando se ve al descubierto. Se transforma para convertirse en quien realmente era. Levanta su cuerpo con una mirada sombría, como si sus ojos miel se volvieran negros, por fin aceptándolo.

—Me das asco.

Sus ojos se enrojecen.

—Yo nunca quise dañarte. Perdóname, amor.

—No te quiero volver a ver nunca más en mi vida.

—Siniestro tenía que pagarlo —espeta con rabia—. Yo lo ayudé a salvarse, lo metí en las pandillas. Lo consideraba un hermano, pero me apuñaló tantas veces como quiso. Él logró lo que yo añoraba, me desplazó ante los demás para tratarme como a un perro, se deshizo de mí cuando ya no le servía.

Lo miro sin emoción.

—¡Tienes que creerme! —Sus labios tiemblan—. Me equivoqué, pero lo único que sí es cierto es que me enamoré de ti sin querer y este amor es lo que me mantiene vivo.

Mis lágrimas queman cuando bajo el arma, sin dejar de observarlo.

—Te amo, Alaska.

—Yo no, Leonardo Bristol. Ya no.

Su mirada se quiebra y llora como un niño. Se derrumba ante mí como jamás lo hizo en su vida, pero lo único que siento es una sensación de paz por haberlo dicho.

No lo amo. No lo amo. ¡No lo amo!

Me voy sin decir más, sintiendo que me asfixio. Me seco el rastro de las lágrimas para adentrarme en la fiesta con un puño en el pecho que todavía me cuesta. La gente no ha parado de jugar, comprar esclavos, besarse, arremeter el uno contra el otro y, en medio de todo eso, de la infinita oscuridad, mis ojos solo se centran en una persona.

—Markos.

Todavía lleva el antifaz y siento que el corazón se me sale del pecho al verlo.

Se mantiene frío, a unos metros de mí, con pasos que se van acortando al evadir a los danzantes que me empujan. Llego a él, sucumbida en pedazos y el corazón parece latirme rápido, atragantada de tantas cosas que quiero decirle.

—Llévame a casa —siseo—. Quiero irme de aquí.

Su seriedad me congela. Él lo sabía. Siempre lo supo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —continúo—. ¿Por qué tú…?

—El amor ciega, duele y destruye. Y tú lo amas.

Se me cierra la garganta cuando lo dice.

«¡No, no lo quiero!»

—Yo...

—La vida siempre te pone donde tienes que estar. Hay cosas que todavía ignoras, *angliká*.

—No quiero saber. Lo único que quiero es... irme contigo.

—Ya eres libre.

—No, yo ya hice mi elección. Eres tú, Markos. Tú... eres la única persona que jamás me ha mentido. El único hombre en el que puedo confiar. Te elijo a ti sobre todas las cosas.

Se congela y mis labios no aguantan. En un acto impulsivo, lo beso como nunca ansié besar a nadie más. Nos devoramos el uno al otro. Sus labios son fuego vivo. Me besa con enojo mientras que sus manos me tocan sin control y las mías se aferran a él, como si fuese la última vez, como si nuestras almas se arrancaran a sí mismas sin poderse soltar.

—Te amo, Markos. —Mi sonrisa se borra con su seriedad. Las luces del lugar se apagan y me queda mirando petrificado.

—Alaska..., no.

Risas, voces, descontrol.

En el fondo, mi voz se entrelaza con jadeos y gemidos, reproducidos en un audio que resuena por todo el lugar.

«*Hoy te parto, niña rebelde*».

«*¿Quieres más?*»

«*Sí, amo. Lo quiero*».

La gente se queda inmóvil, levantando sus cabezas sin saber de dónde llega aquel ruido, mientras mis ojos se quiebran al mirarlo de frente, apartándome de él.

«*Di qué quieres*».

«A ti».

«¿Así, niña?»

«¡Sí!»

Me quiebro.

—¿Cómo golpear a alguien de acero? —Leonardo habla por el micrófono —. ¿Cómo dañar a quien lo tenía todo y no le afectaba nada? Ese fue mi más grande dilema. Entonces apareció esa chiquilla, Marcela, una pobre rata con la que Siniestro tuvo una tórrida relación… hasta que se la quité.

Los murmullos se elevan.

—Fue liberador que esa pequeña mierda buscara mi polla jurándole amor a otro, que me cabalgara sintiendo que lo traicionaba a él. ¿Y qué creen? Siniestro me acaba de devolver la misma jugada.

No dejo de mirarlo.

—No saben lo terrible que fue vivir escuchando los audios sexuales que me enviaba, cómo se follaba a mi novia mientras yo solo buscaba encontrarla. Me pregunté tantas veces por qué no la mataba, por qué no me mató cuando él siempre supo dónde estaba. Hasta que hoy lo descubrí. Todo estuvo planeado: cada cosa, cada detalle. Enamoró a mi mujer para terminarla de humillar… y ella creyó en él.

Las risas explotan, los murmullos se alzan, y todos me miran.

—Siniestro no quiere a nadie más que a sí mismo. Solo utiliza a las personas para herir y engrandecer su poder, pero nunca será mejor que yo.

La mafia no perdona a los enemigos, se cobra las deudas.

No te enamores, él será tu destrucción.

De mis ojos caen lágrimas que desgarran, un dolor tan fuerte que jamás he sentido, y me quiebro en dos.

Markos se queda sin habla, mirándome con esos ojos fríos, con esa mirada dura que lo caracteriza, el cuerpo erguido y sin razón.

46
UN BUEN JUGADOR

Siniestro

Días antes de la asamblea de la mafia.

Me llevo un poco de bourbon a la boca, hastiado de la presión que tengo en las sienes. El reloj sigue su curso: quedan dos días, y no he podido conciliar el sueño otra vez.

—Señor, ¿desea descansar un poco? —Otto abre la puerta con una sonrisa; porta fármacos para dormir.

—No hay tiempo. Tenemos menos de diez horas aquí antes de que mis enemigos se den cuenta de mi ausencia —contesto—. Solo regresé a la mansión para cogerme a mi mujer. ¿Dónde demonios está?

—Son las tres de la mañana, señor, durmiendo. ¿Gusta que vaya a despertarla?

Extiendo la lengua por el filo del vaso de cristal. ¿Cómo le comeré el coño esta vez? ¿Rápido o lento? La despertaré cuando la tenga dentro; abrirá sus ojos y me verá encima de ella como en las fantasías que tuve mientras venía en el vuelo.

—Me encargaré yo.

Deja los fármacos a un lado, extiende sus manos hacia la vitrina de mi colección privada de whisky y me proporciona otra botella sin que se lo pida, al ver que me he terminado la última. Es tan hábil como eficiente.

—Para su larga noche.

Le sonrío. Otto ha sido un fiel compañero desde hace años. Le salvé la vida cuando más lo necesitaba.

En ese tiempo era nadie. Me abría camino en este mundo con solo catorce años, y él llegó para ser el soporte que necesitaba.

—Siéntate conmigo.

—No, eso no sería correcto.

—Es una orden. —Extiendo un vaso—. Bebe.

—¿El señor no desea...?

—¡Bebe, joder! —suelto. Se sobresalta sin mirarme a los ojos, y me divierto cuando tiembla.

—¿El señor está de buen humor? —Se sirve un poco y apenas le da un sorbo.

—Bristol está a punto de caer, Italia sigue en crisis. Es un motivo de celebración.

—Usted es un gran líder, mi señor. Salud por eso. —Extiende su miseria de alcohol—. Ya van a ser más de quince años que estoy a su lado sirviéndolo. Hemos tenido altas y bajas. Le ha costado tener el poder que tiene ahora, y deseo expresarle mi admiración.

Solo lo miro.

—Si su padre estuviese vivo... —agrega.

—Las ratas mueren por su propio veneno. —Concluyo el tema—. Tú has sido un buen compañero. Leal, fiel, amigo.

—¿Me considera un amigo, señor?

—Me salvaste la vida cuando era un crío en diferentes batallas. Fuiste carnada de muchas misiones, y nunca hubo una negativa de tu parte. Estás solo, tan solo como yo en el mundo. Quizá por eso te hice mi mano derecha, aunque nunca hablas de ti.

—Estoy seguro de que usted sabe más de mí de lo que un día yo desearía, amo. —Me sonríe y mira el ajedrez que tengo en mi mesa—. El tiempo se acaba. ¿Realmente seguirá con sus planes?

—¿Cuándo he retrocedido?

—Considero que esta vez hay una razón más importante para reflexionar. También conozco sus sombras.

—Conoces mi hambre, la misma que voy a saciar ahora mismo. No quiero que nadie me moleste esta noche.

Asiente con su estúpida sonrisita.

Camino con un pesar en la cabeza por la falta de sueño. Me sumerjo en mi habitación para darme un baño rápido, todavía con la polla hinchada. Mis

manos se pegan al mármol mientras dejo que la ducha se lleve el calor que emano pensando en una sola mujer.

Alaska debe estar durmiendo de costado, con su rico trasero expuesto y listo para su marido. Cierro la ducha y me seco el cabello con una toalla mientras camino por el baño hasta sentir la presencia de alguien.

«Así que quiere jugar».

Desea leche y se la daré con gusto. Dejo que crea que no me doy cuenta hasta que sus manos me toman por sorpresa.

—También lo deseo, amo.

«¡¿Qué mierda?!»

Volteo al reconocer esa voz, y lo primero que veo es a la trasquilada maquillada como un payaso, vestida con un babydoll. Me tardo segundos en entenderlo. Tomo una toalla para cubrirme la cintura y la arrastro hasta la puerta.

—¡Amo! ¡Me lastima!

—¡¿Qué demonios haces aquí?! ¡¿Quién carajos te dio permiso de entrar y por qué me miras a la cara?!

Se niega a salir.

—Mi señor, lo deseo. —Sus ojos se llenan de lágrimas—. Lo he deseado desde que lo conocí. Solo faltan dos días para que todo acabe.

—Largo.

—Le juro que no se arrepentirá. Sé complacer a mis amos muy bien. —Se aferra a mí como una depravada.

—¡Suéltame, maldita loca! —Vuelvo a empujarla, y llora.

—¡Usted lo prometió! Tenemos un trato, y ahora tiene que cumplirlo —me amenaza.

Sus ojos destellan ambición, una que había visto en muchas zorras, pero ninguna tan joven.

Los recuerdos azotan mi cabeza.

Sus pasos resonaban tras de mí hasta que llegó escoltada por mis guardias.

—Está hecho, amo. Alaska Wells confía en mí. —Volteé y me digné a mirarla; pequeña, casi una cría, pero tan puta como ninguna otra.

Aquella criatura era digna de recibir la lástima de los buenos corazones. Tenía un maquillaje perfecto, era fea, trasquilada y estaba en condiciones tan deplorables que aceptar mi trato era una bendición.

—Mi mujer exige tu liberación, chiquilla puta. —El humo de mi puro nubló su rostro —. ¿Qué mierda le inventaste?

—Nada que no haya sido parte de mi papel: una pobre chica desvalida, prostituida, que era capaz de robarse un poco de leche por un hambre descomunal.

—¿Qué le dijiste? ¿Que nunca tuviste la opción de regresar a tu vida normal porque fuiste vendida?

Se quedó callada. Reí.

—Tú y yo sabemos que te gusta esta vida. Aceptaste con mis condiciones.

—Lo he hecho bien. Aguantar sus dramas estúpidos me ha dado ganas de vomitar.

—La manipulaste para pedir beneficios. Sacaste partido de un trato que tenías que respetar.

Su silencio me cabreaba. Conocía muy bien a las putas de su clase, capaces de todo por conseguir lo que se proponían. El expediente de Briana Román era claro y conciso. Si bien sí fue traficada en un inicio, su estúpida relación con un hombre de la mafia en Las Vegas le dio la oportunidad de ser libre, pero decidió quedarse aquí.

—Señor...

—¿Garrapata? ¿Es así como te decían en el mundo de las putas? Te aprovechaste de la situación, de la inocencia de Alaska. ¿Te crees más inteligente que tu amo, maldita mierda?

—No, señor. —Tembló y caminé hacia ella, levantándole el mentón.

—Si quieres jugar con fuego, eres bienvenida al infierno, Briana. Pero si me traicionas...

—Yo sería incapaz.

—Entonces cíñete a lo que te toca: trabajar para mí, contarme todo lo que ella piensa, dice y hace. Manipular sus pensamientos a mi favor, evitar que siga queriendo escapar y conmoverla a tal punto que no se quiera ir sin ti. Cuando termine este juego, tendrás todo el dinero que quieras. También tu libertad.

—Yo no quiero mi libertad, busco otra cosa. —Levantó la mirada con miedo—. Ser su skýla y trabajar para usted. No quiero dinero ni joyas, sino ser suya, mi señor.

Los recuerdos se desvanecen a medida que sus pupilas se agrandan y las lágrimas de zorra barata le caen por los ojos.

—Usted lo prometió.

—Yo jamás te prometí nada. Y aunque lo hubiese hecho, tu trabajo fue inútil.

Se enfada.

—¡He sido su sombra todo este tiempo! —Alza la voz—. ¡Me tuve que tragar los lloriqueos de esa perra estúpida!

—No te permito que insultes a mi mujer.

—¡¿Su mujer?! ¡¿Ella sí es su mujer?! Yo lo he deseado desde hace mucho y jamás lo desprecié. Soy yo quien merece tener el título de su mujer, y no ella.

—¿Tú? —bufo.

—Lo único que le importa a Alaska es Leonardo Bristol —se desenfrena—. Le da asco tener intimidad con usted. Todo lo que hace es fingir para sobrellevar el acuerdo. Le puedo asegurar que lo repudia, nunca ha dudado de su amor por su novio. Jamás lo va a querer.

Se desespera.

—Míreme, amo... —Se empieza a tocar mientras se desnuda—. También tengo el cabello como ella, mis pechos son más grandes que los de ella y yo...

—¿Te has visto en un espejo, Briana? —La sujeto de la cara, deslizando el colorete rojo que lleva desde sus labios hasta sus pómulos, y río—. ¿En serio te crees bonita? Lo que yo veo es a un payaso delante de mis ojos.

Llora.

—No le llegas ni a los talones a mi mujer. Alaska es preciosa, sabe lo que quiere, defiende sus ideales y sigue sus convicciones mientras tú... solo eres una vil ramera drogadicta.

—Que lo ama —suplica—. ¡Yo lo merezco más que ella!

—Tú no eres nadie, solo una trasquilada que ya no me sirve más.

Me hierve la sangre. La jalo del brazo para tirarla al pasillo.

—Ella nunca será para usted. No me lo va a quitar. ¡No lo voy a permitir!

—No quiero que vuelvas a acercarte a mi mujer. Te largas de mi casa ahora mismo. Tu tiempo ha terminado aquí.

—Amo —chilla—. Amo, yo...

Mis escoltas llegan cuando los llamo; la toman de los brazos y se la llevan.

—Otto —El anciano aparece con rapidez.

—¿Cuál es la orden, mi señor?

—Mátala.

Me toma algunos minutos volver a recuperar la calma. Tiro el vaso de cristal contra el suelo con una ira ya conocida.

Le puedo asegurar que lo repudia, nunca ha dudado de su amor por su novio. Jamás lo va a querer.

Siento las manos arder, una fuerza que no se aplaca ni con el alcohol.

«¿A mí qué carajos me importa? No me importa».

Me toma algunos minutos decidir. Camino colérico solo unos metros hasta llegar a su habitación, donde yace profundamente dormida. No hago más que congelarme al contemplarla.

«Alaska, maldita seas».

Una pequeña lámpara alumbra su rostro estando en total oscuridad. Está en posición fetal, como lo supuse, aferrada a una almohada por sus ataques de ansiedad.

Su pecho sube y baja con respiraciones extendidas por el sueño. Lleva una pijama corta de tirantes y *short* de seda blanca que deja entrever su preciosa figura. Inhalo lento mientras me acerco, dándome cuenta de que se dopó para dormir.

Hay un frasco en su mesa. Por seguridad solo le proporcionan una pastilla capaz de volver piedra a cualquier mente rebelde. El fármaco es eficiente, como todo lo que producen las empresas Van Loren.

«No despertará, no hasta en unas horas...»

Podría matarla antes de la fiesta del círculo; acabaría con todo. Trago saliva en medio del silencio, con el sonido de animales en la noche y la frescura de la brisa de la isla. Me siento a su lado, notando todavía pequeños rastros de marcas en su espalda.

«Vete, Siniestro. Largo».

Suspira como una bella durmiente, ajena a toda conciencia. Se mueve y no me preocupo. No despertará, pero el fármaco sí le permite tener sus reflejos normales, incluso soñar con lo que quiera.

—Tengo frío —murmura.

Agito la vista cuando la observo, como la he venido observando en silencio algunas noches mientras dormía. He tratado de entender con qué arma embruja, cuál es su secreto.

La palma de mi mano arde. La llevo suave sobre ella hasta terminar enredando un dedo con el mío.

Respira lento, tan lento que contagia su sueño. Me quedan dos horas para despertar. Llevo días sin pegar los ojos, apenas dormitando en los aviones con las preocupaciones que tengo encima.

Saboreo la estupidez en mis labios cuando me acuesto sobre la almohada, embriagándome con su perfume. Paso largos minutos así, en la nada. Los minutos más tontos de mi vida porque odio dormir con alguien.

Un sueño profundo es lo que me produce su contacto. Decido pasar la noche aquí, ya no porque esté enferma y necesite cuidado, sino porque se me antoja.

«Es solo la perra de Bristol. Y pronto dejará de ser tuya. Pronto la habrás destruido».

47
TIC TAC

Alaska

Cuando era niña y experimentaba dolor, me refugiaba en los brazos de papá para sentirme segura. Con él, las tormentas se aplacaban. No hacía frío, tampoco había desconsuelo; sus manos acunándome bastaban. Hoy él no está, y no sé a dónde ir. Quiero poder aferrarme a algunos brazos que me contengan y no puedo. Mi corazón se rompe en pedazos.

Los ojos del hombre al que miro parecen implacables. Mis lágrimas brotan desde el fondo de mi ser, mientras un dolor punzante me carcome por dentro.

Sabía lo que era, a lo que me atenía, pero creí que su ira se había aplacado por mí. Creí que en algo pude tocar su negro corazón cuando me observaba y me veía reflejada en sus ojos. Me equivoqué.

—¡Siniestro está aquí! —Retumban voces.

La conmoción paraliza a los presentes, mientras el brazo de un desconocido inicia una balacera desde el techo del lugar.

El caos se desata. La gente corre despavorida; matan a quemarropa a quien se les cruza, y él no me quita la vista de encima.

—¡Captúrenlo!

Las balas cruzan sobre mi cabeza. El shock me paraliza; el dolor se transforma en algo punzante que no deja de crecer.

Un hombre me empuja para correr, y reacciono por instinto, esquivando las balas y pisando cadáveres que yacen en el suelo. Peleo por un arma.

—¡La mujer de Bristol! ¡No la toquen! —grita uno de ellos.

—No, es la perra de Siniestro —espeta otro—. Mátenla.

Me golpean el rostro una y otra vez, haciéndome caer. Controlo mis emociones, aunque la sangre corre por mis labios. Tiro de mi ropa para sacar un cuchillo y enterrarlo en las piernas de quienes me persiguen, pero es

imposible cuando son dos contra mí. Entonces un extraño los derriba con tiros letales.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —gritan inocentes: mozos, meseras, sirvientes, todos masacrados.

—¡Piedad! ¡Piedad!

La mafia no tiene piedad con nadie.

Las niñas vendidas son arrinconadas hacia las esquinas, y sueltan a los leones enjaulados para devorarlas. La destrucción se asemeja a un infierno que avanza lentamente frente a mis ojos, revelando lo peor del ser humano.

—¡Mátenlos! —Se escuchan más gritos—. ¡Mátenlos! ¡Son ellos! ¡Los bastardos!

El mismo extraño que me salvó ahora les dispara en la cabeza.

—Vete —dice al llegar a mí, sin añadir nada más. Tras él hay otro que no deja de observarme.

Me dejan escapar, disparando a todo aquel que intenta detenerme. Los matones del Círculo contraatacan. Escucho sus gritos en griego, una lluvia de balas azotando mis pasos, y el rugido de una fuerte explosión detonando por la ventana en la que me dejo caer.

—¡No! —Gritan mientras mi cuerpo se estampa contra el suelo. Fragmentos de vidrio se estampan en mi carne como dagas, algunos cortándome la piel en mi salto al vacío.

Mis huesos crujen al caer, y algo dentro de mí se desborda.

La mansión donde fue la fiesta está en llamas.

La cabeza me duele por el golpe. Mi garganta emite sonidos desgarradores.

Dolor. Miedo. Pánico.

Entrecierro los ojos con la mente nublada. Pronto dejo de ser consciente de lo que pasa. Un golpe de calor empieza a asfixiarme. Aún veo lenguas de fuego alzándose hacia el cielo. Mi nariz respira el humo tóxico que emana de la casa, mientras la gente se quema viva.

«¿Sobreviví?»

No sé cuánto tiempo pasa; lo único que quiero es huir. No me puedo quedar en este lugar… Todo se viene abajo. La mansión se está derrumbando.

—¡Sobrevivientes! ¡Hay sobrevivientes! —Se escucha una voz.

El sonido estridente de las sirenas policiales retumba en mis oídos. Gritos, helicópteros, señales de alerta llenan el aire. Veo cómo una sombra viene hacia mí; gesticula algo, pero no escucho nada.

Me pierdo. Cierro los ojos, y, cuando los vuelvo a abrir, estoy en una ambulancia.

—Señorita. —El paramédico acaricia mi rostro—. ¿Me escucha? ¡Señorita!

Lágrimas queman al salir de mis ojos. Me preguntan quién soy, pero no sé. No tengo idea de cuánto tiempo ha pasado, si son minutos u horas.

—¿Hay más sobrevivientes?

—No. Solo ella.

Una punzada en el pecho me aterra. Los calmantes hacen efecto, y siento cómo el sueño me atrapa en un espejismo. Veo a papá vestido de blanco, con una pequeña en sus brazos, enterrando un ataúd. Quiero gritar, pero la voz no me sale; me quedo agarrotada.

«Lo pagarán. Pagarán tu muerte. Y te juro que jamás permitiré que lastimen a Alaska. Voy a protegerla con mi vida de ser necesario».

Me congelo al notar que esa pequeña soy yo. Papá llora al sostenerme con una mano, mientras con la otra echa tierra que cubre la lápida de mi madre. El dolor se hace más presente.

La escena cambia cuando unos pasos se escuchan. Papá me lleva en sus brazos mientras corre. Alguien nos persigue para matarnos.

Lo veo claro ahora. Esa sensación, las pesadillas que me han atormentado desde niña.

Me esconde en una caja, pero no quiero entrar. Tengo mucho miedo.

«Por favor, no me dejes aquí. Por favor».

Una luz extraña se filtra por mis ojos, cegándome por completo.

—¡Despertó! —Una mujer vestida de blanco me mira con una sonrisa cálida y delicada—. Tranquila, fue solo un sueño. Calma, estás en un hospital, a salvo.

Fue real. Ese recuerdo fue real.

No puedo parar de llorar cuando recupero la conciencia. Son los golpes, mis piernas vendadas, pero aún más las heridas del alma.

—Está bien. —La enfermera me calma—. Voy a ponerle un sedante para que pueda dormir un poco más.

—Ya lleva dormida cuatro días, no va a dormir para siempre. —Un hombre aclara la voz. Sale de algún lugar de la habitación—. ¿Cómo se siente, señorita Wells?

—Mareada.

—Son los medicamentos. No tuvo nada grave, solo algunos hematomas en el cuerpo, quemaduras leves, un esguince en el tobillo derecho y mucha suerte para sobrevivir. Pronto se recuperará, así que iré al grano: ¿dónde está Siniestro?

Su nombre es un golpe fuerte en mi pecho. Aquel hombre viste completamente de azul, con insignias que no logro identificar. Tiene una pequeña pelota en la mano que no deja de apretar, además de una mirada apremiante.

Aun así, sostengo el aire con calma. Me quedo en silencio.

—Estamos enterados de todo: de la fiesta de la mafia a la que asistió, de su secuestro y de su extraña salida del lugar. Su cuerpo impactó contra tierra mojada en medio de carpas de campo que lograron amortiguar su caída. Muy conveniente, ¿verdad?

Sigo sin hablar.

—Mire, señorita, si coopera, no tendrá problemas con la ley. —Se acerca y me enseña su placa—. Ernesto Paros, oficial de alto mando de inteligencia de la *Incripol*.

—No tengo nada que ver.

—Las cámaras de seguridad la delatan. Usted llegó junto a un hombre que suponemos es Siniestro, la rata más poderosa de la mafia griega. Es un criminal que hemos buscado por años y que necesitamos capturar. ¿Dónde está?

—No sé.

—¡¿Dónde demonios está Siniestro?! —Alza la voz.

—Basta. —La enfermera interviene—. La paciente está recuperándose, señor. Salga ahora mismo.

—Soy la autoridad y cubro una investigación privada para la policía internacional.

—Y yo soy la enfermera de cabecera de la señorita Wells. Su estado aún es reservado, no puedo moverme de aquí. Usted tuvo un permiso especial para

entrar, siempre y cuando yo esté presente. El pulso de mi paciente acaba de aumentar.

—No se meta —le dice a la enfermera. Respira hondo y vuelve a dirigirse a mí—. Señorita, son años de investigación, años en los que la policía se ha dedicado a buscar pruebas casi invisibles. Ese hombre le ha hecho innumerables daños a la humanidad. Si lo está encubriendo, también será considerada su cómplice. Será juzgada penalmente y encarcelada en caso de demostrar que...

—Soy inocente —lo digo fuerte y claro—. No me interesa volver a saber más de él. Fui secuestrada.

El tipo intenta controlar mis emociones, pero ahora mismo soy un témpano de hielo. No tengo sabor ni color, mi mente está tan en blanco que ya todo me sabe insípido.

—Quiero saber detalles: a dónde la llevó, cómo vive, en qué lugar se encuentra. ¿Es acaso una isla su guarida? ¿Una vieja calle en Atenas o alguna otra ciudad?

—No recuerdo nada.

—Sí lo recuerda.

—¡No sé nada!

—¡Miente!

—¡Por favor, déjeme en paz! —grito, quebrándome.

La enfermera se mete entre nosotros, pidiéndole que se vaya, pero aquel hombre está tan obsesionado que pierde los papeles y me empieza a gritar.

—No se va a librar de la justicia. De mi cuenta corre que su vida sea un infierno, como lo han sido todas las víctimas que Siniestro dejó. Tiene una citación mañana en el juzgado. La policía la escoltará para que no se vea con nadie y pronto será deportada a su país.

Pone una mano sobre mi brazo y se va.

—Tranquila. —La enfermera se acerca. Entonces, un oficial entra para resguardarnos.

Saboreo amargura en mi boca. Mi corazón no deja de latir. Me inyectan un sedante que me adormece en medio de la bulla de la televisión que el policía quiere que vea.

Las noticias exaltan lo sucedido, exponiendo el caso ante los medios internacionales, quienes relatan las maldades de Siniestro como si fuese el mismo demonio en la Tierra.

«¿Muerto? ¿El líder del clan de la mafia más peligroso de Grecia podría estar muerto?»

Son titulares en la televisión. Todo el mundo habla de mi secuestro. Mi rostro aparece en medios locales como víctima. También ponen imágenes de la detonación de la asamblea de la mafia, donde murieron inocentes. Se encontraron más de trescientos cuerpos acribillados y quemados, sin identificar, que dejan al Estado como inepto.

Siento que me estrujan el corazón cuando todo va silenciándose. La desesperación no se va, pero la mano cálida de la enfermera que me acompaña solo me invita a dormir.

Oscuro. No veo nada más.



Las cortinas se abren de golpe mientras mis ojos se cierran para amortiguar la luz. Ya es un nuevo día. Desperté cuando el sedante dejó su efecto y no pude volver a dormir.

—¿No desea comer algo antes de irnos? —Vuelvo a negar. La enfermera solo me sonríe—. ¿Está lista?

—Sí.

Aún estoy en Creta, pero sé que me expulsarán del país.

Me llevan en una silla de ruedas por todo el hospital hasta llegar al auto que nos llevará al juzgado. Estoy envuelta en líos. Saben que fui secuestrada, pero no que me convertí en la mujer de Markos Van Loren. Soy tan asesina como él, maté a muchos hombres y permití atrocidades, aunque eso no importa cuando ya no ves las cosas igual.

Tanto daño termina por matar una parte de ti por dentro.

En algún momento me congelé para quedarme así, sin que sienta nada bueno ni malo. Lo único que sé es que no quiero volver a llorar.

—Señorita Wells.

La enfermera y el chofer me ayudan a bajar ante las incesantes fotografías de los reporteros. Hombres y mujeres se abalanzan sobre mí, llenándome de preguntas que no voy a contestar.

—¿Dónde está el mafioso?

—¿Usted fue su amante?

—¿La violó?

—¿La maltrató?

—¿Qué hizo con el dinero? ¿Acaso usted tiene todo el dinero?

—¡Por favor! ¡La señorita Wells no está en condiciones de declarar!

Luchamos por abrirnos paso en medio de la multitud hasta que llegamos al juzgado. Declaro no saber nada, pero los abogados son inteligentes y me llenan de preguntas tramposas.

—Tenemos la intervención de una nueva testigo clave llamada Briana Román, quien afirma que fue abusada por Siniestro. —Me mira mientras mi interior se hace añicos—. ¿La conoce?

Doy un respiro.

—No.

El pecho se me aprieta por Briana, pero en el fondo lo hago por ella misma. Es la única víctima en medio de toda esta porquería.

—¡Confiese de una buena vez! ¿Dónde está Siniestro?

—No lo sé.

—¡Usted fue su mujer!

—No, ella es mi novia. —La voz de Leonardo se enciende en el lugar—. Ese hombre solo la secuestró.

Los murmullos se alzan cuando aparece. Llega como testigo clave ante el escándalo que se formó en la prensa. Me mantengo en silencio cuando lo veo entrar, sin emitir emoción.

Declara lo que le conviene, pero tampoco habla de Siniestro, debido a que él podría quemarse. Es hábil para mentir, ese es su talento.

—Mi novia y yo somos inocentes. Ese hombre la secuestró el día de nuestra boda. Por meses la busqué; tienen las grabaciones de las noticias. ¿Cómo es posible que se nos acuse de traición?

—Para Siniestro no hay imposibles.

—Ese hombre murió con toda la mafia que explotó en aquel lugar. Nos deberían proteger en vez de acusar. Tanto Alaska como yo estamos afectados; somos las víctimas en esta historia.

Con sus palabras convence a un jurado, pero no al oficial Paros, quien nos sigue manteniendo en la mira.

—¿La testigo Alaska Wells tiene algo más que decir?

—No.

—Se levanta la sesión. Los testigos seguirán bajo investigación por lo menos seis meses más, con ayuda de los agentes de la policía. Serán deportados a Reino Unido y no podrán salir del país en ese lapso.

El oficial Paros se levanta de su sitio; se va con la cara roja. Leonardo me sujeta del hombro con una sonrisa, y vuelvo a sentir rabia a su lado. Jala la silla de ruedas para agacharse hacia mí, sabiendo que a lo lejos la prensa captura el momento.

—Perdóname, mi amor. De verdad, lo siento —dice bajito—. Hemos cometido muchos errores. Sé que tuviste una relación con Siniestro; también que fuiste su mujer por voluntad propia, y estoy dispuesto a perdonarte.

Me mira con tensión en los ojos; yo le devuelvo amargura por lo hipócrita que es.

—¿Por qué me miras así? ¿Por qué soy yo al que juzgas, si a él lo aceptaste tal y como era? Un criminal, un hombre de la mafia, e incluso te convertiste en parte de su equipo. Lo sé todo, Alaska. Cada detalle, cada palabra, cada beso que le diste no solo por los audios que él me enviaba para torturarme, sino porque siempre tuve un aliado dentro.

Me quedo mirándolo.

—Esa persona no accedió a darme tu paradero porque Siniestro lo iba a descubrir, pero sí información confidencial que me ayudó a destruirlo. Aunque también me llevé una decepción al saber lo que hacías con él. Tus encerradas en su cápsula, las veces que te llevó al cuarto de azotes. —Sus celos lo desbordan. Aprieta los dedos contra mí—. ¿Lo gozaste? ¿Folla mejor que yo? ¿Acaso fue eso?

Trato de irme para no soportar sus estupideces, pero me detiene.

—Estoy dispuesto a olvidar todo por un nuevo comienzo, si te quedas conmigo para siempre. Para él solo fuiste una venganza, para mí lo eres todo. —Pega su nariz contra la mía—. Te llevaré a mi casa real con todos los lujos y

comodidades de una reina, jamás te faltará nada, amor mío. Hazlo por la rabia que le tienes, que arda en el infierno y se revuelque de ira por saber que no ganó, que tú y yo volveremos a amarnos.

Me besa y quedo paralizada ante los flashes y aplausos de los periodistas que creen que este es un reencuentro. Sabe que él lo verá, se esmera por ser delicado y solo mantengo la mente fría, dejando que crea lo que quiero.

—Ella me ama —dice—. ¡Nos amamos! Ha vencido el verdadero amor.

Le doy una sonrisa fría al terminar el beso. Mi odio no se ha mermado; por el contrario, aumenta a niveles descontrolables.



Bristol

Días después

La noche cae mientras me fumo un puro entre las calles secretas de Londres, antes de largarnos del país. Mañana mismo el mundo nos habrá olvidado. Alaska y yo por fin seremos felices.

La amo con todas mis fuerzas. Y no voy a permitir que nadie la aleje de mí nunca más.

—¿Dónde demonios estás? —Paseo de un lado a otro, mirando el reloj y cuidándome la espalda.

No se ha sabido nada de Siniestro en este tiempo. Lo único que sé es que está más embarrado que antes con la declaración de Briana. La puta aceptó asegurar su futuro; con su declaración falsa de violación, el asunto se agravó, por lo que la captura de Siniestro se ha convertido en prioridad para la policía internacional.

Ahora tengo lo que siempre quise: la mujer que amo a mi lado, dinero, poder y una nueva vida que no perderé. A ella ya no le importa ese imbécil; sus besos a medianoche me lo demostraron, además de sus caricias. No hemos follado por su estado de salud, pero sé que volveré a tenerla pronto bajo mis piernas.

—Bristol.

Smirnov aparece como una sombra dudosa, con escoltas incluidos. Extiende un saludo gélido que no correspondo ni por cortesía. Es un hombre peligroso, tanto como Siniestro. Lo único que nos une es el mismo odio hacia él.

—Me iré esta noche.

—Lo supuse. —Asiente con una media sonrisa—. ¿Pero qué me garantiza que Siniestro esté destruido?

—No ha aparecido en una semana. Él jamás dejaría que lo consideren fuera. Eso sería perder el honor.

—¿Y su mujer?

—¡Es mi novia! —Contengo el enojo—. Y está conmigo.

—¿Qué me garantiza que tu mujer no sea un problema?

—De eso me encargo yo.

Alza el mentón, incrédulo.

—No permitiré que recupere su clan, si es lo que te preocupa —agrego—. Alaska no es una mujer de la mafia, ella es dulce y buena. No se puede cambiar años de bondad por meses de mala influencia.

—Es una Wells.

—Que no ambiciona poder. Confiará en lo que yo decida para los dos. Es solo una simple mujer, no dará problemas. No hace nada si mí.

—¿Tampoco sabe que fuiste tú quien mató a su padre?

Me sonríe y el aire se atasca en mi garganta.

—Nunca lo sabrá. Cometí un error. En ese tiempo quería ser parte del Círculo. Solo seguí sus órdenes.

—Y terminaste enamorándote de su hija. Ironías de la vida, ¿verdad?

La mandíbula se me tensa.

—Terminemos con esto de una vez.

Hace un gesto para que uno de sus hombres le dé una bolsa y me la tira.

—Espero no verte nunca más.

—¿Qué es esto? —La reviso—. ¿¡Este es todo mi dinero!?

—Es lo último que te voy a dar.

—Tenemos tratos. Te puedo hundir. —Aprieto los dientes—. Quiero mi dinero.

—Lo tienes. —Me mira serio—. Se hicieron transferencias bancarias a los bancos internacionales que detallaste por mensaje, además de los maletines de diamantes que se enviaron ayer a tu guarida. Esta bolsa es lo único que queda.

—Yo jamás te envié un mensaje. La única persona que maneja mi móvil soy yo —Lo saco—. Yo…

Palidezco al ver mi buzón. Él ríe en mi cara.

—Una estafa al corazón.

—No… Es imposible.

—Tu mujer te acaba de traicionar.

Con la sangre ardiendo en mi piel, camino hacia el auto. Mis dedos tiemblan. Reviso mis cuentas bancarias: todo el dinero fue traspasado a cuentas del extranjero que no puedo rastrear. Estoy en cero.

Golpeo el volante y siento cómo dejo de respirar. ¡Maldita sea!

«Esto no puede pasar, debe ser un error. Ella sería incapaz de traicionarme».

El camino al refugio me parece una eternidad. Después de media hora de manejo, llego, y, al abrir la puerta, me encuentro con mis escoltas muertos, los cajones de dinero vacíos y mi caja fuerte sin los documentos ni los videos que me incriminan.

—¡Alaska! —grito, pero no está por ningún lado. Su silla de ruedas está tirada.

La cabeza me late con fuerza, cada pulsación es como un martillazo que amenaza con hacerme estallar. Busco en las cámaras de seguridad y ahí está ella, hurgando entre mis cosas. La grabación sigue hasta que llega a la caja fuerte, no se muestra más.

La rabia me consume. Pateo los cadáveres de mis escoltas, queriendo encontrar cualquier pista que me lleve a ella. No puedo perderla, no quiero que se aleje de mí.

Mi mirada cae sobre la mesa. Entre el desorden, un papel destaca con una dirección: «Ganará el mejor, porque solo uno podrá sobrevivir».

Sé quién fue. Él se la llevó. Lo sé.

El lugar no está lejos de aquí, pero esta vez no iré sin armas; jugaré mi última carta. Busco la llave del sótano para abrir la fosa subterránea y, al entrar, el hedor me hace arder los ojos.

Pateo los cuerpos mutilados mientras camino, hasta llegar a una cárcel común. Un cuerpo miserable se alza; apenas puede sostenerse de la pared. Grita piedad cuando tiro de sus cabellos, obligándola a caminar.

—Por favor…

—Él no me va a ganar.

Ojo por ojo, diente por diente y mujer por mujer. Esta vez lo voy a matar.

—¡No! ¡Suéltame! ¿Qué vas a hacer?

Los ojos de una chiquilla sucia, quemada, hecha huesos, son visibles a la luz, y la sangre me arde de una manera particular.

—Ha llegado tu hora, Marcela.

La amarro y la meto en el auto. El trayecto es breve, pero cada segundo que pasa se siente como una eternidad. Al llegar, un terreno baldío se presenta ante mis ojos.

El lugar es tenue, está infestado de neblina, pero lo sé reconocer. La humedad fría se cuela sobre mi ropa mientras la obligo a caminar.

Sus piernas tiemblan. Marcela cae de rodillas ante mí, llorando, y la silueta de un hombre aparece entre la bruma, alta, inmóvil, como un espectro en medio de la oscuridad.

Este es el fin.

FINAL

Siniestro

Mis pasos me llevan a un terreno baldío a las afueras de Londres. El olor a tierra mojada y fango me perturba, pero más aún las ansias de matar a Bristol.

El reloj avanza. Me llevo un sorbo de bourbon a la boca, pensando en todo lo vivido. Su nombre fue sinónimo de venganza, su rostro mi motivación para cobrarme cada ataque y puñal que me dio por la espalda.

Logré lo que quise. Lo destruí de la peor manera. Le quité el amor de la única persona que quiere en el mundo. Y ahora, por fin, después de mucho esperar, morirá esta noche.

Los dedos se me agarrotan al notar sombras en la humareda de la vieja estación de tren, justo a metros sobre mí. Sus pisadas se acercan. Él cree que caí en la trampa que propició, sin saber que voy dos pasos sobre él.

—Señor, todo listo. —Otto sonríe dejando al rehén caminar, perdiéndose entre la noche hasta mostrarse lo suficiente como para recibir un disparo al corazón.

Bristol lo acaba de matar pensando que fui yo. El rehén cae de rodillas. Emite un pequeño grito que va cesando a medida que su corazón deja de latir. La neblina y oscuridad hacen que no se note a profundidad el cuerpo. Su minúsculo cerebro nunca funcionará con astucia, se queda con lo primero que ve.

—Por fin, maldito Van Loren. —Se acerca lentamente hacia el cadáver y dejo que lo haga. Le da una patada al cuerpo y, al girarlo, se queda en shock.

—Yo no estaría tan seguro, hermano. —Hundo mis pies en el barro hasta hacerme visible ante él.

—Siniestro.

Me muestro tal y como estoy, ridiculizando su estúpida acción que lo hace palidecer. El silencio aviva la rabia que nos hizo llegar hasta aquí. Después de años, verlo de frente es como un recordatorio de mis errores con él.

—¿Te vas a poner a llorar? —agrego—. Después de tanto tiempo escapando de mí, por fin este será tu final.

—No cabemos los dos en el mismo mundo, Siniestro. —Aprieta sus puños —. Que gane el mejor.

El mediocre dispara y termino quitándole el arma de una patada en su mano para estrellarlo contra mí. Los golpes no se hacen esperar; un puñetazo en el estómago no basta, ver sangre corriendo por sus labios no me satisface, le quiebro la nariz con un cabezazo letal que termina por hacerlo caer.

—¡Levántate, maldito perdedor!

Sus manos se entierran en el fango y me es inevitable no volver al pasado; dos adolescentes en la mierda, sin nada, que un día creyeron el uno en el otro.

Me alejé de los bastardos salvajes por aliarme con él y me pagó mal.

Pego mis dientes con un leve hilo de sangre fluctuando por mi nariz. Me robó, se apropió de mis tierras, mis acciones, mis diamantes. Todo lo que había construido lo quería, hasta la mujer que un día pensé querer, la misma que protegí contra todas mis convicciones, y a la que se llevó para darme un cuchillazo por la espalda.

—Hoy te voy a destruir.

Se levanta riendo.

—Tu ego será tu destrucción.

Vuelvo a él y estrello los puños en su rostro hasta que mis manos se apoderan de su tráquea.

La ira se apodera de mí, puedo sentir sus huesos tronando cuando se libera.

—¡Pelea, hijo de puta! —Huye como una rata cobarde.

Gatea herido en el fango y nos envolvemos en el lodo a puñetazos. Me hiere con una piedra, ahora sostiene sus manos en mi cuello, aun cuando yo no quito las mías sobre el suyo.

—¡Soy mejor que tú! ¡Siempre seré mejor que tú, Siniestro! —Ríe desquiciado—. ¿Qué se siente que te quiten a la mujer? Tú..., que te creías invencible y mírate ahora, asfixiado por saber que ambas me prefirieron a mí.

De un golpe le quiebro los dientes, estrello puño tras puño en su cara, dejando que la rabia fluya y que mis ansias de matar se cubran.

«Amo, jamás quise fallarle. Usted me salvó, pero lo amo a él».

La voz de Marcela late en mi interior como un recuerdo negro. Le di todo lo que jamás imaginó siendo aún una miserable, pero también me traicionó.

El recuerdo me arde en el interior. El infeliz sigue arrastrándose como una lombriz ponzoñosa, por lo que le doblo los tobillos hasta escuchar sus ligamentos partirse y la imagen de Alaska resuena en mi interior.

«¿Quién eres en realidad, Markos?»

Veo demonios cuando me pongo encima de él, sacando el arma que pondrá punto final al calvario. Sus gritos me glorifican. Por mí pasan los días en las calles, las veces que lo defendí, cómo le di poder en medio de las pandillas.

—Muere, *hermano*.

Aprieto mi arma hasta que una punzada estoca mi espalda y hace que abra el puño. El dolor dorsal es tan fuerte que me obliga a caer. La risa de Bristol me enerva, aún herido estalla gritando un nombre. «El topo, el traidor».

—¿Desea un poco de bourbon, amo?

Contengo el aire, sus pasos se retuercen sacando el puñal de mi piel para dejarlo caer hasta ponerse frente a mí.

«Otto».

El viejo me sonríe, tirándome el líquido alcohólico, hasta que se agacha al verme tiritar.

Solo un ser que sabe de medicina logra entender el daño que está causando. Hizo todo lo que le enseñé, cada cosa, cada detalle contra mí, mientras mi cuerpo se congela en el fango.

—Ahora siente la traición. —Sus ojos se llenan de lágrimas—. Es la misma que sentí cuando mataste a mi hijo en una pelea de pandillas. Eras un adolescente, casi un crío, pero ese día me juré destruirte, ganarme tu confianza. Por eso te salvé la vida para ser quien te la quitara algún día. Yo… Solo yo.

Lo miro a los ojos.

—Fui yo quien te traicionó mil veces. Yo quien pasaba información a Bristol sobre ti. Y seré yo quien destruya tu poder, ya que, en este mismo instante, Smirnov invade tus tierras. —Susurra, acercándose hasta mi rostro. Aprieto la tierra con mi mano lentamente—. Perdiste tu honor, amo, y morirás como la basura que eres.

Un chorro de sangre se despliega ante mí cuando mi puño estampa una daga en su sien. Creyó que no me iba a mover, pero aquí estoy.

—No se muerde la mano de quien te da de tragar pensando que el infierno es el último castigo del diablo... —Clavo más fuerte, hundiendo la daga hasta

su cerebro—. Porque del infierno, el diablo es.

La sangre brota a chorros por sus ojos, sus venas se expanden en lágrimas mientras lo escupo por última vez. Su cuerpo cae muerto y lo esquivo, pero ahora Bristol tiene un arma sobre mí.

—Nadie te salvará, hijo de puta. —Prepara el gatillo—. Si Otto no te mató, lo haré yo.

Una bala estalla en el lugar. Su rostro se congela, cae de rodillas y se gira. Entonces me doy cuenta de que aparece alguien tras de él. Alguien que le disparó en el hombro.

—Alaska... —sisea al mirarla con los ojos abiertos.

—Llegaste a donde quería que llegaras, Alacrán. —Sus ojos se incendian y me doy cuenta de que no fue Bristol quien nos citó aquí.

—Mi amor… —gruñe él.

—Alaska Wells, heredera de la mafia Belga. No soy tu amor.

—Lo… viste. Viste… los videos. Sabes quién eres.

—Esto es por mi padre y por mí. —Lanza otra bala a su pecho.

—Te... a... amo —suplica, llorando y retorciéndose.

—Sin duda, tu dinero es lo único que me servirá. —Dispara en su corazón.

Por mi mente pasan revoluciones que martillan mi razón. Cuando levanta los ojos, me doy cuenta de que ya no es la misma niña desprotegida que llegó a mi mansión, sino un ángel capaz de tragarse el dolor para convertirse en sombra.

Su mirada arremete en mí con fuerza, así como la última imagen que tuve de ella: sujeta a mi cuerpo, rota, ausente, llenándome de un beso ansioso que no pude resistir.

—¡Amo! —Una voz frágil aparece entre las sombras—. ¡Amo, aquí estoy! ¡Amo, soy yo! ¡Él me tuvo encerrada todo este tiempo! ¡Soy yo!

«Marcela».

Está viva, descuidada, hecha pedazos cuando me ve. Gatea hacia mí, agachando la cabeza por la quemadura que tiene en el rostro, implorando perdón.

—Por favor, no me deje... —Llora, sujetándose a mi pie mientras los ojos de Alaska se endurecen y se fijan en mí—. Perdóneme.

Miro sus ojos y no me afecta verla. Tanto tiempo ansiando ver algo, que, cuando pasa, solo se convierte en decepción.

—Amo...

La aparto. Doy algunos pasos adelante y la *angliká* se vuelve fría ante mí.

—Alaska.

—Siniestro.

No digo más. Me quedo perdido ante su aroma, sus marcas y su mirada seria adornada por pequeñas lágrimas que cubren.

—Destruiste lo que tenías que destruir. Ahora eres quien siempre debiste ser.

—Lo sé... —farfulla, con la cara en alto, los ojos valientes que brillan en su esplendor—. Cobraste tu venganza y yo abrí mis ojos para ver la verdad. Este es el fin.

—¿Eso es lo que quieres?

—Sí —puntualiza—. Al final tenías razón. No se puede huir de quien uno es.

Lágrimas brotan de sus ojos cuando desprende de su mano un rastreador, y enseguida las sirenas de la policía se escuchan a lo lejos.

Entregó mi ubicación. Mis ojos arden, ignorando a los militares que cercan la zona, quemando por dentro cuando los suyos me miran otra vez.

—Adiós, Markos.

Se da la vuelta y camina. Después de unos segundos, dejo que mis labios lo pronuncien también:

—Adiós..., *agápi mou*. —«Mi amor».

Mis ojos se endurecen de nuevo, saboreando el amargo en mi interior. Ella también tenía que vengarse, necesitaba hacerlo para sanar, porque la maldad no se adquiere, nace en quienes estamos destinados a la destrucción.

Una explosión termina con el circo policial. Los helicópteros que sobrevolaban cerca caen, dejando humo en los cielos, tal y como lo imaginé ante la sombra de una mujer de labios rojos y ojos verdes que aparece en el lugar.

—Es divertido matar a la ley —susurra, poniéndose a mi costado con una sonrisa fría; ella, un «bastardo salvaje» como yo—, pero ahora me falta el

pececito que juré destruir porque es una Wells. —Apunta hacia la espalda de Alaska.

—No.

—¡Esa hija de puta te acaba de vender a la policía, hermano! Aún sabiendo lo que quería hacer, le permitiste todo. Pero yo no.

Freno su mano cuando levanta el arma.

—No lo puedes hacer. No cuando hay un pacto de sangre que cumplir.

Me mira sin explicación y sus ojos se agrandan. Un pacto que nos impide matarnos el uno al otro, y también con las personas que terminamos por... querer.

Se traga la ira y asiente con fuerza, dejando una larga pausa mientras la *angliká* se pierde en la oscuridad.

—Al final la salvaste de lo que no pudo ser. Que sepa quién es y vea el mundo como tal es lo mejor. —Se frustra por no poder matarla, sabiendo que es intocable a partir de hoy—. ¿En serio la dejarás ir?

Vuelvo a ver su silueta sin contestar, girando mi cuerpo hasta subir al auto con mil razones encima que no volveré a mencionar.

Los ojos del diablo jamás se despegan de su víctima. Le pertenece.

Un adiós no siempre es el final.

Ni una estocada al corazón.

EPÍLOGO

Alaska

Dos semanas después.

El frío de Bruselas congela mis dedos; sin embargo, era inevitable no regresar.

Contengo un suspiro al ver cómo el ataúd, que contiene los restos de mi padre, se desliza por la tierra para quedar junto al cuerpo de mamá. La lápida ya no es de cemento básico; ahora cristales la adornan para engrandecer a quienes en vida fueron los líderes de clanes más poderosos del lugar.

«Descansen en paz, señores Wells».

Por fin los pude vengar.

Dejo las flores encima, ignorando los cadáveres de mis falsos hermanos que se pudren en la tierra llena de gusanos de la fosa común donde los enterré.

No fue difícil encontrarlos después de investigar. Tragaban como cerdos cuando llegué hasta la casa de playa donde estaban y casi se paralizaron al verme estirar el arma que los mató.

Papá los usó para protegerme porque sabía que la mafia buscaría al hijo mayor. Adoptó dos niños necesitados de la calle que terminaron pagándole mal.

Así es la vida: damos flores y recibimos puñales.

Ahora entiendo por qué nunca me quisieron. Pero su muerte me sirvió para sanar, así como el balazo que le di a quien un día pensé amar.

La noche en la que descubrí los videos de la muerte de mi padre en la caja fuerte de su asesino, Leonardo Bristol, hizo que algo en mí terminara por morir.

Pasé años creyéndome el cuento que me inventó. Era una heredera de la mafia; toda mi vida había sido un engaño, incluso él. Pero tenía dos caminos: llorar o vengar. Y por primera vez solo pensé en mí.

Ahora le pongo punto final.

… *Say something, I'm giving up on you.* Una vaga sonata retumba en el auto que me lleva de regreso a la ciudad y me pierdo en el vacío.

… *And I am feeling so small. It was over my head. I know nothing at all.*

Las hojas de los árboles caen y empieza a llover mientras mi rostro no emite más emoción.

… *And I will swallow my pride. You're the one that I love. And I'm saying goodbye.*

No he vuelto a llorar desde que me despedí del hombre al que enterré en mi corazón e, irónicamente, fue la oscuridad la que me hizo hoy quien soy.

—¿Señorita Wells? Hemos llegado.

El chofer me abre la puerta y me brinda una sonrisa. Vine a estas tierras no solo para entender el pasado de papá, sino para encontrarme.

—Es una pena que no se quede en este lugar —añade.

—Volveré —respondo para luego girar hacia el avión que me espera listo para partir.

«Es un contrato millonario. Alaska, este es tu poder».

Las palabras de los viejos asesores de mi padre, a quienes encontré aquí, se perpetúan en mi interior. La decisión que tomé cambiará el rumbo de mi vida y no hay marcha atrás.

—Bienvenida, señorita Wells —dice la aeromoza, dándome paso hacia el avión. La silueta de un hombre que sostiene una muleta y cojea se voltea cuando me ve llegar.

—¿Lista para triunfar? —Sonríe—. Luces, cámaras, pasarelas te esperan.

Me quedo en silencio sabiendo que por fin me atrevo a seguir los sueños que siempre tuve. No una carrera que diera más dinero, ni lo que un día un hombre me dijo que estaba «bien», esta vez sigo mi corazón.

—Firmaste un acuerdo millonario con Level Gold. Tu imagen, a partir de hoy, valdrá millones de dólares en el mercado internacional. ¿Por qué no estás feliz? ¿Es por él? Aún… lo amas, ¿verdad?

La respuesta arde en mi garganta, aunque las marcas más grandes que me dejó no fueron en la piel, sino en mi interior.

—No se vive del amor. —Sonrío por fin—. Me tengo a mí.

—¿Estás segura de lo que quieres hacer? Es peligroso, Alaska. —Suspira—. Serás una persona pública, algún día se va a enterar de que... esperas un hijo de él.

Bajo mi mano hasta mi vientre, aferrándola contra mí, volviendo a aquellas palabras que hace dos semanas me dejaron en shock.

—*¿Qué sucede, doctor? ¿Qué está mal?*

—*Su «mal» tiene cuatro semanas, señora. ¿Lo va a tener o no?*

Decido no hablar, giro mi cuerpo sin decir más para abrocharme el cinturón.

El avión despliega su vuelo a lo alto, dejando atrás todo lo que me ató a este lugar, sabiendo que no habrá regreso en un mundo que elegí para mí.

La mafia no cede ni perdona, la sangre y la oscuridad siempre resurgen en el mal y yo ya no soy una sobreviviente, tampoco un ángel caído, sino la oscuridad que se convirtió en lo que siempre estuvo destinada a ser:

La reina de las sombras, un alma salvaje que resurge de las cenizas... y que no volverá a fallar.

Continuará...

«Me perteneces, niña. Aunque te largues, los ojos del diablo jamás te dejarán ir».

Siniestro es, y siempre será, ese veneno que cura y mata; una bestia salvaje y carnal que no le teme al infierno... porque del infierno es.

Próximo libro:

Salvaje